Reconciliación

Reconciliación

Una clara presentación de la bondadosa provisión hecha por Jehová Dios para reconciliar a la raza humana, trayéndola a una plena armonía con El para que los obedientes logren alcanzar la vida eterna en la tierra en alegría y la más completa felicidad.

Por J. F. Rutherford

Autor de

El Arpa de Dios
Liberación
La Creación
Los Ultimos Días
etc.

Edición de 765,000

Publicadores

International Bible Students Association
Watch Tower Bible and Tract Society
Brooklyn, New York, U. S. A.

También
Londres, Toronto, Melbourne, Berna, Madeburgo, etc.

En Honor del

NOMBRE DE JEHOVA

Se Dedica Este Libro

"Para que conozcan todos que Tú, cuyo nombre es Jehová, eres el Altísimo sobre toda la tierra."—Psalm. 83:18.

"Y yo, Jehová, será el Dios de ellos;
y mi siervo David Príncipe
en medio de ellos;
Yo Jehová lo he dicho.
Y celebraré con ellos
un pacto de paz,
y exterminaré de la tierra
las bestias feroces."

—Ezequiel 34:24, 25.

"La verdad brotará de la tierra, y la justicia mirará desde el cielo. Asimismo Jehová dará el bien, y nuestra tierra producirá su fruto."

Salmo 85:11, 12.

("Reconciliation" in Spanish)

PREFACIO

DIARIAMENTE nos hacemos infinidad de preguntas. ¿Cuál es el origen del hombre? ¿Cuál será su destino? ¿Por qué hay tanta pobreza? ¿Cuál es la causa de las enfermedades y la muerte? ¿Cómo sabemos que el hombre ha de ser traído a la condición de armonía con Dios para que goce de la bendición de vida eterna? Todas estas cosas y otras muchas estrechamente relacionadas con ellas, se discuten en este libro. La prueba que se ofrece en apoyo de las razones asignadas es tan clara y convincente que no queda lugar a duda. El valor de este libro para la humanidad no puede exagerarse. Los impresores tienen el placer de presentarlo al público en la confinaza de que será de inmenso beneficio a la gente y redundará en el honor del nombre de Jehová.

LOS IMPRESORES

UNA PALABRA AL LECTOR

LA humanidad entera está angustiada. Quieren saber la razón de su dolores y cuál es el remedio. Este libro debe traer gran paz a los corazones angustiados de los que lo leen, porque en él se hace presente la bondadosa provisión que Jehová ha hecho para que el hombre obtenga vida eterna en la tierra y que reciba todas las demás bendiciones correspondientes. El autor no ofrece su opinión, ni ofrece interpretación humana de la Palabra de Dios. Lo que este libro contiene son declaraciones de los hechos y las citas bíblicas en apoyo de ellos. Está al alcance de todos. El sincero deseo del autor es que este libro traiga regocijo a los que lo leen y que los anime a rendir gloria al nombre de Jehová.

El Autor.

Reconciliación

Reconciliación

CAPITULO I

La Tierra y su Príncipe

REVESTIDO de gran poder y autoridad, y habiendo recibido un dominio sobre el cual gobernar, un poderoso príncipe, con corazón alegre y firme paso, marchaba por la senda de la felicidad. Su aspecto era agradable, su rostro sonriente, su voz sonora. Las bestias del campo y las aves del cielo obedientes respondían a su llamada. Su alimento se hallaba suplido en abundancia, y su hogar, entre frondosos y fragantes árboles, era un sitio de delicias. Su relación para con Dios era una de confianza y dependencia. Era el monarca de todo lo que le rodeaba.

Doblegado por los años y andando en el valle de tinieblas va un hombre. Su vestido denota que se ocupa en el cultivo de la tierra y en cebar puercos. Su rostro, rugoso y desfigurado, exhibe huellas de la impureza de pensamiento y un corazón endurecido. Su voz es áspera, y al acercarse, huyen de él las aves y las bestias.

El poderoso príncipe y el cruel y repulsivo hombre son la misma persona. Su feliz situación fue de corta duración. Desprovisto de su poder y autoridad, y apartado de Dios, no anduvo por más tiempo en la senda de la felicidad. Ahora su senda es triste y solitaria y conduce a la desesperación.

¿A qué se debió ese cambio de príncipe a mendigo? El había recibido del Dios Altísimo su poder, su autoridad, su dominio y su vida. A causa de su desobediencia y deslealtad hacia Dios y a la confianza que en él había reposado, lo perdió todo. Una gran sima lo separa ahora de su Creador y Benefactor.

¿Hay esperanza de una reconciliación entre el hombre y el Altísimo? ¿Será posible para el hombre el ser restaurado a su dominio y a su puesto de honor y de confianza? Estas preguntas se responden en la Santa Palabra de Jehová Dios. En ella se encuentra revelada la causa del enajenamiento de este poderoso príncipe y su Dios. En ella se revelan las misericordiosas provisiones que conducen a la senda de la reconciliación. La Biblia es la sagrada Palabra de Verdad de nuestro Dios. De ella solamente podemos obtener la verdadera historia de ests príncipe mendigo. Esa historia es más facinadora y emocionante que la mejor novela.

El comienzo de este drama fue en la tierra, el hogar del poderoso príncipe. La tierra es aún el lugar donde reside la raza humana, los descendientes del poderoso príncipe. Después de sesenta siglos desde el comienzo de este drama, comparativamente pocos de sus descendientes entienden quién es el dueño de la tierra, por qué fue creada, cuál es la relación del hombre para con su Creador, y qué le espera si pasa por alto o hace a un lado las verdades sagradas que están contenidas en las Escrituras. La Biblia es la fuente de la verdad. Entre más bebe uno de esa fuente más dulce y vivificantes son sus aguas.

A pesar de estar imperfecto, y por lo tanto su entendimiento en gran manera limitado, la tierra incita la maravilla y la admiración del hombre. Ya sea que

se examine la tierra en lo que toca a la formación de las diferentes capas o con respecto a la vida animal y vegetal que en ella existe; ya sea que se use el microscopio para darse uno cuenta de la gran variedad que existe en las cosas más pequeñas que nos rodean, o ya sea que usemos el telescopio para apercibirnos de la relación de la tierra con los otros planetas y estrellas, la criatura reverente queda absorta y se extasía ante tan grandiosa exhibición de sabiduría como la que se despliega en la creación. Y cuando se apercibe que la tierra fue creada por el Todopoderoso Dios, y que El la hizo para que fuera el eterno hogar del hombre, su mente y su corazón anhelan conocer más concerniente al gran Creador. El telescopio no se inventó sino hasta el año 1600 E. C. y por lo tanto no es de admirar que los hombres pensaran que la tierra era el centro de todas las cosas.

El conocimiento del gran Creador, como El se revela en su creación del hombre y en las cosas por El provistas para el hombre, ha sido el privilegio de muy pocos. Este conocimiento fue solamente un insignificante arroyo de verdad deslizándose a través de los siglos, y pocos lograron beber de él. Muy temprano en la historia del hombre él puso a Dios fuera de su penmiento y por consiguiente la visión del hombre quedó limitada a nada más que lo que podía discenir con sus ojos naturales. Cuando el sol, la luna y las estrellas pudieron ser mejor vistos y estudiados, los hombres pensaron en la creación en vez de en el Creador. Puesto que era indudable para ellos que la vida en toda la tierra procedía del sol, los hombres le tributaron adoración. Los que retuvieron su conocimiento del Creador y tuvieron fe en El sabían que El se encontraba más allá de lo que era discernible por los ojos y le rendían home-

naje como al Creador de los cielos y de la tierra. Pero, sin embargo, eran tan pocos en comparación con la gran mayoría, que muy fácilmente pasaban desapercibidos.

El desarrollo del telescopio, junto con el aumento de conocimiento en diferentes líneas puso al hombre en condiciones de apercibirse de que la tierra no era lo que él en un tiempo había pensado. Se dio cuenta de que en vez de ser fija y el centro de todas las cosas era nada más que una esfera, y uno entre un grupo de planetas asociados con el sol, el cual es el centro de nuestro sistema solar.

La iglesia de Roma, y particularmente sus guías, por mil años enseñaron que la tierra era fija y que todo daba vueltas al derredor de ella. También pretendían ser los únicos intérpretes de la Biblia y alegaron que la Biblia daba apoyo a todas sus erróneas conclusiones. A causa de esto, más que por toda otra razón, esas conclusiones quedaron afianzadas en la gente.

Pero en proporción a que aumentó el conocimiento los hombres fueron dándose cuenta de que la tierra es nada más que un planeta que da vueltas al derredor del sol. Los hechos por ellos aprendidos dieron por tierra con las teorías sostenidas y enseñadas por el clero de Roma. Esto motivó el que comenzaran a desconfiar de sus maestros y como éstos sostenían que se basaban en la Biblia, la gente comenzó a dudar también de la Biblia como autoridad en asuntos de la verdad. Como resultado muchos fueron por completo apartados de la Biblia. De haber entendido la verdad, como se enseña en la Biblia, y al no haber estado influenciados por las erróneas ideas de esos incompetentes maestros, no se hubieran apartado de la Biblia ni de Dios.

El aumento de conocimiento puso en relieve el hecho de que hay estrellas tan enormes que la tierra es insignificante en comparación con ellas. Los astrónomos nos dicen que Betelgusa es tan enormemente grande que nuestro sistema planetario, con sol y todo, podría colocarse en la superficie de ella. Es difícil el poder apreciar debidamente lo que esto significa. Y con todo, el que estudia la Palabra de Dios sabe que la tierra ocupa un lugar de gran importancia en la creación de Dios muy superior a la de Betelgusa o cualquiera otra estrella o planeta con la única excepción de la que forma el asiento del trono del Dios eterno.

Pretenden los hombres de ciencia que los escritores del Antiguo y del Nuevo Tesamento ignoraban la relación entre la tierra y los otros planetas y estrellas de la creación. No hay sin embargo evidencia ninguna que apoye esa conclusión. Es sin embargo evidente que no fue el propósito de Dios el indicar en su Palabra, la cual es la Biblia, todos los hechos relativos a la tierra y su relación con los otros cuerpos de la creación. El espíritu de Dios iluminó las mentes de los hombres fieles de tiempos antiguos que escribieron la Biblia y es razonable que ellos entendieron algunas cosas con relación a la creación que no están registradas en las Escrituras. Lo que ellos escribieron por inspiración y dirección divina es verdadero y de ello podemos sentirnos absolutamente seguros.—2 Sam. 23:2.

La Biblia es el único guía digno de crédito en cuanto a la relación del hombre y la tierra con el gran Creador y concerniente al propósito de la creación de ambos. Tomando a la Biblia como guía el hombre puede darse cuenta de que la tierra ocupa un lugar de gran importancia en el plan de Dios y que su propósito es el de que

al debido tiempo toda criatura en los cielos y en la tierra sean traídos a la más absoluta armonía y unidad. Sobre este particular escribió el inspirado testigo de Jehová: "Habiéndonos dado a conocer el misterio de su voluntad, según su beneplácito, que se propuso en sí mismo, con relación a la administración del cumplimiento de los tiempos, de reasumir todas las cosas en Cristo, así las que están en el cielo, como las que están sobre la tierra."—Efe. 1: 9, 10.

La constelación de siete estrellas que forman las Pléyades, parece ser el centro al derredor del cual giran los varios sistemas planetarios conocidos, incluso el nuestro, de la manera como los planetas de nuestro sol le obedecen y siguen sus respectivas órbitas. Se ha insinuado que una de las estrellas de ese grupo es el lugar al cual se refieren los escritores de la Biblia cuando hablan de la morada del Altísimo, como en 2 Crónicas 6: 21: "Oye Tú desde el lugar de tu morada, el cielo." Al mismo lugar se refirió Job cuando escribió: "¿Puedes tú atar los vínculos de las Pléyades, o desatar las ligaduras de Orión?"—Job 38: 31.

La constelación de las Pléyades es pequeña en comparación con otras que por medio de los instrumentos modernos se presentan a los atónitos ojos del hombre. Pero la grandeza de tamaño de los otros soles y sus correspondientes planetas se desvanece ante la importancia de las Pléyades porque las Pléyades son el asiento del trono del Eterno. Por la misma razón, los varios grupos de estrellas, todas ellas inmensamente mayores en tamaño que la tierra, y todo otro planeta, son de mucha menos importancia a los ojos de Jehová que la tierra debido a la estrecha relación entre la tierra y el trono de Jehová. Concerniente a esta relación el pro-

feta de Dios escribió: "Los cielos son mi trono, mas la tierra es el estrado de mis pies." (Isa. 66:1). De este modo se muestra en la Palabra de Dios que existe una estrecha relación entre el trono de Jehová y la tierra.

La creación de la tierra no ocurrió por casualidad ni por medio de la operación de fuerzas ciegas, como nos lo quieren hacer creer algunos sabios a sus propios ojos. Fue formada por la voluntad de Dios y fue creada bajo su dirección. (Isa. 42:5). "Porque toda casa es edificada por alguno; mas el que edificó todas las cosas es Dios." (Heb. 3:4). Puede ser que al debido tiempo las edades futuras sean testigas de otros planetas y mundos de mayor tamaño que la tierra dando gloria al Creador, pero el hombre ahora no puede concebir ninguno de ellos siendo más altamente honrado que la tierra. Cuando apreciamos este hecho podemos darnos cuenta de lo altamente favorecidos que hemos sido por el gran Creador.

Lo que pone a la tierra muy por encima de cualquier otro mundo que ha de ser habitado es el hecho de que en la tierra se ha estado llevando a cabo el gran drama de la creación y en ella se han dado las grandes lecciones del bien y del mal, las que parece han de ser aprovechadas eternamente por toda otra criatura inteligente de Jehová.

Debe también tenerse en cuenta que el Logos, el glorioso Hijo de Dios y el activo agente de todas las cosas, conforme a la voluntad de Dios dejó las cortes celestiales y vino a la tierra en donde estuvo sujeto a las pruebas más severas, para demostrar aquí la debida relación del hombre perfecto a su Creador. Fue en la tierra en donde El sufrió una muerte ignominiosa y en donde ocurrió su resurrección para ser exaltado al más elevado lugar

en el cielo, próximo a Jehová. Todo esto se hizo para que, al debido tiempo, todo sér, tanto en la tierra como en el cielo, se goce en hacer la voluntad de Dios para provecho propio y para gloria de Jehová.

Sobre este particular leemos: "Y siendo hallado en condición como hombre, humillóse a sí mismo, haciéndose obediente, hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios también le ha ensalzado soberanamente y le ha dado nombre que es sobre todo nombre; para que en el nombre de Jesús toda rodilla se doble, tanto de lo celestial, como de lo terrenal y de lo de debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesu-Cristo es Señor para gloria de Dios, el Padre."—Fil. 2: 8-11.

La exaltación de Jesús fue muy por encima de todo otro sér en la creación exceptuando el mismo Jehová. Nunca otro sér ha de exaltarse por encima de El. Esa exaltación no se debió a que desarrolló carácter, ni fue el resultado de algo que hubiera hecho antes de venir a la tierra fue el resultado de su fidelidad como hombre, en la tierra, a Jehová, y la fiel ejecución de su pacto y de los deberes y obligaciones impuestas a El por su Padre. La tierra fue el lugar en donde Jesús por medio de la fe ganó la victoria. Por razón de lo que Jesús hizo en la tierra, ésta fue honrada en gran manera por sobre todo otro planeta.

A causa de que Dios creó la tierra y al hombre conforme a su propósito eterno, y puesto que su amado Hijo Jesús, cuando fue un hombre en la tierra, probó su fidelidad a Dios ante los hombres y los ángeles, la conclusión es que la tierra es la más favorecida, y seguirá siedo la más favorecida creación planetaria de Dios. El hombre hoy en día no se da cuenta debidamente de los

favores que le han sido dispensados de parte de su Creador, mas al debido tiempo tendrá la debida apreciación.

Dios hizo la tierra apropiada para la vida animal que en ella se encuentra. La creación animal come y bebe, goza de la existencia y al debido tiempo muere. Pero el hombre es algo más que un animal cuyo único fin es el de existir y propagar su especie. La mente con que fue dotado lo capacita a escudriñar las grandes verdades del arreglo de Dios y lo pone muy por encima de la demás creación animal. Su mente necesita alimento, y Dios ha hecho abundante provisión para todas sus necesidades físicas y mentales.

Algunos hombres tienen el suficiente conocimiento de las cosas para poder probar que se puede hacer un examen sin fin de las maravillas de la tierra y de las demás obras creativas de Jehová con relación a ella, y que al hacer este examen su adoración hacia el Creador irá en aumento. En estas obras maravillosas de la Creación Dios exhibe su sabiduría, su justicia, su amor y su poder. Cuando uno comienza a comprender la creación, se llena de admiración y reverencia por el Gran Hacedor. Y le es preciso llegar a esta actitud antes de que comience a tener sabiduría. La verdadera sabiduría es la aplicación del conocimiento conforme a la norma divina; por lo tanto el hombre debe apercibirse de que Dios existe, y hasta cierto grado debe conocer a Dios antes de que llegue a ser sabio en grado alguno. Con profundo respeto y reverencia, mezclado con temor y temblor, el hombre prosigue en su tarea de buscar conocimiento con respecto al Todopoderoso. En proporción a que crece su conocimiento de Dios aumenta su amor hacia Jehová. Se deleita en saber algo más de las obras de Dios, y el gozo que siente lo induce a exa-

minarlas más. Uno de los santos profetas de Jehová, meditando en las maravillas de la creación, exclamó: "Grandes son las obras de Jehová, investigadas por todos los que hallan placer en ellas."—Sal. 111: 2.

La Biblia es la Palabra de Dios expresada y revelada a su criatura, el hombre. La opinión general que se tiene de la Biblia es que es una masa de pensamientos confusamente expresados. Esta errónea concepción se debe a que algunos hombres han presentado la Palabra de Dios en falsos colores.

La Biblia muestra claramente el propósito de Dios concerniente a la tierra y al hombre que en un tiempo fue su príncipe. Los primeros capítulos de ella muestran que su propósito es el de instruir al hombre. Nos indica que Dios quizo que el hombre fuera el monarca de la tierra mientras permaneciera en plena armonía con su Creador. La primera mención que hace del hombre y del propósito de Dios con respecto a él, es como sigue: "Entonces dijo Dios: Hagámos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y tengan ellos dominio sobre los peces del mar, y sobre las aves del cielo, y sobre las bestias, y sobre toda la tierra, y sobre todo reptil que se arrastra sobre la tierra. De manera que creó Dios al hombre a su imagen, a la imagen de Dios le creó; varón y hembra los creó. Y los bendijo Dios; y les dijo Dios: Sed fecundos y multiplicáos, y henchid la tierra y sojuzgadla, y tened dominio sobre los peces del mar, y sobre las aves del cielo, y sobre todos los animales que se mueven sobre la tierra."

Debidamente entendida esta declaración de la Biblia implica que Dios hizo al hombre su representante en la tierra. Dios lo dotó de raciocinio y con los atributos de justicia, sabiduría, amor y poder, concediéndole la li-

bertad de albedrío. En estos respectos fue a la imagen de su Creador.

Jehová creó la tierra y por lo tanto le pertenece. El puso en operación sus leyes, las que debían producir ciertos resultados, y esos resultados se produjeron conforme a su voluntad. Los cielos y la tierra fueron hechos por la expresa voluntad de Dios: "Por la palabra de Jehová fueron hechos los cielos, y todo el ejército de ellos por el aliento de su boca. . . . Porque El dijo: ¡Sea! y fue; El mandó, y se presentó."—Sal. 33: 6, 9.

Separado de Dios y sin hacer caso de su ley, el hombre habla de la tierra como si fuera suya por el derecho de descubrimiento y ocupación. Las leyes adoptadas por consentimienta común de las naciones reconocen el derecho de posesión de la tierra por supuesto descubrimiento. Cuando algunos hombres hicieron frente a las tormentas del Atlántico y desembarcaron en tierra americana, plantaron la bandera de los respectivos gobernantes sobre la tierra que pisaron y la reclamaron como propia. Alguien vuela sobre las regiones del Polo Norte y desde su aparato deja caer una bandera de su nación y en el nombre de su soberano pretende el derecho de posesión. Pero en verdad y en hecho ningún derecho de posesión existe por descubrimiento. Una clase ultraegoísta, que recibe el nombre de gobernantes, señalan una parte de la tierra y la reclaman como propia, usándola como si fueran sus señores, en tanto que otros la cultivan como sus vasallos y no se les concede el derecho de reclamarla por posesión. El derecho inherente del hombre es algo que no existe.

La tierra pertenece a Jehová y es para que el hombre la use en armonía con El. El punto en cuestión ahora no es el de si el hombre hubiera podido adoptar un

mejor sistema de ocupación y de uso; lo que debemos determinar es ¿a quién pertenece la tierra? La respuesta es: Pertenece a Jehová y al debido tiempo de Dios el hombre la ocupará en armonía con su voluntad.

Dios es justo. Por lo tanto, la tierra no puede ser por siempre ocupada por medio del ejercicio de la injusticia hacia la otra clase. "Porque Jehová, el Altísimo, es terrible [todopoderoso]; Rey grande sobre toda la tierra. Elegirá para nosotros nuestra herencia."—Sal. 47: 2, 4.

Que el hombre no tiene el derecho de usar la tierra en contra de la voluntad de Dios se muestra por la declaración de su ley: "La tierra, pues, no podrá venderse en perpetuidad; porque mía es la tierra." (Lev. 25: 23). Dios ha permitido al hombre que tome su propio curso, pero cuando la debida relación entre el hombre y Dios sea entendida y apreciada, la tierra será usada para el bien común de la humanidad.

EL DOMINIO DEL HOMBRE

El tener dominio quiere decir el reinar o gobernar. Dios, desde que creó la tierra, tuvo el propósito de que el hombre perfecto tuviera el dominio de ella y de las demás criaturas en ella. Un príncipe es uno que gobierna o dirige por autoridad. El hombre perfecto, Adán, fue hecho un príncipe o gobernante de la tierra. Pero el que está revestido de autoridad está siempre sujeto al que se la confiere y tiene que sujetarse a los términos y condiciones sobre los cuales se confiere esa autoridad. Todo poder y autoridad, en análisis final, encontramos que reposa en Jehová. Todo poder y autoridad debidamente ejercido, por tanto, tiene que serlo en armonía con la voluntad de Dios.

Jehová expresó su propósito en crear al hombre: Dirigiéndose al Logos, su fiel y activo agente en la creación de todas las cosas, El dijo: "Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y tengan ellos dominio sobre los peces del mar, y sobre las aves del cielo, y sobre las bestias, y sobre toda la tierra, y sobre todo reptil que se arrastra sobre la tierra."—Gén. 1:26.

El poder de Jehová no conoce límites. Para El el querer crear una cosa implica su creación conforme a su voluntad. Habiendo determinado crear al hombre a su imagen y semejanza prosiguió a hacerlo. Siendo su voluntad la de que el hombre fuera un príncipe y que tuviera dominio sobre las cosas de la tierra, se hizo así. No hay el menor lugar a duda de que el hombre fue creado para la tierra y que la tierra fue creada para el hombre. Sobre este particular dice el inspirado testigo de Dios: "Porque así dice Jehová, Creador de los cielos, El sólo es Dios; el que formó la tierra y la hizo, el cual la estableció; no en vano la creó sino para ser habitada la formó. Yo soy Jehová y no hay otro. Yo hice la tierra, y crié al hombre sobre ella; yo, sí, mis mismas manos extendieron los cielos; y doy mis órdenes a toda la hueste de ellos."—Isa. 45:18, 12.

Puesto que la autoridad sobre todas las cosas pertenece a Jehová, El la puede delegar a quien quiere. Está escrito: "De Jehová es la tierra y cuanto ella contiene; el mundo y los que en él habitan." (Sal. 24:1). "Los cielos, cielos son de Jehová; mas la tierra la ha dado a los hijos de Adán."—Sal. 115:16.

Tanto el hombre como la tierra pertenecen a Jehová porque son creaciones suyas. Habiéndose conferido al

hombre la autoridad para tener dominio sobre la tierra, el hombre debe ejercer esa autoridad y dominio en armonía con la voluntad de Dios. Cuando a Adán se le concedió el dominio y fue hecho un príncipe en la tierra tenía el deber y obligación de ejercer esa autoridad en armonía con su Creador. Adán fue puesto en el Edén para que lo cuidara. No se requería de él ningún esfuerzo laborioso para producir su propio alimento. En el Edén crecía abundantemente todo lo que él necesitaba para su placer y su sustento. A él se le dio dominio sobre los animales, las aves y los peces, y éstos debían rendirle obediencia y en realidad se la rindieron. Se hallaba investido de poder y autoridad para producir su propia especie. De haber ejercido esa facultad concedida por Dios en armonía con la voluntad de su Creador hubiera producido una perfecta y feliz familia. Dios le concedió el privilegio de ejercer sus propias facultades. El podía voluntariamente obedecer o desobedecer, pero esto no aminoraba su obligación de estar en armonía con Jehová y ejercer su autoridad de acuerdo con la voluntad de Dios.

El Edén era un lugar bastante grande, mayor en tamaño de lo que generalmente se opina. Indudablemente ocupaba una considerable superficie de tierra. Cuatro ríos salían del jardín y regaban toda la tierra a su alrededor. En el Edén no solamente se encontraban hermosas arboledas, que eran gratas a la vista y que producían alimento en abundancia, sino que en él también habían piedras preciosas y mucho oro fino. La porción que formaba el jardín estaba hacia el oriente y su entrada era también por el oriente. Era la más hermosa parte del distrito. Fue en ese jardín en donde se puso al hombre para que lo cuidara, y en él hallaba gozo

y ocupación. La tierra era para el hombre y el perfecto príncipe fue colocado en un hogar perfecto.

Los maestros eclesiásticos, en contradicción al plan de Dios y a su Palabra, han hecho creer a la gente que si el Príncipe Adán hubiera permanecido fiel como representante de Dios, al debido tiempo hubiera sido llevado al cielo. No hay la menor evidencia sobre la cual fundar semejante conclusión. Adán no tenía promesa alguna de cielo. No había posibilidad alguna para él, bajo ninguna circunsancia o condición, de que fuera al cielo. El había sido creado para la tierra. Solamente la tierra sería su eterno hogar. Concerniente a esto está escrito: "El primer hombre es de la tierra, del polvo." (1 Cor. 15:47). Puesto que la tierra fue hecha para el hombre no deberíamos encontrar ninguna promesa celestial par él, y no encontramos en las Escrituras ni una solo palabra que indique que a Adán se le prometió el cielo como su hogar. El debido entender de este asunto habilitará a todos los que lo estudien a tener una mejor comprensión de lo que será el final destino de la familia humana.

El dominio de la tierra no fue dado a Adán de una manera absoluta e irrevocable. De haber hecho Dios esto no pudiera habérselo quitado aun en el caso de que desobedeciera. Tampoco recibió Adán vida sin limitaciones. Sobre este punto los maestros eclesiásticos han errado en gran manera, entendiendo mal la Palabra de Dios, y han llevado a la gente en general a su error. La prueba bíblica concluyente es la de que tanto la vida como el dominio se concedieron a Adán para que gozara de ellos eternamente bajo la condición de que rindiera obediencia a su Creador. Sería inconsistente de parte de Dios el habérselos dado a su criatura humana sin

imponerle condición ni limitación alguna. Al llegar su criatura a ser desobediente o rebelde, poseyendo el derecho a la vida y al dominio, su rebelión continuaría por siempre en caso de que su vida durara eternamente. El clero, cediendo a la seductora influencia de Satanás, ha caído en este gran error. Ellos razonan como resultado de esta errónea teoría, que habiendo Dios concedido vida eterna a Adán, y habiendo Adán llegado a ser rebelde, le es preciso pasar toda la eternidad en tormento. Pero las Escrituras no apoyan semesemejante conclusión.

Por el contrario, la Biblia muestra que Dios dio al hombre la vida y lo puso como príncipe de la tierra con la expresa condición de que tendría que serle obediente. De haber obedecido el hombre y haber permanecido en armonía con su Creador, hubiera gozado eternamente de la vida y de su dominio en la tierra. Pero la condición impuesta era la de que si desobedecía y llegaba a ser rebelde tendría que morir: "Muriendo morirás." Y al venir la muerte perdería todo lo demás. Por lo tanto, la posibilidad de morir prueba de una manera concluyente que el dominio del hombre y su vida eran gozadas de una manera condicional.

Ni en la creación del hombre, ni en el dominio a él concedido, ni en ningún otro asunto relacionado, hay la menor implicación de que tendría que ir al tormento eterno. En ninguna parte de la Biblia se expresa la idea de que Dios tiene el propósito de mandar a algunas de sus criaturas a sufrir eternamente. La declaración de su ley es clara y simple e implica que la vida y el dominio concedidos a Adán eran condicionales, sujetos a la obediencia, y que la desobediencia implicaría la pérdida de su autoridad y de su vida.

No hay fundamento ninguno que apoye la teoría de que Dios ha de destruir la tierra por medio del fuego. Ninguna intimación semejante se hizo a Adán, ya fuera que permaneciera infiel o que fuera fiel. Una vez más el clero al afirmar esto ha caído en el error. Engañados por Satanás se han asido de la declaración del Apóstol Pedro para apoyar su teoría de que Dios tiene la intención de destruir la tierra. El texto dice: "Pero los cielos de ahora, y la tierra, por la misma palabra están almacenados para el fuego, siendo guardados para el día del juicio y de la destrucción de los hombres inicuos." (2 Ped. 3: 7). Razonan que si la tierra ha de ser destruida, finalmente los buenos han de ir al cielo y que los malos tendrán que ir a un lugar de tormento eterno. Por supuesto que de ser esto cierto no habría razón ninguna ni necesidad de que la tierra existiera eternamente. Pero ellos están solemnemente equivocados en esta conclusión.

Las palabras "cielos" y "tierra," como se usan por el apóstol en el texto citado son simbólicas. "Tierra," según su uso en este texto, quiere decir la parte visible del mundo u organización satánica. "Cielos" simbólicamente representan la parte invisible de ese mismo mundo. Cielos y tierra componen el "mundo" el cual significa la sociedad organizada en formas de gobierno bajo el control de su señor invisible. Por muchos siglos Satanás ha sido el dios o señor de este mundo. (2 Cor. 4: 3, 4). Satanás ha sido y es invisible a los ojos de los hombres. La organización de los hombres en formas de gobierno es visible y se representa con la palabra "tierra." Los cielos y la tierra de ahora constituyen el mundo malo que ha de pasar al debido tiempo. Este

texto no tiene referencia al dominio que en un principio Dios dio a Adán.

Por medio de su profeta dice Jehová: "La tierra permanece para siempre." (Ecle. 1:4). Dios es incambiable. (Mal. 3:6). Puesto que Dios ha declarado que la tierra nunca será destruida, podemos sentirnos seguros de que permanecerá eternamente. Las Escrituras muestran que el propósito e intención de Dios son los de que la tierra sea por siempre habitada. Las Escrituras son siempre consistentes consigo mismas. Las palabras del Apóstol Pedro y las del profeta están en perfecto acuerdo al ser debidamente entendidas. El mundo malo, formado por el invisible poder y la organización visible, dejará de ser. El Apóstol Pedro tenía esta idea porque en la misma conexión dijo: "Empero, conforme a su promesa, nosotros esperamos nuevos cielos y una nueva tierra en los que habita la justicia."—2 Ped. 3:13.

Como príncipe de la tierra Adán residía en el Edén. Adán era perfecto y su hogar también lo era. No se puede correctamente decir que era perfecto solamente en parte y que no tuvo tiempo ni oportunidad para desarrollar carácter y que por lo tanto su carácter era imperfecto. Esta escrito que todas las obras de Dios son perfectas (Deut. 32:4) y por lo tanto era imposible para Adán el desarrollar un carácter porque Dios lo hizo a él un carácter. Toda criatura inteligente es un carácter mas no posee un carácter.

Los maestros ortodoxos han caído en el error de enseñar que el hombre tiene un alma en tanto que las Escrituras claramente enseñan que el hombre es un alma. En el mismo error caen cuando enseñan que el hombre tiene un carácter en vez de ser un carácter, como lo enseñan

las Escrituras. Si Adán hubiera tenido que desarrollar un carácter no hubiera sido perfecto cuando fue puesto a prueba. Se hallaba dotado de las facultades de justicia, sabiduría, amor y poder. Pero eso no quería decir que tenía todo el conocimiento. Las Escrituras muestran que la más elevada de las creaciones de Dios continuará eternamente adquiriendo conocimiento. (Sal. 87:4). Sin embargo, Adán tenía suficiente conocimiento para saber lo que debía hacer y lo que no debía hacer. Sabía lo que era malo y lo que era bueno porque Jehová se lo había dicho y poseía la facultad de aplicar su conocimiento conforme a las instrucciones de Dios; al haberlo aplicado de tal manera hubiera probado su sabiduría. Se hallaba revestido de poder, el cual ejerció sobre la creación animal y debía haberlo ejercido hacia Eva de una manera apropiada. Tenía la habilidad o capacidad para no ser egoísta. Era perfecto en su organismo y estaba en condiciones de ejercer todas sus facultades; por lo tanto era un hombre perfecto. Es verdad que Adán no tenía mucha experiencia pero la experiencia no es la única manera de adquirir conocimiento. Dios le dijo lo que podría hacer y lo que no podía hacer, y esto debió de haber sido suficiente. La experiencia que más tarde adquirió por medio de las cosas que sufrió tan solo confirmó lo que Dios le había dicho. Por lo tanto no se puede alegar excusa alguna para Adán a causa de su falta de experiencia.

Adán, con claro entendimiento y como sér perfecto, contempló la tierra y dijo: 'Todo esto es mío, porque Jehová me ha dado dominio sobre la tierra.' Luego llamó a los animales y a los pájaros y les puso nombres y dijo: 'Estos son míos porque Jehová me dio dominio sobre ellos.' Ellos obedecían su voz. Vio a su hermosa

esposa y dijo: 'Esta hermosa criatura es mía porque Dios me la ha dado para que sea mi compañera.' Y al andar por entre los árboles frutales y al aspirar las aromas de sus flores dijo: "Todos estos árboles son míos porque Jehová los ha provisto para mí, pero El me dijo que no comiera del fruto de aquel árbol porque si como de él moriré.' Y se dijo: 'Todo esto es mío bajo la condición de que yo obedezca a mi Creador, y si le desobedezco lo perderé' Que ésta fue su conclusión es evidente porque está escrito: "Adán no fue engañado." (1 Tim. 2:14). Esto es una prueba que Adán se encontraba en posesión de todas las facultades perfectas con que había siodo dotado por Dios.

El príncipe Adán era rico porque todo el oro y las piedras preciosas eran suyas; el ganado y los rebaños eran suyos por ser él el representante de Jehová a quien habían sido entregadas todas estas cosas. Era fuerte y vigoroso y no sabía lo que era dolor, y era feliz porque estaba rodeado de felicidad y tranquilidad.

Uno puede hallarse dotado de los medios de hacer lo bueno, pero si no los emplea con ese fin, no le sirven de mucho. Adán se hallaba dotado de las facultades de sabiduría, justicia, amor y poder, las cuales podría usar como mejor le pareciera. Era la voluntad de Dios que hiciera lo que es bueno pero tenía la facultad de ejercer su propia voluntad en cuanto a si hacía lo bueno o lo malo. Lo contrario del amor es el egoísmo, el cual tiene como uno de sus frutos el orgullo. "El orgullo precede a la destrucción y el espíritu altivo va delante de la caída."

Dios no hizo ley alguna para obligar a Adán a que le amara pero lo dotó de la facultad para ello y luego le dijo cuál sería el resultado si seguía un curso egoísta.

Jehová ha anunciado su regla de acción, la cual es que el que le ama tiene que guardar sus mandamientos. (Jn. 14:15). Por lo tanto, el amor es el cumplimiento de la ley. Dios muestra su amor hacia sus criaturas porque todo lo que hace por ellas lo hace sin egoísmo. El suministró a su criatura perfecta e inteligente la oportunidad de ser como El. Para poder permanecer eternamente en armonía con Dios es preciso conocerlo y seguir un curso de conducta semejante al de El. Adán tuvo esa oportunidad puesto que conocía a Dios y Dios se comunicaba con él. Otra irrevocable regla de acción de Jehová, la cual se anuncia en su Palabra, es la de que el conocerle y ser como El implica el goce de la vida eterna.

El poderoso príncipe, que comenzó su senda de paz, perfección, belleza y felicidad rodeado de toda cosa que lo podía inducir a andar en armonía con Dios, hubiera podido gozarlo todo eternamente.

CAPITULO II

El Mendigo

UN MENDIGO es uno que depende de la caridad. El nada tiene que pueda pretender con derecho absoluto, aun cuando por tiempos pueda gozar de cortos períodos de placer para enseguida volver a la senda de la tristeza. Los sesenta siglos de la historia humana muestran que la raza entera ha seguido la senda del mendigo y al llegar su turno, también, ha ido a ocupar una tumba de mendigo.

De los muchos miles de millones que han poblado la tierra muy pocos han pretendido ser dueños de ella. La mayoría la han labrado como esclavos, habiéndoseles negado sus justos privilegios entre los hombres. Han luchado en contra de las espinas y abrojos y en contra de las bestias y reptiles; desesperadamente han resistido la langosta y otras plagas; han sufrido frío y calor extremos, y han andado medio desnudos y a medio comer para darse cuenta al final de la carrera de que sus esfuerzos han sido en vano. Del exiguo fruto de sus labores, la mayor parte es tomada en forma de tributos e impuestos, siendo lo que les queda tan solo la pitanza del mendigo. Han sufrido a manos de tiranos y opresores; han sido obligados a pelear en guerras injustas, mezclando sus amargas lágrimas con su tibia sangre; han sido azotados por terribles enfermedades y pestes; han sufrido mucho dolor de cuerpo y angustia mental, y, finalmente, acosados por la terrible lucha, se han decla-

rado vencidos, y con corazones despedazados han ido al polvo.

El profeta de Dios vio esta condición y bajo inspiración divina escribió: "En seguida volvíme, y me puse a observar las opresiones que se hacen debajo del sol: y he allí las lágrimas de los oprimidos y ellos no tenían consolador; pues que de parte de sus opresores estaba la potestad de modo que ellos no tenían consolador."—Ecle. 4:1.

Unos cuantos, violando las leyes de Dios y de los hombres o por razón de las circunstancias, aprovechándose de ellas, se encuentran como dueños de grandes porciones de tierra de las cuales obtienen mucho beneficio. Tienen casas, pozos de petróleo, minas, grandes hatos y rebaños. Por medio de la coerción y la opresión ejercen el dominio sobre sus semejantes y a su turno reciben muchos vanos aplausos de parte de otros hasta que finalmente pasan a la tumba, muchas veces sin honores ni alabanzas. Han gozado de las ventajas de la tierra solamente por un poco de tiempo y estas cosas, las más de las veces, los hacen peores que mendigos. "Hay un mal muy grave que he visto debajo del sol, a saber, las riquezas guardadas por su dueño para perjuicio de sí mismo."—Ecle. 5:13.

Desde los días del Edén hasta ahora solamente ha andado en la tierra un hombre con plena posesión de sus derechos. Esa excepción fue Jesús de Nazaret, y a pesar de eso, El fue "un varón de dolores que sabe de padecimientos" porque El vino a la tierra a llevar los pecados del pueblo con el fin de tener una oportunidad de librarlos de sus opresores, reconciliándolos con Dios para que pudieran gozar de la vida eterna.

Mucho se ha dicho y se ha escrito con referencia a hombres grandes, pero aparte de Jesús ningún hombre verdaderamente grande ha existido en la tierra. Todos los demás han sido mendigos. Ya sea que por algún tiempo hayan poseído mucho de los bienes de esta tierra, o un buen nombre, o fama, o reputación, todo esto ha desaparecido. Pequeños y grandes, ricos y pobres, todos llegan a nada y el hombre aprende la lección de que todo es vanidad. Todos han estado en la fila de mendigos y han tomado su turno. "Como salió de las entrañas de su madre, así desnudo volverá a ir lo mismo que vino, sin tomar consigo cosa alguna como fruto de su trabajo que pueda llevar en su mano." (Ecle. 5:15). "Porque nada trajimos al mundo, ni tampoco podemos sacar cosa alguna."—1 Tim. 6:7.

Uno de los inspirados testigos de Jehová, al observar que todos los hombres son mendigos y que todos sus esfuerzos son vanidad, y apercibiéndose de la razón de ello, se dio cuenta y escribió que la única esperanza para el hombre es la de reconciliarse y entrar en armonía con Dios. El dijo: "Oigamos pues la conclusión de todo el asunto: Teme a Dios y guarda sus mandamientos; porque esto es la suma del deber humano."—Ecle. 12:13.

Es evidente que nadie puede guardar los mandamientos de Dios hasta no conocer cuáles son esos mandamientos. Por muchos siglos Satanás, el común enemigo del hombre, lo ha mantenido en las tinieblas en cuanto a los mandamientos de Dios. Pero ahora hay una gran cantidad de luz para el pueblo de Dios, siendo el debido tiempo para que el hombre se aperciba de ello tan claramente como nunca antes. Ahora es posible saber por qué el Príncipe Adán llegó a ser un mendigo y por qué todos han sufrido como mendigos. Es también el tiempo

de conocer el misericordioso arreglo de Dios para la reconciliación y recobro de la raza de mendigos a una plena armonía con El. Dios tiene un modo para efectuarla, y es también su propósito el dar a todos la oportunidad de conocer cómo se ha de efectuar la reconciliación. "Esta es la vida eterna, que te conozcan a Tí, el único Dios verdadero, y a Jesu-Cristo a quien Tú enviaste."—Jn. 17: 3.

DESVIO

Las Escrituras no nos indican qué tanto tiempo Adán y Eva gozaron de las bendiciones en el Edén. Sin embargo, hubo tiempo suficiente para que Adán diera a Eva todos los informes concernientes a su conducta. Esto se prueba por las palabras que sobre el particular Eva dijo a la serpiente. El tiempo que allí duraron fue suficiente, al querer, para permitirles el demostrar su aprecio de la bondad de Dios hacia ellos.

La gratitud es el estado de aprecio o agradecimiento. Cuando uno recibe un buen obsequio de otra persona y no da señales ningunas de agradecimiento demuestra una mala condición de corazón. La gratitud es el primer paso para el ejercicio del verdadero amor. Cuando no hay gratitud de parte del que recibe un obsequio hacia el que lo da, da indicios de estar dominado por el egoísmo, lo cual es lo contrario del amor. Las leyes o reglas de acción que gobiernan a la creación inteligente de Dios nunca cambian; son eternas. Por esta razón, es evidente que hubiera sido grato a Dios que Adán hubiera mostrado su gratitud por todo lo que había recibio de manos de su bondadoso Creador.

La Palabra de Dios es explícita sobre este punto: "Sabed que Jehová sólo es Dios; El nos hizo, y nosotros

somos suyos, su pueblo, y las ovejas de su dehesa. Entrad en sus puertas con acciones de gracias, y en sus atrios con alabanza. Dadle gracias y bendecid su nombre. Porque Jehová es bueno; hasta la eternidad es su misericordia ,y hasta la postrera generación su verdad." (Sal. 100:3-5). "Bueno es alabar a Jehová y cantar salmos a tu nombre, oh Altísimo." (Sal. 92:1). "Ciertamente los justos han de dar gracias a tu nombre; los rectos morarán en tu presencia."—Sal. 140:13.

Adán no dio muestras de agradecimiento por todas las bondades recibidas de manos del Creador. Cuando le llegó la prueba prefirió ejercitar el egoísmo en cambio del amor. De haber manifestado el amor por Dios le hubiera obedecido. Adán no tuvo gratitud hacia Dios, procedió como un enemigo. El amar implica el ser amigo en todo tiempo. (Prov. 17:17). Lo que ocurrió en el Edén muestra que estas conclusiones son correctas y que Adán no fue el amigo de Dios. En sustancia Dios había dicho a Adán: 'He hecho esta tierra para tí. Te he creado y te he puesto en este hermoso jardín del Edén. ¡Mira cuán hermoso es! Te he puesto para que lo cuides y te he dado por compañera una esposa. Todo lo que se encuentra en este hermoso jardín es tuyo, para tu gozo y holgura. Hay solamente una excepción, y es el árbol del conocimiento del bien y del mal; de ese árbol no comerás: "Porque en el día que de él comieres de seguro morirás." Esto era pedir bastante poco de Adán, teniendo en cuenta todo lo que Dios había hecho por él; era una oportunidad que se le presentaba para demostrar su amor hacia su Hacedor y benefactor, y de si daría cabiada al egoísmo.

Lucifer era el que cuidaba al hombre. Siendo un sér espiritual no podía ser visto por el hombre, pero podía

sostener conversación con él. Lucifer, queriendo ser como el Altísimo y tener un dominio propio, se llenó de orgullo y ambición. (Isa. 14: 13, 14; Eze. 28: 13-18). Su ambición era le de controlar al hombre y hacer que éste le rindiera homenaje en vez de rendírselo a Dios. Esto lo podía conseguir únicamente apartando al hombre de Dios. Por medio de la serpiente se llegó a Eva para inducirla a creer que Dios les había mentido y que los estaba privando de algo que debieran tener. Eva le dijo: "Del fruto del árbol que está en medio del jardín ha dicho Dios: No comeréis de él, ni lo tacaréis, no sea que muráis." (Gén. 3: 3). A esto Lucifer contestó: "De seguro que no moriréis; antes bien sabe Dios que en el día que comiéreis de él vuestros ojos serán abiertos y seréis como Dios, conocedores del bien y del mal."—Gén. 3: 4, 5.

Viendo Eva que el fruto era bueno para comer y que era una delicia a los ojos y árbol deseable para alcanzar sabiduría, tomó del fruto y comió, en violación a la órden de Dios. Las Escrituras no muestran que Adán se encontraba presente durante la conversación entre Eva y la serpiente. Es razonable suponer que cuando él se presentó Eva le dijo en sustancia lo siguiente: 'Adán, tu Padre es mentiroso. Lucifer me ha dicho por medio de la serpiente que tu Padre ha mentido y yo lo he probado comiendo de este fruto. Yo lo encuentro muy bueno, y todavía estoy viva y sin sufrir mal alguno.'

De haber Adán manifestado amor por Dios hubiera dicho: 'Mi Padre no es mentiroso. El no puede mentir. ¿Para qué nos había de decir una mentira? Mira este hermoso jardín que nos ha dado como nuestro hogar. El nos hizo, y nos colocó aquí para que lo representemos. El nos ha dado todo esto para que lo gocemos

eternamente bajo la condición de obediencia. El nos dijo que no comiéramos de esa fruta. Indudablemente que tiene una buena razón para ello y nosotros no deberíamos dudarlo por un solo momento. El nos ha demostrado su gran amor y ahora nos toca demostrarle el nuestro. Bien seguro que cuando El lo juzgue conveniente nos dará a comer de ese fruto.'

Si Adán hubiera tomado ese curso de conducta, y si Eva se hubiera arrepentido de su mala acción pidiendo perdón a Dios por ella, Dios hubiera hallado la manera de limpiarla, puesto que la sentencia de muerte no recaía directamente sobre ella. Dios había dado la orden a Adán, y de boca de él la había oído. Adán era la cabeza sobre quien reposaba la responsabilidad de sus propios actos y de los de Eva. De haber dado Adán los pasos necesarios para remediar el mal hecho los resultados hubieran sido por completo diferentes pero en cambio tomó un curso egoísta y escuchando la voz de su mujer desobedeció la orden de su Padre. Desde entonces hasta ahora todo hombre que, en contra de su juicio y razón y haciendo violencia a su conciencia, ha cedido a la influencia de una mujer, ha cortejado para sí innumerables sufrimientos. Ha sido difícil para el hombre el aprender esta lección debido principalmente a que no han hecho caso de la Palabra de Dios. Adán cedió a la insinuación de su esposa y voluntariamente violó la ley de Dios, participando del fruto prohibido.

Se ha insinuado que el gran amor que Adán tenía por su esposa lo indujo a violar la ley de Dios y que, por lo tanto, lo que él hizo es hasta cierto punto excusable. Pero, ¿en verdad demostró Adán su amor hacia Eva por medio de lo que hizo? Nó. Cuando un hombre ama en verdad vela y protege los intereses del sér amado. Si

Adán en verdad hubiera amado a su esposa le hubiera dicho: 'Eva, has hecho muy mal, pero yo iré a mi Padre y le rogaré que te limpie de tu maldad.' La falta de amor por Dios de parte de Adán, y la falta de verdadero amor hacia Eva motivaron el que violara la ley de Dios. Su conducta muestra que él poco más o menos se dijo: 'Si Eva tiene que morir me veré privado de ella, y sin ella yo no tendré el mismo gozo que he tenido en este jardín; no quiero verme sin su compañía; junto con ella sufriré las consecuencias.' El egoísmo lo indujo a proceder de esta manera. El prefirió llegar a ser un triste mendigo con Eva que ser un príncipe y permanecer en armonía con su grande y amante Creador. Escogió el camino del egoísmo en vez del camino del amor y se mostró ingrato a Dios de quien había recibido tanto beneficio. Su ingratitud y egoísmo mostraron que no era amigo de Dios, y puesto que sólo los justos pueden morar en la presencia de Dios (Sal. 140:13), cuando dejó de ser justo a causa de su injusto acto, quedó separado de El y no pudo por más tiempo estar en su presencia.

La conciencia es la facultad de la mente por medio de la cual la criatura se da cuenta y claramente percibe o aprecia que el curso de conducta seguido es bueno o es malo. (Rom. 2:15; 2 Cor. 1:12; 1 Ped. 3:16). Antes de que Adán comiera del fruto prohibido sabía que era malo el hacerlo por cuanto Dios se lo había dicho. (Gén. 2:17). También sabía que tanto él como su esposa se hallaban desnudos y no se avergonzaban por ello.—Gén. 2:25.

Cuando Adán y Eva tomaron un curso de acción malo al comer del fruto prohibido en violación a la ley de Dios distintamente se apercibieron y apreciaron el hecho

de que habían hecho mal, y el darse cuenta de que estaban desnudos fue para ellos una evidencia de que habían seguido un curso malo. Su conciencia los acusaba y en su temor trataron de cubrir su desnudez y esconderse. Por supuesto que ellos poseían esa facultad mental antes de desobedecer pero no principió a manifestarse sino hasta, y como resultado de la mala acción. El acto de cubrir su desnudez en ningún sentido puede interpretarse como que habían sido elevados a un más alto nivel intelectual, sino el despertar a la malicia, demostrando que sus conciencias los condenaba y que sabían que se encontraban culpables ante Dios. El clero repetidas veces ha dicho que la violación de la ley de Dios consistió en que ejercitaron sus funciones sexuales, pero semejante conclusión es más que absurda. Claramente muestran las Escrituras que esa no es la verdad, puesto que habían recibido autoridad y tenían la facultad de multiplicarse. Las Escrituras no dan lugar a duda en cuanto a que lo prohibido a ellos era el comer del fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal, y que el hacer tal cosa fue una evidencia de rebelión y de deslealtad a Dios.

Dios los llamó a cuentas el mismo día. De parte de ellos no hubo la menor expresión de arrepentimiento. Comenzaron a excusarse o justificarse. La mujer echó la culpa a la serpiente, y el hombre culpó a la mujer y al mismo Creador. De haber Adán amado a su mujer no la hubiera acusado ante Dios. Si hubiera amado a Dios no le hubiera reprochado el haberle dado una esposa. "Y dijo el hombre: La mujer que me diste para estar conmigo me dio del árbol y comí." (Gén. 3: 12). La inferencia que se saca de estas palabras de Adán es la de que si Dios lo hubiera dejado solo en el

jardín y no le hubiera dado una compañera, no se hubiera llevado a cabo la desobediencia, y que por lo tanto, a lo menos en parte, Dios era culpable por la mala acción. Siempre Satanás ha tratado de inducir a la gente a creer que Dios es el responsable de sus sufrimientos. Sin duda alguna que Satanás insinuó a Adán que echara la culpa a Eva y a Dios. Todo esto demuestra que Adán no dio evidencias de dolor ni arrepentimiento por haber ofendido a su Creador.

Dios no podía dejar pasar sin castigo el acto de rebelión y el pecado de sus criaturas. El castigo tenía que venir pronto o la ley de Dios se probaba nula, su gobierno una farsa, y el pecado, que entonces tuvo su principio, hubiera con el tiempo dado fin al universo. Dios procedió a declarar su juicio en contra del hombre en armonía con su ley ya anunciada de que la muerte sería el resultado del pecado. En conexión con este juicio nótese que la mujer había asumido una posición superior y se había adelantado a su marido en desafiar la ley de Dios. Siendo parte de Adán, ahora le tocaba sufrir la pena de muerte, pero antes de que esta pena fuera sufrida por completo le tocaba sufrir algo más. Tenía que estar sujeta a su marido y con dolor dar a luz sus hijos.

Conforme a los términos del juicio en contra de ellos, Adán y su esposa continuarían existiendo por algún tiempo y durante su existencia se verían privados de la paz y de los goces de la vida. A causa de su mala acción Adán perdió el derecho a la vida, y dentro de los límites provistos por la ley, y como resultado de ella, los dos tendrían que volver al polvo de donde habían sido tomados. Conforme a ese juicio tenían ahora que dejar su perfecto hogar y salir a la parte de la tierra que les

produciría espinas y abrojos, en contra de los cuales tendrían que luchar, ganando su pan con el sudor de su rostro, hasta que se completara su pena con la muerte. Aun cuando la pena fue la muerte, sin embargo el método empleado por Dios para poner en vigor la sentencia muestra que no tenía la intención de que murieran instantáneamente. Por esta razón los arrojó del Edén.

Aquel que había sido un poderoso príncipe tenía ahora que salir a la tierra inculta para comenzar su existencia de mendigo. Perdió el dominio de los animales los cuales desde entonces llegaron a ser enemigos, y para impedir que volviera y tomara del árbol de la vida se puso guardia a la entrada del Edén. Y ahora, despojado de su poder y autoridad, separado de Dios y bajo condena, salió del paraje que, en un tiempo, fue su feliz hogar para marchar hacia su tumba de mendigo. (Gén. 3:15-24). El registro, entre otras palabras, contiene las siguientes: "Por tanto le echó Jehová del jardín del Edén." Esto muestra que Adán, después de ser sentenciado, no abandonó gustosamente el Edén, sino que fue forzado a salir de él.

Fuera del Edén, y sin la protección de Dios, Adán y Eva de nadie podían esperar abrigo y protección. No sabían cómo les sería quitada su vida, si por accidente o devorados por las fieras, ahora sus enemigos. Su condición era todo menos feliz. Estaban privados de comunión con Dios porque Dios había apartado su rostro de ellos, y no tenían el privilegio de orar ni ningún otro medio de comunicación. Sin embargo, no hay razón ninguna para creer que se sentían en gran manera afligidos a causa de su acción. En el registro que se da nada se dice en cuanto a que sintieron o expresaron dolor. El silencio que hay sobre este punto puede to-

marse como una prueba bastante fuerte de que la actitud de Adán era una de indiferencia. Parece como si se hubiera por completo olvidado de Dios y como si se hubiera apartado de El sin esperanza alguna.

Hay alguna evidencia de que Eva tenía un poco de fe pero no mucho dolor por lo sucedido. Cuando su hijo Caín nació, dijo: "He adquirido hombre con ayuda de Jehová." (Gén. 4:1). El hecho de que asoció el nombre de Jehová con el nacimiento de su hijo muestra que no se había por completo olvidado de Jehová. Cuando su hijo Set nació ella dijo: "Dios me ha sustituido otra simiente en lugar de Abel, a quien mató Caín." (Gén. 4:25). Debe recordarse que al pronunciar su sentencia sobre el hombre, entre otras cosas Jehová dijo, dirigiéndose a la serpiente: "Pondré enemistad entre tí y la mujer, y entre tu simiente y su simiente; ésta te quebrará la cabeza y tú le quebrarás el calcañar." (Gén. 3:15). Estas palabras sirvieron a Eva de base para tener alguna esperanza de que ella daría a luz una simiente que llevaría a cabo algo en cuanto a castigar el instrumento que había motivado su caída, y es posible que ella tenía fe de que algunos recibirían el beneficio de ello. Pero el registro no muestra nada con respecto a que Adán entretenía la esperanza de volver al Edén y entrar nuevamente en armonía con Dios.

Algunos que probablemente no han razonado cuidadosamente lo que la Biblia dice sobre el particular han expresado la idea de que Adán y Eva comparativamente fueron inocentes de una seria transgresión a causa de su ignorancia y falta de experiencia. Al razonar de esta manera llegan a la conclusión de que la expulsion del Edén y la sentencia de muerte fueron muy severas. Los

hechos no dan apoyo a estas conclusiones. La majestad de la ley de Dios había sido pisoteada, y esto se había hecho por criaturas perfectas, plenamente informadas de las consecuencias. Al tratar Dios ligeramente este acto deliberado negaría la majestad de su anunciada regla de acción. La falta de experiencia no puede alegarse como causa atenuante. El hombre poseía todas las facultades de una criatura perfecta y había recibido la directa orden de su Creador en cuanto a lo que podía hacer y lo que no debía hacer. El castigo tenía que estar en armonía con su anunciada ley y por lo tanto no era duro ni demasiado severo.

Se ha insinuado la idea de que Adán y Eva se amaban en gran manera y que por lo tanto su sufrimiento fue aliviado en mucho, soportando mutuamente sus cargas. Esta conclusión tampoco está apoyada por las Escrituras. Muy poco respeto podría Eva sentir por su esposo después de que él había hecho alusión a ella como "la mujer que me diste para estar conmigo." No es razonable pensar que Adán podía inspirar en ella mucha confianza después de que él la había culpado de su deliberada desobediencia. Por otro lado, la presunción de Eva en decidir un punto vital y proceder por su cuenta sin consultar a su esposo no podía producir en él mucho amor o respeto por ella. Cuando salieron del Edén salieron como mendigos, y con sus corazones mutuamente predispuestos en contra. Y fuera del Edén, sufriendo las continuas dificultades que tuvieron que afrontar, es casi seguro que había fricción continua entre ellos y mutuas recriminaciones. Muy pocos hombres y mujeres han entendido la propia relación entre esposo y esposa, y ésta ha sido una de las principales fuentes de tanta infelicidad en la relación conyugal.

Fue bajo estas condiciones adversas que engendraron sus hijos. En su estado de perfección se les había concedido la facultad y autoridad de multiplicarse pero no concibieron ningún hijo sino hasta cuando habían sido arrojados del Edén a causa de su desobediencia e imperfección. La setencia en contra de ellos los privó del derecho a la vida y por consiguiente sus hijos nacieron sin ese derecho, y además, con la adversa influencia prenatal, especialmente en el caso de Caín, su primer hijo. Es probable que a esto se deba la malévola disposición de Caín. Es bien sabido que la condición mental de los padres al tiempo del engendro y durante el período de gestación se refleja en el hijo. Cuando nació Caín todavía había mucha amargura en el corazón de sus padres, pero probablemente se encontraban más reconciliados con su condición cuando nació Abel. Sin duda alguna habían intervalos en que se sentían mejor dispuestos el uno hacia el otro. Pero necesariamente todos los hijos de Adán y Eva nacieron imperfectos puesto que los padres eran imperfectos y no podían traer a la existencia hijos perfectos. Y siendo los hijos imperfectos no podían ser aprobados por Dios, y lo que no está aprobado por Dios está condenado o rechazado. Por esta razón es que todos los hijos de Adán se encuentran bajo condenación y son por lo tanto pecadores: Sobre este particular está escrito: "Por medio de un solo hombre entró el pecado en el mundo, y por medio del pecado la muerte, y así la muerte pasó por todos los hombres por cuanto todos pecaron." (Rom. 5:12). "He aquí, en iniquidad nací yo, y en pecado me concibió mi madre."—Sal. 51:5.

Por supuesto que los hijos de Adán y Eva no fueron sometidos a prueba ni quedaron directamente incluidos

en la sentencia pronunciada, porque no habían nacido al tiempo en que se dio la sentencia. Sin embargo, el juicio de Dios quitó a Adán el derecho al dominio de la tierra y el derecho a la vida. Por lo tanto le era imposible transmitir a sus hijos tales derechos. En eso consistió su condenación, la cual les resultó a causa de nacer imperfectos. El clero ha enseñado que los hijos de Adán fueron incluidos en la transgresión, en la prueba, y en la sentencia, que el pecado de Adán fue imputado a ellos, y, por lo tanto, que Dios condenó a esos hijos antes de que nacieran. Sin embargo, esa contención no está apoyada por el registro bíblico, puesto que leemos: "Sin embargo de lo cual, reinó la muerte desde Adán hasta Moisés, aun sobre los que no habían pecado conforme a la semejanza de aquella transgresión de Adán, quien es tipo de aquel que había de venir."—Rom. 5:14.

Esto definitivamente muestra que los hijos de Adán y Eva no fueron condenados en el juicio a causa de pecar conforme al pecado de Adán, sino que su condena resultó de nacer de padres imperfectos que se encontraban bajo la sentencia de muerte y sufriendo la pena. Fueron pecadores por herencia.

Adán fue creado a la imagen y semejanza de Dios y fue creado perfecto. Después de su pecado y de la expulsión del Edén, él engendró sus hijos. Esos hijos no fueron engendrados conforme a la imagen y semejanza de Dios, sino conforme a la imagen de Adán, el mendigo, el sér imperfecto, encontrándose en ellos la semilla del pecado. Esa condición ha existido por todo el tiempo y todos los que han nacido han nacido malos. Aparte de Jesús no ha nacido al mundo ningún otro sér que se haya visto libre de debilidad física ni de mancha del pecado.

Aun cuando no haya nada que indique que Adán tenía la esperanza de que se le permitiera volver al Edén, con todo, el registro deja ver que de no no habérsele impedido de muy buena gana él hubiera vuelto. Dios colocó al frente del jardín del Edén, al este que probablemente era la única vía de entrada, los querubines y una espada de fuego que daba vueltas para guardar el camino del árbol de la vida. Entre las razones para impedir a Adán el volver al Edén se encuentran las siguientes: (1) El juicio divino en contra de él, el cual era final y del cual no había apelación, siendo puesto en vigor por medio de su expulsión del Edén; (2) la ingratitud de su corazón hacia Dios y la falta de arrepentimiento por su mala acción, y (3) su deseo por cosas pecaminosas, el cual era mucho mayor que su deseo por las cosas que eran justas. Aun en el caso de ser posible hacer a un lado la sentencia es probable que la ingratitud y su deseo por el mal hacer hubieran servido de tropiezo. Esto es una evidencia de que la senda de la reconciliación con Dios, una vez abierta, puede tan solo ser seguida con éxito por los que desean la justicia y sienten gratitud y amor por Dios.

¿Pero cuál iba a ser finalmente la suerte del hombre? Se encontraba fuera del Edén y llevándose a cabo en él gradualmente la sentencia de muerte que sobre él pesaba, pero antes de que se llevara a cabo por completo, el propósito de Dios era el de permitir que Adán y Eva dieran a luz algunos hijos. ¿Cuál sería el efecto sobre esos hijos, y cuál el destino final de ellos? ¿Seguirían estos hijos el camino hacia abajo hasta que llegaran a ser por completo exterminados? ¿Qué efecto tendría el pecado sobre los ángeles del cielo? Sin duda que el pecado en la tierra tenía que producir sus efectos en las criaturas

vivientes más allá de sus confines. También en esto el clero, a causa de sus falsos razonamientos inducidos por Satanás, ha llegado a falsas conclusiones y ha enseñado a la gente erróneamente sobre este particular. Por mucho tiempo ha enseñado que la vida del hombre no termina cuando muere sino que continúa para siempre, y que los que no se reforman son encerrados en un lugar de sufrimiento terrible en donde serán atormentados eternamente por otros seres y que esto es sin la menor esperanza de alivio.

Del juicio de Dios se evidencia que a menos de que a su debido tiempo El haga uso de su misericordia en provecho del hombre la destrucción sería el fin de la raza humana en su totalidad. Es evidente que si ha de efectuarse una reconciliación entre Dios y los hombres la iniciativa tiene que venir de parte de Jehová y El tiene que hacer posible al hombre su retorno.

¿Hará Dios algo en beneficio de la raza de mendigos? El no nos ha dejado en tinieblas en cuanto a este punto. El ha permitido al hombre el tener una larga experiencia con el pecado pero ahora, después de sesenta siglos, está haciendo todo lo relacionado a su plan y sus propósitos tan claro que todos pueden entender que El ha hecho provisión para el retorno del hombre a una condición de armonía con El. Es cierto que por diez y nueve siglos los que se han consagrado a hacer la voluntad de Dios y han llevado a cabo fielmente su pacto, confiados en el mérito del Amado Hijo de Dios, han entendido la manera que Dios tiene para la reconciliación, pero la humanidad en general se ha encontrado en tinieblas.

El plan de reconciliación fue preparado por Dios desde un principio y El desde entonces se encontraba enterado de todos sus detalles puesto que está escrito: "Conocido

es a Dios el fin desde el principio." (Hech. 15:18). Sin embargo, solamente los que se han dedicado por completo a Jehová han comprendido su misericordiosa provisión. El mensaje de reconciliación ha sido predicado a unos pocos durante los siglos pasados pero la gran mayoría nada ha sabido de él. Concerniente a esto está escrito: "El dios de este siglo ha cegado los entendimientos de los que no creen, para que no les amanezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios."—2 Cor. 4:3, 4.

Para que el hombre pueda obedecer y someterse a los términos de la reconciliación es preciso que tenga conocimiento de ellos. Satanás siempre se ha esforzado por mantener a los hombres ciegos en cuanto a la graciosa provisión que Dios ha hecho. Con este fin ha utilizado al clero ambicioso, por conducto de ellos enseñando doctrinas falsas y haciendo entender mal al hombre su origen y destino. Entre otras cosas que han enseñado es que el hombre no es por completo un sér humano, sino que es parte humano y parte divino. Esta ha sido una de las más grandes piedras de tropiezo que tiene que ser removida y que está siendo removida para que la gente pueda entender cómo Dios puede ser justo y al mismo tiempo el justificador de la humanidad, y cómo puede El apropiadamente reconciliar a la humanidad consigo mismo y restaurar a todos los que sean obedientes a sus justas leyes. Solamente por medio de su Palabra se puede determinar lo que es el hombre y qué relación tiene éste hacia su Creador.

CAPITULO III

¿Qué es el Hombre?

TODOS están de acuerdo en que la mente es parte de la criatura, y que por medio del ejercicio de su mente el hombre puede examinar los hechos, pesarlos, y arribar a una conclusión sobre un asunto bajo consideración. En sus esfuerzos por resolver el por qué de algunas cosas el hombre razona del efecto a la causa. El sér humano muchas veces se ha hecho la pregunta: ¿Qué es el hombre? Muchos ardiente y diligentemente han examinado la evidencia suministrada sobre el asunto. La gente sensata requiere que se presente la mejor evidencia obtenible para poder arribar a una conclusión razonable sobre algún asunto importante en cuestión. El asunto en cuestión, ¿Qué es el hombre? requiere la mejor evidencia obtenible y que ésta proceda de fuentes dignas de crédito.

Alguien puede presentar la teoría de que la luna está hecha de queso verde. La tal persona puede presentarse ante una audiencia inteligente y pedirles que escuchen la evidencia que puede ofrecer y el argumento en apoyo de su teoría. Al escucharla, los hombres y mujeres inteligentes que forman la concurrencia se sonríen y unos a otros se miran como diciéndose: 'Este pobre hombre es probablemente sincero en su creencia de que la luna está hecha de queso verde, mas es evidente a toda persona sensata, y se demuestra por la evidencia al alcance de todos, que la luna no está hecha de queso verde. No vamos a

contarnos entre los insensatos escuchando a este hombre. Él tiene derecho a ser insensato si así él lo quiere, pero, ¿por qué hemos de permitir que nos haga a nosotros también insensatos?'

Otro se presenta ante una inteligente concurrencia. El tal tiene la reputación de ser un hombre de mucho saber. Tiene aspecto de sabio, y se cree un sabio, y por lo tanto habla con profunda gravedad. Es un profesor de teología y un clérigo de renombre a quien se le aplican los epítetos de sabio y hombre de ciencia. Solicita de la audiencia que escuchen la presentación de su argumento en apoyo de una nueva teoría concerniente al origen del hombre. En pocas palabras la teoría es como sigue: 'El hombre es el producto de la fuerza de evolución; hace millones de años unos cuantos átomos tomaron la forma de un protoplasma; por medio de la operación de fuerzas de la naturaleza, la vida se manifestó en la forma más inferior; después de millones de años más este proceso de evolución produjo un mono; ese proceso continuó hasta que el hombre fue formado.' Luego procede a presentar la prueba para apoyar su argumento de la teoría de la evolución. La concurrencia inteligente oye esta breve explicación de su teoría y luego dice: 'Este hombre probablemente es sincero en lo que creé, y por sus métodos de raciocinio pueda ser que se convenza a sí mismo de que el hombre es el producto de la evolución; pero ciertamente no tiene ninguna evidencia de peso en apoyo de su teoría. Si él quiere creer que sus antecesores eran monos, que lo crea, pero no le permitiremos que haga monos de nosotros. Creemos lo que dice la Biblia, y sus teorías están diametralmente opuestas a ella.

El que cree en Dios, y cree en la Biblia como su Palabra, no necesita perder tiempo escuchando o discutiendo

la teoría de la evolución humana. Sería insensato el entrar en discusión en cuanto a si la luna estaba formada de queso verde, y es peor que insensatez el ponerse a argumentar sobre si el hombre se hizo a sí mismo o si resultó por la evolución del protoplasma. El cristiano sabe que el hombre es la directa creación de Dios y no tiene que entrar en argumentos en una proposición cuya sola mención hace aparecer a Dios como mentiroso. Nadie puede ser cristiano a menos que no crea en que Jehová es Dios y que Jesu-Cristo es el amado Hijo de Dios, el Salvador de la humanidad. La vida del cristiano es fe en Dios y en su Palabra, la Biblia. La Palabra de Dios no es ambigua en ningún sentido, sino bastante clara en cuanto al origen del hombre. Ella pone fin a toda controversia.

El autor de este libro creé que Jehová es el único y verdadero Dios, el Creador de los cielos y la tierra, y que su Palabra es la verdad; cree también que Jesús es el gran Agente Ejecutivo de Jehová en la creación de todas las cosas, y que El es el Redentor del hombre. Por lo tanto, se niega a considerar las tal llamadas evidencias que se ofrece en apoyo de la teoría de que el hombre es producto de la evolución.

La teoría de la evolución del hombre procede del Diablo, no importa quiénes sean los que aboguen por ella. El Diablo es el sér inicuo que abusó de la confianza que en él se reposó, se rebeló en contra de su Hacedor, sedujo a los ángeles del cielo y degradó a la raza humana. El tomar en serio una discusión sobre si el hombre fue creado directamente por Dios, o si es el resultado del proceso de la evolución, sería el tomar en serio a Satanás, cosa que no sería del agrado de Dios.

Algunos que pretenden ser cristianos y que predican la Palabra de Dios abiertamente advocan la teoría de la evolución humana. Al hacer eso se han tornado en instrumentos de Satanás, y él los está usando para apartar la mente de la gente lejos de Dios. Estos ciegos instrumentos de Satanás han colocado de una manera prominente la teoría de la evolución en los colegios, universidades y hasta en las escuelas públicas. Al hacer esto han logrado bastante éxito en destruir la fe de la juventud en cuanto a Dios y su Palabra. Este paso es otra de las astucias de Satanás para apartar las mentes de las gentes lejos de su gran Creador. Satanás no quiere que la luz de la verdad brille en las mentes y corazones de los que él ha cegado. El que se ha consagrado a Dios y ha aprendido las preciosas verdades que se revelan en su Palabra, y luego se torna en evolucionista, advocando esa teoría como explicación del origen del hombre, se convierte en hijo de Satanás. Y el animar al tal a que debata el punto de si el hombre es o nó una criatura evolucionada, es un pecado. El profeta de Dios, en representación de los que ahora siguen en las huellas de Cristo, dijo: "Guardaré mi boca con una mordaza, en tanto que el inicuo está delante de mí."—Sal. 39 : 1.

El deber de los cristianos es enseñar la verdad, y ni aun siquiera escuchar mentiras en contra de Jehová, mucho menos el ponerse a discutir si son o nó ciertas. Dios ha ungido y señalado al cristiano para que proclame las buenas nuevas de su plan de redención a los que son enseñables y desean oir. Los ha comisionado para que venden a los quebrantados de corazón y para que consuelen a los que lloran y desean ser consolados. (Isa. 61: 1, 2). Sería por lo tanto imposible a un cristiano el desempeñar su comisión a menos de que crea

que Dios creó al hombre perfecto y que el dolor, las enfermedades y la muerte resultaron a causa del pecado; que Dios en su infinita bondad ha provisto la redención del hombre por medio de la muerte y resurreción de su amado Hijo, y que Dios, a su debido tiempo, restaurará a los obedientes de la humanidad al estado de perfección gozado por el hombre cuando lo creó. El cristiano tiene que ser un fiel y verdadero testigo de Dios y no ayudar, directa o indirectamente, a esparcir lo que en sustancia es el repudio de Jehová. La teoría de la evolución humana no solamente es mala sino que es también indigna de hallar refugio en la mente de los hijos de Dios siquiera por un momento, y debería ser rechazada por todos los que son leales a Dios. El propio curso de conducta de un cristiano en lo que toca a filosofías de la índole de la evolución se indica por el apóstol: "Cuidado, no sea que haya quien os lleve cautivos por medio de su filosofía y vana argucia, según la tradición de los hombres, según los rudimientos mundanos, y no según Cristo."—Col. 2: 8.

Sobre este mismo punto se le dice al cristiano: "Al que es débil en la fe recibidle, mas no a disputas de opiniones dudosas." (Rom. 14: 1). Con el mismo fin el profeta de Dios escribió las siguientes palabras, muy apropiadas para el cristiano en este tiempo: "Porque tengo tu misericordia delante de mis ojos, y ando en tu verdad. No me he sentado con hombres de falsedad, ni andaré con los disimulados. Tengo aborrecida la reunión de los malhechores, y con los inicuos no me sentaré."—Sal. 26: 3-5.

Nadie puede ponerse a discutir la evolución, en lo que al hombre toca, sin violar este texto. El que tal disputa en contra de la Palabra de Dios, si ha sido iluminado

por esa Palabra o profesa enseñarla, es una persona de falsedad y es un inicuo. El Salmista añade: "Lavaré mis manos en la inocencia; y así rodearé tu altar, oh Jehová; para hacer resonancia con voz de alabanza y para contar todas tus maravillas."—Sal. 26:6, 7.

El mismo profeta escribió: "Aborrezco a los vacilantes, pero amo tu ley." (Sal. 119:113). Y luego indica lo que es propio para la meditación del cristiano: "Meditaré en tus preceptos, y fijaré mi vista en tus senderos."—Sal. 119:15.

Pero se dirá, ¿acaso la mayoría del clero no apoya la teoría de la evolución humana? ¿No son esos miembros del clero gente de saber, y por esta razón acaso no debe esa teoría recibir una plena consideración? Para vergüenza de ellos apoyan la teoría de la evolución. Si son gente de saber, lo son en cuanto a las vanas filosofías de los hombres pero no en cuanto a la Palabra de Dios, y puesto que han aceptado la teoría de la evolución, han llegado a ser inicuos según las Escrituras, y por lo tanto son instrumentos de Satanás y enemigos de Dios. A causa de su supuesto saber y de su gran reputación entre lo hombres, han hecho más que cualquier otro grupo en cuanto a destruir la fe en la Biblia como la Palabra de Dios.

Desde el Edén hasta el tiempo presente la táctica de Satanás ha sido la de apartar a la gente de Dios. Para llevar a cabo sus intentos, ha echado mano de toda clase de vanas filosofías y razonamientos insensatos. Cor esto ha inducido a los hombres a creerse sabios, siendo ambiciosos de aparecer como sabios ante sus semejantes. Cierto es que Dios hubiera podido impedir a Satanás que ejerciera su influencia sobre la gente, y hubiera podido destruir junto con su teoría. Puesto que no lo ha hecho

es prueba de que no ha llegado el debido tiempo para ello. Sin embargo, Dios dice que al debido tiempo El destruirá a todos los inicuos. Y el hecho de que no ha impedido la promulgación de esa inicua doctrina es una razón suficiente para que el cristiano no entre en discusiones sobre ese particular tratando de probar su falsedad o veracidad, o con la esperanza de destruirla.

La evolución humana es uno de los errores que Satanás ha enseñado al hombre, el cual Dios no ha impedido para que éste tuviera una oportunidad de por experiencia aprender sus efectos. Mas éste es el día en que el cristiano tiene que declarar el mensaje del reino de Dios y decir a la gente que a su debido tiempo Dios limpiará la tierra de todas las malas teorías y prácticas. Que nigún cristiano desperdicie su tiempo ni sus esfuerzos metiéndose en controversias con alguno de los agentes del Diablo a tratar de averiguar si Dios es o no es mentiroso. Al cristiano le toca ahora proclamar el mensaje de la verdad para alabanza del nombre de Jehová. Siendo ese el caso debe contentarse con decir a la gente que la teoría de la evolución, en lo que al hombre concierne, es una de las mentiras de Satanás, y debe mostrar que destruye la fe en Dios y en su Palabra. Debe también hacer bastante claro el punto que está sólidamente fundado sobre la Palabra de Dios y que se niega a entrar en controversias o discusiones con cualquiera que niegue a Jehová o que niegue que su Palabra es la verdad. Ante esos tales el cristiano debe poner mordaza a su boca, es decir, debe guardar silencio.

Fue en los días de Noé cuando el Diablo organizó a los hombres en grupos o sociedades que se aplicaban el nombre del Señor. (Gén. 4:26). Entonces fue cuando comenzó a dar flor la hipocresía porque estos hombres

se daban el nombre del Señor en calidad de mofa. Y Satanás se ha encargado de que la hipocresía crezca abundantemente entre la humanidad. Sin duda alguna que nunca en la tierra ha habido tanta hipocresía como hoy en día. La mayor parte de los miembros del clero pretenden ser representantes de Dios y pretenden predicar su Palabra, apareciendo como los únicos maestros de la la verdadera religión mas al mismo tiempo, y abiertamente, advocan las doctrinas de Satanás. Todo miembro del clero que se presenta ante el público como siervo de Dios y de Jesu-Cristo y al mismo tiempo advoca la teoría de la evolución humana, está abiertamente enseñando la mentira de Satanás y practicando la falsedad. Los tales tienen comezón en los oídos y desean que se diga de ellos que son grandes y sabios. Su egoísmo, orgullo y ambición los ha hecho caer en la trampa de Satanás.

Téngase en cuenta que la teoría de que el hombre es una criatura de evolución es una teoría moderna, siendo advocada por el clero moderno, cuyos miembros hasta se dan el nombre de "modernistas." Previendo Dios que esta condición prevalecería entre los cristianos, hizo que su inspirado inspirado testigo escribiera: "Porque vendrá tiempo en que no sufrirán la enseñanza sana, sino que, teniendo comezón en las orejas, amontonarán para sí maestros, conforme a sus propias concupiscencias; y apartarán de la verdad sus oídos, y los volverán a las fábulas. Tú, empero, sé vigilante en todas las cosas, sufre trabajos, desempeña la obra de evangelista, cumple bien tu ministerio."—2 Tim. 4:3-5.

Tampoco hay lugar ninguno a duda en cuanto al curso que debe seguir el verdadero cristiano en este tiempo ni cuál debe ser su propia actitud hacia estos instrumentos

del mal. Claramente se les dice: "Apártate de los tales." El cristiano que obedece esta orden no se mete en discusiones de la teoría de la evolución concerniente al hombre. Sobre este mismo punto escribió el apóstol: "Mas sabe esto, que en los postreros días vendrán tiempos peligrosos. Porque los hombres serán amadores de sí mismos, amadores del dinero, jactanciosos, soberbios, blasfemos, desobedientes a su padres, ingratos, impíos, sin afecto natural, implacables, calumniadores, incontinentes, fieros, aborrecedores de los que son buenos, traidores, protervos, hinchados de orgullo, amadores de los placeres más bien que amadores de Dios; teniendo la forma de piedad, mas negando el poder de ella; apártate de los tales."—2 Tim. 3:1-5.

Estos sabios modernos están ébrios con el deseo de recibir la aprobación de los hombres y de adquirir poder entre los demás. Su orgullo y su ambición los ha cegado. Si en un tiempo tuvieron la visión del plan de Dios han quedado ciegos, y ahora presentan su propia sabiduría en oposición a la sabiduría de Dios. Entre ellos mismos se dicen: 'Dios no hizo al hombre, sino el hombre se hizo a sí mismo. Nosotros somos más sabios que los ignorantes que escribieron la Biblia. Ahora podemos dar expresión a nuestra sabiduría. Ni Dios ni los hombres pueden poner en duda nuestra sabiduría.' La insensatez de estos arrogantes sabios según su propio concepto ha apartado a mucha gente del verdadero Dios.

Dios ha podido impedir estas malévolas influencias de Satanás e impedir a esos hombres que continuaran enseñando esas falsedades, pero, como ya dijimos, El ha permitido tal condición para que la raza humana aprendiera ciertas lecciones y al debido tiempo las pudiera aprovechar. Dios preconoció y predijo el curso de conducta que

tomarían los modernistas o evolucionistas y por lo tanto hizo que su profeta escribiera las siguientes palabras que tienen aplicación al tiempo presente: "Detenéos y maravilláos; gozáos y cegáos. Ebrios están, mas no con vino; tambalean mas no a causa de licor fermentado. Porque Jehová ha derramado sobre vosotros el espíritu de sueño profundo, y os ha cerrado los ojos, a saber, los profetas; y ha cubierto vuestras cabezas, los videntes, y así toda visión os ha venido a ser como las palabras de un libro sellado, que se le da a uno que sabe leer, diciendo: Ruégote me leas esto; y responde: No puedo, porque está sellado; luego se da el libro al que no sabe leer, diciendo: Ruégote me leas esto; y él responde: No sé leer. Dice pues el Señor: Por cuanto este pueblo se me acerca con su boca, y con sus labios me honran, pero alejan de mí su corazón y su temor de mí es un mandamiento de hombres, cosa que se les ha enseñado; por tanto yo volveré a obrar maravillosamente con este pueblo; cosa asombrosa y maravillosa voy a hacer, y perecerá la sabiduría de sus sabios, y la inteligencia de sus entendidos desaparecerá. Ay de los que ahondan el consejo, a fin de ocultarlo a Jehová, y cuyas obras están envueltas en tinieblas; y dicen: ¿Quién nos ve? y ¿Quién nos conoce? ¡Qué perversidad es la vuestra! ¿Acaso el alfarero será reputado como el barro, para que la obra diga de su hacedor: No me ha hecho; y la vasija diga del que la formó: No entiende?"—Isa. 29:9-16.

En esta profecía el Señor predijo que la sabiduría de los modernistas es de poca duración. El tiempo ha llegado para que el nombre de Jehová sea exaltado en la tierra. Estos profesos cristianos, que en verdad y hecho son hipócritas, no tienen sabiduría ni entendimiento del plan divino. Ellos honran a Dios con sus labios pero

sus corazones están muy lejos de El. Por medio de sus falsas enseñanzas producen en la gente un temor mórbido, haciéndolos que corran a juntarse con sus organizaciones. Pero la gente está pereciendo por falta de verdadero alimento. Por eso dice el Señor: "Haré maravillas entre la gente." La sabiduría de estos sabios ha de perecer, y su entendimiento o inteligencia desaparecerá. Por medio de su amado Hijo, Cristo Jesús, Jehová está comenzando una obra maravillosa. El está esparciendo entre la gente el conocimiento de su bondad y la maravillosa provisión que El ha hecho para el hombre.

Con el fin de llevar a cabo esta obra maravillosa Dios ha puesto en uso el radio. Algunos hombres insensatos, sabios según su propio concepto, no vacilan en pretender que el radio es el resultado de la sagacidad e ingenuidad humana. Esto no es verdad. Por más de treinta siglos Dios predijo que el tiempo llegaría cuando El enviaría sus mensajeros como el relámpago y que nada les estorbaría. Los que Dios está usando como sus testigos en la tierra para llevar a cabo su obra extraña y maravillosa, no se encuentran entre los sabios, los ricos ni los grandes de la tierra, sino que son tomados de entre los mansos y enseñables, que aprecian el gran privilegio de llevar a cabo algo en nombre de Jehová. El esparcimiento de la verdad no es el resultado de los esfuerzos de los hombres, sino que el Señor mismo está haciéndolo por medio de sus agencias constituidas. Por medio de ellos El da la noticia a la gente por adelantado en cuanto a su propósito de establecer su gran reino y de destruir completamente la organización del Diablo. Este es el día que Jehová ha señalado y su pueblo ahora se regocija de que la verdad se esté dando a conocer. Puesto que el privilegio de ellos y su deber es el de hacer co-

nocer la verdad, violarían su Palabra, y por lo tanto harían mal al ponerse a comparar la verdad con una detallada presentación de la teoría de la evolución.

Pero alguno diría: ¿Acaso los cristianos no pueden con bastante propiedad discutir las cosas relacionadas con la inmortalidad inherente y el tormento eterno, y acaso no son éstas también doctrinas diabólicas? ¿No sería tan irrazonable el discutir esas teorías como la teoría de la evolución? La respuesta es que nó, por la razón de que los que advocan tales doctrinas pretenden que están apoyadas por las Escrituras y por lo tanto toman a la Biblia por autoridad. El entrar en discusión sobre estas doctrinas es el determinar si la Biblia las apoya o nó, y el cristiano trata de probar que la Biblia no apoya estas diabólicas doctrinas. Pero los modernistas que advocan la evolución como una teoría del origen del hombre niegan la Biblia como autoridad y basan sus conclusiones sobre la sabiduría de los hombres. Por lo tanto, la sola presentación del asunto es un insulto a Jehová, y es el deber del cristiano el negarse a tomar en serio evidencias de producto humano presentadas por los que reciben el nombre de hombres de ciencia.

LA VERDAD

La verdad es el medio de traer al hombre a una condición de armonía con el gran Creador, Jehová Dios. El Hijo de Dios, hablando con autoridad, fue quien dijo de la Palabra de Dios: "Tu Palabra es la verdad." (Jn. 17;17). La Palabra de Dios, la cual fue escrita por santos hombres de tiempos antiguos bajo la dirección de Jehová, sirve para instruir al hombre que desea ser guiado por el buen camino. (2 Ped. 1:21; 2 Tim.

3:16; Job 32:8). Solamente los insensatos pasan por alto la Biblia al ponerse a buscar en las filosofías humanas el origen del hombre. Es por completo irrazonable el esperar encontrar una satisfactoria respuesta a la pregunta ¿Qué es el Hombre? a menos que no se busque la respuesta en la Palabra del Gran Creador. El Profeta David fue mucho más sabio que los sabios de los tiempos modernos. Fue sabio por cuanto se dedicó a averiguar y a llevar a cabo la voluntad de Dios. Fue un hombre conforme al corazón de Dios porque fue siempre fiel a pesar de sus serios errores debidos a la heredada flaqueza de la carne. El espíritu de Dios movía su mente, y él hablaba la verdad en conformidad. (2 Sam 23:2). Bajo inspiración divina ese sabio siervo de Dios escribió: "El temor a Jehová es el principio de la sabiduría; de buen entendimiento son todos los que hacen sus mandamientos; su alabanza perdura para siempre." —Sal. 111:10.

Los verdaderamente sabios buscan conocimiento de la Palabra de Dios y luego fielmente se esfuerzan en conformarse a esa Palabra. El que sigue ese curso es favorecido por Dios. A los orgullosos y presumidos Dios los aparta de El. (1 Ped. 5:5). El insensato se inhabilita a sí mismo por su inicua contradicción: Con sus labios pretende representar a Dios pero al mismo tiempo niega su existencia por medio de las doctrinas que advoca. Concerniente a ellos escribió el profeta de Dios: "El insensato ha dicho en su corazón, no hay Dios." (Sal. 14:1). El corazón se usa aquí como símbolo de los móviles que dirigen el curso de acción de un hombre.

Los modernistas y evolucionistas dicen en sustancia: 'Soy un doctor de divinidad. Apercíbanse de mi sabi-

duría. Yo sé que el hombre es el resultado de un proceso de evolución y que continúa evolucionando hacia arriba.' ¿Cuál es en realidad el móvil de un hombre en tales circunstancias? Tiene por objeto el atraer la atención a su propia sabiduría. Es en extermo egoísta, y por medio de su altivez y arrogancia dice: 'No hay Creador de los cielos ni la tierra, y el hombre es el resultado de la evolución.' El insensato se siente orgulloso de sí mismo, hace alarde de su propia grandeza, y se deleita en oir que otros le alaban. Los tal llamados sabios o modernistas se proporcionan el placer de adularse mutuamente. Con pecho saliente se pasean orondos, y uno a otro se dan el título de "doctor," o algún otro título, y frecuentemente hablan de su mutua grandeza y sabiduría. De este modo Satanás los usa para cegarse más unos con otros y para traer mayor reproche al nombre de Jehová. Han creado para sí mismos una reputación de sabiduría y grandeza entre los hombres, y por medio de su influnecia apartan a la gente lejos de Dios, su verdadero Amigo y Benefactor.

Es maravilloso notar cómo Dios preconoció y predijo todas estas cosas en su Palabra. El verdadero estudiante de la profecía puede ahora leer las palabras de Jehová escritas hace mucho tiempo y entender el curso tomado por estos modernos y arrogantes sabios. Entre todas las denominaciones hay unas cuantas personas que se encuentran entristecidas de corazón a causa de la arrogancia y pretensión del clero. Estos claman al Señor por alivio. El profeta de Dios los representa como orando: Salva, Jehová, porque se acaban los piadosos; porque desaparecen los fieles de entre los hijos de los hombres. Cada uno habla mentira con su prójimo; hablan con labios lisonjeros, y con doblez de corazón.

Jehová destruirá todos los labios lisonjeros, y la lengua que habla jactancias. Los cuales dicen: Con nuestra lengua prevaleceremos; nuestros labios de nosotros son; ¿quién es señor de nosotros?"—Sal. 12: 1-4.

En esta hora de tremenda hipocresía en los sistemas eclesiásticos, los que recurren a la Palabra de Dios encuentran gran consuelo y ánimo. Los que claman al Señor en las palabras del profeta ya citadas, reciben la siguiente respuesta de la Palabra de Dios: "Por la opresión de los pobres, por el gemido de los menesterosos, ahora me levantaré, dice Jehová: Pondré en salvo al que suspira por ello. Palabras puras son las palabras de Jehová; plata refinada en horno de tierra, siete veces acrisoladas. Tú, Jehová, los preservarás; para siempre los guardarás de esta generación."—Sal. 12: 5-7.

Los más arrogantes de los hombres son los clérigos del tiempo presente. Hipócritamente se llaman por el nombre del Señor pero hacen a un lado su Palabra y engañan a la gente dando expresión a su sabiduría propia. Estos son los que niegan la Palabra de Dios y enseñan la doctrina de la evolución. Son parte de este mundo u organización del Diablo porque están aliados con los gobernantes de la gente. Mas Dios declara que su arrogancia y orgullo no durará mucho: "Y castigaré al mundo por su maldad, y los impíos por su iniquidad; y acabaré con la arrogancia de los presumidos, y humillaré la altivez de los terribles." (Isa. 13: 11). "La soberbia precede a la destrucción, y el espíritu altivo va delante de la caída."—Prov. 16: 18.

El origen del hombre es un secreto revelado solamente en la Palabra de Dios. Nadie puede saber la verdad en cuanto a esto a no ser que la averigue en la Palabra de Dios. Sería enteramente imposible para un hombre,

siglos después del comienzo de la creación de la raza, el decir cómo se llevó a cabo ésta, a menos de que no haya un registro de ello dado por el gran Creador. Dios, el gran Creador, se complace en hacer saber sus secretos a los que le aman y le sirven. El secreto de Jehová es para con los que le temen.—Sal. 25:14.

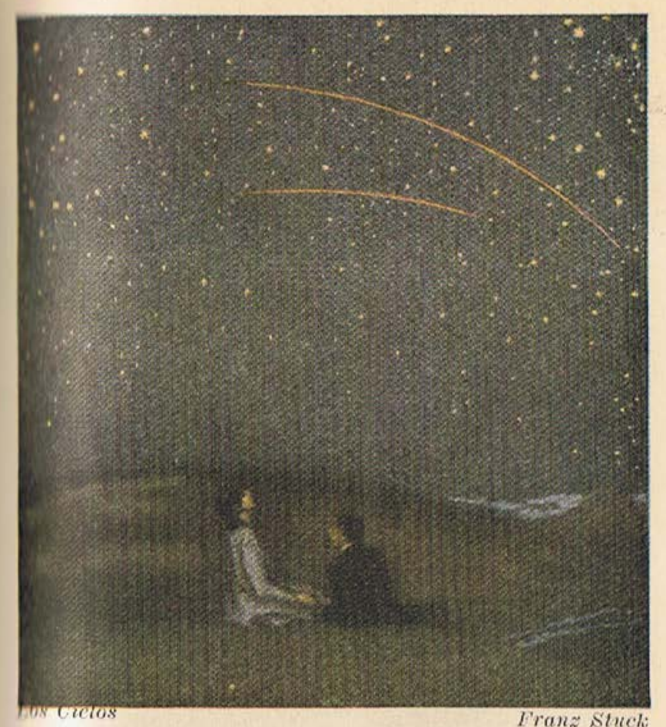
David amó y sirvió a Jehová Dios. Movido por el espíritu de Dios, él escribió: "Jehová, Señor nuestro, cuán admirable es tu nombre en toda la tierra. Has puesto tu gloria en los cielos. De la boca de los chiquitos y de los que maman has ordenado la alabanza, a causa de tus adversarios, para hacer callar al enemigo, y al hombre vengativo." (Sal. 8:1, 2). Las palabras de David, especialmente la segunda parte, son proféticas. El Señor preconoció que los modernistas, sabios, o evolucionistas miembros del clero surgirían y que se tornarían en instrumentos del maligno y en enemigos suyos. El, por lo tanto, hizo que David escribiera que de la boca de los niños vendría la alabanza, dando a entender con esto que la alabanza de la Palabra de Dios sería proclamada por los que poseen la humilde y enseñable disposición de un niño y no por los grandes, poderosos y sabios. Y en conformidad con esto, encontramos los hechos. Los "chiquitos" son los que están declarando el mensaje de la bondad de Dios a la gente y son por lo tanto los que tienen una parte en esta maravillosa obra.

En las altas horas de la noche David contemplaba la bóveda celestial para admirar allí algunas de las maravillas de la creación de Dios. ¡Cuán sublimes y maravillosas son! Toda persona reverente se deleita en contemplarlas al anochecer. Todo se mueve en su asignada órbita, silenciosamente, y aun esa misma obediencia a las leyes de Dios proclama las alabanzas del eterno

Creador. David se sentía lleno de alabanza y adoración al contemplar estas maravillas, y expresando su admiración dijo: "Cuando contemplo tus cielos, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que Tú estableciste, ¿qué viene a ser el mísero hombre, para que tengas de él memoria, y el hijo de Adán para que le visites? Sin embargo, le hiciste un poco inferior a los ángeles; le coronas también de gloria y honra, le haces señorear las obras de tus manos; todas las cosas has puesto debajo de sus pies: ovejas y bueyes, todo ello, y asimismo las bestias del campo, las aves del cielo, y los peces del mar, cuanto pasa por las sendas de los mares. ¡Oh, Jehová, Señor nuestro, cuán admirable es tu nombre en toda la tierra!"—Sal. 8: 3-9.

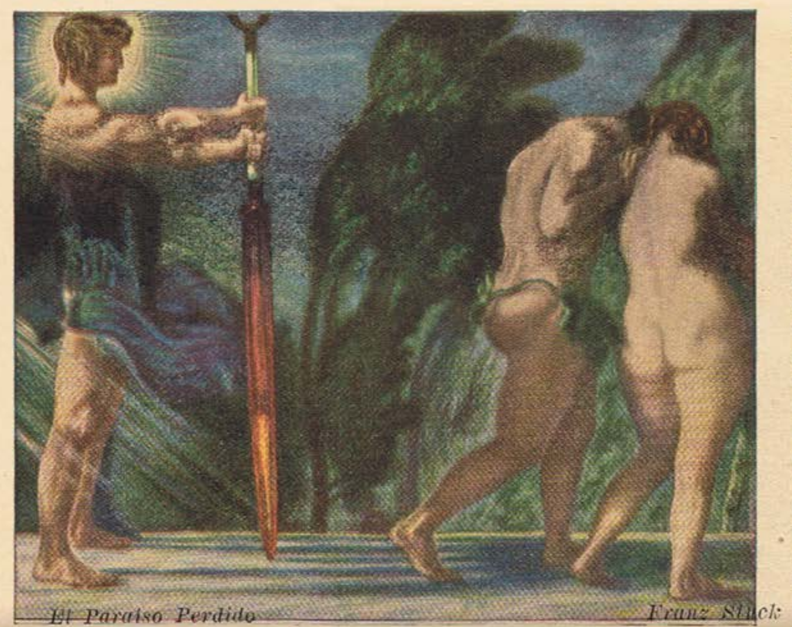
¡Cuán diferentes son las palabras del inspirado profeta a las del clero moderno! Es evidente que, ya sea que lo ignoren o nó, éstos son instrumentos de Satanás porque en su arrogancia blasfeman el nombre de Dios, apartando la gente de Dios y sirviendo los propósitos de Satanás. Como un reproche a los evolucionistas, el profeta escribió: "Sabed que Jehová sólo es Dios; El nos hizo, y nosotros somos suyos, su pueblo, y las ovejas de su dehesa."—Sal. 100: 3.

Cuando la gente por sí mismos estudian la Palabra de Dios y se dan cuenta de su sencillez y belleza, se aperciben de la hipocresía del clero. Mas el clero ha mantenido a la gente en ignorancia de la Biblia. Se niegan a hacerles entender lo que la Biblia enseña, la apartan de ella y les prohiben que lean algo concerniente a ella que no esté escrito por esos piadosos hipócritas. Mas Dios ya los ha dejado llegar al extremo límite y ahora está llevando a cabo su obra maravillosa en la tierra en-



Los Cielos *Franz Stuck*

La tierra incita la maravilla y admiración del hombre. Ya sea que se le examine en lo que toca a la formación de las diferentes capas o con respecto a la vida animal y vegetal. La criatura reverente queda absorta y se extasía ante tan grandiosa exhibición de sabiduría como la que se despliega en la creación. Y cuando se apercibe que la tierra fue creada por el Todopoderoso Dios, y que El la hizo para que fuera el eterno hogar del hombre, su mente y su corazón anhelan conocer más y más concerniente al gran Creador. Puede ser que las edades futuras sean testigas de otros planetas y mundos, de mayor tamaño que la tierra, dando gloria al Creador. *Páginas* 10, 16.



El Paraíso Perdido — *Franz Stuck*

Dios no podía dejar pasar sin castigo el acto de rebelión y el pecado de sus criaturas. El castigo tenía que venir pronto o la ley de Dios se probaría nula, su gobierno una farsa, y el pecado, que entonces tuvo su principio, hubiera con el tiempo dado fin al universo. Dios procedió a declarar su juicio en contra del hombre en armonía con su ley ya anunciada de que la muerte sería el resultado del pecado. . . . Conforme a los términos del juicio en contra de ellos, Adán y su esposa continuarían existiendo por algún tiempo, y durante su existencia se verían privados de la paz y de los goces de la vida. *Página* 138.



La Biblia es la Palabra de Dios expresada y revelada a su criatura humana. La opinión general que se tiene de la Biblia es que es una masa de pensamientos confusamente expresados. . . . Estos ciegos instrumentos de Satanás han colocado de una manera prominente la teoría de la evolución, en los colegios, universidades y hasta en las escuelas públicas. Al hacer esto han logrado bastante éxito en destruir la fe de la juventud en cuanto a Dios y su Palabra. *P.* 17,53.

Consejeros Insensatos *Rembrandt van Rijn*



La Tentación *Hans Thoma*

Desde el Edén hasta el tiempo presente la táctica de Satanás ha sido la de apartar la gente de Dios. Para llevar a cabo sus intentos, ha echado mano de toda clase de vanas filosofías y razonamientos insensatos. *Página* 53.

señando a la gente, usando sus propios medios y maneras.

Con sólo mirar al hombre podemos apercibirnos de que ha sido formado de una manera maravillosa. El armazón o esqueleto está hecho de un exacto número de huesos que desempeñan sus diferentes funciones. No hay uno solo que sea superfluo. Esos huesos están ligados por músculos que los mueven en la más exacta armonía. Cubriendo los músculos y la carne se halla la piel o cutis que cubre y da belleza al cuerpo. Y el maravilloso sistema nervioso de este organismo no ha sido superado por el más intrincado sistema eléctrico ideado por el hombre. Con precisión y regularidad la sangre cursa por las arterias y las venas, dando vida a la criatura. En su cabeza está el cerebro, el asiento de la voluntad y la mente. La mente considera y da peso a los hechos, llegando a una conclusión; luego la voluntad dirige la acción. Para la persona de mente sana, nadie, a menos del Sér Infinito, podía haber creado al hombre. Refiriéndose al maravilloso conocimiento que exhibe la creación del hombre, el profeta de Dios exclamó: "Tal conocimiento es demasiado maravilloso para mí; alto es, no lo puedo comprender. Te alabaré, porque asombrosa y maravillosamente he sido formado; admirables son tus obras; y mi alma lo sabe muy bien."—Sal. 139: 6, 14.

Estas palabras del inspirado profeta de Dios, escritas mucho tiempo antes que vinieran a la existencia los que pretenden ser sabios, deberían avergonzarlos. Cuando la gente conozca la verdad, los tal llamados sabios serán tenidos en muy poca estima. En proporción a que el hombre comienza a adquirir conocimiento del gran Jehová y de su maravillosa creación, y de su bondad hacia el hombre, desea acercarse más a Dios y saber algo más

con respecto a El. Para animarlo, Jehová hizo que se escribiera en su Palabra: "Acercáos a Dios, y El se acercará a vosotros. Limpiáos las manos, oh pecadores, y purificáos los corazones, los que sois de ánimo doble." (Sant. 4: 8). Que los que pretenden ser cristianos limpien sus manos del contacto de la evolución. Que purifiquen sus corazones y dejen de ser de ánimo doble. El que pretende ser cristiano y al mismo tiempo apoya la teoría de la evolución en cualquier grado, es de ánimo doble. Que aprenda la verdad en la Palabra de Dios, y que la siga.

El autor de este libro no espera ni anticipa el despertar al clero moderno de su embriaguez y estupor, para traerlo a Dios. Estas cosas se dicen en provecho de la gente común, que ama lo que es bueno y que desea conocer las sendas de Dios. A estos tales invitamos a que con apropiada humildad y mansedumbre vengan a buscar conocimiento en la Palabra de Dios y que en ella aprendan cómo fue creado el hombre y las misericordiosas provisiones que Dios ha hecho para su futuro bienestar y felicidad.

COMO FUE HECHO

Apropiadamente puede decirse que la tierra es la madre del hombre porque de ella se tomaron los elementos que formaron al primer hombre. Jehová Dios lo creó y le dio vida, y por lo tanto Dios es su Padre o Dador de vida. Cuando Dios iba a crear al hombre dijo a su amado Hijo: "Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y tengan ellos dominio sobre los peces del mar, y sobre las aves del cielo, y sobre las bestias, y sobre toda la tierra, y sobre

todo reptil que se arrastra sobre la tierra. De manera que creó Dios al hombre a su imagen, a la imagen de Dios le creó; varón y hembra los creó."—Gén. 1:26, 27.

El método de la creación se describe con sencillez y belleza en las Escrituras. "Y Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en sus narices aliento de vida, y el hombre vino a ser alma viviente." (Gén. 2:7). Esas palabras de la inspirada Palabra de Dios deberían ser el fin de toda contención en cuanto al origen del hombre. Por lo tanto, ninguno que cree en Jehová y cree que la Biblia es su Palabra, siquiera por un momento dará seria consideración a la inicua doctrina de la evolución del hombre. El no mancharía el nombre de Dios haciendo frente a, o teniendo comunión con, los que deshonran el nombre de Dios, en violación a su Palabra.—Sal. 39:1.

Habiéndose propuesto a crear al hombre, en su infinita bondad Dios creó primero el Edén, en donde, hacia el oriente, hizo un jardín de perfección y gran belleza. Contenía gran cantidad de frutas y flores y su atmósfera estaba saturada de gratas aromas. Aves de hermosos plumajes y de melodiosos cantos tenían allí su morada. En él vivían en absoluta paz las bestias del campo y las aves del cielo. No había allí un ardiente sol en verano ni heladas brisas ni nieve en el invierno. Su mismo nombre implica que era un Paraíso. Era un lugar enteramente apropiado para el sér inteligente que sería su señor y quien había de cuidarlo, y quien debería amar y servir a su Creador. Luego Dios dio la orden a su amado Hijo, el agente creativo, para que tomara los elementos de la tierra y formara un organismo. El hermoso cuerpo, perfecto y maravillosamente hecho, reposaba exánime en la tierra. Entonces Dios sopló en

sus narices el aliento de vidas. Ese aliento infló los pulmones e hizo que la sangre corriera a través de las arterias. El cuerpo se animó, comenzó a moverse, a resollar, tornándose en un sér viviente al cual Jehová llamó alma y el que pudo pararse y andar. Ese fue el primer hombre. Fue una creación directa de Jehová, y fue perfecto, puesto que todas las obras de Jehová son perfectas. —Deut. 32:4.

Luego Dios hizo al hombre una mujer para que le acompañara. A esta perfecta pareja Dios dio el poder y autoridad de producir hijos con el fin de que llenaran la tierra con una raza de seres felices. La vida de la raza humana procedió de esta primera pareja que Dios hizo, Adán el príncipe y Eva la princesa, que adornaban el jardín de Dios. Hace sesenta siglos que se llevó a cabo esta obra maravillosa. Si el pecado no hubiera entrado en el mundo para empañar su belleza y destruir la vida del hombre, ¿qué contemplaríamos hoy? Veríamos miles de millones de seres humanos perfectos en la tierra, fuertes, vigorosos, hermosos y felices, todos alabando a Jehová Dios y morando juntos en paz, y siendo un consuelo y gozo los unos a los otros. Pero desafortunadamente vemos todo lo contrario.

El ambicioso Lucifer fue el que destruyó la belleza de ese hermoso hogar. Desde entonces se le han dado los nombres de Satanás, Serpiente, Dragón, y Diablo. En el Edén él vino a ser mentiroso y homicida, y desde entonces ha practicado e instigado el crimen. El es quien ha cegado al hombre a la verdad concerniente a Dios y a su bondad. Dios le ha permitido seguir ese inicuo curso hasta que llegue el tiempo de restringirlo, tiempo que ya está acercándose y en el cual la gente ha de conocer la verdad y ser librada del error.

La primera mentira de Satanás, y la que motivó la entrada de la muerte en el mundo, fue la de que no había muerte. Ese fue un medio para inducir al hombre a practicar el mal, diciéndole que viviría para siempre por cuanto era inmortal. Los miembros del clero de hoy en día, los que pretenden representar a Dios y quienes enseñan a la gente que todo sér tiene un alma inmortal, están perpetuando esa primera mentira de Satanás de que no hay muerte. Es evidente, para cualquiera que desee razonar, que las doctrinas de la inmortalidad inherente y la evolución son inconsistentes. Sin embargo, el clero enseña las dos doctrinas, las que a cual más desacreditan a Jehová en la mente de los que andan en busca de la luz. ¿Quién podemos suponer que está especialmente interesado en que la gente crea esta falsa doctrina? Sin duda alguna que Satanás, el Diablo, porque si el hombre no fue creado perfecto y no ha caído, no tiene que ser reconciliado. Y si el hombre es inmortal, o tiene un alma inmortal, tampoco habría necesidad de una reconciliación, porque los inicuos no tendrían el deseo de reconciliarse y los buenos no la necesitarían. Estas dos doctrinas confunden de tal manera las cosas en la mente de la gente sincera que no pueden entender que Jehová tiene un plan de reconciliación.

La doctrina más importante en el plan divino es la muerte y resurrección de Jesús por medio de la cual se obtiene el precio de redención. Las doctrinas de la evolución y del tormento eterno son por completo opuestas a la doctrina de la redención. Si el que indaga las cosas de Dios logra apercibirse de que el principal objeto del Diablo es el de mantener a la gente lejos de Dios, le es entonces fácil entender por qué se promulgan estas falsas doctrinas. Puede sentarse como una cierta y absoluta-

mente segura regla que cuando una enseñanza o doctrina es inconsistente con la Biblia, y particularmente con la redención del hombre por medio de Cristo Jesús, esa doctrina es falsa.

Otra falsa doctrina que se ha desprendido de la "inmortalidad inherente" es la doctrina de la eterna tortura de los inicuos. Por supuesto que para que pueda haber tormento eterno se necesita que la vida sea eterna, y por lo tanto, las dos doctrinas, la de la inmortalidad del alma y la del tormento eterno, están en pie o caen juntas. Y puesto que ambas son falsas ambas tienen que caer. La Palabra de Dios es la verdad y al debido tiempo prevalecerá.

Concerniente al hombre, el inspirado profeta de Dios escribió: "le hiciste un poco inferior a los ángeles." Esto, lo cual es cierto, desaprueba la doctrina de la evolución y la doctrina de la inherente inmortalidad humana. Si el hombre fuera inmortal, siendo los ángeles superiores al hombre, tendrían también que ser inmortales. Pero las Escrituras muestran que los ángeles no son inmortales. Muchos de los ángeles, en los días de Noé, dejaron la senda de la pureza y llegaron a ser en extremo inicuos. (Gén. 6:2-4; 1 Ped. 3:19, 20). Dios aprisionó a los tales ángeles (Judas 6:2; 2 Ped. 2:4) y declaró que destruiría a todos los inicuos. (Sal. 145:20). El más inicuo entre todos es Satanás, el cual fue un ángel de gran poder, el mayor entre ellos, y las Escrituras claramente dicen que Dios lo destruirá.—Heb. 2:14; Eze. 18:19.

De ser el hombre un producto de la evolución, también los ángeles lo serían puesto que las Escrituras comparan su creación. Además, las Escrituras dicen que el mismo Dios que hizo a los ángeles también hizo al

hombre, y el hecho de que Dios los hizo es prueba de que ni los ángeles ni el hombre son productos de la evolución.

La experiencia humana prueba que el hombre anda, respira y lleva a cabo ciertas funciones. Si le acaece un accidente, pierde por completo su aliento, el cuerpo deja de funcionar, y muere. Esta experiencia, la cual es lo bastante común para que todos los hombres se hayan dado cuenta de ella, está en armonía con la Palabra de Dios. Las Escrituras declaran que Dios formó al hombre del polvo de la tierra y sopló en sus narices el aliento de vida y que resultó un sér viviente. Si se quita el aliento de vida, y si la sangre cesa de circular, cesa la acción del corazón y viene la muerte. Fue el poder de Dios el que dio al hombre su aliento de vida. Si Dios retira ese aliento, o si el aliento de vida deja de hacer funcionar el organismo, resulta la muerte. Sobre este particular dicen las Escrituras: "El Espíritu de Dios me hizo, y el aliento del Omnipotente me ha dado vida." (Job 33:4). "Les quitas el aliento, espiran, y vuelven a su polvo."—Sal. 104: 29.

Que después de salir del hombre el aliento de vida no queda de él nada vivo se prueba por las Escrituras: "Sale su espíritu, y él se torna en su tierra; en ese mismo día perecen sus pensamientos."—Sal. 146: 4.

Este aliento es un poder invisible así como el viento es un poder invisible. El aliento de vida que Dios dio al hombre es el que pone en acción su sangre. Sin la circulación de la sangre no habría vida, porque la vida está en la sangre. (Lev. 17: 14). Si se le quita la sangre a un sér humano, muere. Esto en sí mismo prueba que el hombre no es inmortal.

El hombre es un alma. Los términos hombre, sér, criatura y alma se refieren a lo mismo en lo que toca al sér humano. (Gén. 2: 7). Si el alma fuera inmortal, por supuesto que no podría morir porque inmortalidad implica el no estar sujeto a la muerte. Sobre este particular no hay lugar a la menor duda, porque las Escrituras en lenguaje bastante claro dicen: "El alma que pecare ésa morirá." (Eze. 18: 4). "¿Cuál es el hombre que vivirá y no verá la muerte? ¿Quién librará su alma del poder del sepulcro?"—Sal. 89: 48.

La inmortalidad reside solamente en Jehová. El es de la eternidad hasta la eternidad. El puede dar a quien le place la cualidad de inmortalidad, pero las Escrituras muestran que solamente la dará a algunos que hayan sido sometidos a pruebas severas y que hayan demostrado su fidelidad hasta la muerte. Cuando Jesús estuvo en la tierra dijo: "Pues así como el Padre tiene vida en sí mismo, así también ha dado al Hijo que tenga vida en sí mismo." (Jn. 5: 26). Esto prueba que al tiempo que Jesús dijo estas palabras no poseía la inmortalidad. Inmortalidad quiere decir vida en sí mismo o vida inherente, y Jesús declaró que el propósito de Dios era darle vida inherente o vida en sí mismo. Las Escrituras claramente dicen que solamente Dios tiene inmortalidad. (1 Tim. 6: 16). A causa de la fidelidad de Jesús, aun bajo la severa prueba de una muerte ignominiosa, Dios lo levantó de entre los muertos y le dio la recompensa de la inmortalidad. Sobre El la muerte no tiene potestad ninguna. (Fil. 2: 9-11; 1 Cor. 15: 53; Apoc. 1: 18). Estos textos prueban que Jesús no poseía la inmortalidad antes de su resurrección a la naturaleza divina. Jesús, el Logos, fue el principio de la creación de Dios. Nadie ha sido superior a El, y si Dios no dio la inmortalidad

a su Hijo desde un principio sería irrazonable que hubiera hecho al hombre inmortal.

Estas declaraciones enfáticas de las Escrituras desvirtúan por completo la teoría de la creación del hombre por medio de la evolución. Y también, conclusivemente, desaprueban la pretensión del clero de que el hombre es parte divino y parte humano. La verdad en la Palabra de Dios es armoniosa. Dice que Dios creó la tierra para el hombre y que hizo al hombre para la tierra, creándola de los elementos de la tierra. Puesto que era una creación de Dios, el primer hombre era perfecto y se le dio un dominio, siendo hecho el príncipe de la tierra.

Con respecto a la creación del hombre hay dos expresiones en la relación del Génesis. La primera es de una manera general, sentando el hecho de que Dios creó al hombre a su propia imagen y semejanza. La segunda es la información del método o manera de la creación. Ambas expresiones son simples y en exacta y mutua armonía. Dios hizo a su criatura humana de la tierra y para la tierra exclusivamente, y sin darle ninguna promesa del cielo. Su naturaleza estaba exclusivamente adaptada para la tierra. Fue hecho de carne, sangre, y huesos, y las Escrituras muestran que la carne, la sangre y los huesos no han de entrar al cielo o sea a la invisible parte del dominio de Dios.—Luc. 24: 39; 1 Cor. 15: 50.

Siendo el hombre hecho a la imagen y semejanza de su Creador, y siendo perfecto, de necesidad los atributos o cualidades esenciales de su sér eran justicia, sabiduría, amor y poder. El fue hecho un sér racional e inteligente. Sabía que si violaba la ley de Dios hacía mal, y por lo tanto era responsable ante Dios. La violación deliberada a la expresada voluntad de Dios de necesidad atraería el castigo. Dios declaró su voluntad al hombre cuando le

dijo: "En el día que de él comiéres, de seguro morirás." Esa declaración puso al hombre a prueba. El príncipe del Edén podría hacer todo cuanto le complaciera pero no debería tener en poco la expresada voluntad de Dios. Ambos, el príncipe y la princesa, estaban a prueba y habían sido debidamente informados de antemano cuáles serían los resultados del mal hacer. Estando su palabra de por medio, Dios tenía que aplicar el castigo, no importa cuánto le doliera el hacerlo. Una vez que había sido infringida la ley de Dios y el delito confesado, no quedaba otra cosa que hacer sino aplicar la pena de muerte. Dios pronunció la sentencia inmediatamente, pero no la llevó a cabo por algún tiempo, y fue durante ese tiempo cuando los descendientes de esa primera pareja vinieron a la vida.

Satanás y sus agencias humanas quieren hacer creer a la gente que Dios sentenció a Adán a un lago de fuego en donde él y sus descendientes deben ser atormentados por toda la eternidad. Dios no podía haber pronunciado tal sentencia en contra del hombre. El hacer tal cosa implicaría que había cambiado el castigo indicado en su ley después de haberse cometido el delito, lo cual sería injusto, y Dios no puede ser injusto por cuanto la justicia es el asiento de su trono. (Sal. 89:14). Además, solamente un demonio podría aplicar un castigo tan cruel, y Dios es amor, lo cual es todo lo contrario de un demonio. ¿Y qué bien podría resultar del tormento eterno? Satanás se complace en hacer aparecer a Dios como un demonio, un gran monstruo. Su propósito en ello es el apartar a la gente de Dios y hacerlo aborrecible. De haber sido el tormento eterno el castigo del hombre su reconciliación con Dios hubiera sido moralmente imposible, y puesto que el hombre ha de ser traído a la con-

dición de plena armonía con Dios, de este modo se desaprueba por completo la teoría del tormento eterno. Teniendo en cuenta estas cosas no será difícil ver el punto.

Otra falsa teoría sostenida por muchos profesos cristianos es la de que los descendientes de Adán fueron implicados en el juicio de Dios en contra de Adán y que fueron sentenciados al mismo castigo a que él fue sentenciado. Razonando de esta manera llegan a la conclusión de que todos tendrían que ir al tormento eterno a menos que Dios interviniera en provecho de ellos. Pero la sentencia de Dios en contra de Adán no aplica también a sus hijos. Al tiempo en que Dios impuso la sentencia no habían nacido esos hijos y por lo tanto no podían tener conocimiento del juicio. Sería inconsistente con Jehová y con su justicia el pronunciar sentencia en contra de alguien sin su conocimiento. Pero, entonces, ¿por qué mueren los hijos de Adán? Está escrito: "Sin embargo de lo cual, reinó la muerte desde Adán hasta Moisés, aun sobre los que no habían pecado conforme a la semejanza de aquella transgresión de Adán, quien es tipo de Aquel que había de venir." (Rom. 5:14). Moisés marcó el tiempo en que se dio la ley de Dios a los israelitas. La transgresión de la ley implicaba la muerte a los que estaban bajo el yugo de ella. Pero antes la gente había muerto aun cuando no habían cometido un pecado deliberado como en el caso de Adán. ¿Por qué, entonces, si no están directamente implicados en el juicio, mueren los hijos de Adán?

La muerte de los hijos de Adán fue el resultado natural de la mala acción de éste. El, como sér perfecto, no engendró hijos. Fue después de hallarse

bajo la sentencia de muerte cuando éstos comenzaron a nacer, y el imperfecto Adán no podía engendrar hijos perfectos. El resultado fue el de que todos sus hijos nacieron imperfectos. Dios no puede dar su aprobación a ningún sér imperfecto. Por esta razón los hijos de Adán, habiendo nacido imperfectos, fueron pecadores y estaban bajo desaprobación a causa del pecado. Eran pecadores, no por preferencia, como en el caso de Adán, sino porque no podían evitarlo. Nacieron pecadores porque sus padres eran imperfectos.—Sal. 51:5.

Por supuesto que hay grados de pecado entre los hombres. Hay algunos que son por completo depravados y que son una carga a sí mismos y para sus semejantes. Hay otros que por naturaleza son muy superiores al término medio en honradez y pureza de pensamiento y acción. Estos tienen la reputación de nobles y buenos entre los demás; pero tanto los unos como los otros son pecadores a los ojos de Dios y nacieron como pecadores. Por herencia, todo niño que nace es pecador, según lo indica uno de los inspirados escritores de la Biblia. (Rom. 5:12). Todo pecador o sér imperfecto está apartado de Dios porque Dios no puede aprobar el pecado, el cual se encuentra en toda criatura imperfecta, porque el pecado es la transgresión de la ley. (Hab. 1:13; 1 Jn. 3:4). Ningún sér puede vivir eternamente a menos de recibir la aprobación de Dios porque todo derecho a la vida proviene de Jehová. Y puesto que toda la raza humana nace imperfecta, a causa del pecado de Adán, toda la raza humana tiene que perecer a menos que se haga alguna provisión para reconcilarla con Jehová.

La reconciliación del hombre con Dios implica que el hombre tiene que ser hecho recto ante Dios y ser traído

a una plena armonía y paz con el gran Creador. Esto significa nada menos que su justificación. Ningún hombre podría hacer provisión para la justificación o reconciliación, ni podría por medio de sus propios esfuerzos hacerse recto y justo ante Dios. Es preciso que haya un competente autor de la reconciliación y tienen que proveerse medios y maneras para la reconciliación del hombre con Dios, y los términos y provisiones de esa reconciliación tienen que estar en completo acuerdo con Jehová.

CAPITULO IV

El Amor Provee

DIOS ha sido en gran manera presentado en falsos colores por el clero. Esto, de ser cierto, es una prueba concluyente de que el clero no representa a Dios, ni a Cristo, sino que representa al Diablo, el enemigo de Dios y de Cristo. Estamos de acuerdo en que los miembros del clero han sido concienzudos en cuanto a la posición que han tomado y en cuanto a las doctrinas que han enseñado. Pero con todo, esto no prueba que están en lo correcto. La conciencia no es un guía seguro a menos que haya sido educada y proceda en armonía con la Palabra de Dios. Si la Biblia claramente muestra que las doctrinas enseñadas por el clero son erróneas y que su curso de acción es malo, entonces lo más caritativo que se puede decir, atenuando su curso de conducta y sus enseñanzas, es que han sido desviados por la seductora influencia de Satanás el enemigo de Dios. Y si las doctrinas que enseña el clero y el curso de conducta tomado por los miembros de él difieren de lo que se declara en la Palabra de Dios, entonces, en ningún sentido, son ellos guías seguros para la gente y no deberían por más tiempo ser seguidos.

Hay diversos y numerosos sistemas religiosos que se aplican el nombre de cristianos. El curso de acción tomado por sus guías es el mismo curso tomado por el mundo. Estos hombres tratan de regular los asuntos de los gobiernos, se inmiscuen en la política y prestan su

ayuda para oprimir a la gente. Las doctrinas enseñadas por esos varios guías religiosos difieren en gran manera. Son inconsistentes consigo mismas y con todas las demás, y, todas están en abierta contradicción a la Biblia, la Palabra de Dios. A causa de sus inconsistencias, sus doctrinas son motivo de gran confusión entre la gente. Esto es una prueba adicional de que tales doctrinas no representan la verdad porque "Dios no es autor de confusión." Su Palabra es la verdad. (1 Cor. 14. 33; Jn. 17. 17). En cambio, Satanás, el enemigo de Dios y de la verdad, es sutil, engañoso y es el padre de las mentiras. (Jn. 8:44). Los que voluntariamente enseñan esas doctrinas son hijos suyos. El fin perseguido es el de confundir a la gente, engañándole la mente y manteniéndolos lejos del exacto conocimiento de la verdad.

La reconciliación de la humanidad con Dios implica la salvación de los que son reconciliados. Hay solamente una manera de efectuarse la reconciliación del hombre con Dios. Esa manera es la manera de Dios, y por lo tanto la verdadera manera. (Isa. 55:8). Sin embargo, las doctrinas enseñadas por el clero concerniente a la reconciliación y salvación del hombre, son diversas, numerosas, y muy en conflicto y a causa de esa inconsistencia, y a causa del curso de acción seguido por sus maestros, millones de personas sinceras se han apartado de Dios y de la Biblia. El resultado ha sido precisamente el que Satanás deseaba obtener. Ha tenido bastante buen éxito.

Una parte de la organización que toma el nombre de cristianismo, por medio de sus clérigos, enseña que Dios condenó a Adán al infierno, y que el infierno quiere decir un lugar de tormento eterno, y que por lo tanto Adán no tiene la menor esperanza de escapar de allí;

que Dios preordenó, ya fuera que lo desearan o nó, que la mayor parte de la raza humana pasara toda la eternidad en ese infierno, en tanto que una parte bastante pequeña fuera al cielo. Su teoría es la de que la tierra es un criadero para la humanidad y que el eterno destino de cada cual es preordenado y predestinado antes o al tiempo de nacer, y que al tiempo de la muerte entra a su estado eterno. Semejante doctrina es irrazonable puesto que, conforme a ella, no se le da al hombre la oportunidad de escoger ni uno ni otro lugar de existencia. Y peor que todo, evidenciando lo erróneo de la doctrina, ésta presenta a Dios como un malvado demonio que se deleita en que sus criaturas sufran eternamente. Satanás es el que desea que el hombre llegue a tal conclusión.

Otra parte de la organización que lleva el nombre de cristianismo, por conducto de su clero enseña que todos los hombres han sido sentenciados al tormento eterno pero que la gracia libre se ofrece a todos, y que todos los que creen que Cristo Jesús es Hijo de Dios serán salvos porque Jesús ha intervenido en provecho de todos los que creen en El y El ruega a Jehová que los perdone. Esa doctrina también hace aparecer a Jehová como un monstruo de iniquidad que se complace en torturar a sus criaturas eternamente pero que atiende a los ruegos de Jesús y que concede al hombre alivio bajo ciertas condiciones. Hace aparecer a Jesús como el único amigo del hombre y deshonra el nombre de Dios. Engaña a la gente haciéndola creer que con sólo reconocer que Jesús es el Hijo de Dios y luego unirse a algún sistema eclesiástico uno puede ser salvo, lo cual no es cierto.

Otro grupo de la organización que se llama cristianismo, por medio del clero, sus maestros, dice a la gente

que todos los hombres fueron condenados al tormento eterno por el decreto de Dios en contra de Adán; que Jesús vino a la tierra y por medio del curso de acción que siguió en su vida puso un ejemplo ante el hombre, el cual, si ellos siguen, les traerá la salvación y los capacitará a por sí mismos salirse de la degradación. Semejante doctrina es inconsistente y errónea porque nulifica los justos juicios de Dios, pasa por alto la única base de reconciliación e induce al hombre a creer que le es posible, por medio de sus propios esfuerzos, el reconciliarse con Dios.

Otra parte de la organización llamada cristianismo o cristiandad, por medio de su clero, enseña que el hombre nunca ha caído y que nunca fue condenado por Jehová; que nunca ha habido necesidad alguna para el sacrificio de Jesús; que la muerte de Jesús no tiene mérito alguno para la humanidad, y que todos pueden salvarse por sus propios esfuerzos. Esa doctrina es falsa porque repudia la Palabra de Dios, niega a Jesu-Cristo, niega el valor de su sacrificio y niega el medio divinamente provisto para la reconciliación del hombre con Dios.

Todas estas varias divisiones y porciones del tal llamado organizado cristianismo a una pretenden que ellos representan a Dios y a Cristo en la tierra y hablan con gran autoridad en lo que toca a la salvación de la raza humana. Ellos todos hacen aparecer a Dios y a su Palabra en falsos colores y ponen a la gente en duda y confusión. Como resultado, según las Escrituras, en la tierra ha habido hambre de oir la Palabra de Dios.—Amós 8:11.

Esto no quiere decir en ningún sentido que el verdadero cristianismo es en algún grado erróneo o confuso. Por el contrario, verdadero cristianismo quiere decir

las verdaderas enseñanzas de la Palabra de Dios concerniente a Cristo. Con, y por medio de Jesús, Dios plantó el cristianismo como una vid de buen veduño. A Cristo se representa como siendo la vid verdadera y a sus fieles seguidores como los sarmientos verdaderos. (Jn. 15:8). Los apóstoles y los primitivos seguidores de Cristo Jesús continuaron en la pureza de las enseñanzas de la verdad, pero después de que los apóstoles pasaron por el proscenio de las actividades humanas, fueron sucedidos por algunos hombres ambiciosos que cedieron a la influencia de Satanás y, antes de mucho, el cristianismo llegó a ser una vid extraña y degenerada. Mezcló los errores del paganismo y las tácticas de la organización satánica con la iglesia, y ha continuado de tal manera desde entonces. En el tiempo presente el organizado sistema que lleva el nombre de cristianismo o cristiandad no es otra cosa que una organización política y social que por completo se ha apartado de Dios y de la verdad. Precisamente esa condición se predijo por medio del profeta: "Y yo te había plantado vid escogidísima, toda ella de buen veduño; ¿cómo pues te me has convertido en planta degenerada de viña extraña?"—Jer. 2:21.

Lo que la gente de mente sincera debe hacer es el diligentemente buscar la verdad como ésta se presenta en la Palabra de Dios. Al hacer esto entenderán y apreciarán la bondad de Dios y la graciosa provisión hecha para la reconciliación del hombre.

Es bueno no perder de vista que el registro divino con verdad dice "Dios es amor." (1 Jn. 4:8). Esto no quiere decir solamente que Dios es bondadoso, compasivo y misericordioso para con el que yerra. Quiere decir mucho más que eso. El amor es, o significa, la

completa ausencia del egoísmo. El amor perfecto es la perfecta expresión de la carencia del egoísmo. Esto implica que todo lo que Dios ha hecho, o está haciendo, es por entero libre del egoísmo. El nada hace por la raza humana con la esperanza de recibir beneficio alguno. El hombre nada puede hacer en provecho de Jehová. Dios tiene todo lo que es bueno. Todo lo que El hace por sus criaturas lo hace teniendo en cuenta el bienestar de ellas. Esto visto, todo lo que Dios hace por el hombre lo hace sin la menor sombra de egoísmo, siendo el amor el único móvil.

Dios es justo. (Sal. 89: 14). Su ley es perfecta y justa. (Sal. 19: 7, 8). El es habitación de justicia. (Jer. 50: 7). El es un Dios verdadero, recto y justo. (Isa. 45: 21). Todo lo que El hace es enteramente recto. El dijo a Adán de antemano lo que le acarrearía su violación de la ley. (Gén. 3: 17). La violación voluntaria de esa ley exigía en justicia un castigo de parte de Dios, como El lo había anunciado. Cualquier otro curso seguido hubiera probado que no se podía tener confianza en lo que Dios decía, y por lo tanto sería imposible. La pena por la violación de la perfecta ley de Dios requería la muerte del sér humano perfecto. En justicia no podía Dios repelar o cambiar su juicio. Durante el tiempo que transcurrió entre la sentencia y su aplicación fue cuando todos los hijos de Adán nacieron, y nacieron sin derecho a la vida porque habían nacido en pecado y habían sido engendrados en iniquidad. (Sal. 51: 5). Puesto que todos los hijos de Adán habían nacido pecadores, no tenían derecho a la vida, y la justicia requería su muerte en el curso del tiempo.—Rom. 5: 12.

¿Pero, podría ser justo que Adán y sus hijos, o algunos de ellos, existieran eternamente en un estado de

tormento consciente? Ese castigo no sería legal ni justo. La ley de Dios dice que el castigo es la muerte, y la muerte quiere decir la ausencia de la vida. Si el castigo hubiera sido cambiado por el tormento eterno y consciente, ese castigo sería contrario a la ley de Dios y probaría que El era injusto. Justicia significa lo que es recto y razonable. ¿Sería recto y razonable el atormentar a una criatura eternamente? ¿Se obtendría algún provecho con ello? ¿Sería una manifestación de amor de parte del que aplicaba el castigo? Estas preguntas todas indudablemente tienen que ser contestadas negativamente. Aun para los hombres imperfectos la tortura es repulsiva. Solamente un sér egoísta, cruel y malvado podría inflingir sobre otro un tormento consciente. Y para que alguna criatura pudiera ser eternamente atormentada, de necesidad esa criatura tendría que existir eternamente.

La primera mentira fue dicha por Satanás, el Diablo, cuando dijo a Eva: "De seguro no moriréis." La teoría del tormento eterno en el infierno es el resultado de la mentira de Satanás, y la doctrina de la inmortalidad inherente, junto con la del tormento eterno, son por completo falsas, crueles e injustas. Esas doctrinas tuvieron su origen con el Diablo y por mucho tiempo han sido enseñadas por sus representantes. (Jn. 8:44). El Diablo es el responsable de ellas, y las ha introducido con el fin de traer reproche al nombre de Jehová. El clero ha sido el instrumento que Satanás ha usado para grabar estas doctrinas en la mente de la gente, ya sea que lo hayan hecho a sabiendas o ignorantemente. Y si se han apercibido ya de que esas doctrinas son falsas deberían sentirse ansiosos de subsanar el mal, mas no hacen tal cosa.

A causa de este reproche al nombre de Jehová, mucha gente se ha negado a siquiera oir algo con respecto a la Palabra de Dios. Y puesto que las doctrinas básicas de la inmortalidad inherente y el tormento eterno, que enseña el clero, son por completo erróneas, de necesidad sus teorías de reconciliación son también erróneas. Por eso, la mayoría de la gente ha perdido la confianza que reposaban en el clero y al mismo tiempo se han apartado del Señor; pero cuando la gente se dé cuenta de la verdad, aunque tendrán menos confianza en el clero, sin embargo se volverán a Dios.

Si el hombre ha de ser reconciliado con Dios, la iniciativa debe venir de parte del mismo Dios. Es por completo errónea la teoría de que Jesús, el Hijo de Dios, ha estado rogando al Padre que extienda misericordia al pecador. Si Dios atendiera a esas súplicas de Jesús en provecho de los pecadores, y por esa razón los perdonara, entonces violaría la justicia. Sería negar su propio juicio, y mostraría un cambio sin ninguna razón, lo cual es imposible. (Mal. 3:6). Es cierto que Dios ejercita compasión y misericordia hacia el pecador, pero esto lo hace consistentemente con la justicia, y lo hace solamente una vez que quedan satifechas las exigencias de ella.

De haber cesado las actividades de Dios en provecho del hombre una vez que quedó satisfecha la justicia, entonces al debido tiempo hubiera perecido toda la humanidad. Para librar al hombre de perecer eternamente, Dios hizo algo en provecho del hombre y en estricto acuerdo con la justicia. Al hacer esto puso en relieve la más hermosa manifestación de altruismo que se ha dado o que es posible dar. Dios tomó la iniciativa en cuanto a la reconciliación del hombre, y lo hizo por-

que El es amor. Que la provisión fue hecha por el amor se prueba por el registro divino, el cual dice: "Porque de tal manera amó Dios al mundo, que dio a su Hijo Unigénito, para que todo aquel que cree en El no perezca, sino que tenga vida eterna. Pues que Dios no envió a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvado por medio de El."—Jn. 3:16-17.

Este texto muestra que la raza se encontraba en camino de la destrucción eterna, mas no del tormento eterno, como enseña el clero. El perecer implica el dejar de existir por completo. En ejercicio de su bondad, y en completo acuerdo con la justicia, Dios se ha interpuesto para que la raza no sea destruida eternamente y ha hecho posible al hombre el tener una oportunidad para alcanzar la vida. Por eso está escrito: "Y esta es la vida eterna, que te conozcan a Tí, sólo Dios verdadero, y a Jesu-Cristo a quien Tú enviaste." (Jn. 17:3). El propósito de Dios es el de dar al hombre conocimiento de lo que El ha hecho, y con este fin está escrito: "Esto es bueno y acepto delante de Dios nuestro Salvador; el cual quiere que todos los hombres sean salvos, y vengan al conocimiento de la verdad. Pues que para todos hay un solo Dios, y un solo Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, el cual se dio a sí mismo en rescate por todos, de lo que el testimonio había de darse a sus propias sazones."—1 Tim. 2:3-6.

Estos textos prueban que Jehová Dios es el Salvador del hombre; que el plan ideado por El en beneficio del hombre, para su salvación y reconciliación, es el que se ha estado llevando a cabo; que su amado Hijo, Jesús, es el instrumento que Dios está empleando para llevar a cabo sus propósitos; que el hombre tiene que ser traído

a un exacto conocimiento de la verdad para que pueda recibir el pleno beneficio de estas cosas provistas, y que al debido tiempo de Dios el testimonio de la verdad tiene que ser dado a todos. Las cosas que aquí se escriben no se introducen como un esfuerzo en presentar sabiduría humana sino con el único fin de testificar con respecto al amor de Dios y para ayudar a la gente a adquirir algo de conocimiento con relación a las graciosas provisiones que Dios ha hecho para reconciliar consigo mismo a la raza humana. Por supuesto que cada cual tiene que ejercer las cualidades que Dios le ha dado para adquirir conocimiento. Es preciso que uno se esfuerce en aplicar su mente a entender la verdad.

¿Pero si Dios no podía revocar su sentencia en contra de Adán y perdonar al pecador, cómo es posible para El ejercer su amor en armonía con la justicia y proveer los medios para que el hombre viva? Respondiendo en pocas palabras, Dios ha hecho provisión para la voluntaria sustitución de otro, para morir en cambio de Adán, con el fin de que Adán y su raza tengan la oportunidad de vivir. Para comprender y apreciar este medio que conduce a la reconciliación y a la vida es indispensable el considerar paso a paso las provisiones que Dios ha hecho para ello. Al examinar esto se podrá ver que cada paso está marcado por una manifestación del amor de Dios.

BASE PARA LA RECONCILIACION

La base para la expiación y para poner al hombre nuevamente en armonía con Dios es un sacrificio que provee satisfacción por el pecado y abre el camino para la reconciliación del hombre con Dios. Esto se enfatiza

en las Escrituras de principio a fin. Comenzó a ser prefigurado en el Edén. Cuando Adán y su esposa cometieron el pecado de desobediencia, se apercibieron de que se encontraban desnudos y por lo tanto de que no eran dignos de presentarse ante su Creador. Trataron de cubrir su desnudez y de esconderse, y en respuesta a una pregunta Adán dijo: "Oí tu voz en el jardín, y tuve miedo, porque estaba desnudo, y me escondí." Luego Dios pronunció el decreto o sentencia en contra de Adán y Eva. Poco tiempo después, pero indudablemente ya fuera del Edén, Dios les proveyó vestido, así como está escrito: "E hizo Jehová Dios para Adán y para su mujer túnicas de pieles, y los vistió."—Gén. 3:21.

Para suministrar vestido para Adán y para su esposa era preciso sacrificar una vida. Dios tenía un fin al hacer esto, más allá del inmediato fin de proveer vestuario para ellos. A la luz que Dios ha hecho brillar sobre su Palabra en estos últimos días se vé que Dios, desde un principio, indicó el medio que se emplearía para volver al hombre a la condición de armonía con El. El pecado del hombre sería cubierto al costo de otra vida. El pecado del hombre y el vestido que se proveyó, quedaron asociados desde un principio. Así se prefiguró que al debido tiempo Dios proveería la manera de cubrir el pecado del hombre, limpiando su mancha. (Heb. 9:14). Adán y Eva no entendieron el significado de esto, pero en ello comenzó Dios a manifestar su bondad para con la raza humana.

Desde el Edén hasta el diluvio solamente unos pocos buscaron a Dios. Los que lo hicieron parece ser que se apercibieron de la necesidad de un sacrificio para lograr recibir la aprobación de Dios. Es sin embargo evidente que ninguno de ellos entendieron el pleno significado

de esos sacrificios, pero esos animales secrificados indicaban el hecho de que Dios, a su debido tiempo y manera, haría provisión para la reconciliación humana. Esos sacrificios no eran con el fin de apaciguar la ira de Dios como muchos creen, sino para significar la indignidad del hombre para allegarse a Dios, y para prefigurar el medio señalado por El para cubrir los pecados del hombre y la manera provista para la reconciliación. Allí comenzó Dios a guiar y ha continuado guiando con bondad a todos los que desean conocer su plan de salvación. A Abraham se le dio el nombre del amigo de Dios a causa de su gran fe en El. Dios dio a Abraham el cuadro más real del sacrificio requerido, aparte del verdadero, a quien Isaac tipificó.—Gén. 22:1-18.

Después Dios escogió a los israelitas como su pueblo para su nombre y por medio de ese pueblo hizo varios cuadros enseñando la base para la reconciliación del hombre. En Egipto se degolló un cordero sin mancha ni defecto, y su sangre fue rociada a la puerta del hogar de cada familia, sirviéndoles de escudo y protección para no morir. De este modo se prefiguró el gran sacrificio que proveería para la humanidad un escudo para protegerlos de la destructiva influencia del pecado. En el desierto Dios hizo que se construyera un tabernáculo, y una vez al año allí se ofrecían ciertos animales cuya sangre se rociaba en el asiento de la misericordia en el santísimo. Esto servía para limpiar a la nación de Israel de sus pecados, y prefiguraba que habría un sacrificio vivo que haría expiación por los pecados del hombre. Estos sacrificios anuales se llevaban a cabo de acuerdo con la provisión del pacto de la ley, y expresamente está escrito que el pacto de la ley sirvió como ayo o maestro para conducir al pueblo de Israel, al que

por medio del derramamiento de sangre abriría el camino para la reconciliación.

¿Fueron estos animales sacrificados para el placer y satisfacción de Jehová y para apaciguar su ira, como algunos miembros del clero sostienen? Por medio de su Palabra Dios dice: "Sacrificio y ofrenda vegetal, no te complaces en ellos; me has hecho siervo tuyo para siempre; no demandas holocausto y ofrenda por el pecado." (Sal. 40:6). "En holocaustos y ofrendas por el pecado no te complaciste."—Heb. 10:6.

¿Entonces, para qué se ofrendaron estos animales? Fue una expresión de la bondad de Dios por el hombre, enseñándole cómo, al debido tiempo, abriría el camino para la completa reconciliación, y que la base para esa reconciliación sería el sacrificio de una vida. Dios, de una manera gradual y lenta ha estado enseñando y guiado a los hombres, sabiendo que cuando ellos lleguen a conocerle debidamente, y cuando se aperciban de sus bondadosos propósitos para con ellos, le amarán y le obedecerán. Satanás, apercibiéndose de este hecho, se ha esforzado siempre en mantener en tinieblas a los hombres concerniente a la bondad de Dios hacia la raza humana. (2 Cor. 4:4). Al debido tiempo el plan de Dios culminará en la completa destrucción de Satanás y en la eterna gloria de Dios. Dios no se complacía en el sacrificio de estos animales pero quería hacer que los hombres se apercibieran de la necesidad de un sacrificio para abrir el camino de la reconciliación.

El tiempo llegó en que Dios, por medio de su profeta, hizo una clara promesa de que redimiría al hombre de la muerte y lo rescataría del poder del sepulcro. Por eso hizo que su profeta escribiera: "Del poder del sepulcro yo los rescataré, de la muerte los redimiré. ¿Dónde están

tus plagas, oh muerte? ¿Dónde está tu destrucción, oh sepulcro?" (Os. 13:14). La palabra que aquí se traduce "rescataré" quiere decir soltar o librar. La condición de muerte o la tumba tiene cogidos a la raza humana, pero la promesa de Dios es la de que, al debido tiempo y conforme a su manera ideada, El librará al hombre de la muerte y del poder del sepulcro. Para Dios el hacer una promesa es una garantía de su pleno cumplimiento, de modo que, al debido tiempo de Dios, esta tarea de soltar y redimir se llevará a cabo.

¿Pero cómo se cumplirá esta promesa? ¿Qué se requerirá para restaurar al hombre del poder del sepulcro y libralo de la muerte? ¿Cómo puede llevarse esto a cabo de una manera consistente con la justicia? La ley de Dios no puede pasarse por alto sin violar la justicia. Como castigo por el pecado la ley requería una vida humana perfecta. Esto se enfatiza en la ley de Dios donde se hace presente que se pide vida por vida. (Deut. 19:21). En la vida de los animales no podía haber valor redentivo y por lo tanto los animales no podían ser sustitutos de la vida humana. Evidentemente el sacrificio de esos animales solamente prefiguró que se sacrificaría una vida, pero no prefiguró la naturaleza del que sería el sacrificio verdadero. La clara inferencia del lenguaje usado por el profeta de Dios es que el precio de redención requerido tenía que ser una vida humana perfecta. Esta inferencia se apoya por las siguientes palabras: "Ninguno de ellos podrá en manera alguna redimir al hermano, ni dar a Dios su propio rescate, porque la redención de sus almas es costosa, y no se logrará."—Sal. 49:7, 8.

Puesto que todos los hombres son descendientes de Adán, y puesto que debido a eso son imperfectos, nin-

guno podría proveer satisfacción por sus mismos pecados ni dar el precio de satisfacción por los pecados de su hermano. Esto es una prueba concluyente de que el hombre no puede tomar la iniciativa en lo que toca a la reconciliación. Solamente Jehová Dios puede hacer la necesaria provisión y a menos que en el ejercicio de su bondad Dios no hubiera hecho tal provisión, todos tendrían que al debido tiempo perecer. Por eso está escrito que de tal manera amó Dios al mundo, es decir, que estuvo tan altruistamente dispuesto hacia la raza humana, que mandó a su amado Hijo Jesús al mundo para que la raza humana no pereciera sino en cambio fuera librada de la destrucción eterna.—Jn. 3:16, 17.

Cuando Jesús vino a la tierra dijo que había venido a dar su vida en rescate por el hombre para que éste tuviera vida. (Mat. 20:28; Jn. 10:10). Después de que Jesús murió en la cruz, y después de que Dios lo levantó de entre los muertos, Pablo escribió de El: "En quien tenemos redención por medio de su sangre, la remisión de nuestros pecados, según las riquezas de su gracia."—Efe. 1:7.

El hombre que razona de una manera lógica procede como sigue: Puesto que la ley de Dios requería la vida de un hombre perfecto como castigo por el pecado, y puesto que Adán, como un hombre perfecto, murió a causa del pecado, y viendo que el precio de redención tiene que ser una vida humana perfecta para sustituir en la muerte a Adán, ¿cómo pudo Jesús dar su vida en rescate por la raza humana a menos que solamente fuera un sér humano perfecto cuando estuvo en la tierra? Y puesto que las Escrituras muestran que Dios no se complace en el sacrificio de los animales porque la vida de ellos es inferior a la vida de un hombre perfecto y no

podían proveer el precio de redención, ¿no será igualmente cierto que si la vida de Jesús era superior a la de un hombre perfecto no podría hacer frente a los requisitos de la ley? ¿Cómo podía Dios, entonces, complacerse en su sacrificio, y cómo podía su sacrificio ser aceptado como base para la reconciliación si Jesús era superior al hombre perfecto, Adán?

LA TRINIDAD

Muy temprano en la era cristiana Satanás comenzó su tarea de confundir a los hombres con respecto a estas cosas. Luego inyectó en la mente de unos cuantos miembros del clero, los que pretenden representar a Dios, unas cuantas doctrinas erróneas concernientes a Jesús y a su sacrificio, y ellos las enseñaron a la gente. Estas doctrinas han traído gran confusión. Los apóstoles enseñaron la verdad, pero no pasó mucho tiempo después de su muerte sin que el Diablo encontrara a unos cuantos miembros del clero, sabios a sus propios ojos, los que pensaron que podían enseñar más de lo que los inspirados apóstoles habían enseñado.

La doctrina de la trinidad fue por primera vez introducida en la iglesia cristiana por un obispo de Antioquía llamado Teófilo. La doctrina en pocas palabras es como sigue: Hay tres dioses en uno: Dios el Padre, Dios el Hijo, y Dios el Espíritu Santo; estos tres son iguales en poder, sustancia y eternidad. El credo de la iglesia anglicana presenta el asunto de esta manera: "Hay un solo viviente y verdadero Dios . . . y en la unidad de esta deidad hay tres personas de una sustancia, poder y eternidad, el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo."

Un concilio del clero, que se tuvo en Nicea en el año 325 E. C., confirmó la doctrina de la trinidad; más

tarde otro concilio semejante se reunió en Constantinopla, el cual, al confirmar la divinidad del espíritu santo y la unidad de Dios, declaró la doctrina de la trinidad en unidad como doctrina de la iglesia. Para ayudar a sus emisarios a fijar esta doctrina en sus mentes, el Diablo juzgó necesario tener un objeto visible que la simbolizara. Para eso se adoptó el triángulo visible, el que se encuentra en algunas tumbas de los que fueron enterrados en esos tiempos. También las imágenes con tres cabezas o rostros en un solo cuello, los ojos siendo parte de cada rostro. También en la combinación del triángulo y el círculo. Si se le pide a un miembro del clero la explicación de la doctrina de la trinidad dice que es "un misterio." Ni él ni nadie sabe lo que es, porque es una cosa que no existe; es una doctrina falsa.

Nunca ha habido una doctrina más engañosa que la doctrina de la trinidad. Tan solo pudo tener origen en la mente de Satanás. El propósito fue el de causar confusión en la mente del hombre y destruir la verdadera filosofía del gran sacrificio de rescate. Si cuando Jesús estuvo en la tierra era Dios, fue más que un hombre perfecto y por lo tanto no pudo ser el exacto precio para la redención del hombre. Por lo tanto, la lógica conclusión sería la de que la sangre de Jesús no podría ser la base para la reconciliación del hombre con Dios. Si Jesús fue parte de una trinidad, entonces sería imposible para la trinidad, o para una parte de ella, suministrar el precio de redención para el hombre perfecto por cuanto no había exacta correspondencia.

¿Quién podría estar interesado en causar semejante confusión? Satanás, el Diablo. Con el fin de adelantar sus fines él echó mano de hombres ambiciosos y egoístas. Los indujo a hacer otros dos dioses y a adorar a la cria-

tura en cambio de al Creador. Pablo presenta el asunto de la siguiente manera: "Por lo mismo que cuando conocían a Dios no le glorificaron como Dios, ni le dieron gracias, sino que se hicieron vanos en sus razonamientos, y entenebrecióse su fatuo corazón; profesando ser sabios se tornaron en insensatos. . . . Los cuales cambiaron la verdad de Dios en mentira, y adoraron y sirvieron a la criatura antes que al Creador, el cual es para siempre bendito."—Rom. 1:21, 22, 25.

Es de notarse que en los sistemas eclesiásticos el nombre de Jesús se ha hecho más prominente que el nombre de Dios. El clero católico ha inducido a la gente a orar a María, la madre de Jesús, y rendirle homenaje, dando de este modo a una mujer un honor igual a Dios. Los nombres de María y de Jesús se mencionan más frecuentemente en los sistemas denominacionales que el nombre de Jehová. La adoración de ídolos y objetos visibles también ha sido inducida por el clero. El plan y propósito general del genio entre bastidores ha sido el de poner en poco el nombre de Jehová y hacerlo aparecer reprochable.

Es imposible tener un correcto entendimiento del plan divino de la reconciliación del hombre con Dios a menos de entender la verdadera relación entre Jesús y Dios. Es por lo tanto preciso que la falsa doctrina de la trinidad se exponga y se quite de la mente de la gente para que la luz de la verdad pueda brillarles sin tropiezos.

Hay un solo Dios, el Creador de los cielos y de la tierra, y el Dador del aliento de vida a toda la creación.

Jesús es el Hijo de Dios, el principio de la creación de Dios y el gran agente ejecutivo de Jehová Dios en llevar a cabo su plan.

El espíritu santo es el poder invisible de Dios, que Dios da, y que es usado por todos los que están en plena armonía con El y a quienes se les asigna la ejecución de ciertos servicios en su nombre.

Pasaremos a probar esto por medio de la Palabra de Dios, y que la gente haga caso de ella. Como dice el apóstol: "Antes sea Dios veraz y todo hombre mentiroso."—Rom. 3:4.

JEHOVA ES DIOS

Hay una gran causa primitiva: Aquel que es de la eternidad hasta la eternidad, "cuyo nombre es Jehová." (Sal. 90:2; 83:18). Solamente El, en un principio, poseía inmortalidad, "a quien ninguno de los hombres ha visto ni le puede ver," porque es divino. En su Palabra El dice: "Yo soy Jehová, y fuera de mi no hay Salvador." (Isa. 43:11). "Yo soy Jehová; éste es mi nombre, mi gloria no la daré a otro."—Isa. 42:8.

El se revela a sus criaturas por medio de nombres diferentes, y cada uno de esos nombres tiene un significado profundo. El nombre Dios aparece en la Biblia en conexión con el principio de la creación. (Gén. 1:9). Ese nombre se refiere especialmente a El como el Creador de los cielos y la tierra y como el Dador de alimento a toda la creación. "Así dice Dios, Jehová, el que crea los cielos y les da su expansión, el que extiende la tierra y sus productos, el que da aliento a la gente que sobre ella vive, y espíritu a los que caminan por ella." (Isa. 42:5). Este nombre lo representa como el Sér Supremo y se relaciona con su responsabilidad en conexión con toda la creación.

Después El se reveló bajo el nombre del Todopoderoso Dios. (Gén. 17:1). Este nombre aparece primero

cuando Dios habló a Abraham en conexión con su pacto con él. En ese entonces Jehová, en sustancia, le dijo: 'He hecho, y nuevamente hago contigo, el pacto de hacerte padre de muchas naciones y esto lo indico por tu nombre, el cual será cambiado. Yo soy el Todopoderoso Dios.' El nombre Todopoderoso Dios era una completa garantía para Abraham de que el Eterno poseía habilidad ilimitada para poner en operación el anunciado propósito. Abraham en ese entonces era de edad avanzada. Su esposa había ya pasado la edad de tener familia. Dios había dicho que tendría un hijo de su anciana esposa. Poco más o menos le dijo: 'Mi nombre, el Todopoderoso Dios, es una garantía de que lo que te digo se llevará a cabo.' Ese nombre indica el ilimitado poder de Dios. El nombre Todopoderoso Dios, a todos los que creen, significa que su poder es ilimitado y que para El el querer una cosa significa el hacerla.

Luego se reveló Dios por medio de su nombre Jehová. Los traductores han interpretado ese nombre como "El que tiene existencia propia," pero significa mucho más que eso. Significa el propósito de Dios hacia su pueblo. Dios escogió a Israel como su pueblo peculiar, y Jehová fue el nombre nacional con el cual le conocía ese pueblo. El ordenó a Moisés que fuera a los israelitas y les dijera que Jehová lo había mandado, y luego sus palabras a Moisés revelan el significado de Jehová al indicar sus propósitos. El dijo: "Por tanto, dí a los hijos de Israel: Yo soy Jehová, y os sacaré de debajo de las cargas de los egipcios, y os libertaré de la servidumbre de ellos, y os redimiré con brazo extendido y con juicios grandes. Y os tomaré por pueblo mío, y yo seré vuestro Dios; y conoceréis

que yo soy Jehová vuestro Dios, que os saco de bajo de la opresión de los egipcios. Os traeré también a la tierra acerca de la cual alcé mi mano jurando darla a Abraham, e Isaac y a Jacob; y os la daré a vosotros en posesión. Yo, Jehová." (Ex. 6:6-8). El nombre Jehová, por lo tanto, para el pueblo escogido de Dios, significa sus propósitos concernientes a ellos, y especialmente su propósito concerniente a Cristo Jesús y a su iglesia.

Luego el gran Dios se revela a sí mismo con el título del Altísimo. Este nombre significa su relación con toda la creación. Se refiere a El como el Supremo Gobernante sobre todos los poderes y principados. Toda cosa, y todo lo que posee toda criatura, pertenece y está sujeto a la voluntad del Altísimo. El es por encima de todos. Ninguno hay como El y ningún poder puede impedirle llevar a cabo su voluntad. Ese nombre implica supremacía; implica el Sér a quien todos los gobierno, poderes y criaturas al debido tiempo tendrán que estar en sujeción. El es el gran Autor, el Hacedor, el Ejecutor y el Consumador de su plan. El obra por medio de sus escogidos instrumentos para llevar a cabo su voluntad y propósitos. "El Altísimo no mora en templos hechos de manos."

El enseñar que hay tres dioses en uno, o uno en tres, es deshonrar y aminorar el nombre de Dios. El gran Jehová Dios es completamente separado y distinto de todo otro. El es el Creador. Todo otro sér es una criatura suya.

EL HIJO

Jesu-Cristo es el Hijo de Dios. El nombre con que primero se habla de El en las Escrituras es el Logos,

y significa la Palabra, el Verbo, el que habla a nombre de Jehová. El fue el principio de la creación de Dios, y desde ese tiempo El ha sido el agente creativo usado por Jehová en crear todas las cosas que han sido creadas.—Jn. 1:1-3.

La palabra hebrea *elohim* se traduce dios. El gran Jehová es *el Dios*. El Hijo, el Verbo, es *un* Dios. El nombre dios se aplica a todo sér con poder, aun a los ángeles y a los magistrados. Por lo tanto, es apropiado el aplicar al Hijo el nombre de Dios porque es un sér poderoso, y porque El es el Agente de Jehová, el gran Creador, en la creación de todas las cosas. Los nombres Jehová, Todopodereso Dios, y el Dios Altísimo nunca se usan en las Escrituras refiriéndose al Hijo de Dios.

El mismo Jesús testifica que El fue el principio de la creación de Dios: "El Testigo Fiel y Veraz, el principio de la creación de Dios." (Apoc. 3:14). Además, El dijo: "Jehová me poseyó en el principio de su carrera, antes de hacer sus obras de tiempo antiquísimo. Desde la eternidad fui yo ungido, desde el principio, antes que existiera la tierra, cuando no habían abismos fui dado a luz; cuando no había manantiales abundantes en aguas; antes que se afirmaran las montañas, antes de haber collados, fuí dado a luz; cuando no se había hecho todavía la tierra, ni los campos, ni el principio de la materia térrea del mundo. Cuando Jehová estableció los cielos, allí estaba yo; cuando trazó un círculo sobre la haz del abismo."—Prov. 8:22-27.

Cuando llegó el tiempo para la creación del hombre, Dios, evidentemente, se dirigió a su Hijo, el Logos, en

las siguientes palabras: "Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza." (Gén. 1:26). Más tarde, cuando el hombre desobedeció y fue arrojado del Edén, Jehová dijo a su Hijo: "He aquí que el hombre ha venido a ser como uno de nosotros, conociendo el bien y el mal."—Gén. 3:22.

Cuando el hombre quiere llevar a cabo alguna cosa, extiende el brazo. El brazo es simbólico de fuerza o poder en uso. Es también simbólico de fuerza o poder usado por otro conducto. En las Escrituras frecuentemente se habla del Logos, el Hijo de Dios, como el Brazo de Jehová. Los siguientes textos apoyan esta conclusión: "¡He aquí que Jehová, el Señor, viene con poder, y su mismo brazo enseñoreará para El; he aquí que su premio está con El y su recompensa delante de El. (Isa. 40:10). "Jehová ha desnudado su santo brazo a la vista de las naciones." (Isa. 52:10). "¿A quién ha sido revelado el brazo de Jehová?" (Isa. 53:1). "Yo he hecho la tierra, y los hombres, y las bestias que están sobre la faz de la tierra, con mi gran poder y mi brazo extendido, y yo la doy a quien me parece conveniente."—Jer. 27:5.

Estos textos muestran que Jehová Dios, el gran Creador, usa a otro como su poderoso instrumento por medio del cual lleva a cabo sus propósitos. El gran Sér a quien El ha usado como su instrumento es su Hijo, el Logos, Jesús, el Cristo. Con autoridad divina Pablo escribió lo siguiente con referencia a Jesús: "El cual es la imagen del Dios invisible, el *primogénito de toda la creación;* porque por El fueron creadas todas las cosas, en los cielos y en la tierra, visibles e invisibles, ora sean tronos, o dominios, o principados, o poderes; todas las cosas por medio de El y

para El fueron creadas; El es antes de todas las cosas, y todas las cosas subsisten en El."—Col. 1: 15-17.

Todos estos textos muestran claramente la distinción entre el gran Creador, la gran Primera Causa, y el Logos, el principio de la creación de Dios. Adán, el hombre perfecto, se apartó de Dios a causa del pecado, y el resultado de esto fue la muerte. El plan de Dios para la reconciliación del hombre fue prefigurado por los sacrificios de animales. Estos sacrificios predijeron o prefiguraron que habría un sacrificio de una vida humana perfecta. Nadie había en la tierra perfecto. Dios, por lo tanto, transfirió la vida de su amado Hijo de la condición espiritual a la humana, para que pudiera ser el instrumento por medio del cual quitar el pecado y suministrar la base para la reconciliación del hombre.

HECHO HOMBRE

En lenguaje claro, el sagrado registro dice: "El Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del Unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad." (Jn. 1: 14). Tanto la historia secular como la sagrada prueban abundantemente el hecho de que un niño nació de una virgen en Betlehem, llegó a ser un hombre y murió en Jerusalem sobre una cruz. ¿Quién fue ese hombre? El tal llamado clero ortodoxo, para poder mantener en pie el falso dogma de la trinidad, ha aceptado de Satanás, y ha enseñado otra mentira, es decir, la de que ese niño que nació a la virgen María, y que fue crucificado, fue el mismo Dios; que mientras estuvo en la tierra era un sér espiritual y que el cuerpo de carne que usó fue solamente

algo así como un vestido, la encarnación de un sér espiritual. En otras palabras, dicen que Dios tomó sobre sí mismo la forma de un hombre y anduvo en la tierra en un cuerpo de carne por treinta y tres años y medio, y que durante ese tiempo fue conocido con el nombre de Cristo Jesús. Contienden que Jesús es la segunda persona de la trinidad, y que habiendo nacido como un niño humano, asumió un cuerpo humano y fue durante todo el tiempo que estuvo en la tierra Dios y hombre al mismo tiempo. Frecuentemente se encuentran en sus escritos expresiones al efecto de que Jesús era Dios y hombre, y Dios encarnado.

No deja de ser extraño el que gente sensata haya sido engañada por tan irrazonable dogma. Esa doctrina conduce a un sin número de conclusiones absurdas. La doctrina es la de que Dios es uno, compuesto de tres personas, Dios el Padre, Dios el Hijo, y Dios el espíritu santo. La lógica conclusión es, entonces, que durante los treinta y tres años y medio en que Dios dejó el cielo y tomó la forma humana, el cielo estuvo sin Dios. Al final de ese tiempo Jesús murió de una manera ignominiosa, sobre una cruz, y en ese entonces El clamó: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?" O Jesús dijo esto sinceramente, o lo dijo por engañar.

Las Escrituras muestran que Dios es inmortal; por lo tanto no puede morir. Esto visto, las doctrinas de la trinidad y la encarnación conducen a la ineludible conclusión de que la tal llamada muerte en la cruz fue nada más que una farsa; que Jesús en efecto no murió, y que las últimas palabras de Jesús fueron nada más que con el fin de engañar a la gente. Si el que estaba muriendo en la cruz era en realidad Dios, ¿cómo podría

ser posible que, al tiempo de su muerte en la cruz, Jesús hubiera dicho: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?" Si Jesús era Dios mismo, y era el mismo espíritu santo, ¿a quién se dirigió cuando estaba en la cruz? Cuando estas preguntas se hacen a los miembros del clero toman un aspecto grave y dicen: "Es un misterio." En verdad que es un misterio, pero no solamente es eso, es además un engaño y un lazo, y una gran falsedad.

Además, si Jesús, cuando estuvo en la tierra, hubiera sido más que un hombre, entonces no hubiera podido ser el precio correspondiente por el hombre, Adán. Su muerte no hubiera podido proveer el precio de rescate como la base para la reconciliación del hombre con Dios. En esta doctrina una vez más se deja ver la obra de Satanás. Al hacer aparecer que Jesús era Dios hace bastante ridícula la doctrina del rescate puesto que, después de un maduro escrutinio, la gente sensata tiene que llegar a la conclusión de que Jesús vino a engañarnos y que su muerte no tuvo valor alguno, haciendo de este modo el plan de la reconciliación indigno de la consideración de toda persona de honor. El resultado de esta conclusión completamente destruye la fe en Dios y la fe en el gran sacrificio de rescate, cegando al hombre al propósito de Dios y a su plan para la redención y la reconciliación del hombre. En vista de que las Escrituras terminantemente muestran que Satanás, el dios de este mundo, ciega los entendimientos de los que no creen para que no les resplandezca la gloria del plan de Dios en sus mentes (2 Cor. 4:3, 4), parece extraño que algunos continúen siendo engañados por doctrinas tan irrazonables como la de la trinidad.

En verdad, cuando Jesus estuvo en la tierra no fue otra cosa que un hombre perfecto, ni más ni menos. De todos los nombres conocidos en la historia, el de Jesús de Nazaret es el más prominente. En el breve período de tres años y medio de su ministerio en la tierra El afectó el curso de la gente de una manera más profunda que cualquier otro hombre. La gente más avanzada de las naciones de la tierra cuentan sus años conforme al nacimiento de Jesús. En la Biblia se encuentra el registro de la vida de este verdaderamente grande hombre. Por medio de sus profetas, Dios predijo el nacimiento de Jesús. (Gén. 49: 10; Deut. 18: 15, 18; Isa. 9: 6, 7). Al debido tiempo Dios envió al ángel Gabriel a María, en Nazaret, a anunciarle que aun cuando ella era virgen, había sido escogida entre las mujeres de Israel para ser la madre del Prometido anunciado por los profetas de Dios. (Luc. 1: 28-32). Al debido tiempo ese niño nació en Bethlehem, la ciudad de David, como había sido anunciado. (Miq. 5: 2). En la noche del nacimiento de Jesus los santos ángeles de Dios dieron testimonio, comunicando un mensaje a los humildes pastores en los campos de la tierra santa. Que el nacimiento de este niño tenía que ver con la reconciliación del hombre con Dios, se testificó por el ejército celestial, el que, en ese entonces, cantó: "Gloria en las alturas a Dios, y sobre la tierra paz, entre los hombres la buena voluntad." (Luc. 2: 14). Y el ángel de Dios en ese entonces también dio testimonio del hecho de que, al debido tiempo, el nacimiento de Jesús sería buenas nuevas a todas las gentes de la tierra.

El niño se hallaba sujeto a su madre y a José, quien hacía las veces de padre. No hay razón ninguna para

creer que la casa en que Jesús vivía era algo más que una casa común y corriente del pueblo de Nazaret. José era carpintero y parece que Jesús le ayudaba en ese trabajo. (Mat. 13:55). A la edad de doce años el niño, por un poco de tiempo, llegó a cierto grado de prominencia. (Luc. 2:47-52). Pero muy poco se dice de su juventud, a no ser las palabras: "Y Jesús avanzaba en sabiduría y en estatura, y en favor para con Dios y los hombres."

A la edad de treinta años, habiendo llegado a su mayoría legal, Jesús se presentó en el Jordán en consagración a su Padre, y para simbolizar su consagración por medio del bautismo de agua en el río. El era entonces santo, inocente, sin mancha, y apartado de los pecadores a lo menos por dos razones:

(1) No había sido engendrado por un padre humano sino engendrado en el vientre de María, su madre, por medio del poder del espíritu santo. Las Escrituras no dan los detalles de cómo fue esto, pero hacen presente el hecho de que fue engendrado por el poder del espíritu santo, el cual es el poder invisible de Dios. Eso pone punto final a toda controversia.—Mat. 1:18.

(2) Como joven, y como hombre, El mantuvo su pureza y no pecó en pensamiento, palabra ni obra. Esto era posible a causa de su perfección. Es evidente que el cuidado de Dios rodeaba al niño, y cuando su mente comenzó a funcionar y razonar, Jesús se mantuvo libre de las contaminaciones que se encontraban en el mundo al derredor de El. Por treinta años estuvo preparándose para la obra que Dios tenía para El. Su existencia en el plano espiritual había sido transferida al plano humano. Había nacido como niño y había cre-

cido hasta llegar a ser un hombre revestido con la gloria y el honor de un sér humano perfecto.

Cuando Jesús se ofrendó a sí mismo en consagración para hacer la voluntad del Padre, allí cumplió lo que el profeta de Dios había escrito con respecto a El: "He aquí yo vengo [en el rollo del libro está escrito de mí]; me complazco en hacer tu voluntad, oh Dios mío, y tu ley está en medio de mi corazón." (Sal. 40:7, 8). Entonces, y allí en el Jordán, Dios dio las pruebas de su aceptación de la consagración de Jesús. Algunos de los que estaban cerca oyeron las palabras: "Este es mi amado Hijo, en quien tengo mi complacencia." En ese entonces Dios ungió a Jesús con el espíritu santo y se dio como testimonio de este hecho una evidencia exterior.—Mat. 3:16, 17.

Jesús, para ese entonces un hombre perfecto, estaba delante de su Dios y Padre, completamente equipado para llevar a cabo la voluntad divina. Si el clero está en lo correcto en cuanto a los dogmas de la trinidad y la encarnación, ¿por qué Jehová dijo en esta ocasión, concerniente al hombre que se encontraba a las riberas del Jordán presentándosele en sacrificio: "Este es mi amado Hijo, en quien tengo mi complacencia"? Si los clérigos están en lo correcto, entonces Dios estaba allí otra vez engañándonos y engañando a los que estaban presenciando la ceremonia. El clero quiere hacer creer que allí se encontraba Dios el Hijo, pero lo cierto es que El era el Hijo de Dios, a quien Jehová había enviado a la tierra a llevar a cabo esta grande obra. Jehová, el Padre, amaba a su Hijo, y el Hijo amaba al Padre, y Jehová estaba complacido por la absoluta obediencia de su Hijo. Allí el Hijo se comprometió a hacer la voluntad de su Padre, sin importar lo que

esa voluntad fuera; y el Padre lo recibió, y aceptó su compromiso de hacer su voluntad, manifestando su aceptación dándole el espíritu santo y testificando su complacencia ante los que presenciaron el incidente.

EL ESPIRITU SANTO

El clero enseña que "el espíritu santo" es la tercera persona del "dios trino." La palabra espíritu se traduce de una raíz que significa *viento, soplo* o *brisa.* Su verdadero significado es *poder invisible.* El espíritu de Dios es invisible al hombre y es poderoso. Con propiedad recibe el nombre de espíritu santo porque todo poder de Dios es santo. El *espíritu santo* no es una persona o sér, y no hay un solo texto en la Biblia que dé apoyo a semejante teoría. Cuando Dios pone su espíritu sobre una criatura, esa criatura queda revestida con poder y autoridad para proceder como representante o agente suyo. Dios puso de su espíritu sobre David, como testigo suyo, y David dijo: "El espíritu de Jehová habló por mí, y su palabra estuvo en mi boca." (2 Sam. 23:2). De la misma manera Dios puso de su espíritu o sabiduría sobre algunos hombres a quienes ordenó que construyeran ciertas cosas relacionadas con el tabernáculo. (Ex. 35:31-35). Estos hombres fueron revestidos con poder y autoridad para representar a Jehová Dios.

El profeta, hablando con referencia a Cristo, escribió: "El espíritu de Jehová el Señor está sobre mí, por cuanto Jehová me ha ungido para anunciar buenas nuevas a los mansos; me ha enviado para vendar a los quebrantados de corazón, para proclamar a los cautivos libertad, y a los aprisionados abertura de la cárcel; para proclamar el año de la buena voluntad de Jehová,

y el día de la venganza de nuestro Dios; para consolar a todos los que lloran. (Isa. 61: 1, 2). Jesús citó esta profecía y la aplicó a sí mismo. (Luc. 4: 18-21). Este texto muestra que el espíritu santo es la autoridad o poder que Dios confirió a su amado Hijo. Dios comisionó a Jesús a que lo representara y a que hablara con autoridad en su nombre. El mismo profeta, hablando de parte de Jehová, dice: "He puesto mi espíritu sobre El y sacará justicia a las naciones." (Isa. 42: 1). Esto se representaba por el aceite de la unción que se derramaba sobre la cabeza del sacerdote, por medio del cual quedaba revestido de autoridad. En el Jordán, Jehová puso su espíritu sobre su amado Hijo, con ello ungiéndolo para que lo representara.

Concerniente a esta unción de Jesús con el espíritu santo está escrito: "Has amado la justicia, y aborrecido la maldad; por tanto, Dios, el Dios tuyo, te ha ungido con unción de alegría sobre tus compañeros." (Heb. 1: 9; Sal. 54: 7). También está escrito: "Relativo a Jesús de Nazaret, como Dios le ungió con el espíritu santo y con poder; el cual andaba por todas partes haciendo beneficios y sanando a todos los oprimidos del Diablo; porque Dios era con El."—Hech. 10: 38.

Estos textos prueban conclusivamente que el espíritu santo no es una persona y que por lo tanto no es una persona de la trinidad. Prueban que el espíritu santo es el santo poder de Jehová Dios, conferido a su amado Hijo y a otros a quien El ha autorizado para que le representen. Estos textos, y otros muchos, ponen de manifiesto la falsedad de las doctrinas satánicas de la encarnación y de la trinidad, y hacen patente que el

clero ha estado presentando y continúa presentando a Dios en falsos colores.

EL HOMBRE PERFECTO

Jesús en la tierra fue un hombre perfecto, siendo, aparte de Adán en el Edén, el único hombre perfecto que ha existido en la tierra desde entonces. En las riberas del turbulento Jordán estaba el perfecto hombre Jesús, declarando su devoción a su Padre. Allí Dios puso su santo espíritu sobre El y lo invistió de pleno poder y autoridad para que hablara en su nombre. Allí El comenzó su gran obra. El era perfecto, santo, sin mácula, y separado de los pecadores. Concerniente a El el profeta de Dios escribió: "Más hermoso eres que los hijos de Adán; la gracia es derramada en tus labios; por tanto, Dios te ha bendecido para siempre. (Sal. 45:2). El fue la personificación misma de la verdad, la mansedumbre y la justicia, y El con denuedo y franqueza habló la verdad. "Jamás habló hombre alguno como este hombre." (Jn. 7:46). Esto se debía a que era un sér humano perfecto, enteramente dedicado a hacer la voluntad de Dios y porque vino a hablar el mensaje que su Padre le había encargado diera: "Porque no he hablado de mí mismo, sino que el Padre que me envió, me ha dado mandamiento respecto de lo que debo decir y lo que debo hablar. Y yo sé que su mandamiento es vida eterna; todo cuanto digo, pues, según el Padre me ha dicho, así hablo." (Jn. 12:49-50). Dios lo mandó al mundo a que hablara la verdad, y El habló la verdad. El dijo: "Yo para esto nací, y a este intento vine al mundo, para dar testimonio de la verdad. Todo aquel que es de la verdad oye mi voz." (Jn. 18:37). Por consiguiente,

los que contradicen o niegan las palabras de Jesús no hablan la verdad.

Oigamos las palabras de Jesús y notemos que El califica a los maestros de las doctrinas de la encarnación y de la trinidad como hijos y agentes de Satanás, el sér más mentiroso que ha existido. Al clero de su día, que se negó a escuchar y a proceder conforme a sus palabras, Jesús les dijo sin ambajes: "Si Dios fuera vuestro padre, me amaríais a mí; porque yo procedí y he venido de Dios; porque no vine de mí mismo, sino que El me envió. ¿Por qué no entendéis mi lenguaje? por lo mismo que no podéis escuchar mi palabra. Vosotros sois de vuestro padre el Diablo, y los deseos de vuestro padre queréis cumplir. El fue homicida desde el principio, y no permaneció en la verdad, por cuanto no hay verdad en él. Cuando habla mentira, de lo suyo habla, porque es mentiroso y padre de mentiras." (Jn. 8:42-44). Los miembros del clero que han enseñado y continúan enseñando los dogmas de la trinidad y la encarnación, se niegan a oir la verdad y por lo tanto se colocan en la misma clase en que Jesús colocó a los fariseos.

Los trinitarios dicen: 'Dios, Jesús, y el espíritu santo son uno, igual en poder, en persona y en autoridad y en eternidad; los tres son uno.' Jesús dijo: "Mi Padre mayor es que yo." (Jn. 14:28). El clero dice: 'Jesús fue su mismo padre.' No dicen la verdad. La verdadera relación entre Dios y Jesús es la de Padre e Hijo, y esta relación fue reconocida por Jesús, puesto que El dijo: "Porque el Padre ama al Hijo, y le manifiesta todo cuanto El hace."—Jn. 5:20.

Las Escrituras dan el testimonio de que solamente Dios tiene inmortalidad. (1 Tim. 6:16). Eso quiere

decir que cuando Jesús se encontraba en el Jordán no era inmortal y por lo tanto no era igual a Dios. Como prueba adicional de que Jesús no era su mismo Padre y que no era igual en poder ni eternidad con Dios, damos sus mismas palabras: "Pues así como el Padre tiene vida en sí mismo, así también ha dado al Hijo que tenga vida en sí mismo; y le ha dado prerrogativa de ejecutar juicio, por cuanto El es Hijo del hombre." (Jn. 26:27). Que la gente determine si Jesús dijo la verdad o nó; y si El dijo la verdad, entonces tienen que llegar a la conclusión de que el clero, el cual enseña la teoría trinitaria, es un falso testigo.

A las multitudes dijo Jesús: "Trabajad para conseguir, no el alimento que perece, sino el alimento que dura para vida eterna, el que os dará el Hijo del hombre; pues a éste selló como suyo el Padre, Dios." (Jn. 6:27). Y también El dijo a los judíos: "Muchas cosas tengo que decir y que juzgar respeto de vosotros; mas el que me envió es veraz, y las cosas que yo he oído de El, éstas hablo en el mundo. Ellos no percibieron que les hablaba respecto al Padre."—Jn. 8:26, 27.

Repetidamente Jesús habló de sí mismo como el Hijo de Dios. Los judíos lo acusaron de blasfemia porque El dijo que era Hijo de Dios. El clero de ese tiempo, lo mismo que el clero de hoy en día, no quiso recibir la verdad.

Lázaro, el amigo de Jesús, se enfermó, y las nuevas llegaron a Jesús. Entonces El dijo: "Esta enfermedad no es para muerte, sino para la gloria de Dios, para que sea glorificado el Hijo de Dios por medio de ella." (Jn. 11:4). Después de hablar con las hermanas de Lázaro con respecto a él, y después de señalarles la esperanza de la resurrección, enseguida oró al Padre,

en presencia de testigos, y dijo: "Padre, te doy gracias porque me has oído. Y yo sabía que me oyes siempre, mas a causa de la multitud que está presente, lo dije, para que crean que Tú me has enviado." Si el clero está en lo correcto, entonces Jesús allí estaba engañando. Pero sus palabras no muestran engaño ninguno, sino que estaba orando a su Dios y Padre y estaba enseñando algunas verdades con relación a la resurrección.

Cuando Jesús indicó a los discípulos la manera de orar no les dijo que se dirigieran a El como siendo igual a Dios, sino les dijo: "Vosotros, pues, orad de esta manera: Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre." (Mat. 6:9). "Y todo cuanto pidiereis al Pedre en mi nombre, eso haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo."—Jn. 14:13.

Jehová Dios es el gran Dador de vida. El dio vida a su amado Hijo, Jesús. El envió a su Hijo a la tierra para que pusiera la base para la reconciliación del hombre, y por medio de su Hijo dio vida al hombre. El hombre participa del alimento material para nutrir su cuerpo. Jesús se comparó a sí mismo con el pan porque la fe en El y en su sangre derramada, y la fe en la obra que el Padre le envió a hacer, proveen vida para el hombre. Por eso, concerniente a la entrega de su vida El dijo: "Como el Padre viviente me envió, y yo vivo por medio del Padre, así el que me come, éste también vivirá por medio de mí." (Jn. 6:57). Esta es una prueba adicional de que Jesús no es su mismo padre.

Jesús, cuando estuvo con sus discípulos, los enseñó concerniente al camino que conduce a la vida. Para que alguien pueda tener vida le es preciso ser reconci-

liado con Dios, el Padre. Jesús dijo: "Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre sino por mí." (Jn. 14:6). De este modo indicó que el medio provisto por el Padre para la reconciliación es su amado Hijo, Cristo Jesús.

El enseñó a sus discípulos que se iría pero que volvería otra vez y tomaría consigo a los que continuaran siendo fieles, y que con ellos establecería su reino. Sus discípulos preguntaron cuándo sería eso y cómo conocerían que había llegado el tiempo. Jesús respondió: "Empero respecto de aquel día y hora, nadie sabe, ni aun los ángeles del cielo, ni tampoco el Hijo, sino sólo el Padre." (Mat. 24:36). Si cuando Jesús habló estas palabras, como pretende el clero, era igual en poder y eternidad con Dios, no hubiera dicho que solamente el Padre sabía. Sus palabras muestran que el Padre sabía algunas cosas que El ignoraba, a lo menos en ese entonces.

Cuando se aproximaba el final de su ministerio en la tierra, Jesús dijo a sus discípulos: "Si me amáis, guardaréis mis mandamientos. Y yo rogaré al Padre, el cual os dará otro consolador, para que esté eternamente con vosotros; es decir, el espíritu de verdad, a quien el mundo no puede recibir; porque no le ve, ni le conoce; vosotros empero le conocéis; porque mora con vosotros, y estará en vosotros." (Jn. 14:15-17). En estas palabras El muestra claramente la diferencia entre El mismo, su Padre y el espíritu santo. El claramente dijo que oraran a su Padre y que el Padre enviaría un consolador, y que ese consolador es el espíritu santo, el cual moraría en sus discípulos porque eran suyos y porque Dios los había escogido para que fueran suyos. Luego les dijo que habían algunas cosas

que ellos no podían entonces entender plenamente, pero que serían bautizados con el espíritu santo y que entonces entenderían. El dijo: "Mas cuando viniere aquel, el espíritu de la verdad, él os guiará a toda verdad." (Jn. 16:13). El espíritu santo fue dado a los discípulos al tiempo del Pentecostés, como las Escrituras claramente lo muestran, y entonces los discípulos hablaron conforme les dio palabras el espíritu santo. (Hech. 2:4). Ese fue el tiempo en que los discípulos recibieron la unción de Dios por medio de la Cabeza, Cristo Jesús, y fueron investidos de poder y autoridad para hablar, y desde ese entonces en adelante hablaron la verdad con denuedo y sin temor.—Hech. 4:13.

El tiempo llegó en que Jesús terminó la obra que el Padre le encargó. Jesús se enteró de que sería muy pronto crucificado. Supo que sería presentado ante los hombres como un enemigo de Dios, que lo reputarían como un pecador, y que moriría como tal. Esta era una gran prueba para El. Por eso rogó a su Padre en los cielos: "Padre, la hora ha venido. Glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo también te glorifique a Tí. Yo te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste a hacer." El había manifestado el nombre de su Padre a los hombres. No había buscado su propia exaltación, sino que su gran deseo era el de ser restaurado a la dulce comunión que había tenido con su Padre. Por lo tanto oró: "Y ahora pues, oh Padre, glorifícame Tú contigo mismo, con la gloria que tuve contigo antes de que el mundo fuese."—Jn. 17:1, 4, 5.

Si Jesús era Dios, como el clero dice, ¿para qué hacer semejante oración a sí mismo? O El estaba orando a sí mismo, o estaba practicando un fraude.

Cualquier lado del dilema que el clero tome, se encontrarán con que no tiene apoyo en las Escrituras. De haber sido Jesús igual al Padre en poder y en eternidad no hubiera habido razón ninguna para que orara en esta ocasión ni en ninguna otra.

Antes de esto Jesús había dicho a sus discípulos: "Yo y mi Padre somos uno. . . . ¿No crees que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí? las palabras que os hablo, no de mí mismo las hablo; mas el Padre, morando en mí, hace sus obras. Creedme que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí; o si nó, creedme por causa de las obras mismas." (Jn. 10:30; 14:10, 11). Estos textos han sido tomados por los trinitarios para probar que Dios y Jesús son la misma persona. El mismo Jesús hace claro lo que El dio a entender por esa unidad de El con el Padre. En su oración en la última noche que estuvo en la tierra, entre otras cosas dijo a su Padre: "Ni ruego solamente por éstos, sino por aquellos que han de creer en mí por medio de la palabra de ellos; para que todos ellos sean uno; así como Tú, oh Padre, eres en mí, y yo en Tí, para que ellos también sean uno en nosotros; para que el mundo crea que Tú me enviaste. Y la gloria que me has dado a mí, yo les he dado a ellos; para que ellos sean uno, así como nosotros somos uno." (Jn. 17:20-22). En esa ocasión Jesús oraba en provecho de los que habían de creer en El y que serían ungidos como miembros de su cuerpo, el cual es la iglesia. Dios lo puso a El por Cabeza sobre la iglesia, para que El y su iglesia fueran uno. Esto fue lo que El enseñó a sus discípulos y lo que más tarde sus discípulos enseñaron.

Pablo escribió "Porque de la manera que el cuerpo es uno, mas tiene muchos miembros, y todos los miem-

bros del cuerpo, siendo muchos, son un mismo cuerpo, así también es Cristo." (1 Cor. 12:12). Pablo dio una ilustración de esto, usando con ese fin al esposo y la esposa: "Mas quiero que sepáis que la cabeza de todo hombre es Cristo, y la cabeza de la mujer es el hombre, y la cabeza de Cristo es Dios." (1 Cor. 11:3). "Porque el hombre es cabeza de la mujer, así como Cristo también es Cabeza de la Iglesia, siendo El mismo Salvador de la que es su cuerpo." (Efe. 5:23). Con esta luz que el apóstol da al asunto podemos claramente entender lo que Jesús quiso decir. Así como el hombre es la cabeza de su esposa, del mismo modo Cristo es la Cabeza de la iglesia. Así como el hombre y su esposa son reputados como una sola persona, de la misma manera Cristo y la iglesia son reputados como uno. Así como Cristo está sobre la iglesia, del mismo modo Dios está sobre Cristo; son una misma organización. La esposa reconoce a su marido como cabeza; la iglesia reconoce a Jesús como Cabeza, y Jesús reconoce a Dios como Cabeza. Esta es la idea que en parte expresa el apóstol cuando dice: "Muy por encima de todo gobierno, y autoridad, y poder, y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no solo en este siglo, sino en el venidero; y ha puesto todas las cosas bajo sus pies, y le ha constituido Cabeza sobre todas las cosas, con respecto a su iglesia, la cual es su cuerpo, el complemento de Aquel que lo llena todo en todo." (Efe. 1:21-23). De este modo se prueba la completa unidad de Dios, Cristo y la iglesia. Por un poder invisible están unidos, y por lo tanto se dice tienen el espíritu santo. Existe una completa armonía entre Dios, el Padre, y Cristo Jesús, su Hijo, y la iglesia, los miembros de su cuerpo. Esta es una abso-

luta contradicción a los dogmas de la trinidad y de la encarnación.

Cuando Jesús se encontraba en el Getsemaní, sabiendo que estaba próximo a recibir una muerte ignominiosa, ofreció oraciones y súplicas a Dios, su Padre. El no estaba orando a sí mismo en esa ocasión, tampoco, engañando a los demás, como sería el caso si fuera correcta la teoría trinitaria. Pero si ellos están errados y la Palabra de Dios dice la verdad, entonces Jesús estaba orando a Dios con toda sinceridad y verdad. Es mucho más acertado confiar en Dios que en los hombres. Dios nos dice la verdad, y su Palabra es verdadera. (Sal. 118: 8, 9). Pablo testifica que Jesús oró al Padre, y que fue oído: "El cual Jesús, en los días de su carne, ofreció oraciones y también súplicas, con vehemente clamor y lágrimas, a Aquel que era poderoso para librarle de la muerte; y fue oído y librado de su temor. Aunque era Hijo aprendió la obediencia por las cosas que padeció."—Heb. 5: 7, 8.

Cuando la turba de gente vino a apresar a Jesús, uno de sus discípulos, tratando de defender a su Maestro, tajó un oído a uno de los sirvientes del sumo sacerdote. "Entonces le dice Jesús: Vuelve tu espada a su lugar, porque todos los que toman la espada, a espada perecerán. ¿O acaso piensas tú que no puedo orar a mi Padre, y El ahora mismo pondría a mi servicio más de doce legiones de ángeles?"—Mat. 26: 52, 53.

Si Jesús era el mismo Dios encarnado, como el clero enseña a la gente, y si El era igual a Dios en poder y eternidad, ¿para qué dijo estas palabras? ¿Por qué dijo que podía orar a su Padre por ayuda? ¿Por qué no hacía uso de esa facultad El mismo? Jesús siempre

dijo la verdad, y de haber sido Dios mismo no hubiera dicho que podía orar a su Padre y recibir ayuda inmediata.

¿Por qué ha pasado por alto el clero todas estas palabras de Jesús y de los apóstoles? ¿Por qué han tomado un dogma o doctrina que ellos mismos no pueden explicar ni entender, y por qué insisten en enseñar una doctrina que deshonra el nombre de Dios y destruye el valor del gran precio de rescate? Hay solamente una respuesta: Son voluntarios o involuntarios instrumentos en las manos del dios de este mundo, Satanás, el Diablo, el cual los ha usado para cegar las mentes de la gente, para impedirles entender el gran plan de salvación y de reconciliación.—2 Cor. 4:4.

El testimonio general de las Escrituras muestra, sin dejar lugar a duda, que el Logos fue el principio de la creación de Dios; que la voluntad de Dios es la de que el hombre fuera rescatado de la muerte y del sepulcro; que el amor lo indujo a hacer provisión para la reconciliación del hombre; que no podía haber reconciliación a menos que fuera hecha de acuerdo con la justicia; que la justicia solamente podría quedar plenamente satisfecha por medio del sacrificio de una vida humana perfecta; que para que Adán y su raza pudieran ser librados de la muerte era preciso que otro sér humano perfecto tomara el lugar de Adán en la muerte; que en la tierra no había ningún hombre perfecto; que Dios transfirió la vida del Logos del plano espiritual al humano; que Jesús nació de una mujer pero que no fue engendrado de hombre sino por el poder de Dios, por medio del espíritu santo; que por lo tanto fue perfecto, santo, inocente y apartado de los pecadores, haciéndolo así Dios para que pudiera ser el

Rescatador y Redentor de la humanidad, para que la gente tuviera vida.—Mat. 20:28; Jn. 10:10.

EL HOMBRE

Uno de los títulos de Jesús es "el Hijo del Hombre." Este título es otra evidencia de la relación de Jesús con Dios y con el plan de redención. Adán fue un hombre perfecto, creado por Dios y puesto en la tierra. Como hombre perfecto le fue dado dominio sobre todas las cosas de la tierra. Todo esto lo perdió Adán a causa de su desobediencia. Jesús, como hombre perfecto, hecho tal con el fin de efectuar la redención de la raza humana, tenía que ser el exacto equivalente del hombre perfecto en el Edén y por lo tanto llegar a ser el legítimo dueño de todas las cosas pertenecientes al perfecto Adán. Por eso Dios dio a su amado Hijo el título de "El Hijo del Hombre," título que implica que El tiene el derecho a todo lo que el perfecto Adán podría pretender. Esta es otra prueba de que cuando El estuvo en la tierra fue un hombre perfecto, ni más, ni menos, y que por lo tanto llenaba todos los requisitos para llegar a ser el rescatador de Adán y de su raza.

Desde que El fue ungido en el Jordán, y de ahí en adelante. El llevó el título de Cristo. La palabra Cristo quiere decir el Ungido de Dios. Cuando Jesús fue ungido recibió la promesa de la inmortalidad o naturaleza divina. Su fidelidad en la ejecución de la obra que el Padre le dio para llevar a cabo traería una gran recompensa. El hombre perfecto Jesús murió y su vida perfecta, ofrendada en sacrificio, correspondió exactamente con la vida perfecta de Adán antes de pecar. El hombre Cristo Jesús, el Ungido, por lo tanto, vino a ser el sustituto de Adán en la muerte.

Jesús no fue pecador pero tuvo que tomar el lugar del pecador y morir como si fuera pecador para, de ese modo, hacer frente a todos los requisitos de la ley.

Jesús murió y estuvo en el infierno (la tumba) por tres días. Antes de ese tiempo el profeta de Dios había escrito concerniente a El: "Porque no dejarás mi alma entre los muertos, ni permitirás que tu Santo vea corrupción. Me harás conocer la senda de la vida: en tu presencia está la plenitud de gozo; a tu diestra se hallan delicias eternamente." (Sal. 16:10, 11; Hech. 2:30-33). Tres días después de su muerte fue levantado por Dios, su Padre, de entre los muertos. De haber sido Jesús Dios mismo, entonces el Universo hubiera estado sin Dios por tres días. Esto visto, es evidente que los trinitarios no dicen la verdad. El registro divino concerniente a la resurrección de Jesús es: "Relativo a Jesús de Nazaret; como Dios le ungió con el espíritu santo y con poder; el cual andaba por todas partes haciendo beneficios, y sanando a todos los oprimidos del Diablo; porque Dios era con El. Y nosotros somos testigos de todas las cosas que hizo, tanto en el país de los judíos como en Jerusalem; a quien también dieron muerte, colgándolo en un madero. A éste, Dios le resucitó al tercer día e hizo que fuese manifestado."—Hech. 10:38-40.

Recuérdese que Jesús dijo que el Padre le había dado a El la promesa de la inmortalidad o vida en sí mismo. (Jn. 5:26). El *hombre* Jesús tenía que eternamente permanecer muerto si había de ser sustituto de Adán. Con esto se da a entender que El no podría ser resucitado como *hombre* y con todo ser el precio de rescate del caído Adán. Pero en armonía con su promesa Dios levantó a Jesús de la muerte a la inmortalidad.

como un sér divino. Nótese el argumento del apóstol en esta conexión. Antes de ser hombre, era un sér espiritual en la forma de Dios. A diferencia de Lucifer, El no trató de hacerse a lo que pertenecía en derecho a Dios, sino que en cambio se deshizo de la naturaleza espiritual y tomó la forma de un hombre, humillándose voluntariamente hasta la muerte; a causa de eso Dios lo levantó a la inmortalidad. "El cual existiendo en la forma de Dios, no meditó la usurpación de ser igual a Dios, cosa que podía pretender, sino que se desprendió de ella, tomando la forma de un siervo, siendo hecho en semejanza de los hombres. Y siendo hallado en condición como hombre, humillóse a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios también le ha ensalzado soberanamente, y le ha dado nombre que es sobre todo nombre; para que en el nombre de Jesús, toda rodilla se doble, tanto de lo celestial, como de lo terrenal, como de lo de debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesu-Cristo es Señor para gloria de Dios el Padre."—Fil. 2: 6-11.

El fue muerto en la carne pero resucitado un espíritu y exaltado a una posición de gloria e inmortalidad, junto a su Padre. (Apoc. 3: 21; 1 Ped. 3: 18). Después de su resurrección Jesús declaró: "Yo soy . . . el viviente; y estuve muerto, y he aquí que vivo por los siglos de los siglos; y tengo las llaves de la muerte y del sepulcro." (Apoc. 1: 18). Dios, conforme a lo prometido, dio a su amado Hijo la inmortalidad.

Después de que Dios levantó a Jesús de entre los muertos, y antes de que Jesús subiera a los cielos El dijo a María: "No me cojas; porque todavía no he ascendido a mi Padre; mas vé a mis discípulos y díles:

¡Subo al que es mi Padre y vuestro Padre, y mi Dios y vuestro Dios!"—Jn. 20:17.

Cuando los miembros del clero nos dicen que Jesús fue Dios encarnado y Dios y hombre verdadero, se olvidan de que al tiempo en que Jesús pronunció estas palabras ya había sido levantado de entre los muertos como sér espiritual. El no era entonces hombre. ¿Era acaso el mismo Dios? El clero nos dice que sí, pero Jesús dice: 'Nó; Jehová es mi Padre y mi Dios; aun no he subido a El.' Jesús dijo la verdad, pero los trinitarios y su padre, el Diablo, sostienen una mentira. Jesús declaró que Satanás, el Diablo, es el padre de las mentiras; además dijo que los que siguen su curso son sus hijos. Que la gente acepte las palabras de verdad dichas por Jesús y sus apóstoles y por los profetas, y que rechacen las mentiras del clero.

OFRENDA POR EL PECADO

Es bueno recordar que Adán fue sentenciado a muerte a causa de su desobediencia. El pecado es la transgresión de la ley de Dios. La justicia exigió que se pronunciara la sentencia de muerte en contra de Adán, y la ejecución de esa sentencia. Dios pronunció esa sentencia desde el cielo. La vida del hombre perfecto, Jesús, dada en sacrificio, correspondía exactamente con la vida del perfecto Adán que había sido perdida a causa del juicio de Dios pronunciado en su contra. Pero la sola muerte del hombre Jesús, de por sí, no podía redundar en provecho de la raza humana a menos que el valor de la vida perfecta de Jesús fuera presentada ante la justicia divina en el cielo como una ofrenda por el pecado y como sustituto de la vida de Adán y de su raza.

Dios hubiera podido señalar a alguno otro que presentara el valor de la vida perfecta como una ofrenda por el pecado. El *hombre* Jesús no podía hacerlo. Su vida fue dada en la tierra, y como tenía que ser presentada en el cielo tenía que hacerse por alguno que tuviera acceso al cielo. A Dios le plugo dar a su Hijo el honor de presentar el valor de esa vida perfecta como ofrenda per el pecado. Conforme a su propósito, Dios levantó a Jesús de entre los muertos como un sér de la naturaleza divina y el divino Jesús tenía ahora acceso a la corte celestial. Cuando Jesús ascendió al cielo apareció ante la presencia de Jehová Dios y presentó el valor de su vida humana como una ofrenda por el pecado, y ésta fue recibida como sustituto de la vida perdida por Adán, aplicándose entonces tan solo en beneficio de los que habían de ser traídos a Dios por medio de la fe durante el tiempo de sacrificio, y para más tarde ser aplicada en beneficio de la humanidad en general.

La ofrenda por el pecado se había prefigurado por las ceremonias que Dios hizo que los judíos llevaran a cabo año tras año en conexión con el día de la expiación que su ley requería. Los animales eran degollados en la corte del tabernáculo y la sangre de ellos se llevaba por el sumo sacerdote al santísimo y era allí rociada sobre el propiciatorio. La corte del tabernáculo representaba la tierra en donde el sacrificio de Jesús se llevó a cabo. El santísimo representaba el mismo cielo en donde el valor de la perfecta vida humana había de presentarse como ofrenda por el pecado. Con respecto a esto está escrito: "Y según la ley, casi todas las cosas son purificadas con sangre; y sin derramamiento de sangre no hay remisión. Fue pues nece-

sario que las representaciones de las cosas celestiales fuesen purificadas con estos sacrificios, pero las mismas cosas celestiales, con mejores sacrificios que éstos. Porque no entró Cristo en un lugar santo hecho de manos, que es una representación del verdadero, sino en el cielo mismo, para presentarse ahora delante de Dios por nosotros. Ni tampoco fue necesario que se ofreciera a sí mismo muchas veces, como el sumo sacerdote entra en el lugar santo año por año con sangre ajena; de otra suerte le hubiera sido necesario padecer muchas veces desde la fundación del mundo; mas ahora una sola vez en la consumación de los siglos, El ha sido manifestado para efectuar la destrucción del pecado, por medio del sacrificio de sí mismo."—Heb. 9:22-26.

La aplicación del valor del mérito de ese sacrificio, el valor de la vida perfecta, se hizo en ese entonces en beneficio de los que llegarían a ser seguidores de las huellas de Jesús. Ese mérito estará todo disponible al tiempo de la inauguración del nuevo pacto para la reconciliación de todos los hombres con Dios.

Dios había predicho por medio de sus profetas lo que se haría con respecto al sacrificio de su amado Hijo. El profeta escribió: "Esto no obstante, Jehová quiso quebrantarle; le ha afligido; cuando hiciere su vida ofrenda por el pecado. . . . Verá el fruto del trabajo de su alma, y quedará satisfecho. . . . pues que El mismo cargará con sus iniquidades. . . . Por cuanto derramó su alma hasta la muerte . . . y El mismo llevó el pecado de muchos."—Isa. 53:10-12.

Jesús murió por los pecados del hombre según Dios lo había predicho, y fue levantado de entre los muertos para la justificación del hombre.—1 Cor. 15:21; Rom. 4:25.

REDENCION NECESARIA

Satanás ha usado al clero para confundir a la gente con respecto al valor de la sangre derramada por Jesús. Unos de ellos dicen: 'Todo lo que es necesario es que el hombre diga que está fuera de armonía con el pecado y que pida perdón, haciéndose miembro de un sistema eclesiástico, y que pretenda ser cristiano y continúe como tal.' Otro grupo dice: 'La sangre de Jesús no tiene valor alguno. Jesús fue un buen hombre y es bueno el tratar de seguir su ejemplo. Sin embargo, es preciso continuar desarrollando carácter hasta llegar uno gradualmente a la perfección.' Es mejor aceptar el inspirado registro como está escrito en la Palabra de Dios por sus testigos. En ella encontramos escrito: "Sin derramamiento de sangre no hay remisión de pecados." (Heb. 9:22). El derramamiento de la sangre de un sér humano perfecto era el único medio posible para que Dios fuera justo y al mismo tiempo el justificador del hombre.

La vida está en la sangre. (Lev. 17:11, 14). El juicio de Dios requería la vida de Adán a causa del pecado. La justicia acepta la vida del perfecto hombre Jesús en cambio de la vida perdida por Adán, con el fin de que al debido tiempo el valor de ese sacrificio pueda ser hecho extensivo a todos los hombres. Toda la humanidad, incluso Adán, será redimida o comprada de la muerte, así como Dios prometió. (1 Cor. 15:22). Durante la edad de sacrificio, o sea durante el tiempo en que Dios ha estado escogiendo los miembros del cuerpo de Cristo, el valor de la vida perfecta que fue dada aplica solamente como precio de rescate en beneficio de los que se han consagrado plenamente a hacer

la voluntad de Dios. Más tarde, cuando el nuevo pacto sea inaugurado, el valor de ese perfecto sacrificio será hecho aplicable como precio de rescate en beneficio de toda la humanidad. Como prueba de que la sangre de Jesús es el precio pagado para que el hombre pueda vivir encontramos escrito: "Fuisteis comprados a gran precio." (1 Cor. 6:20; 7:23). ¿Cuál es el precio? La respuesta es: "Sabiendo que fuisteis redimidos de vuestra vana manera de vivir, que vuestros padres os legaron, no con cosas corrruptibles como plata y oro, sino con preciosa sangre, la de Cristo, como de un cordero sin defecto e inmaculado."—1 Ped. 1:18, 19.

Para que el hombre sea traído a una condición de armonía con Dios es necesario que se entere, a lo menos en parte, de la provisión por El hecha. Le es preciso arrepentirse de su inicuo curso de conducta. Le es preciso creer que la sangre de Jesús fue derramada como precio para pagar por el pecado y luego es preciso que la misericordia de Dios sea extendida hasta él. La base de la reconciliación es la vida del hombre perfecto Jesús. Al debido tiempo todos serán traídos al conocimiento de esta verdad y tendrán la oportunidad de reconciliarse con Dios.

Y en conexión con esto el enemigo también ha hecho aparecer mal a Dios, pretendiendo que Dios es tan cruel que le es preciso tener la sangre de alguno; que su ira se apacigua con la sangre de Cristo y sólo así se siente dispuesto a perdonar al pecador. Esto es enteramente falso. Dios es justo y la ejecución de su ley en armonía con su justicia no puede pasarse por alto. El amor de Dios proveyó la manera para que las exigencias de la justicia fueran plenamente satisfechas y esto fue hecho por medio de la obediencia de Jesús hasta la

muerte. La sangre o vida derramada por Jesús en cambio de Adán forma la base para la reconciliación del hombre con Dios, y luego, a causa del arrepentimiento del hombre, a causa de su fe en Dios y en la sangre de Cristo, y a causa de su obediencia a Dios, es justificado. De este modo Dios es justo y el justificador de los que creen.—Rom. 3:26.

PROPOSITO DE LA RECONCILIACION

Dios en todo tiene un bien definido propósito. ¿Cuál, entonces, fue el propósito de Dios de que Jesús fuera hecho hombre, muriera como hombre, y fuera levantado de entre los muertos como un sér de la naturaleza divina, ascendiera al cielo con el valor de su perfecta vida humana y presentara ese valor como ofrenda por el pecado? El fin o propósito fue el de proveer un medio para que el hombre fuera reconciliado a El. Por medio de este arreglo o plan Dios incluyó a toda la humanidad en el pecado de Adán para que cuando se proveyera la base para la reconciliación por medio de la sangre de Jesús todos los que creyeran y fueran obedientes recibieran el beneficio correspondiente. (Gál. 3:22). Jehová no se hizo hombre y murió, como el clero quiere hacernos creer, pero su Hijo sí vino a ser hombre, y murió y resucitó de entre los muertos para que Adán y su raza pudieran ser reconciliados con Dios. Adán y sus hijos eran y aun son de carne y sangre. Han participado de la naturaleza humana. Para poder redimir a la raza humana era preciso que Jesús hiciera lo mismo. Concerniente a esto está escrito: "Así que, por cuanto los hijos [del hombre] participan en común de carne y sangre, El [Jesús]

también de la misma manera tomó parte en ellas . . . pues convenía que en todo fuese semejado a sus hermanos, a fin de que les fuese un Sumo Sacerdote misericordioso y fiel, en lo perteneciente a Dios [su Padre], para hacer propiciación por los pecados del pueblo."—Heb. 2:14, 17.

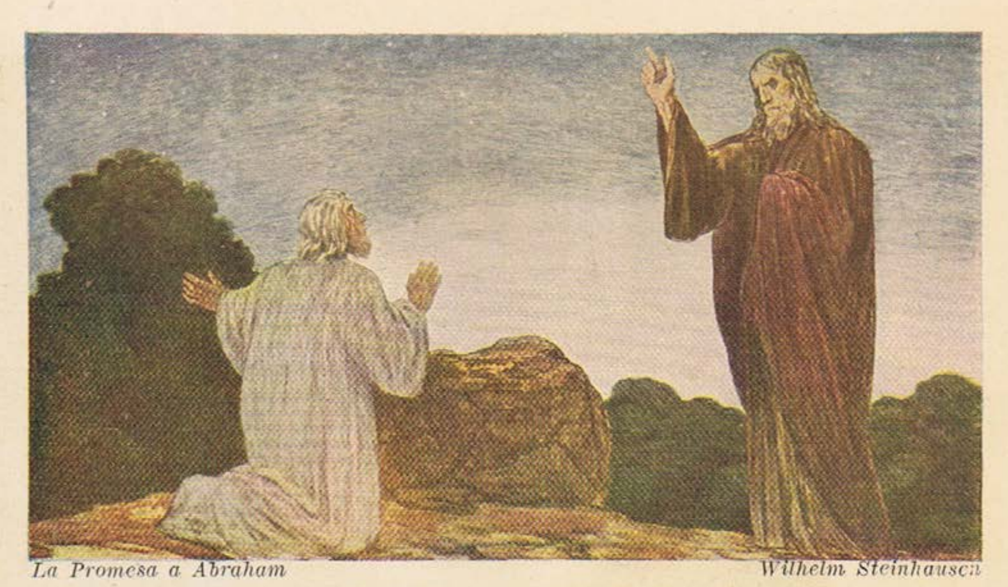
Puesto que los hijos de los hombres han sido pecadores y han nacido como tales, siendo por lo tanto enemigos de Dios, la sangre derramada de Jesús abre el camino para que la raza sea reconciliada y traída a Dios. Cuando hayan sido plenamente reconciliados con Dios, los hijos de los hombres podrán vivir. "Pues si cuando éramos enemigos fuimos reconciliados con Dios por medio de la muerte de su Hijo, mucho más, siendo reconciliados, seremos salvados por su vida."—Rom. 5:10.

Comenzando con el Pentecostés, Dios, por medio de Cristo, abrió el camino para el ejercicio de la fe en la sangre derramada de Jesús, y los que desde entonces han hecho una plena consagración a hacer la voluntad divina, basados en la fe en la sangre de Jesús, Dios los ha reconciliado consigo mismo. Pablo y otros de su tiempo, y desde etonces los que han tenido fe, se han aprovechado de este privilegio. Teniendo en cuenta esto Pablo escribió: "Todas las cosas son de Dios, el cual nos ha reconciliado consigo mismo por medio de Cristo y nos ha confiado a nosotros el ministerio de la reconciliación. . . . Pues a aquel que no conoció pecado le hizo pecado, a causa de nosotros, para que nosotros fuesemos hechos justicia de Dios en El." (2 Cor. 5:18-21). La misericordiosa provisión que Dios de este modo ha hecho no ha sido con un fin egoísta. La ha hecho solamente porque es en beneficio del hombre.



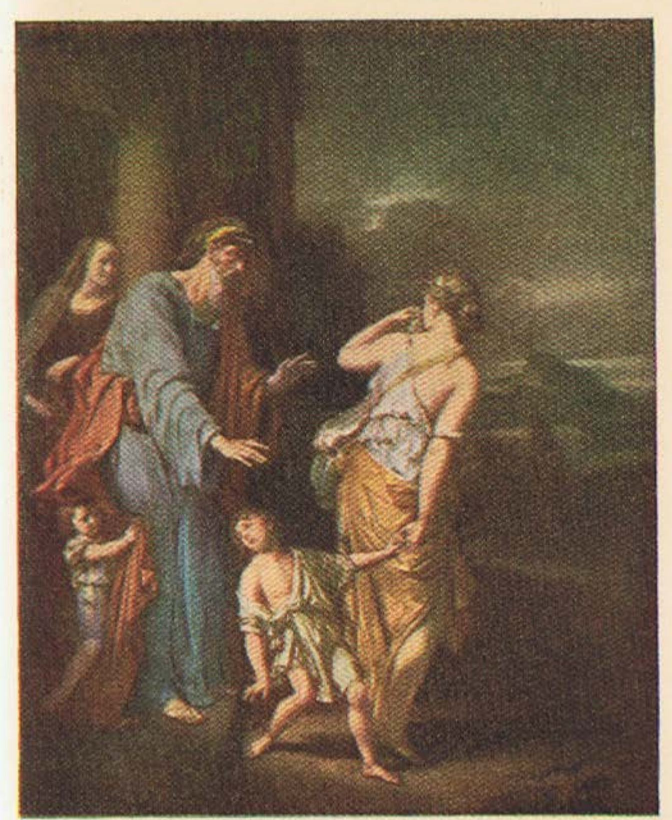
El Entierro *Vasello Tiziano*

La doctrina más importante en el plan divino es la muerte y resurrección de Jesús por medio de la cual se obtiene el precio de redención. . . . Al hacer aparecer Satanás a Jesús como Dios, hace ridícula la doctrina del rescate puesto que después de un maduro escrutinio, la gente sensata tiene que llegar a la conclusión de que Jesús vino a engañarnos . . . haciendo de este modo el plan de reconciliación indigno de consideración. *P.* 73, 106.



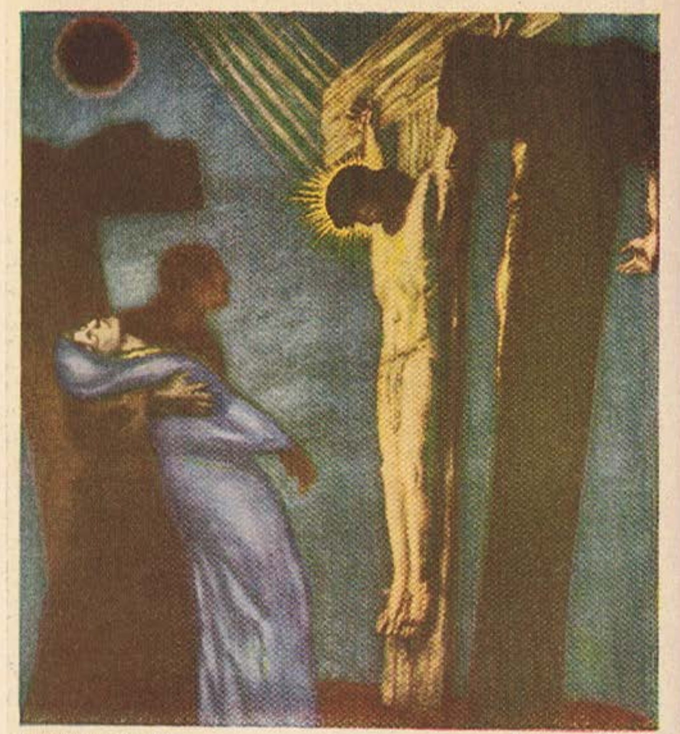
La Promesa a Abraham *Wilhelm Steinhausen*

Jehová ordenó a Abraham que fuera a una tierra extraña. Dios le prometió "Serán benditas en tí todas las familias de la tierra." (Gén. 12:3). Esta fue una promesa incondicional de parte de Jehová de bendecir todas las familias de la tierra. *Pág.* 150.



Agar e Ismael *A. v. d. Werff*

Entonces Jehová hizo un pacto con la nación de Israel. Ese pacto se designó en las Escrituras como el pacto de la ley. . . . Dios usó a Agar, una sierva, para representar el pacto, y a su hijo, Ismael, para prefigurar el resultado de ese pacto. . . . ¿Pero no prometió el pacto vida a los judíos si guardaban la ley? Sí la prometía: "El hombre que hiciere las tales cosas vivirá por ellas." (Lev. 18:5). ¿Si hubieran los judíos guardado perfectamente el pacto de la ley hubieran obtenido la vida eterna? Seguramente que sí, puesto que Dios lo había prometido. *Págs.* 174, 175, 185



La Cruxifixión — *Franz Stuck*

Jehová hizo otro pacto con el fin de reconciliar al hombre consigo mismo. Ese pacto implicó el más grande de todos los sacrificios. Implicó un sacrificio de parte del mismo Jehová y el sacrificio de su amado Hijo, Jesús, y de otros que también son tomados en el pacto. Por lo tanto, ese pacto muy apropiadamente recibe el nombre de "el pacto de sacrificio." . . . La muerte de Cristo Jesús en la cruz puso fin al pacto de la ley. En ningún sentido El anuló el pacto de la ley, sino que lo cumplió. "No penséis que he venido a invalidar la ley o los profetas." *Páginas* 205, 193.

JEHOVA EL SALVADOR

Satanás ha usado a algunos de sus agentes, el clero, para que exalten el nombre de Jesús por encima del nombre de Jehová. A otros los ha usado para hacer a Jesús y a Jehová iguales, y aun otros niegan por completo la sangre de Jesús. Su táctica ha sido y aun es el apartar las mente y los corazones de la gente lejos de Dios y oscurecer la verdad, trayendo reproche al nombre de Jehová. Esto no es algo nuevo en él. El Diablo siguió las mismas tácticas antes de la venida de Jesús a la tierra. El ha estado enseñando la doctrina de la trinidad por mucho tiempo. En la mente de los hombres él exaltó al inicuo Nimrod y a la inicua Semíramis, la madre, y los colocó como iguales a Dios, formando así una trinidad. Después, cuando el cristianismo comenzó a crecer y muchos fueron traídos a Cristo, Satanás, por medio de sus inicuos métodos, introdujo una trinidad en el cristianismo haciendo que fuese afianzada en la iglesia por medio del Concilio de Nicea. Para hacer esto era preciso negar y hacer a un lado las claras expresiones de las Escrituras, tales como: "Porque aun cuando haya los que se llaman dioses, ora en el cielo, ora en la tierra (como que hay muchos dioses y muchos señores), para nosotros empero hay un solo Dios, el Padre, procedente de quien son todas las cosas, y nosotros por medio de El." (1 Cor. 8:5, 6). A pesar de estas claras expresiones de la Palabra de Dios y muchos otros textos corroborándolas, el clero ha enseñado y sigue enseñando a la gente las satánicas doctrinas de la trinidad y la encarnación.

Dios es el Salvador del hombre porque El es el autor del plan de salvación y todas las cosas proceden de El. Cristo es el Salvador del hombre porque El es el agente

activo usado por el Padre para salvar al hombre y porque todas las cosas son hechas por El, en el nombre del Padre y con la autoridad del Padre. Jesús y Dios no son la misma persona sino que Jehová es el Padre y Cristo Jesús es el Hijo. Todas las cosas son del Padre, y son todas por medio del Hijo.—Efe. 4:6, 7; 2 Cor. 1:3; Col. 1:3.

Escrito está: "La salvación pertenece a Jehová; sobre tu pueblo tu bendición." (Sal. 3:8). Las Escrituras frecuentemente hablan de Jesús como el Salvador porque El es el brazo de Jehová o el instrumento por medio del cual El trae la salvación a la gente. (Isa. 12:2; 59:16; 63:5). El Apóstol Pablo hace clara y distinta la relación de Dios el Padre con Jesu-Cristo su Hijo, y prueba que la salvación procede de Dios y que la reconciliación del hombre con Dios es por medio de la sangre de su Hijo. Con este fin escribió: "Dando gracias al Padre, que nos hace idóneos para la participación de la herencia de los santos en la luz; el cual nos ha libertado de la potestad de las tinieblas y nos ha trasladado al reino del Hijo de su amor; en quien tenemos la redención, por medio de su sangre, le remisión de nuestros pecados: el cual es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda la creación: porque por El fueron creadas todas las cosas, en los cielos y en la tierra, visibles e invisibles, ora sean tronos, o dominios, o principados, o poderes; todas las cosas por medio de El y para El fueron creadas; El es antes de todas las cosas, y todas las cosas subsisten en El; y El es la Cabeza del cuerpo, es decir, la iglesia; de la cual El es el principio, el primogénito de entre los muertos; para que en todas las cosas El tenga la preeminencia. Porque plugo al Padre que la plenitud de todo residiese

en El; y que por medio de El reconciliase consigo mismo todas las cosas, habiendo hecho la paz por medio de la sangre de su cruz; por medio de El, digo, ora sean cosas sobre la tierra, ora cosas en el cielo. Y vosotros, que estabais en un tiempo enajenados y enemistados en vuestra mente por causa de vuestras obras malas, ahora empero os ha reconciliado."—Col. 1:12-21.

AMOR DIVINO

Una dádiva es un beneficio extendido por uno a quien se da el nombre de dador a otro que es quien la recibe, sin esperanza de retorno o compensación. Dios es el Dador de toda buena y perfecta dádiva. "Toda dádiva buena y todo dón perfecto de arriba es, descendiendo del Padre de las luces, de parte de quien no puede haber variación, ni sombra de mudanza."—Sant. 1:17.

Los pobres son los que necesitan dádivas. Los pobres en espíritu y los mansos de corazón son los que reciben con alegría y aprecian la dádivas que se les hacen. Entre mayor sea la pobreza mayor es la necesidad. A causa del pecado, la raza humana fue lanzada a las profundidades de la pobreza sin esperanza de gozar de las riquezas de la vida. La pobreza es la destrucción del pobre. (Prov. 10:15). La pobreza de la raza humana conduce a inevitable destrucción, pero el amor divino ha hecho provisión para impedir que se consume esa destrucción.

Jesús, el amado Hijo de Dios, gozaba de todas las riquezas de la vida en gloria con su Padre en los cielos. Vio la miseria de la raza humana, dándose cuenta de que había sido ocasionada por la rebelión de Lucifer.

Se apercibió del bondadoso propósito de Dios de reconciliar consigo mismo al hombre, y con gusto se sometió a ser pobre para que la raza pudiera ser hecha rica en vida y en felicidad siendo plenamente reconciliada con Dios. "Porque conocéis la gracia de nuestro Señor Jesu-Cristo, que, siendo El rico, por vuestra causa se hizo pobre, para que vosotros, por medio de su pobreza, llegáseis a ser ricos."—2 Cor. 8:9.

Adán había sido hecho un poco inferior que los ángeles del cielo y fue puesto por señor de la tierra, pero su pecado lo redujo, junto con su progenie, a la más abyecta miseria. Jesús dejó la gloria que tenía con el Padre y fue hecho hombre para que, conforme a la voluntad de su Padre pudiera ser el Redentor de la pobre y pecadora humanidad. Fue hecho perfecto como hombre y fue revestido de la gloria y honra de un perfecto sér humano. El hubiera podido gozar de la tierra y lo contenido en ella, pero voluntariamente renunció a todo en beneficio del hombre. "Mas vemos a Jesús coronado de gloria y honra, a causa de la pasión de la muerte; es decir, el que fue hecho un poco inferior a los ángeles, para que por la gracia de Dios gustase la muerte por todos."—Heb. 2:9.

La muerte de Jesús en la cruz fue en beneficio de toda la raza, y Dios, al debido tiempo, traerá a todos al exacto conocimiento de la verdad para que puedan tener la oportunidad de recibir el beneficio de la muerte de Jesús. La voluntad de Dios fue la de que su Hijo fuera hecho hombre para que pudiera redimir a la humanidad. Jesús consintió gozoso en dar este paso. Su Padre no lo obligó; ni aun siquiera le exigió el hacerlo. El apóstol, en frase clara, muestra la distinción entre Dios el Padre y Jesús el Hijo, y muestra la relación del

uno al otro en cuanto a la tarea de proveer el rescate. Dice: "Esto es bueno y acepto delante de Dios nuestro Salvador; el cual quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad. Pues que para todos hay un solo Dios y un solo Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús; el cual se dio a sí mismo en rescate por todos, de lo que el testimonio había de darse a sus propias sazones."—1 Tim. 2:3-6.

El amor que Dios siente por su amado Hijo es insuperable. Jesús da testimonio de la dulce relación existente entre El y su Padre. Cuando Jesús vino a la tierra y se presentó en el Jordán, Jehová dijo, para que oyeran los presentes: "Este es mi amado Hijo, en quien tengo mi complacencia." (Mat. 3:17). El Padre y el Hijo se amaban mutuamente. (Jn. 3:35; 5:20). El Hijo era el tesoro más querido del corazón del Padre. Sin embargo, sin el ejercicio del amor por la humanidad, el hombre nunca hubiera podido ser reconciliado con Dios y vivir. El gran Dios del universo, el Creador de los cielos y de la tierra, libremente dio a su Hijo para que comprara vida al hombre. El apóstol, después de probar el amor divino y el dón celestial, dándose cuenta de que no podía siquiera expresar adecuadamente su aprecio, exclamó: "Gracias a Dios por su dón inefable!" (2 Cor. 9:15). En efecto, no hay palabras que puedan adecuadamente expresar lo grandioso de la dádiva de Dios en beneficio del hombre.

Pablo también escribió que del modo que por la ofensa de Adán todos habían nacido en pecado y por lo tanto estaban bajo condena, así mismo por la justicia de Cristo Jesús viene a todos el dón gratuito de la opor-

tunidad para la justificación a la vida. (Rom. 5:18). Esta gran dádiva procede de Dios el Padre, el Dador de toda dádiva buena y perfecta. "La dádiva de Dios es vida eterna por medio de Cristo nuestro Señor." (Rom. 6:23). Fue el amor el que proveyó todo esto. "Porque de tal manera amó Dios al mundo que dio a su Hijo unigénito, para que todo aquel que cree en El no perezca, sino que tenga vida eterna." (Jn. 3:16). Ese es el amor divino, la completa expresión de la carencia de egoísmo. "En esto hay amor, no en que amemos nosotros a Dios, sino en que El nos amó a nosotros, y envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados." (1 Jn. 4:10). Esa fue la provisión divina para la remisión del pecado y para la reconciliación del hombre con Dios. "Y nosotros hemos conocido y hemos creído el amor que Dios tiene hacia nosotros. Dios es amor, y el que habita en el amor habita en Dios, y Dios habita en él."—1 Jn. 4:16.

CAPITULO V

Pacto para la Reconciliación

LA PALABRA de Dios es su voluntad expresada. El ha hecho que su voluntad quede registrada con el fin de instruir a los que quieren seguir en las huellas de su amado Hijo. (Rom. 15:4). La voluntad de Dios se determina por medio del estudio de su Palabra, y quien presta atención a su Palabra, y la obedece, anda en las sendas de la justicia. "Antorcha a mis pies es tu Palabra, y luz a mi senda." (Sal. 119:105). La Palabra de Dios es un guía seguro. "Palabras puras son las palabras de Jehová; como plata refinada en horno de tierra, siete veces acrisolada." (Sal. 12:6). La palabra del hombre fuera de armonía con la Palabra de Dios es un engaño y un lazo; es sabiduría de este mundo, la cual es insensatez a los ojos de Dios. (1 Cor. 1:18, 25). Todo aquel que tiene un sincero deseo de conocer la voluntad de Dios para hacerla, ora a Dios: "Ordena mis pasos conforme a tu Palabra, y no tenga iniquidad alguna dominio sobre mí."—Sal. 119:133.

Jehová no ha mantenido en todo tiempo su nombre ante al gente, pero de vez en cuando le ha placido ponerlo prominentemente ante sus criaturas para beneficio de ellas, impidiéndoles de esta manera que por completo olvidaran a su benefactor. El siempre ha engrandecido su Palabra. "Adoraré hacia tu santo Templo y confesaré tu nombre por tu misericordia y

tu verdad; porque has engrandecido tu promesa [palabra] sobre todo tu nombre." (Sal. 138:2). Repetidamente, y por medio de sus testigos, Jehová ha expresado su propósito de traer al hombre en armonía consigo mismo para que pueda tener una oportundad de vivir eternamente. El ha engrandecido su Palabra para que la humanidad pudiera tener plena confianza en la bondad de Dios. El tiempo ha llegado en que el nombre de Jehová debe ser exaltado en las mentes de la gente, y con este fin Dios está aclarando el significado de su Palabra. El conocer a Dios es conocer el camino de la plena reconciliación y de la vida.—Jn. 17:3.

Los pactos de Jehová se presentan prominentemente en la Biblia. En ellos se indican sus propósitos de hacer ciertas cosas en beneficio del hombre. Evidentemente sus pactos con el fin de efectuar la reconciliación de la caída humanidad. Por supuesto que el clero no quiere aprender estas preciosas verdades y hay una buena razón para ello. A causa de estar intoxicados con bebida fuerte (simbólicamente representando doctrinas o enseñanzas), se han apartado de las sendas de la verdad. Ellos pretenden suministrar alimento espiritual para los cristianos, pero al contrario, sus mesas están llenas de doctrinas erróneas que apartan de Dios a la gente sincera que anda en busca de la verdad.

Dios preconoció esto e hizo que su profeta escribiera concerniente a estos tiempos: "Mas éstos también tambalean a causa del vino [falsas doctrinas], y se han extraviado a causa del licor fermentado [doctrinas intoxicantes]; el sacerdote y el profeta [predicadores y clérigos] tambalean . . . han sido tragados del vino,

han sido extraviados por el licor fermentado [no entienden la verdad de Dios]; yerran en visión, tropiezan en juicio. Porque todas las mesas están llenas de vómito y de suciedad, sin que haya lugar limpio. (Isa. 28:7-8). El que busca la verdad no encuentra en las iglesias denominacionales la Palabra de Dios sino los sermones de su clero sobre asuntos pertenecientes al mundo, como política y prohibición, la Sociedad de Naciones, etc. Dios, sin embargo, ha hecho una abundante provisión para que los que ahora se aparten del organizado cristianismo tengan suficiente instrucción en la verdad y en el plan de Dios.

El mismo profeta dice también: "A quién quiere enseñar la ciencia? ¿y a quién quiere hacer entender el mensaje? ¿a los destetados de leche? ¿a los recién quitados de los pechos? Porque es precepto sobre precepto, precepto sobre precepto, línea sobre línea, línea sobre línea, aquí un poco, allí otro poco." (Isa. 28:9, 10). Esto es en armonía con las palabras de Jesús cuando dijo: "Escudriñad las Escrituras; porque pensáis que en ellas tenéis vida eterna; y ellas son las que testifican respecto de mí." (Jn. 5:39). Las palabras de Jehová se están cumpliendo ahora, porque la verdad ha sido ocultada del clero y les ha sido sellada. (Isa. 29:9-12). La razón de ello, según se indica por el profeta, es que el clero y los que de entre su rebaño se apegan a sus falsas doctrinas, se acercan a Dios con sus labios pero no le aman en verdad. Dios les ha dado la oportunidad de enseñar la verdad mas ellos han dejado de hacerlo. Por eso Dios ahora lleva a cabo su obra extraña por medio de hombres que no forman parte ninguna del clero, y usa a éstos para sacar a luz

las maravillosas verdades que se hallan en su Palabra.—Isa. 29:13, 14.

El clero se encuentra tan impresionado con su propia importancia que sus miembros se imaginan poder ocultarse aún del mismo Dios. Maquinan en tinieblas y creen que nadie tiene el suficiente entendimiento para ver lo que hacen. Atrevidamente hacen aserciones que muy bien saben no ser ciertas, pero que esperan sean aceptadas como la verdad a causa de la elevada posición que ocupan. Han cambiado y tergiversado las cosas de tal manera que dicen a la gente: 'Dios no los hizo. Ustedes son criaturas evolucionadas y no necesitan reconciliación alguna. Ustedes mismos pueden elevarse.' Fijémonos qué tan claramente Jehová habló concerniente a esto: "Ay de los que ahondan el consejo, a fin de ocultarlo a Jehová, y cuyas obras están envueltas en tinieblas; y dicen: ¿Quién nos ve? y ¿Quién nos conoce? ¡Qué perversidad es la vuestra! ¿Acaso el alfarero será reputado como el barro, para que la obra diga de su Hacedor no me has hecho; y la vasija diga del que la formó: No entiende?"—Isa. 29:15, 16.

El privilegio y deber de todo el que en realidad desea la verdad es buscarla en la Palabra de Dios. Allí la encontrará. La promesa de Dios es la de que El revelará su plan a los que le reverencian.—Sal. 25:14.

Entre los pactos que aparecen más prominentemente en las Escrituras se encuentran el pacto con Abraham, el pacto de la ley, el pacto de sacrificio, y el nuevo pacto. Al apercibirse de que todos estos pactos fueron hechos por Dios con el propósito de efectuar la reconciliación del hombre caído, la mente reverente se abisma de la enorme condescendencia del Todopoderoso y exclama: ¡Verdaderamente, Dios es amor!

¿QUIEN LO HACE?

En su Palabra, Jehová habla repetidas veces de "mi pacto." (Gén. 9:9; 17:2; Ex. 6:4; Lev. 26:42). La razón es la de de que El siempre ha sido el que ha propuesto todo pacto hecho con El. Sería presuntuoso de parte de la criatura el proponer un pacto al Todopoderoso Dios. "Así pues, no es del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia." (Rom. 9:16). Teniendo perfecta sabiduría para saber qué es lo mejor, y poseyendo justicia para determinar lo que es justo, y poder para poner en ejecución su voluntad, El es el único que puede proponer y dictar los términos de un pacto con El. La criatura no puede decir a su Creador qué debe hacerse y qué no debe hacerse. Los que se consagran al Señor y dicen que lo hacen con el fin de escapar un castigo o con el fin de obtener la vida eterna, deberían tener en cuenta este principio.

¿CON QUIEN?

Dios no hace pacto alguno con alguien que se encuentra fuera de armonía con El. La fe es el primordial requisito de parte de la criatura. Para agradar a Dios es preciso creer que El existe y que El es el remunerador de los que diligentemente le buscan. (Heb. 11:6). Por tanto, todo aquel con quien Dios hace un pacto tiene que estar justificado, o ser justo. Su amado Hijo Jesús, puesto que siempre ha estado en armonía con El, es justo.

Pero antes de que alguno de la raza de Adán pueda entrar directamente en pacto con Dios tiene que ser justificado, ya sea de hecho o por imputación. Dios ha hecho la provisión de que bajo ciertas circunstan-

cias la fe sea contada a uno como justificación, siendo posible a uno estar ante Jehová como justificado. Cuando Jehová quiere hacer un pacto con alguien que no ha sido justificado lo hace por conducto de un mediador que se encuentre en condiciones de entrar en tratos con El.

DIOS SIEMPRE CUMPLE SUS PACTOS

Jehová siempre guarda sus pactos. Concerniente a esto Moisés testificó: "Sabe pues, oh Israel, que Jehová tu Dios es el Dios verdadero, el Dios fiel, que guarda el pacto y la misericordia para con los que le aman y guardan sus mandamientos hasta mil generaciones." (Deut. 7: 9). Moisés sabía que Dios había guardado su pacto con Abraham. El sabía que Abraham había tenido un hijo conforme a la promesa y que su simiente le fue multiplicada. (Gén. 15: 16). Sabía que Dios, conforme a su promesa, había sacado de Egipto a los descendientes de Abraham. Salomón también dio testimonio de la fidelidad de Dios en guardar sus pactos: "Jehová, Dios de Israel, no hay Dios semejante a Tí, ni arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, que guardas el pacto y la misericordia para con tus siervos que andan delante de Tí con todo su corazón." (1 Reyes 8: 23). Nehemías testificó también sobre el particular.—Neh. 1: 5.

Cuando la otra parte en un pacto es infiel a Dios y deja de cumplir su promesa, Jehová no está obligado a cumplir nada de lo pactado con el que ha dejado de hacer su parte. Sin embargo, El no está obligado a dejar de ser misericordioso hacia el que por flaqueza ha violado su pacto. Cuando el corazón del que ha

sido sobrecogido y ha caído permanece fiel a Dios, Dios le extiende su misericordia. Todos los que aman la justicia deberían seguir la misma regla. Dios exige que sus aprobados manifiesten misericordia.

OBJETO

El objeto o móvil para que Jehová haga un pacto con una de sus criaturas nunca es egoísta. Aun cuando Dios admira y se complace en la fidelidad de todo el que hace un pacto con El, sin embargo no recibe beneficio ninguno por el cumplimiento de lo pactado por la otra parte contratante. Y el deseo de la criatura de entrar en pacto con Jehová debería ser el resultado del deseo de complacer a Dios y glorificar su nombre. Este móvil está exento de egoísmo. Nadie puede entrar en pacto con Dios con el fin egoísta de obtener un lugar especial en la tierra o en el cielo. El que quiere ser aceptado de Dios tiene que hacer un pacto sin tener en cuenta la recompensa. El tal debe comprometerse a hacer la voluntad de Dios. Si es fiel, Dios sabrá qué lugar le dará, y lo anima a que le sea fiel.—Mal. 2:1, 2, 4.

Jehová Dios se compromete a cumplir su parte en el pacto. El dice: "No sólo lo he dicho, sino que lo . . . voy a hacer." (Isa. 46:11). Esto lo hace no porque obtenga provecho alguno sino por el bien y provecho de sus criaturas. "Y nos mandó Jehová que cumpliéramos todos estos estatutos, temiendo a Jehová nuestro Dios, para bien nuestro, todos los días, para que El nos dé vida, como el día de hoy." (Deut. 6:24). Las reglas de acción que Jehová declara son siempre las mismas. El no cambia.—Mal. 3:6.

DEFINICION

La palabra pacto significa un acuerdo o convenio. Es un solemne compromiso entre las partes que entran en él. La palabra hebrea de la cual se traduce tiene el significado literal de "tajar" o "cortar," aludiendo al hecho de que cuando se hacía un contrato se tajaba un animal o víctima y las partes contratantes pasaban por entre los tajos o pedazos. A esto hace referencia el profeta: "Cuando cortaron en dos el becerro y pasaron por en medio de las partes de él." (Jer. 34:18; véase también Gén. 15:17). Esa era una solemne ceremonia indicativa de lo sagrado y obligatorio del acuerdo entre las partes contratantes.

Los requisitos para un pacto son: (1) partes competentes para hacer un mutuo acuerdo; (2) conocimiento de los términos que se aceptan, o sea el acuerdo mental, y (3) una buena y suficiente "condición" o valor pasando de una mano a otra. Dios siempre es competente para entrar en un contrato. Sus criaturas en armonía con El y en paz con El puede decirse que son competentes para entrar en un contrato. A los tales les provee los medios para que se enteren de los términos del contrato y las mutuas promesas constituyen la "condición" para el pacto.

[12] Adán en el Edén era un hombre perfecto, sabía la voluntad de Dios concerniente a él, y se había comprometido a hacerla al entrar en posesión y gozar de todas las cosas que Dios había provisto para él. En esto puede decirse había un pacto implicado entre Dios y Adán, el objeto del cual era el de que el hombre alcanzara la vida eterna y el pleno gozo de la tierra bajo la condición de obediencia. Puesto que era perfecto, Adán era competente para entrar en pacto con

Dios. La voluntad expresada de Dios concerniente a él, y el curso de conducta por él seguido, puede muy apropiadamente decirse que constituyeron un pacto implicado, el cual Adán violó a causa de su desobediencia. "Mas ellos, como Adán, han transgredido el pacto; allí se han portado traidoramente conmigo." (Ose. 6:7). La relación entre Dios y Adán fue interrumpida y Adán tenía que sufrir la pena de muerte. Toda su progenie, habiendo nacido en pecado, tenía que sufrir la misma pena a menos de que Dios hiciera provisión para la reconciliación del hombre. Dios tuvo ese propósito, y mucho antes del nacimiento de Jesús El indicó su determinación de reconciliar al hombre con El y de llevar a cabo esta tarea por medio de sus pactos.

EL PACTO ABRAHAMICO

Jehová dijo a Abram (quien más tarde recibió el nombre de Abraham) que dejara su tierra y que fuera a una tierra extraña. Le prometió hacer de él una nación grande, bendecirlo y hacerlo una bendición, y luego añadió: "Y serán bendecidas en tí todas las familias de la tierra." (Gén. 12:3). Sin reconciliación, el hombre no podría recibir una bendición duradera. Esta promesa de Dios fue incondicional, indicando su propósito de bendecir a todas las familas de la tierra y por lo tanto de reconciliarlas sin tener en cuenta el proceder que sus criaturas siguieran. Ese pacto fue unilateral por cuanto solamente Dios estaba comprometido por esa promesa. Sin embargo, llegó más tarde a ser un pacto entre Dios y Abram, a causa del curso de acción seguido por éste, como fue demostrado por su fe, la cual fue grata a Dios.

Abraham se encontraba en su tierra natal cuando Dios le hizo esta promesa. En el mismo intante que Abram puso su pie en la tierra de Canaán él comenzó a peregrinar en ella. Cuatrocientos treinta años más tarde, en el mismo día, se instituyó la pascua en Egipto, y ese mismo día los israelitas salieron de Egipto. "Y la vida de peregrinación de los hijos de Israel qua habían habitado en Egipto fue de cuatrocientos y treinta años. Y aconteció que al fin de los cuatrocientos y treinta años, aun en aquel mismo día, aconteció que salieron de la tierra de Egipto todos los ejércitos de Jehová." (Ex. 12:40, 41). Puesto que Abram fue el padre de los israelitas, la peregrinación de ellos comenzó con la entrada de Abram a Canaán.

La pascua fue el comienzo del pacto de la ley. La pascua se instituyó exactamente cuatrocientos treinta años después de que Dios hizo la promesa a Abram. (Gál. 3:17). Esto prueba que Dios había anunciado a Abram su propósito mientras éste se encontraba aún en Caldea y que tan pronto Abram puso su pie en la tierra de Canaán el pacto fue hecho, siendo entonces bilateral porque implicaba a las dos partes.

Al dejar Abram su tierra natal y peregrinar en una tierra extraña mostró su fe en Dios y en su promesa. La fe de Abram le fue contada por justicia o justificación. (Rom. 4:16-22). Estando justificado por la fe, Abram era ahora competente para entrar en un pacto con Jehová. Teniendo esto en cuenta, es fácil ver que el pacto con Abram comenzó desde el momento en que entró a la tierra de Canaán.

Casi siempre se encuentra que hay un sacrificio en conexión con un pacto con Dios. ¿Hubo algún sacri-

ficio en conexión con el pacto abrahámico? A lo menos hubo un sacrificio en representación. Cuando Abraham salió de su tierra natal para peregrinar en una tierra extraña (Canaán) murió para su país y para todas las cosas en conexión con él. No hay registro ninguno de que siquiera en visita volvió a su tierra. Es cierto que más tarde envió a Eliezer a buscar una esposa para su hijo Isaac, pero Abram no fue a Caldea. Abram sacrificó todo lo que tenía en conexión con la tierra de su nacimiento, de ese modo demostrando su fe en Dios.

Ese es, aparentemente, el argumento de Pablo cuando escribió: "Conforme a fe murieron todos éstos, no habiendo recibido las promesas; pero las vieron, y las saludaron desde lejos, y confesaron que eran extranjeros y transeuntes sobre la tierra. Porque los que tales cosas dicen, manifiestan que están buscando la patria suya. Y en verdad, si se acordaran de aquélla de donde salieron, oportunidad tenían para volver. Ahora empero anhelan otra patria mejor, es decir, la celestial; por lo cual Dios no se avergüenza de ellos, para llamarse Dios suyo; porque les tiene preparada una ciudad."—Heb. 11:13-16.

Esto prueba que Jehová estaba entrando en un pacto con uno que había muerto a todas las cosas del pasado pero que estaba vivo por fe y en esperanza del futuro que Dios había preparado para los tales. Jehová hizo ver a Abraham el día venidero del Mesías, cuando un gobierno de justicia sería establecido en el cual él tomaría parte, y así él esperaba el reino. Jesús dijo: "Vuestro padre Abraham llenóse de júbilo de que hubiese de ver mi día; y lo vio, y se alegró."—Jn. 8:56.

Inmediatamente después de que Abram llegó a Canaán Dios le dijo por primera vez que le daría la tierra a su "simiente." Abram inmediatamente edificó un altar al Señor, evidentemente con el fin de ofrecer un sacrificio.—Gén. 12: 6-9.

La primera vez que la palabra "pacto" ocurre en los tratos de Dios con Abram es en Génesis 15: 18, el cual dice: "En aquel día hizo Jehová pacto con Abram diciendo: A tu simiente he dado esta tierra, desde el río de Egipto hasta el río grande, el río Eufrates." Esto ocurrió diez años después de que Abram entró a la tierra de Canaán. ¿Querrá decir esto que solamente hasta entonces comenzó el pacto abrahámico, o qué significa?

La palabra que aquí se traduce hacer un pacto literalmente significa "cortar un pacto." Antes de este tiempo había ofrecido animales sobre el altar, pero en esta ocasión él preguntó a Dios: "¿En qué conoceré que he de heredar la tierra?" Respondiendo a su pregunta Dios le dijo que tomara ciertos animales y los partiera o cortara en pedazos. "Y respondió: Tráeme una novilla de tres años, y una cabra de tres años, y un carnero de tres años, y una tórtola y un palomino. Y él trajo todos éstos, y los partió por la mitad, y puso cada mitad en frente de la otra; mas no partió las aves. . . . En aquel día hizo Jehová pacto con Abram, diciendo: A tu simiente he dado esta tierra, desde el río de Egipto hasta el río grande, el río Eufrates."—Gén. 15: 9, 10, 18.

Dos conclusiones se pueden sacar de lo que se llevó a cabo en ese entonces, y ambas conclusiones son consistentes una con otra. Esa ocasión puede considerarse como el tiempo de la confirmación del pacto

original que se llevó a cabo cuando Abram entró a la tierra. La declaración original del pacto fue concerniente al propósito de Dios de bendecir a todas las familias de la tierra. Sería por completo apropiado que más tarde El confirmara el pacto. La otra conclusión es la de que lo que trató Dios con Abram en la otra ocasión fue concerniente a la herencia de la tierra. Sería bastante propio y conscistente que se hiciera un pacto adicional, específicamente relacionado con la tierra que la simiente de Abram heredaría eternamente. En esta ocasión Abram no pasó por entre los animales cortados sino pasó por un horno que humeaba y una antorcha de fuego. Estos representaban a Jehová y sin duda significaba que Dios se comprometía a dar a Abram y a su simiente la tierra.

Más tarde, cuando Abram cumplió noventa y nueve años de edad, "Jehová apareció a Abram y le dijo: Yo soy el Dios todopoderoso; anda delante de mí, sé perfecto. Y pondré mi pacto entre mí y tí, y te multiplicaré sobremanera. . . . Y estableceré mi pacto entre mí y tí, y tu simiente después de tí en sus generaciones, por pacto eterno, de ser yo tu Dios, y de tu simiente después de tí."—Gén. 17:1, 2, 7.

¿Cómo se entiende la expresión "pondré mi pacto entre mí y tí"? La palabra "pondré" proviene de una palabra hebrea que con mayor frecuencia se traduce "daré" o "cumpliré"; por lo tanto, esto implica que Dios cumpliría o llevaría a cabo todo lo pactado si Abram andaba delante de El y era perfecto. No podría haber duda en cuanto al cumplimiento del pacto o promesa de Dios de bendecir a todas las familias de la tierra. El haría eso no importaba lo que Abram hiciera. Pero en cuanto a si Abraham tomaría parte en

el arreglo de Dios de bendecir, era un asunto diferente. Allí fue cuando Dios hizo un pacto con la simiente de Abram que se circuncidara: "Este es mi pacto que habéis de guardar entre mí y vosotros, y tu simiente después de tí: que sea circuncidado cada varón de entre vosotros." (Gén. 17:10). Era subordinado o sujeto al pacto original hecho por Abraham cuando entró a Canaán.

No fue necesaria la circuncisión para que Abram fuera justificado puesto que para ese entonces ya estaba justificado. Su fe fue contada por justicia mucho antes de que se instituyera la circuncisión. El argumento de Pablo sobre este punto es bastante claro: "¿Toca pues esta bienaventuranza a la circuncisión sola o también a la incircuncisión? porque decimos que a Abraham la fe le fue contada por justicia. ¿Cómo pues le fue contada? ¿estando él en circuncisión, o en incircucisión? No en circuncisión, sino en incircuncisión; y recibió el signo de la circuncisión como sello de la justicia de la fe que tenía, estando en incircuncisión; para que él fuera padre de todos los creyentes que están en incircuncisión; a fin de que la justicia les sea a ellos imputada; y padre de la circuncisión, a los que no son de la circuncisión solamente, sino que también andan en los pasos de aquella fe de nuestro padre Abraham, que él tenía, estando en incircuncisión. Porque no por medio de la ley vino la promesa a Abraham, o a su simiente, de ser heredero del mundo, sino por medio de la justicia de la fe."—Rom. 4:9-13.

Abraham fue reputado como justo desde que entró en Canaán y era por lo tanto competente para hacer un pacto. La señal de la circuncisión la recibió como un sello de su justicia por la fe, la cual le había sido

imputada antes de que fuera circuncidado. La circuncisión, por lo tanto, debería marcarlo a él y a su simiente como una señal o sello de justicia y de estar asociado con Dios en el cumplimiento de la promesa original. La obediencia de Abraham a Dios, en lo que respecta a la circuncisión y a otras de las provisiones de la voluntad de Dios, obtuvo para él su aprobación y un testimonio de su obediencia, como está escrito: "Obedeció Abraham mi voz, y guardó mis preceptos, mis mandamientos, mis estatutos y mis leyes."—Gén. 26:5.

Poco tiempo después Isaac iba a nacer y por lo tanto la circuncisión era bastante apropiada. Isaac debía prefigurar la "simiente" de la promesa. La circuncisión tiene que ver con la limpieza o pureza. Insinúa la pureza con relación al engendro de la "simiente" de la promesa, lo mismo que la pureza de esa "simiente." Sería una "simiente" con un sello de justicia. En armonía con esto, los nombres de Abram y de su esposa fueron cambiados. Desde entonces él sería conocido como Abraham, que quiere decir "padre de una gran multitud," y tendría un hijo de su esposa, cuyo nombre sería Sara o "princesa."

Es maravilloso notar como el gran Dios del universo trata con sus criaturas imperfectas. En esto se pone de manifiesto su bondad. Un bondadoso padre frecuentemente juzga necesario poner una severa prueba a uno de sus hijos para enseñarle algunas lecciones indispensables. No hace eso por gusto, sino en provecho del niño. El gran Jehová no pondría a prueba la fidelidad de Abraham por no dejar nada más, sino para poner de manifiesto su fe y para al mismo tiempo enseñar a otros que habrían de seguirle que la base

para la reconciliación del hombre es el sacrificio de una vida humana.

Isaac era el único hijo de Abraham por su legítima esposa Sara, y bien seguro que lo amaba entrañablemente. Dios le dijo a Abraham que tomara a Isaac y que se fuera de su casa en Mamré al Monte Moría, y que allí edificara un altar y ofreciera a Isaac en ese altar como sacrificio. No es concebible que pudiera haber habido mayor prueba para Abraham que la de degollar a su propio hijo para ofrendarlo en sacrificio. Pero Abraham tenía confianza en Dios y en su poder para levantar a su hijo de entre los muertos, por lo tanto obedeció la orden de Jehová. El y su hijo fueron al Monte Moría y edificaron un altar, y procedió a ofrendarlo en sacrificio. Por medio de su ángel Dios detuvo a Abraham precisamente a tiempo en que se disponía a quitar la vida a su hijo, pero permitiendo pasar el tiempo suficiente para probar su fe y hacer el cuadro que Dios quería se hiciera. En esa ocación Abraham representó a Dios, en tanto que Isaac representó a Jesús, el unigénito y amado Hijo de Dios. El cuadro prefiguró que al debido tiempo Dios ofrecería a su propio Hijo en sacrificio con el fin de proveer la base para la reconciliación.

SU JURAMENTO

El registro que se hace en cuanto a esta ocasión en que Abraham ofreció a Isaac es como sigue: "Por mí mismo he jurado, dice Jehová, que por cuanto has hecho esto, y no me has negado tu hijo, tu hijo único, que bendiciendo te bendeciré, y multiplicando multiplicaré tu simiente como las estrellas del cielo, y como las arenas a la orilla del mar; y tu simiente poseerá la

puerta de sus enemigos. Y serán bendecidas en tu simiente todas las naciones de la tierra; por cuanto has obedecido mi voz."—Gén. 22:16, 18.

¿Por qué juró Dios a más de haber dado su palabra? Pablo nos dice que fue en beneficio de los que siguen en las huellas de Cristo, para que ellos pudieran discernir la inmutabilidad del propósito de Dios y así ser fortalecidos. (Heb. 6:18). También es posible suponer que por medio del juramento Dios expresó su complacencia en la fe de Abraham y en su obediencia. El dijo: "Por cuanto has hecho esto . . . bendiciendo te bendeciré y multiplicando multiplicaré tu simiente."

ESTRELLAS Y ARENAS

Dios dijo en esa ocasión a Abraham: "Multiplicaré tu simiente como las estrellas del cielo, y como las arenas a la orilla del mar." ¿Qué se entiende por esta expresión? Seguramente que no quiere decir que son dos simientes, una celestial y la otra de naturaleza humana. Pablo claramente dice sobre el particular: "A Abraham, pues, fueron dadas las promesas, y a su simiente, la cual es Cristo." (Gál. 3:16). No puede esto referirse a simientes de diferente naturaleza; no se hace alusión a los judíos ni a los patriarcas y profetas. Las estrellas del cielo y las arenas de la mar tienen referencia a la cantidad. Esta conclusión parece ser la correcta, conforme a las Escrituras.

Dios dijo a Abraham: " Cuenta las estrellas si las puedes contar; y le dijo: Así será tu simiente." (Gén. 15:5). Y también: "Jehová vuestro Dios os ha hecho muy numerosos; y héos aquí el día de hoy como las estrellas del cielo en multitud." (Deut. 1:10). "Jehová tu Dios te ha hecho como las estrellas del cielo

en multitud." (Deut. 10:22). Pablo, refiriéndose a esto mismo, dice: "Por lo cual también nacieron de uno, y ese ya amortecido, descendientes como las estrellas en multitud, e innumerables como las arenas que están a la orilla del mar." (Heb. 11:12). Estos textos se presentan como prueba de que la prometida "simiente" no es en dos partes, una celestial y la otra terrenal. La simiente es el Cristo. El Cristo completo es Jesús, la Cabeza, y los miembros de su cuerpo, los cuales forman la iglesia.—Gál. 3:16, 27-29; Col. 1:18.

Pero siendo el caso que la simiente de Abraham ha de ser numerosa como las estrellas del cielo y como las arenas de la mar, ¿cómo es posible decir que es una "simiente? La respuesta es "Fuisteis llamados en una misma esperanza." (Efe. 4:4). Todos fueron en un principio engendrados para ser miembros del Cristo. Muchos de los llamados no serán por completo fieles. De entre esos engendrados resulta una "gran muchedumbre que nadie podía contar" (Apoc. 7:9) pero que Dios puede contar. (Sal. 147:4). Dios dijo: "Porque en Isaac será llamada tu simiente." (Gén. 21:12), probándose de este modo que Isaac era típico o que prefiguró la "simiente." Por lo tanto, Isaac representó a todos los engendrados del espíritu porque todos en un principio son llamados a ser miembros del cuerpo de Cristo. La iglesia quiere decir "los llamados." La gran multitud apropiadamente es clasificada como parte de la iglesia porque son llamados a ser miembros del cuerpo de Cristo.

CUADROS DEL PACTO

Jehová hizo que se llevaran a cabo ciertos cuadros

mostrando el desarrollo de su pacto. Abraham, como padre de muchas naciones, representaba a Jehová Dios. (Rom. 4:16, 17). Su esposa, Sara, representó el pacto que da nacimiento a la "simiente." (Gál. 4:24-26). Isaac, el hijo único de Abraham y de Sara, representa a la "simiente" de la promesa que es El Cristo, compuesto de Cristo Jesús, que es la Cabeza, y la iglesia, que es su cuerpo. (Col. 1:18). Los que finalmente han de formar parte de la "gran muchedumbre," puesto que han sido llamados en la misma esperanza de los miembros del cuerpo, formarán una parte de la iglesia pero no una parte de El Cristo en gloria. Por eso se dice de la "simiente" que nadie la puede contar. Esto no quiere decir que Dios no podría haber sabido de antemano la cantidad, o que no la sabe, sino quiere decir que no especificó el número que compone la gran compañía como lo hizo en el caso de los 144,00 que componen los miembros del cuerpo.

"LA SIMIENTE"

No es necesario ser un descendiente natural de Abraham para poder formar parte de la prometida "simiente." Juan el Bautista dijo a los fariseos: "Yo os digo que puede Dios levantar hijos a Abraham aun de estas piedras. (Mat. 3:9). Dirigiéndose a Zaqueo, un publicano y pecador, Jesús dijo: "Hoy la salvación ha venido a esta casa, por cuanto éste también es hijo de Abraham." (Luc. 19:9). Estos textos muestran que se requiere mucho más que ser descendiente de Abraham para ser clasificado como simiente de Abraham, dentro de los límites de la promesa. Se exige una fe semejante a la de Abraham. "Sabed pues que los que son de la fe, los tales son hijos de Abraham."—Gál. 3:7.

Es cierto que Jesús recibió su cuerpo humano por medio de una hija de Abraham, pero esto seguramente no lo constituyó en "la simiente" de la promesa. No puede decirse que El era la simiente de Abraham antes de su consagración en el Jordán. Al tiempo de su consagración fue engendrado del Padre a la naturaleza divina y de ese modo llegó a ser "la simiente de Abraham conforme a la promesa." Era necesario que Jesús fuera descendiente de Abraham, en cuanto a la carne, porque Dios había dicho que tal sería el caso. Pero no fue su procedencia humana sino el curso de conducta por el seguido, en obediencia a la voluntad de Dios, lo que lo constituyó en la "simiente" que el pacto habría de producir. El Profeta Isaías hablando en el nombre de Jesús, dice: "He aquí yo y los hijos que me ha dado Jehová." Estos hijos de Dios eran participantes de carne y sangre. Por eso Jesús participó de carne y sangre. (Heb. 2: 13, 14). No muchos de los descendientes de Abraham conforme a la carne han de ser parte de la "simiente," pero todos los que constituyen la "simiente" son participantes de carne y sangre, incluso Jesús.

Cuando llegó el tiempo de escoger los hijos de Dios, los miembros del cuerpo, Jesús no echó mano de los ángeles sino que echó mano de la simiente de Abraham." (Heb. 2: 16). Con esto se da a entender que El escogió a los que eran de la fe de Abraham. Los que llegan a ser hijos de Dios por medio de Cristo son herederos de la promesa y son la "simiente" conforme a la promesa. La relación humana nada tiene que ver en cuanto a determinar la selección de la "simiente" de Abraham conforme a la promesa. Es por lo tanto claro que Cristo es la "simiente" de la promesa y que todos los

que se allegan a Cristo son participantes de la "simiente" en virtud del hecho que están en Cristo y por lo tanto son espirituales.

Se ha dicho que Jesús guardó la ley y que por guardarla pudo ser la "simiente" de la promesa. Tal cosa no puede ser cierta. Jesús no era hijo de Agar, la que Pablo dice representó el pacto de la ley. El pacto con Abraham produce la "simiente," la cual es El Cristo, y esto se hace sin tenerse en cuenta el pacto de la ley. (Gál 3:17). Aun cuando es cierto que Jesús guardó la ley, con ello no ganó la promesa. El engrandeció la ley, y mostró que era justa y perfecta.

BENDICIONES PARA TODOS

El fin principal del pacto abrahámico es el de bendecir a todas las familias de la tierra. La bendición tiene que proceder de Dios y por eso Dios dijo a Abraham: "En tí serán benditas todas las familias de la tierra." Abraham, en este cuadro, representaba a Dios. Dios es el que da la bendición. El pacto tiene que primero producir la "simiente," la cual es Cristo, y por medio de Cristo dispensar la bendición. Esto visto, Isaac, el único hijo de Abraham y de Sara, representaba la bendición.

¿En qué consiste la bendición? Seguramente que consiste en la reconciliación del hombre con Dios. Todos los reconciliados y que estén en paz con Dios tienen el derecho de vivir. Los primeros en recibir las bendiciones prometidas por el pacto con Abraham son los que han sido justificados por la fe en la sangre derramada de Jesu-Cristo, incluyendo, por supuesto, los descendientes naturales de Abraham que aceptaron a Jesús

como el Cristo y que fueron justificados y engendrados del espíritu en el Pentecostés.

El Apóstol Pablo dice: "Y la Escritura, previendo que Dios había de justificar a los gentiles por la fe, predicó de antemano el evangelio a Abraham diciendo: En tí serán benditas todas las naciones." (Gál. 3:8). La palabra "gentiles" que aquí se usa quiere decir los extranjeros, es decir, los que no eran judíos. Esto muestra que la justificación por la fe es un rasgo prominente y el primer paso en las bendiciones del pacto abrahámico. Las naciones de la tierra durante el reino de Cristo no serán justificadas por medio de la fe. Su justificación vendrá al final del reino como resultado de su plena obediencia.

Entonces, ¿quiénes son los gentiles que aquí se mencionan? Por supuesto que es otra clase aparte de los judíos puesto que los judíos recibieron las primeras bendiciones del pacto abrahámico según lo indican claramente las Escrituras en el siguiente texto: "Vosotros sois hijos de los profetas, y del pacto que hizo Dios con vuestros padres, diciendo a Abraham: Y en tu simiente serán bendecidas todas las familias de la tierra. A vosotros primero, habiendo resucitado Dios su siervo, le ha enviado para bendeciros, apartando a cada uno de vosotros de sus iniquidades."—Hech. 3:25, 26.

Luego Pablo indica cuáles son los "gentiles" a que él se refiere: "Para que sobre las naciones viniese la bendición de Abraham, en Jesu-Cristo; para que así recibiésemos nosotros la promesa del espíritu por medio de la fe." (Gál. 3:14). Estrictamente hablando, conforme a esto, la "simiente" es Cristo Jesús, por conducto de quien deben ser dispensadas las bendiciones.

Los que son justificados por la fe en la sangre derramada de Cristo Jesús están reconciliados con Dios y por lo tanto reciben las primeras bendiciones prometidas por el pacto abrahámico. Al ser engendrados del espíritu santo y hechos parte del cuerpo de Cristo por adopción, llegan a ser parte de la "simiente," porque: "Si sois de Cristo, entonces sois simiente de Abraham, y herederos según la promesa." (Gál. 3: 29). Finalmente los miembros del cuerpo de Cristo participarán en la dispensación de las bendiciones a la gente porque son de Cristo.

Esto se ilustra por Isaac, el hijo único de Abraham, el cual tomó a Rebeca por esposa, la que participó con él de su herencia. Isaac era la cabeza de Rebeca y ella gozó de lo que tuvo en virtud de ser su esposa. Cristo es la Cabeza sobre la iglesia que es su cuerpo, la cual gozará de lo que ha de recibir en virtud de ser la esposa de Cristo. Es por lo tanto evidente que el Apóstol Pablo en Gálatas 3:8 se refiere a los gentiles que han sido justificados por medio de la fe, y de ninguna manera ese texto se refiere a los que han de ser bendecidos durante el reino milenario de Cristo.

Cristo, la "simiente" de la promesa, dispensará las bendiciones sobre todas las familias de la tierra. Su bendición será la reconciliación y la restitución a la perfección humana. Pero esto no se llevará a cabo por medio de la fe sino que será el resultado de la obediencia de la gente. Teniendo todo esto en cuenta, vemos que lo que Pablo dijo las Escrituras habían previsto de los gentiles que serían justificados por la fe, tiene aplicación no a las familias de la tierra en general, sino a los gentiles que llegan a ser miembros de El Cristo. No hay otro nombre por medio del cual pueda venir la salvación

sino el de Cristo, y puesto que todos han de recibir su bendición por conducto de la "simiente" se saca en consecuencia que todos los que son justificados durante la era cristiana lo son por medio de la fe en la sangre derramada de Cristo Jesús y con ello reciben su parte de bendición prometida en el pacto abrahámico. Al tiempo de la justificación por medio de la fe se completa la reconciliación del cristiano.

MELQUISEDEC

Un pariente de Abraham, Lot, fue tomado prisionero por sus enemigos. Abraham fue en su auxilio y lo libró. A su regreso, Melquisedec, el rey de Salem, salió a su encuentro a animarlo y bendecirlo. "Y Melquisedec, rey de Salem, el cual era sacerdote del Dios altísimo, sacó pan y vino; y le bendijo diciendo: ¡Bendito sea Abram del Dios altísimo, poseedor de los cielos y de la tierra! ¡Y bendito sea el Dios altísimo que entregó tus enemigos en tu mano! Y dióle Abram el diezmo de todo."—Gén. 14:18-20.

En esta ocasión se hizo otro gran cuadro. Allí Melquisedec representó al gran agente ejecutivo de Jehová señalado para llevar a cabo los propósitos de Dios, incluso el de bendecir a la humanidad por medio de la simiente de Abraham. Melquisedec representó al Logos, Jesús, y a Cristo Jesús, el agente ejecutivo de Jehová que llevó estos tres títulos. Esto se hace evidente al considerar las Escrituras. Concerniente a Jesús está escrito: "Juró Jehová, y no se arrepentirá: ¡Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec!" —Sal. 110:4.

Por supuesto que había una razón para que Abraham entrara en contacto con Melquisedec. Concerniente

a esto Pablo dice: "Porque este Melquisedec, rey de Salem, sacerdote del Dios altísimo, el cual encontró a Abraham al volver del destrozo de los reyes, y le bendijo; a quien también Abraham dividió la décima parte de todos los despojos, siendo por interpretación, primero Rey de Justicia, y luego también, Rey de Salem, que es Rey de Paz. . . . Mas considerad cuán grande era éste, a quien el patriarca Abraham dio una décima parte de los despojos. Y en verdad los de los hijos de Leví que han recibido el oficio del sacerdote, tienen mandamiento de tomar diezmos del pueblo, según la ley; esto es, de sus hermanos, aun que éstos también salieron de los lomos de Abraham; pero aquel cuya genealogía no es contada entre ellos, tomó diezmos de Abraham y bendijo a aquel que tenía las promesas."—Heb. 7:1-6.

En el pacto que Dios hizo con Abraham dijo: "Bendiciendo te bendeciré," y también: "En tí serán benditas todas las familias de la tierra." Esto muestra que el mismo Abraham tenía que recibir una bendición. El texto citado concerniente a Melquisedec muestra que el Sacerdote a quien Melquisedec representó es el que da la bendición sobre todos, incluso el mismo Abraham. Esto también prueba que Abraham está subordinado al pacto y al Sacerdote conforme al orden de Melquisedec que Dios tiene preparado. Y también muestra que en relación con el pacto Abraham es solamente una figura, representando a Dios, quien es en realidad la fuente de toda bendición.

EL MEDIADOR

Es de notarse que en el pacto con Abraham no hubo mediador. No es necesario que todos los pactos tengan un mediador. Cuando se hace un pacto en que sola-

mente una de las partes contratantes se compromete a hacer algo, no se necesita mediador. Si ambas partes contratantes son hábiles, el mediador es innecesario. Existen dos buenas razones para que no se necesitara mediador en el pacto abrahámico: (1) Dios se comprometió a bendecir a todas las familias de la tierra, lo cual El haría sin importar lo que los demás hicieran, siendo por eso un pacto unilateral y no requiriendo mediador, Abraham tan solo representando a Dios. (2) Al tiempo en que se hizo el pacto, Abraham había demostrado su fe en Dios y por lo tanto había recibido la aprobación de Dios. Su fe le fue contada por justicia. Siendo justo o justificado era competente para entrar en un pacto con Jehová.

Un mediador es uno que interviene, intercede o reconcilia. La entera raza humana tiene que ser reconciliada con Dios por medio de Jesús. No hay otro nombre debajo del cielo, dado a los hombres, por medio del cual puedan ser reconciliados. (Hech. 4:12). El mismo Jesús dijo: "Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre sino por mí." (Jn. 14:6). El apóstol declara: "Pues que para todos hay un solo Dios, y un solo Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús; el cual se dio a sí mismo en rescate por todos, de lo que el testimonio había de darse a sus propias sazones." (1 Tim. 2:5, 6). Estos textos no tienen referencia a un pacto, pero sin duda alguna se refieren a Jesús como el que interviene o el que sirve de reconciliador entre Dios y los hombres. Los miembros de la iglesia no entran a formar parte del Cristo a causa de los oficios del mediador de un pacto, sino a causa de su fe en la sangre derramada de Jesús. Los pueblos de la tierra que han de ser restaurados recibirán

las bendiciones de restitución por medio de la aplicación de las bendiciones del nuevo pacto, siendo la "simiente" resultante del pacto abrahámico el instrumento que se ha de usar para dispensar esas bendiciones.

ABRAHAM TIENE QUE VOLVER

Abraham murió sin haber recibido las bendiciones que le habían sido prometidas. Mucho tiempo después, Esteban, movido por el poder de Dios o espíritu santo, testificó lo siguiente con respecto a Abraham: "Y no le dio herencia en ella, ni aun la huella de un pie; mas le prometió que se la daría en posesión a él, y a su simiente después de él, cuando todavía no tenía hijo." (Hech. 7:5). Y haciendo mención de la fe de Abraham y de otros, escribió bajo la dirección de Dios: "Y éstos todos, después de habérseles dado buen testimonio a causa de su fe, con todo no recibieron la promesa, habiendo Dios provisto para nosotros alguna cosa mejor; para que ellos no fuesen perfeccionados aparte de nosotros." (Heb. 11:39, 40). De estas palabras se saca en consecuencia que al debido tiempo de Dios Abraham será despertado de entre los muertos para que reciba las bendiciones que le fueron prometidas.

El profeta de Dios escribió: "Para siempre se acordará de su pacto . . . Para siempre ha ordenado su pacto." (Sal. 111:5, 9). Esto da la seguridad de que Abraham volverá de la tumba cuando llegue el debido tiempo para recibir su bendición conforme a las promesas del pacto. Dios prometió bendecirlo y El se acordará de su pacto.

La restauración de Abraham también se implica en las palabras: "Yo soy el Dios de tu padre, el Dios de Abraham." (Ex. 3:6). Jesús interpretó estas palabras

cuando dijo: "Empero el que los muertos hayan de resucitar, Moisés mismo lo manifestó en la zarza, cuando llama a Jehová Dios de Abraham, Dios de Isaac, y Dios de Jacob." (Luc. 20:37). A causa de que el pacto garantiza una vida futura para Abraham, Dios se da a sí mismo el nombre de "el Dios de Abraham." Cumplirás la . . . misericordia pactada con Abraham." (Miq. 7:20). Como garantía adicional, Jesús dijo: "Muchos vendrán del oriente, y del occidente, y se sentarán a la mesa con Abraham e Isaac y Jacob en el reino de los cielos." (Mat. 8:11). El reino que se menciona es el reino del Mesías, el Sacerdote del orden de Melquisedec. Abraham ocupará un puesto en ese reino del Mesías como representante en la tierra, según la promesa de Dios en su pacto con Abraham.

CUMPLIMIENTO CABAL

El Cristo es el instrumento o real Sacerdote que Dios usará durante el reino de mil años para traer a toda la humanidad a la condición de armonía con El. Allí serán cumplidas por completo las condiciones del pacto porque todas las naciones de la tierra tendrán entonces la oportunidad de reconciliarse con Dios. Los que obedezcan a Dios serán reconciliados y plenamente restaurados. Eso marcará el pleno cumplimiento del pacto con Abraham. Los otros pactos mencionados, el pacto de la ley, el pacto de sacrificio y el nuevo pacto, son subordinados o auxiliares al pacto abrahámico.

En la portentosa tarea de llevar a cabo la promesa a Abraham de bendecir a todas las familias de la tierra, los miembros del cuerpo de Cristo, quienes primero reciben la bendición, tienen el privilegio de participar en hacer alcanzar hasta otros esa bendición. Los primeros

que fueron escogidos como parte de la "simiente" fueron judíos. Más tarde los miembros del cuerpo han sido escogidos de entre los gentiles. De entre éstos es que Dios especialmente ha escogido un pueblo para su nombre.—Hech. 15:14.

Una de las parábolas de Jesús tiene que ver especialmente con este asunto. Una parábola es una declaración simbólica o figurativa que representa o describe una realidad. Jesús habló en una parábola con referencia a un hombre rico llamado Divas y un mendigo llamado Lázaro. (Luc. 16:19-31). Divas, que quiere decir hombre rico, representó a la nación judaica que había recibido favores especiales de parte de Dios. Lázaro representó a los que no eran judíos, los que no recibían ningún favor especial de Jehová y que por lo tanto estaban en la actitud de mendigos. "Y aconteció que murió el mendigo, y fue llevado por los ángeles al seno de Abraham; el rico también murió, y fue sepultado. Y en el hades alzó sus ojos, estando en los tormentos y vio a Abraham de lejos, y a Lázaro en su seno."—Lucas 16:22, 23.

La muerte de Divas y de Lázaro representa un cambio total en sus respectivas condiciones. Abraham representa a Dios; el seno de Abraham, figurativamente, representa el lugar del favor de Dios. Por medio de Cristo, Dios apartó a los judíos de su favor, en tanto que los gentiles, al debido tiempo, fueron traídos a la condición de favor con Dios y durante la era cristiana éstos han tenido el privilegio de llegar a ser miembros de la "simiente" conforme a la promesa hecha a Abraham. Los que han sido traídos a la condición de favor con Dios y se han mostrado fieles a sus privilegios de servir al Señor, al debido tiempo tendrán una parte en

la tarea de reconciliación que Dios llevará a cabo por conducto del Cristo en provecho de la humanidad.

En este tiempo especial del desarrollo del plan divino, los que son de este modo favorecidos, llamados, y escogidos del Señor, tienen el privilegio de ser sus testigos en la tierra, probando de ese modo su devoción. (Jn. 4:17, 18). La fidelidad hasta la muerte redundará a los tales en que definitivamente lleguen a ser parte de la "simiente" de Abraham conforme a la promesa.

CAPITULO VI

Un Pueblo Favorecido

LAS sendas de Jehová son siempre justas. Es fuente de gran satisfacción para el que sinceramente busca la verdad el apercibirse de que Jehová nunca hace nada mal hecho. "En cuanto a Dios, perfecto es su camino, y acrisolada la palabra de Jehová; escudo es a todos los que confían en El." (Sal. 18:30). Los mansos desean ser enseñados y dirigidos en las sendas de Dios porque son sendas de justicia. A los tales Dios favorece: "Encaminará a los humildes en la justicia, enseñará a los humildes su camino." (Sal. 25:9). El que quiere ser guiado por sendas de justicia orará como David oró: Porque Tú eres grande, y haces maravillas; Tú sólo eres Dios. Enséñame tu camino, oh Jehová; andaré en tu verdad; aúna los sentimientos de mi corazón para temer tu nombre." (Sal. 86:10, 11). Los tales reciben el favor de Jehová, el cual es de gran valor. (Prov. 16:15). Los tales descansadamente confían en Jehová: "Porque Tú bendecirás al justo, ¡oh Jehová! como con un escudo, le cercarás de tu favor." (Sal. 5:12). "La vida está en su favor." (Sal. 30:5). Estas grandes e incambiables verdades que se presentan en las Escrituras sirven como guía verdadera para los que desean la vida y la paz.

Los descendientes de Abraham, en línea directa, guiados por Jehová, fueron a domiciliarse a la tierra de Egipto. Dios los llevó allá para hacer algunos cuadros prefigurando su plan de reconciliación para el hombre.

Egipto representó al presente mundo malo, del cual Satanás es el dios. Los israelitas, descendientes de Abraham, fueron en gran manera perseguidos y oprimidos por el gobernante de Egipto y sus agentes. Los israelitas ansiaban el verse libres de esta opresión. En esa condición representaron los pueblos de la tierra sufriendo bajo la mano opresora de Satanás y sus agentes y representantes. Ahora los pueblos de la tierra sienten un gran deseo de verse libres de la opresión y ser traídos a una condición de paz y de felicidad.

Evidentemente Dios no se interpuso en cuanto a impedir esta opresión, por algún tiempo, con el fin de que los corazones de los israelitas se volvieran a El. Ellos clamaron por ayuda y Dios les mandó a Moisés a que los librara del yugo egipcio. En ese cuadro Moisés representó al amado Hijo de Dios, Cristo Jesús, a quien Jehová envió al mundo a que redimiera a la humanidad y el que tenía que venir la segunda vez a ser el gran Libertador de los pueblos de la tierra de la opresión de Satanás y del yugo del pecado y de la muerte.—Deut. 18:15, 18; Hech. 3:19-24.

Cuando Dios envió a Moisés a Egipto fue cuando por primera vez manifestó el significado de su nombre Jehová. Con ese nombre sería conocido entre los israelitas, su nación o pueblo favorito. El nombre Jehová significa su propósito con respecto a ese pueblo favorecido. Fijémonos en lo que Dios mandó a Moisés que dijera a los israelitas: "Yo me aparecí a Abraham, a Isaac y a Jacob como Dios todopoderoso; mas en la manifestación de mi nombre Jehová, no me dí a conocer a ellos. . . . Por tanto, dí a los hijos de Israel: Yo soy Jehová, y os sacaré de debajo de las cargas de los egipcios, y os libertaré de la servidumbre de ellos, y os redimiré con brazo

extendido y con juicios grandes. Y os tomaré por pueblo mío; y yo seré vuestro Dios; y conoceréis que yo soy Jehová vuestro Dios, que os sacó de debajo de la opresión de los egipcios. Os traeré también a la tierra acerca de la cual alcé mi mano jurando darla a Abraham, a Isaac y a Jacob; y os la daré a vosotros en posesión. Yo, Jehová."—Ex. 6: 3, 6-8.

Entonces Jehová hizo un pacto con la nación de Israel. Por medio de ese pacto El en gran manera honró y favoreció a los israelitas. Entre otras cosas El les dijo "Ahora pues, si escuchareis atentamente mi voz y guardareis mi pacto, me seréis un tesoro especial tomado de entre todos los pueblos; pues que mía es la tierra. Y vosotros me seréis un reino de sacerdotes y una nación santa." (Ex. 19: 5, 6). Ese pacto en las Escrituras recibe el nombre de el pacto de la ley. (Gál. 3: 17). Tenía que ver con la preparación del camino para la reconciliación del hombre con Dios.

Una clara distinción debe hacerse entre la ley de Dios y el pacto de la ley que El hizo con el pueblo de Israel. La ley de Dios con respecto al hombre es su voluntad expresada. Es la regla de acción que El provee y que exige la obediencia a lo que es justo y marca el castigo de toda mala acción; Abraham guardó la ley de Dios, su voluntad expresada, tanto como le fue posible. Pero Abraham no estaba bajo el pacto de la ley: "Por cuanto obedeció Abraham mi voz, y guardó mis preceptos, mis mandamientos, mis estatutos y mis leyes. (Gén. 26: 5). "Porque ¿qué dice la Escritura? Dice así: Y Abraham creyó a Dios, y le fue contado a justicia. Porque no por medio de la ley vino la promesa a Abraham, o a su simiente, de ser heredero del mundo, sino por medio de la justicia de la fe."—Rom. 4: 3, 13.

En el pacto que Dios hizo con Abraham concerniente a "la simiente" El hizo uso de Abraham, de Sara su esposa, y de Isaac su hijo, para representar simbólicamente, ilustrar o hacer un cuadro del pacto y del resultado de él. Abraham representó a Jehová Dios; Sara representó el pacto, en tanto que Isaac representó la "simiente" o producto de ese pacto. Dios hizo otros pactos en que una mujer fue usada para representar cada uno de ellos. En el pacto de la ley, que ahora consideramos, Dios usó a Agar, una sierva, para representar el pacto, y a su hijo Ismael para prefigurar el resultado de ese pacto. Este cuadro alegórico fue con el fin de dar instrucción particular a los cristianos a quienes Dios a su debido tiempo comenzaría a escoger y preparar.

Abraham, Isaac y Jacob recibieron el nombre de padres de los israelitas. A ellos no les fue dado el pacto de la ley. "No con nuestros padres hizo este pacto, sino con nosotros." (Deut. 5:3). Sus padres habían muerto cuando se hizo el pacto de la ley. La promesa original hecha a Abraham, la que fue confirmada a Isaac y a Jacob, fue específicamente con referencia a la "simiente" por medio de la cual vendrían las bendiciones a todas las familias de la tierra. La promesa de Dios no se encontraba dependiente de obras de la ley. Su promesa era inalterable y nada le añadía la ley. Puesto que Isaac no se encontraba bajo el pacto de la ley, él representó la "simiente" que no está bajo el pacto de la ley.

CUANDO SE HIZO

Agar era una mujer egipcia. (Gén. 16:1). Ella representó el pacto de la ley. (Gál. 4:24). Por lo tanto era apropiado que el pacto que ella representaba se

hiciera en Egipto. El profeta de Dios escribió con relación a ese pacto: "El pacto que hice con sus padres en el día que los tomé de la mano para sacarlos de la tierra de Egipto." (Jer. 31:32). "Conforme a las palabras que pacté con vosotros cuando salisteis de Egipto."—Ag. 2:5.

Eotos textos muestran que el pacto de la ley se hizo en Egipto en el día en que los israelitas salieron de allí, y que fue exactamente cuatrocientos treinta años desde el tiempo en que Abraham entró en Canaán. Fue en el día catorce de Nisán, 1615 A. de C., cuando los israelitas salieron de Egipto. Su primera pascua fue instituida ese día: "Y aconteció que al fin de los cuatrocientos y treinta años, aun en aquel mismo día, aconteció que salieron de la tierra de Egipto todos los ejércitos de Jehová." (Ex. 12:41). Pablo corroboró este testimonio cuando escribió: "Esto es pues lo que digo: que un pacto confirmado de antemano por Dios, la ley, que vino cuatrocientos treinta años más tarde, no pudo anularlo, de manera que haga sin efecto la promesa."—Gál. 3:17.

El mismo apóstol escribió: "Porque en donde hay un testamento, ha de intervenir necesariamente la muerte del testador. Pues que el testamento tiene efecto después de la muerte del testador." (Heb. 9:16, 17). Este mismo texto dice en el Diaglott: "es firme sobre víctimas muertas." El cordero pascual fue la víctima degollada. Moisés fue representado en el cordero pascual, y una vez que el cordero fue degollado se consideró a Moisés como muerto. Esta es una prueba adicional en cuanto al tiempo en que se hizo el pacto, y de que fue hecho en Egipto.

El día quince del segundo mes después de haber salido de Egipto, y estando ya en el desierto, los israelitas

murmuraron en contra de Moisés a causa del hambre. "Y dijo Jehová a Moisés: He aquí que haré llover sobre vosotros pan desde el cielo; y saldrá el pueblo y recogerá diariamente la porción de un día; para que yo le pruebe, si quiere andar en mi ley o nó. Seis días lo recogeréis, mas en el séptimo es el Descanso; no habrá maná en él." (Ex. 16:4, 26). El pacto de la ley estaba ya en vigor en ese tiempo, y esto ocurrió antes de que los israelitas llegaran al Sinaí.

EN EL SINAI

Horeb es el nombre general que se da a las montañas del Sinaí en Arabia. Los dos nombres, según el uso que de ellos se hace en las Escrituras, prácticamente se refieren a lo mismo. Podría preguntarse: ¿No muestran los textos siguientes que el pacto de la ley se hizo en el Sinaí en vez de en Egipto? "Jehová nuestro Dios hizo con nosotros un pacto en Horeb." (Deut. 5:2). "Acordáos de la ley de Moisés mi siervo, la que yo le prescribí en Horeb, para todo Israel; estatutos y leyes." (Mal. 4:4). "Las cuales cosas son dichas alegóricamente; porque estas dos mujeres son dos pactos; el uno del monte Sinaí, que engendra para servidumbre, el cual es Agar." (Gál. 4:24). Respondemos que no prueban tal cosa por las siguientes razones:

Lo que se llevó a cabo en el Monte Sinaí en conexión con el pacto de la ley, tuvo lugar cincuenta días después de que los israelitas salieron de Egipto. Evidentemnte, lo que se hizo en el Sinaí fue dedicar o confirmar lo que se había llevado a cabo en Egipto al tiempo de la pascua. En el Sinaí, la ley o pacto se declaró específicamente a los israelitas. Primero se les dio la ley fundamental, compuesta de los diez mandamientos. (Ex. 20:1-17).

En seguida los estatutos de esa ley. Moisés escribió la ley según le iba siendo dictada por Jehová y la entregó a los israelitas. En ese entonces se ofrendaron algunos animales en sacrificio y la sangre fue rociada sobre el altar y sobre la gente. (Ex. 24: 7, 8). De esta manera se confirmó lo hecho en Egipto. Al tiempo de la pascua en Egipto los israelitas derramaron la sangre del cordero sobre los postes y el dintel de la puerta, y la familia permaneció adentro. Esto fue equivalente a rociar a los miembros de la familia. Esa sangre fue una prueba para cada uno de los miembros de la familia.

Pero en el monte Sinaí fue algo así como un asunto nacional, confirmando con toda la nación lo hecho por cada familia separadamente. A causa de que el pacto quedó hecho por medio del rito de la pascua, Jehová inmediatemente precedió a extender a los israelitas los beneficios del pacto, librándolos de Egipto. Esto constituyó el rescate de los israelitas en Egipto, como está escrito: "Yo dí a Egipto por tu rescate." (Isa. 43: 3). "¿No eres tú el mismo que secaste el mar, las aguas del grande abismo? ¿El que convertiste en camino las honduras del mar, para que pasaran los redimidos? (Isa. 51: 10). Egipto representa al mundo en donde se encontraban los israelitas. Horeb es el monte de Dios y representa el mismo cielo. Al hacer el cuadro era más que apropiado que el libro de la ley fuera rociado con sangre en Horeb y no en Egipto. La evidencia aquí mostrada prueba que el pacto se hizo en Egipto, y que se confirmó o ratificó en el Monte Sinaí.

PARA QUE SE HIZO

¿Con qué fin hizo Jehová un pacto con los israelitas? Sin duda alguna no fue porque eran dignos, o porque

Jehová estaba bajo obligación alguna hacia ellos. Ellos se habían manchado en Egipto con ídolos. Cuando Dios los iba a sacar les dijo: "¡Desechad cada uno sus cosas detestables de delante de sus ojos, y no os contaminéis con los ídolos de Egipto: yo soy Jehová vuestro Dios!" (Eze. 20:7). Esto prueba que no eran dignos del favor de Dios. Entonces, ¿por qué hizo Dios un pacto con ellos? Jehová había hecho un pacto con Abraham, el cual tenía que llevarse a cabo. El confirmó ese pacto a Isaac y a Jacob, los cuales constituyeron los padres de Israel. Dios amó al pueblo de Israel a causa de sus padres, como está escrito: "Respecto del evangelio, son enemigos a causa vuestra; mas respecto de la elección, son amados a causa de los padres." (Rom. 11:28). Por conducto de su profeta Dios había dicho: "Y además, he oído el gemido de los hijos de Israel, a quienes los egipcios retienen en servidumbre: y tengo en memoria mi pacto." (Ex. 6:5). ¿Qué pacto fue recordado por Dios? Sin duda que el hecho con Abraham, puesto que el pacto de la ley no se había hecho todavía. "Por lo tanto, dí a los hijos de Israel: Yo soy Jehová, y os sacaré de debajo de las cargas de los egipcios, y os libraré de la servidumbre de ellos, y os redimiré con brazo extendido y con juicios grandes."—Ex. 6:6.

Jehová había prometido que bendeciría a todas las familias de la tierra y la bendición de reconciliación y vida sería extendida a todos por medio de la "simiente" de la promesa, Dios no podía usar, ni usaría para llevar a cabo su plan de bendición de la humanidad, a ninguna criatura que estuviera en liga o bajo el control de Satanás el enemigo. Los israelitas se habían manchado con ídolos que los egipcios habían recibido de Satanás. Dios

ahora iba a mostrar a los israelitas que ninguno de ellos podría formar parte de esa prometida "simiente" a menos que no se apartaran de la iniquidad. Tenían que ser instruidos en cuanto a lo que constituye el pecado. Dios les iba a dar su ley por medio de la cual obtendrían el conocimiento de lo que constituye el pecado.

Las inspiradas palabras de Pablo muestran la razón para el pacto de la ley: "Por medio de la ley es el conocimiento del pecado." (Rom. 3:20). "No hubiera yo conocido el pecado, excepto por medio de la ley." (Rom. 7:7). "Pues hasta la ley hubo pecado en el mundo; empero el pecado no se imputa sin haber ley." (Rom. 5:13). "El pecado es ilegalidad [o la transgresión de la ley]" (1 Jn. 3:4). "Mas donde no hay ley tampoco hay transgresión."—Rom. 4:15.

Si la raza hubiera permanecido sin pecado, no hubiera habido la necesidad de un pacto de la ley. Los descendientes de Abraham eran, y son, hijos de Adán, el que, a causa de la desobediencia, trajo desaprobación sobre todos. (Rom. 5:12). Las leyes no son para los justos, sino para los pecadores: "Conociendo esto, que la ley no fue dada para el justo, sino para los inicuos y los turbulentos, para los impíos y los pecadores, para los malvados y los profanos, para los parricidas y los matricidas, para los homicidas." (1 Tim. 1:9). Discutiendo el pacto de la ley Pablo mostró que esta era la razón por la cual se había hecho: "¿De qué pues sirvió la ley? Fue añadida acausa de las transgresiones, hasta que viniese la simiente, a quien la promesa fue hecha: y fue ordenada por medio de ángeles en mano de un mediador. De manera que la ley ha sido nuestro ayo para traernos a Cristo, a fin de que seamos justificados por la fe."—Gál. 3:19, 24.

Dios es la fuente de la vida y nadie que le oponga podrá tener vida eterna. Satanás el enemigo quisiera apartar a todos de Dios, lo cual resultaría para ellos en muerte eterna. Por eso Dios hizo conocer a los israelitas su ley para beneficio de ellos y para beneficio de toda la humanidad. Es de notarse que la primera especificación de la ley fundamental es concerniente a que Jehová es el sólo Dios verdadero. "Yo soy Jehová tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de la casa de servidumbre. No tendrás otros dioses delante de mí. No harás para tí escultura, ni semejanza alguna de lo que está arriba en el cielo, ni de lo que está abajo en la tierra, ni de lo que está en las aguas debajo de la tierra."—Ex. 20:2-4.

La doctrina enseñada por el clero de que son tres dioses en uno, una trinidad, es en directa violación de la anterior expresión de la ley fundamental de Dios. Según la teoría de la trinidad que enseña el clero, son tres dioses, Dios el Padre, Dios el Hijo y Dios el espíritu santo, todos tres iguales en poder y en personalidad y en eternidad. Esto es una absoluta contradicción del primer mandamiento.

A más de eso, otros miembros del clero dicen que María es la madre de Dios y que ella tiene el poder, y lo usa, para interceder por el perdón de los pecadores, y que la gente debe orarle a ella con ese fin. Yendo más allá en violación a las claras especificaciones de la ley, llegan al extremo de hacer imágenes o ídolos ante los cuales se postran y los que presentan a la gente para que les rindan culto. Esto es una prueba adicional de que Satanás, el Diablo, es el autor de la doctrina de la trinidad y el autor de la práctica de adorar a una mujer y de rendir culto a las imágenes.

Cuando Dios dio al pueblo de Israel los diez mandamientos, los cuales apropiadamente reciben el nombre de ley fundamental, puso ante ellos el hecho de que la única manera de obtener la vida es siéndole obediente. Esto lo hizo teniendo en cuenta el provecho de la gente. Pero el propósito de Satanás es el de apartar a la gente de Dios, y él ha usado al clero para adelantar esta tarea. El resultado no se altera, ya sea que el clero haya procedido a sabiendas o que haya sido engañado, mas es una prueba concluyente de que el clero no representa a Dios. Repetidamente Dios ha engrandecido su Palabra y ha puesto ante la gente las grandes verdades de ella para que los que buscan la verdad puedan hallar la senda que conduce a la vida eterna.

Todas sus leyes son consistentes con, y están basadas sobre, la gran verdad de que Jehová es el sólo Dios verdadero. "¿Quién es Dios?" es el asunto en cuestión, y debe determinarse del lado de Jehová mas nunca serlo del lado de Satanás. Todos los que quieran alcanzar la vida eterna tienen que tomar el lado de Jehová, el cual es justo y recto. Esto lo anunció Dios a los israelitas en el Sinaí. Desde ese tiempo en adelante la ley sirvió como un ayo para llevar a Israel en las sendas de la justicia hasta la venida de la prometida "simiente" por medio de la cual los judíos recibirán su bendición. Sin la ley todo judío se hubiera apartado de Jehová de manera que cuando Cristo Jesús, el amado Hijo de Dios, vino, no hubiera encontrado a ninguno a quien pudiera ofrecerle la oportunidad de ser hecho parte de la "simiente." El pacto de la ley fue dado a Israel a causa de su condición pecaminosa.

La simiente de la promesa tiene que por entero estar dedicada a Jehová Dios. El que conoce a Dios y se

aparta de El, volviendo su corazón a Satanás, deja de ser acepto a Dios a causa de su infidelidad. Por medio del pacto de la ley Dios mostró a Israel lo que requería de él, y desde entonces, hasta cuando ese pueblo quebrantó el pacto, fue un pueblo santo para Jehová. (Jer. 2: 3). Fue el pueblo escogido de Dios, y no del Diablo. Satanás tenía otras naciones bajo su control. De obedecer Israel la ley hasta la llegada de la "simiente," tendría la oportunidad de formar parte de la "simiente." Dios les había dicho: "Vosotros me seréis un reino de sacerdotes y una nación santa."—Ex. 19: 6.

Dios hizo presente al pueblo de Israel que no hicieran pacto alguno con sus enemigos y les ordenó que se mantuvieran libres de otros dioses, los cuales eran falsos, puestos por el Diablo. (Ex. 23: 32). El les dijo que si algún hombre o mujer entre ellos servía a otros dioses y les rendía homenaje, ya fuera el sol, la luna, o cualquier sér celestial, debía ser apedreado. (Deut. 17: 2-5). La ley hizo la provisión de que los primogénitos deberían ser santos a Dios. El les dio varios estatutos que les mostraba la senda de la justicia. Esas leyes les sirvieron como ayo para mantenerlos en el camino recto hasta la venida de Cristo, la prometida simiente. Todas estas cosas sucedidas anteriormente, fueron escritas para provecho de los cristianos.—Rom. 15: 4.

De la misma manera la Palabra de Dios, la cual es su voluntad expresada, sirve de guía al cristiano y le enseña que Jehová es el único y verdadero Dios y que su plan de salvación es por medio de Cristo Jesús, la "simiente" de la promesa, y que no hay otro nombre debajo del cielo dado a los hombres por medio del cual puedan ser salvos y reconciliados. (Hech. 4: 12). Mas los miembros del clero ahora niegan la Palabra de Dios;

niegan la sangre derramada de Jesús y enseñan la inmortalidad inherente del hombre y que cada cual, por sus propios esfuerzos, puede hacerse perfecto. Esta es una fuerte evidencia de que el clero no representa a Dios sino que en cambio representan al Diablo. Mas ahora Dios está trayendo a luz la verdad en este y otros asuntos semejantes para que la gente se aperciba de la necesidad de abandonar al tal llamado "organizado cristianismo." A los que sinceramente y con empeño buscan la verdad Dios les mostrará sus caminos.—Sal. 25: 9.

PROMESA DE VIDA

¿Pero no prometió el pacto la vida a los judíos si guardaban la ley? "Por tanto guardaréis mis estatutos y mis preceptos; en los cuales vivirá el hombre que los hiciere." (Lev. 18: 5). "Pues Moisés escribe con respecto de la justicia que es de la ley, que el hombre que hiciere las tales cosas vivirá por ellas."—Rom. 10: 5.

¿Si los judíos hubieran guardado perfectamente el pacto de la ley, hubieran obtenido la vida eterna? Seguramente que sí, puesto que Dios lo había prometido, y El siempre cumple sus promesas. (Isa. 46: 11). Si alguna duda hay sobre el particular las palabras de Jesús aclaran el punto: "Y, he aquí, un doctor de la ley se puso en pie, y para tentarle, le dijo: Maestro, ¿haciendo qué cosa poseeré la vida eterna? El le dijo: ¿Qué está escrito en la ley? ¿Cómo lees? Y él respondiendo dijo: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con todo tu alma, y con todas tus fuerzas, y con toda tu mente; y a tu prójimo como a tí mismo. Y Jesús le dijo: Bien has respondido: haz esto y vivirás." —Luc. 10: 25-28.

Cuando Jesús vino El guardó la ley de una manera perfecta probando así que la ley puede ser guardada por un hombre perfecto y que nadie más la puede guardar. Como Pablo dice, si alguno guardaba la ley sería justo, y como tal tendría derecho a la vida. La razón por la cual los judíos no pudieron guardar la ley fue su imperfección, resultante del pecado. El pecado entró en el mundo a causa de la desobediencia de Adán, y todos, incluso los judíos, nacieron pecadores. (Rom. 5:12). Ningún pecador tiene derecho a la vida. (Rom. 6:23). La ley por lo tanto probó a los judíos y a todos los miembros de la familia humana que si habían de recibir la bendición de la vida según el pacto con Abraham, era preciso que se hiciera algo para remover el pecado o para hacer expiación por él. Era preciso poner primero la base para la reconciliación por medio del perfecto sacrificio.

Dios, preconociendo el plan del Diablo de hacer que que resultara una abundante cosecha de evolucionistas que declararían que el hombre no necesita redentor, demostró la falsedad de semejante posición por medio de la operación del pacto de la ley. No hay un solo sér humano que pueda decir con veracidad: "Si se me diera una oportunidad yo me perfeccionaría y viviría." La operación del pacto de la ley es una prueba absoluta de que la teoría de la evolución es del Diablo, y que los que la advocan son instrumentos del Maligno, ya sea que se aperciban de ello o nó.

COSAS MEJORES PREFIGURADAS

Pablo declara que la ley prefiguró cosas mejores por venir. (Heb. 10:1). Aun cuando el pacto de la ley fue hecho en primer lugar a causa de las transgresiones, sin

embargo, Dios también lo usó para prefigurar su plan de reconciliación del hombre. El apóstol dice: "Y en verdad el primer pacto también tenía reglamentos [ceremonias] del culto, y su santuario que lo era de este mundo." (Heb. 9:1). ¿Cuáles eran estas ceremonias y reglamentos del culto? Al tiempo en que se hizo el pacto en Egipto se degolló un cordero sin mancha, un macho del rebaño, y su sangre fue rociada en los postes de la puerta sirviendo como medio de salvación a los judíos en la noche de la pascua. El cordero fue comido con pan sin levadura. (Ex. 12:8). Esa ceremonia tenía que llevarse a cabo o repetirse todos los años en el día catorce de Nisán.

El cordero representaba el sacrificio de Jesús, el amado Hijo de Dios, el que redimiría a toda la humanidad del pecado. El fue "el Cordero que fue inmolado desde la fundación del mundo." (Apoc. 13:8). "Como un cordero sin defecto e inmaculado." (1 Ped. 1:18). Por medio de esta ceremonia se prefiguró el sacrificio de rescate. Dios hizo una promesa que rescataría al hombre de la tumba. (Os. 13:14). Esta ceremonia sirvió para enseñar a los judíos, y a otros después de ellos, que el Cordero de Dios quitaría el pecado del mundo y fue anunciado de tal manera por Juan al comienzo del ministerio de Jesús.—Jn. 1:29.

Después de la confirmación del pacto en el Sinaí, Moisés, instruido por Dios, erigió el tabernáculo en donde Dios hizo patente su presencia por medio de la nube y una luz. (Ex. 40:34). Una vez al año se celebraba un servicio divino especial en conexión con el tabernáculo. En un día determinado se ofrendaban algunos novillos y machos cabríos y su sangre se llevaba por el sumo sacerdote al santísimo en donde se rociaba

en el propiciatorio para hacer propiciación. (Lev. 16; Heb. 9:6-8). Los servicios del tabernáculo prefiguraban algo mejor que había de venir y mostraban que el sacrificio verdadero haría expiación por el pecado del hombre, haciendo posible su reconciliación con Dios, según la promesa. El sacrificio de estos animales se llevaba a cabo por medio del sumo sacerdote provisto por la ley. Estas ceremonias tenían el objeto de enseñar una lección a los judíos y a otros después de ellos. El sacrificio del cordero pascual representaba el sacrificio de Cristo Jesús y representaba el rescate; el sacrificio de los novillos y de los machos cabríos y el derramamiento de la sangre en el Santísimo representaba la ofrenda de Jesús en el cielo mismo como una ofrenda por los pecados del hombre. Además, esos sacrificios enseñaban que Cristo, en su calidad de Sumo Sacerdote de Jehová, ofrecería el sacrificio y haría expiación por el pecado.—Heb. 9:10-14, 24.

El pacto de la ley, por lo tanto, muestra la absoluta necesidad del gran sacrificio de rescate de Cristo Jesús como una ofrenda por el pecado, primeramente hecha en provecho de la "simiente" y luego en provecho de la humanidad en general. Ese pacto también prefiguró un nuevo y mejor pacto que había de hacerse, y las ceremonias en conexión con él dieron testimonio del hecho de que transcurriría un largo período de tiempo entre el nuevo pacto y el tiempo de su confirmación o inauguración.

LOS MEJORES ESFUERZOS

¿De haber hecho los judíos sus mejores esfuerzos para guardar el pacto de la ley, hubiera eso redundado en algún beneficio especial para ellos? Por supuesto que

sí. Hubieran demostrado su fe y confianza en Dios y en sus promesas y su sumisión a El en cambio de a Satanás. El clero judío, los que guiaban al pueblo de Israel, no se esforzaron por guardar el espíritu del pacto de la ley. Lo guardaron en su forma exterior, con sus bocas, pero sus corazones se hallaban lejos de Jehová. (Isa. 29:13). Eran engañosos e hipócritas, aparentando lo que no eran por razones egoístas. (Mat. 23:13-15). Pretendían ser hijos de Abraham, pero Jesús les dijo claramente que eran mentirosos e hijos del Diablo, porque hacían la voluntad del Diablo en cambio de la de Dios. (Jn. 8:39-44). El hecho de que eran hijos del Diablo muestra que no tenían fe en el pacto de la ley y no se esforzaba por guardarlo. Su exacta contraparte se encuentra en el tal llamado "clero cristiano" del día, el cual tiene la forma de piedad pero niegan el poder de ella, y del cual la Palabra de Dios exhorta a la gente que se aparte.—2 Tim. 3:5.

Mas algunos de los judíos se esforzaron por guardar el pacto de la ley. Estos tales tenían fe en Dios y se esforzaron por obedecerle. Cuando Jesús vino, encontró a algunos de éstos que estaban esperando la venida del Mesías y le aceptaron. Los guías del pueblo, fijándose en la letra de la ley, también esperaban al Mesías, pero con un móvil egoísta. Eran engañosos y fraudulentos. Cuando Jesús vio a Natanael que venía hacia El, dijo: "He aquí uno que es verdaderamente israelita, en quien no hay engaño." (Jn. 1:47). Natanael inmediatamente lo aceptó como el Hijo de Dios y el Rey de Israel. "Natanael le respondió' Rabbí, Tú eres el Rey de Israel!" (Jn. 1:49). En él no había engaño ni subterfugio alguno como era el caso con los fariseos. Natanael y otros sinceros judíos guardaron el espíritu

de la ley a causa de su fe en Dios y en la prometida "simiente," y fueron gratos a Dios y aceptables a El no por haber guardado la ley perfectamente, por lo cual se esforzaron, sino por razón de su fe en Cristo. Sobre este punto Pablo dice: "Conociendo que el hombre es justificado no por obras legales, sino por medio de la fe en Jesu-Cristo, nosotros mismos hemos creído en Cristo Jesús, para que seamos justificados por la fe en Cristo, y no por obras legales; pues que por obras legales no se justificará ninguna carne." (Gál. 3:24. Fueron por lo tanto en gran manera favorecidos por Dios.

EL MEDIADOR

El pacto de la ley tuvo un mediador. ¿Por qué? Porque el pueblo de Israel no era competente para entrar en pacto con Dios. Eran pecadores a causa de que habían heredado el pecado de Adán. El mediador señalado para ese pacto entre Dios y el pueblo de Israel fue Moisés. (Gál. 3:19). ¿Pero acaso Moisés no nació también pecador? y siendo ese el caso, ¿cómo pudo ser mediador? Es cierto que Moisés nació pecador, pero a causa de su fe en Dios y su obediencia probó su fe y fue justificado por la fe, siendo así aceptado por Jehová como competente para entrar en pacto con El como mediador de Israel. (Heb. 11:23-28; Ex. 3:5). Concerniente a Moisés dijo Dios: "Mi siervo Moisés, el cual es fiel en toda mi casa." (Núm. 12:7, 8). "Acordáos de la ley de Moisés mi siervo, la que yo le prescribí en Horeb, para todo Israel; mis estatutos y mis leyes." (Mal. 4:4). "Este fue el que estuvo en la congregación, en el desierto, con el ángel que le hablaba en el Monte Sinaí . . . el cual recibió los oráculos vivos para dárnoslos."—Hech. 7:38.

Moisés, como mediador del pacto de la ley, prefiguró a Cristo, el Mediador del nuevo pacto: "Porque la ley por medio de Moisés fue dada; la gracia y la verdad por medio de Jesu-Cristo existen."—Jn. 1:17.

Cuando el degüello del cordero pascual Moisés representó a Jesús solamente, aparte de los miembros de su cuerpo, la iglesia. En el nuevo pacto Jesús sólo fue y es por completo competente para el oficio de Mediador, al cual fue señalado al tiempo de la ofrenda del prototípico Cordero. No le era preciso esperarse hasta el establecimiento del reino para celebrar el nuevo pacto. En el Monte Sinaí, cuando el pacto de la ley fue confirmado, Moisés representó al Cristo—Jesús y los miembros de su cuerpo. La sangre de novillos y de machos cabríos que se roció sobre los libros de la ley y sobre la gente, representa la sangre de Jesús y la sangre de la iglesia que participa con Jesús en el ministerio del nuevo pacto.

HECHO BAJO LA LEY

¿Por qué era necesario que Jesús naciera como judío? Por medio de su profeta Dios predijo que el Redentor nacería de la simiente de Abraham. Solamente eso era necesario. El Apóstol Pablo muestra una razón adicional cuando dice: "Mas cuando vino la plenitud del tiempo, envió Dios a su Hijo, hecho de mujer, hecho bajo la ley, para redimir a los que estaban bajo la ley, para que recibiésemos la adopción de hijos." (Gál. 4:4, 5). Siendo incapaces de guardar el pacto de la ley los judíos probaron ser pecadores y por lo tanto siervos del pecado. La ley define el pecado, y la inhabilidad de los judíos para hacer frente a los términos de la ley los puso bajo el yugo del pecado. Como pecadores no podían ser hijos de Dios, y por sus propios esfuerzos no podían librarse

de su inhabilidad. Por lo tanto, tendrían que estar sujetos a servidumbre.—Heb. 2:15.

Al debido tiempo vino Jesús. El no fue hijo de Agar y por lo tanto no puede decirse que fue la simiente del pacto de la ley. Las palabras, "hecho bajo la ley" sin duda alguna quieren decir que se encontró bajo la disciplina del pacto de la ley desde el tiempo de su nacimiento, como un niño y hasta el tiempo de su consagración. En conexión con esto dice Pablo: "Digo empero, que cuanto tiempo el heredero es niño, no se diferencia en nada de un siervo, aunque sea el señor de todo; sino que está bajo guardianes y curadores, hasta el tiempo señalado por su padre." (Gál. 4:1, 2) El Hijo de Dios, desde su nacimiento hasta su mayoría a la edad de treinta años, en nada se diferenció de un siervo porque se encontraba bajo la disciplina de la ley, la cual era su tutor. Este evidentemente es el argumento del apóstol. Jesús, como Hijo de Dios, era libre en su condición de hombre, pero a Jehová le plugo sujetarlo a las regulaciones del pacto de la ley. El registro dice que María y José llevaron a Jesús a Jerusalem y lo presentaron a Jehová como lo exigía la ley. (Luc. 2:22-24). Según la ley, desde entonces El tuvo que estar sujeto a sus padres mientras fue un niño. Siendo presentado a Jehová como el primogénito de María, desde ese entonces en adelante perteneció a Jehová.

Sobre este mismo asunto dice el apóstol: "Cristo nos redimió de la maldición de la ley, cuando fue hecho maldición por nosotros."—Gál. 3:13.

¿Acaso a causa de su pacto se encontraban los judíos bajo dos penas de muerte: como hijos de Adán y por no guardar su pacto? Tal cosa no es posible. Como hijos de Adán eran pecadores y les tocaba morir. (Rom. 3:9;

6:23). Abraham, Isaac, Jacob y todos los profetas murieron a causa de que el pecado heredado los hizo imperfectos. Sin embargo, la muerte de ellos no fue ignominiosa. Pero si un judío voluntariamente violaba el pacto de la ley se hacía por ello acredor a la muerte, tocándole morir ignominiosamente y maldito por Dios. Evidentemente esto era lo que tenía en cuenta el Apóstol Pablo cuando dijo: "Cristo empero nos redimió de la maldición de la ley, cuando fue hecho maldición por nosotros; pues que está escrito: Maldito es todo aquel que es colgado en madero." (Gál. 3:13). A duras penas puede decirse que la maldición se refiere a la muerte, sino a la manera de muerte ignominiosa, colgado en un madero.

El precio de rescate se provee por la muerte del hombre perfecto, Jesús, no importa la manera en que se verifique. Es la muerte del hombre perfecto la que provee el precio de rescate por Adán y sus descendientes. Jesús, el hombre perfecto, probó la muerte por todos. (Heb. 2:9). Pero su muerte ignominiosa, crucificado en un madero, fue evidentemente con el fin de remover la maldición sobre Israel. Siendo, según la carne, judío, hecho bajo la ley, Jesús cumplió todos los requisitos de la ley aun hasta el de morir como un pecador maldito. De ese modo El compró a Israel como nación, librándola de la maldición y haciendo posible a los israelitas el formar parte de la casa de hijos, de la cual El es la Cabeza.—Heb. 3:6. Jn. 1:12.

FINAL DEL PACTO

La muerte de Cristo Jesús en la cruz puso fin al pacto de la ley. En ningún sentido El anuló el pacto de la ley, sino que lo cumplió. "No penséis que he venido a in-

validar la ley, o los profetas; no he venido para invalidar sino para cumplir." (Mat. 5:17). Habiendo sido cumplido, tenía que ser abolido. Había ya venido la "simiente" y no era por más tiempo necesario ese pacto. El engrandeció la ley y la hizo honorable.—Isa. 42:21.

El objeto del pacto de la ley, como lo indica Pablo, fue el de que estuviera en operación hasta que viniera la "simiente" a la que fue hecha la promesa. Pero habiendo venido Cristo, la simiente, todos los judíos que le aceptaran eran librados de la ley. "Por que Cristo es el fin [tanto el objeto como el final] de la ley para justicia a todo creyente." (Rom. 10:4). El puso fin a la ley clavándola en la cruz, o sea muriendo como si fuera un pecador y tomando el lugar del pecador: "Borrando de en contra de nosotros la cédula escrita en forma de decretos, que estaba contra nosotros; y la quitó de en medio, clavándola a su cruz." (Col. 2:14). La ley estaba en contra de Israel a causa de que no la pudieron guardar, pero Cristo por medio de su muerte puso fin a la ley para todo aquel que creyera y le aceptara como el Mesías. "Habiendo abolido en su carne crucificada la ley de mandamientos en forma de decretos; para crear en sí mismo de los dos un hombre nuevo, haciendo así la paz." (Efe. 2:15). El Apóstol Pablo también dice en Hebreos 8:6 que Cristo es el mediador de un pacto mejor, establecido sobre base de mejores promesas, lo cual prueba que el pacto antiguo de la ley fue abolido al tiempo de la muerte de Jesús.

¿FUE UN FRACASO?

¿Fue el pacto de la ley un fracaso? No fue un fracaso para el fin por el cual lo hizo Dios, aun cuando sí dejó de perfeccionar a los judíos a causa de la heredada

flaqueza e imperfección. Dios prometió vida a todos los que guardaran la ley, mas Pablo dice sobre el particular: "El mandamiento que era para vida lo hallé yo ser para muerte. . . . Por manera que la ley es santa, y el mandamiento santo y justo y bueno. Lo que es bueno pues ¿vino a ser muerte para mí? No tal; sino antes, el pecado, para que fuese manifestado como pecado, obrando muerte en mí por medio de lo que es bueno; para que por medio del mandamiento el pecado viniese a ser sobremanera pecaminoso."—Rom. 7:10-13.

Y luego añade: "Pues lo que no pudo la ley, según estaba debilitada por medio de la carne, lo hizo Dios, el cual enviando a su Hijo en semejanza de nuestra carne pecaminosa, y como ofrenda por el pecado, condenó el pecado en la carne." (Rom. 8:3). Esto no quiere decir que la ley era en sí misma débil sino que el pacto de la ley era débil a causa de Israel, el cual formaba parte de ese pacto. Los israelitas eran débiles, y Moisés el mediador también era débil, y aquello que la ley no pudo hacer a causa de esas debilidades, Dios lo hizo por medio de su perfecto y amado Hijo.

Los fines del pacto de la ley pueden enumerarse como sigue: (1) Se hizo a causa de la flaqueza de Israel, y define el pecado, enseñando lo que sería necesario para llegar a formar parte de la "simiente"; sirvió de maestro o ayo para conducir a los judíos en el camino recto hasta que vino el Mesías, porque Dios había señalado el tiempo en que la simiente de la promesa había de venir a la tierra y mientras tanto el pacto de la ley serviría de escudo y protección y de ayuda a los judíos. Por medio de él Dios escogió a los judíos como un pueblo suyo, un pueblo peculiar al que El favoreció en gran manera. Ellos frecuentemente se apartaron de su pacto pero Dios les mos-

tró misericordia, hasta que instigados por sus guías la nación entera se apartó de Dios, y cuando vino Jesús lo rechazaron con excepción de unos pocos que lo aceptaron como el Mesías.

(2) Por añadidura el pacto de la ley demostró fuera de duda que no podía concederse vida a la humanidad sin que se diera un sacrificio de rescate. Prefiguró el gran sacrificio y enseñó que era preciso efectuar ese sacrificio antes de que los términos del pacto abrahámico se pudieran llevar a cabo. Prefiguró también las mejores cosas venideras entre las cuales se encuentra el nuevo pacto que Dios hace con el fin de cumplir la promesa hecha a Abraham.

El mismo mediador del pacto de la ley era imperfecto y todo lo que él pudiera hacer tenía que ser limitado por su muerte. Moisés, conforme a la palabra de Jehová, murió en la tierra de Moab. (Deut. 34: 5). Pero Cristo, el Mediador del nuevo pacto, es un Sumo Sacerdote del orden de Melquisedec, y su habilidad no conoce límites. "Mas éste, por cuanto continúa para siempre, tiene su sacerdocio intrasmisible. Por lo cual también puede salvar hasta lo sumo a los que se acercan a Dios por medio de El, viviendo siempre para interceder por ellos." —Heb. 7: 24, 25.

Dios escogió de entre el pueblo de Israel a los que han de estar asociados con Cristo Jesús como miembros de la "simiente" de la promesa. Dios preconoció que no habría un número suficiente entre los judíos que aceptarían a Cristo para completar la cantidad indispensable para la "simiente." Por lo tanto Dios determinó de antemano que una parte de la "simiente" fuera tomada de entre los gentiles. Llegó el debido tiempo en que los judíos fueron rechazados: "Respecto del evangelio, son

enemigos a causa vuestra." (Rom. 11:28). Esto quiere decir que Dios hizo posible a los gentiles el ser traídos a El por medio de Cristo para que fueran justificados, engendrados del espíritu y hechos parte de la "simiente" de Abraham conforme a la promesa. Es de entre los gentiles que Dios toma "un pueblo para su nombre." (Hech. 15:14). Ese "pueblo para su nombre" se compone de los verdaderos cristianos que están en la tierra, los cuales tienen el privilegio y deber de glorificar el nombre de Jehová anunciando a la gente hambrienta la verdad. Pronto el nuevo pacto entrará en operación con el fin de llevar a cabo la promesa de Dios de reconciliar y de bendecir a todas las familias de la tierra.

La nación de Israel fue en gran manera honrada y favorecida por Jehová. Concerniente a los judíos Pablo escribió: "¿Qué pues tiene de más el judío? . . . Mucho de todas maneras; primeramente porque les fueron a ellos confiados los oráculos de Dios." (Rom. 3:1, 2). Se les concedió el privilegio de ser los representantes de Dios en la tierra. La nación judaica prefiguró al organizado cristianismo, especiamente a los que profesan ser seguidores de Cristo pero que se han apartado de Dios y se hallan mezclados con los asuntos de este presente mundo malo. Los judíos se apartaron de Dios y Dios los rechazó. El organizado cristianismo se ha olvidado de Dios y también ha sido rechazado, según el mismo Dios lo predijo: "Porque dos males ha hecho mi pueblo: a mí me ha dejado, fuente de aguas vivas, labrando a pico para sí aljibes rajados, que no pueden retener las aguas. . . . Y yo te había plantado vid escogidísima, toda ella de buen veduño; ¿cómo pues te me has convertido en planta degenerada de viña extraña? Pues aunque te laves con lejía, y tomes para tí mucho jabón,

tu iniquidad queda grabada delante de mí, dice Jehová el Señor. ¿Cómo puedes decir: No me he profanado, tras de los Baales no he andado! ¡Mira tus caminos en el valle! ¡Sabe lo que has hecho! Eres una dromedaria en celo, que enreda sus carreras; o una asna montés, habituada al desierto, que en el ardor de su apetito, con sus narices toma el viento; en su ocasión ¿quién la puede detener? Todos lo que la buscan no se cansarán; en su mes la hallarán. Guarda tu pie de andar descalzo, y tu garganta de arder en sed: mas tú dijiste: ¡No hay remedio, nó; pues amo a los extraños, y en pos de ellos me iré!"—Jer. 2: 13, 21-25.

El grandioso y amante plan de Jehová sigue majestuosamente avanzando a su completación, y al debido tiempo toda la humanidad será puesta en contacto con la verdad y recibirá una plena oportunidad de ser reconciliada con Dios y vivir. El tiempo ha llegado para que la gente comience a darse cuenta de la verdad, y por esta razón el mensaje se está dando.

CAPITULO VII

Pacto de Sacrificio

JEHOVA nunca interviene con el libre albedrío de sus criaturas. El a nadie obliga a sacrificar, ni aun siquiera a obedecerle. Puede notarse que su plan es el llevar a cabo sus propósitos por medio de pactos o acuerdos solemnes de hacer ciertas cosas estipuladas. El estipula las condiciones de sus pactos y las reglas que los gobiernan, lo mismo que las recompensas y castigos.

Dios es siempre fiel y verdadero, y los que impulsados por el amor entran en pacto con El y ejecutan fielmente su parte en el pacto, siempre reciben una recompensa de sus manos. El cristiano, por lo tanto, puede sentirse absolutamente seguro de que la fidelidad de su parte ineludiblemente resulta en su propio beneficio. Pero debe tenerse en cuenta que el móvil impulsando la fidelidad no debe ser el egoísta deseo de una recompensa sino la desinteresada devoción de la criatura a su Creador. Satanás siempre se ha esforzado en apartar al cristiano de su fiel devoción a su Dios. Con este fin usa toda clase de fraudes y engaños sutiles, los cuales Dios permite con el fin de probar la lealtad y fidelidad de sus criaturas. Por esta razón está escrito que Jesús fue tentado en todo punto como lo son sus seguidores, mas sin pecado; El fue fiel en todas esas tentaciones. Por lo tanto, Jesús es capaz de compadecerse de sus seguidores en sus pruebas y tentaciones, y es capaz de socorrer a los que son tentados.—Heb. 2:18; 4:15.

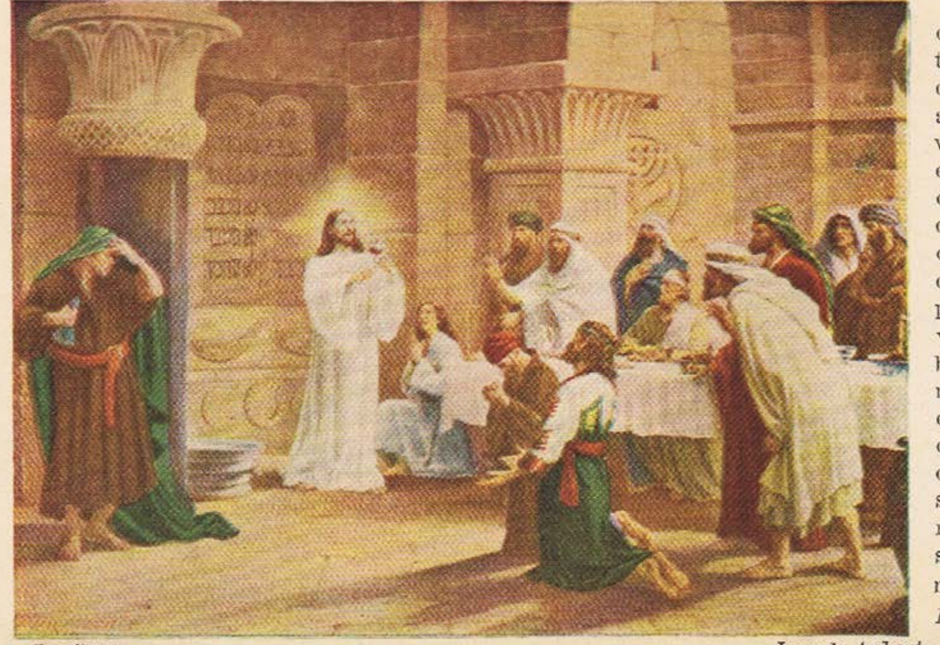
A través de la era cristiana todo aquel que ha profesado ser cristiano ha sido puesto a prueba. El gran punto en cuestión ha sido: ¿Quién es Dios y a quién serviremos? Satanás ha atizado el orgullo y la ambición en las mentes del clero motivando el que cedieran a la prueba. Han pasado por alto la declaración bíblica de que Dios encaminará a los humildes en justicia y que enseñará a los mansos su camino. (Sal. 25:9). Llegando a ser sabios a sus propios ojos y presumiendo gran importancia, han sido fácilmente apartados de Dios y de la verdad. Con sus labios han pretendido servir a Dios, mas por medio de sus acciones han probado que en cambio sirven al Diablo. En vez de ser humildes han sido arrogantes y desobedientes. Dios por eso los ha rechazado, y ellos apresuradamente han ido a servir a Satanás y a su organización. Si hubieran sido humildes y obedientes a Dios y si le hubieran servido—y servido a la verdad por amor a El y a su Palabra—Dios los hubiera favorecido.

La regla de acción de Dios en estos casos está claramente indicada por su inspirado testigo: "Dios resiste a los soberbios mas da gracia a los humildes. Humilláos, por tanto, bajo la poderosa mano de Dios, para que El os ensalce a su debido tiempo." (1 Ped. 5:5, 6). Ellos no han querido esperarse al tiempo señalado por Dios sino en cambio han buscado el exaltarse a sí mismos. Por esta razón el clero ha cesado de entender las Escrituras y ahora están sin visión ni entendimiento del gran plan de Dios para la reconciliación del hombre con El. No son por más tiempo guías apropiados para la gente. Por medio de la Palabra de Dios claramente se ve que su voluntad es la de que la gente, individual y personalmente, estudie la Biblia y así obtengan el cono-



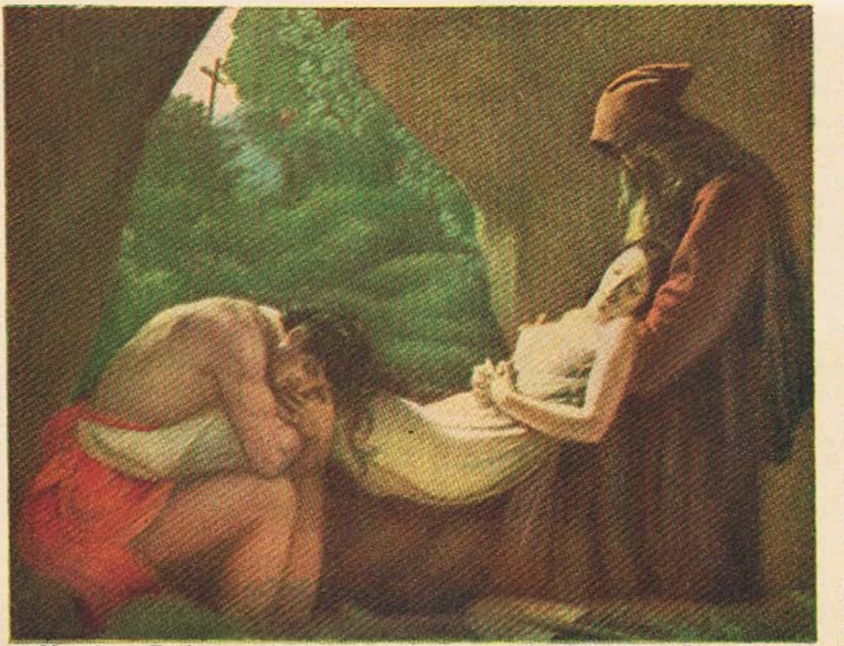
Cristo y el Joven Rico *J. M. H. Hofman*

Sin embargo, plugo a Dios el tomar de entre los hombres otros que voluntariamente entraran en el pacto de sacrificio. . . . Jesús dijo al joven que le hizo una pregunta sobre el particular: "Si quieres ser perfecto, véte, vende cuanto tienes, y dálo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y vén y sígueme." (Mat. 19:21). Estas palabras del Maestro muestran que el cristiano tiene que por completo dedicarse a hacer lavoluntad de Dios. El cristiano tiene que ser hecho perfecto siguiendo el propio curso de acción que está marcado en la Palabra de Dios.
Páginas 215, 252.



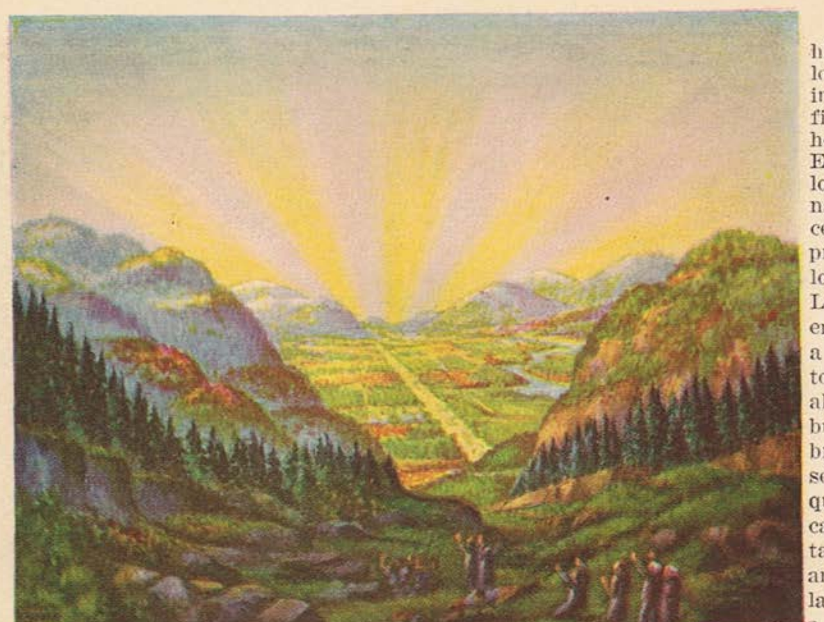
La Cena *Joseph Aubert*

Por medio de su profeta Jehová dijo: "He aquí que vienen días, en que haré con la casa de Israel y con la casa de Judá un pacto nuevo." . . . La base del nuevo pacto es la sangre de Jesús. El designó su sangre derramada la sangre del nuevo pacto. *P.* 262, 278.



Muerte y Entierro *A. L. Girodet de Roucy-Trioson*

Millones de paganos han ido al infierno (la tumba) sin haber oído absolutamente nada del plan de salvación de Dios. Millones de gente en los países llamados cristianos . . . han ido a la tumba con sus mentes llenas de error y sin una clara concepción del misericordioso propósito de Dios. Tienen que ser sacados de esa condición y recibir el conocimiento de la verdad para que puedan ser puestos a prueba y tengan una oportunidad de aceptar la verdad de que Jesús es el Redentor del hombre y que Dios, por medio de El, ha provisto la salvación para todos. *Pág.* 303.



La Calzada del Rey *Charles Eicher*

El nuevo pacto se hizo en provecho de los pecadores y será inaugurado con el fin de reconciliar al hombre con Dios. Ese pacto contendrá los estatutos ordenando a la gente hacer lo que es bueno y prohibiéndole hacer lo que es malo. . . . La gente que se halla en espera de entrar a esa Calzada son todos pecadores, pero ahora tendrán un buen Guía y no habrá ocasión de que se equivoquen en lo que toca a cuál es el camino recto. En tanto que esperan, ansiosamente buscan la manera de entrar a Sión. *Página* 310.

cimiento de la verdad. Al comprenderse lo relacionado con los pactos de Dios está uno capacitado para ver los pasos progresivos del programa divino para la reconciliación y bendición de las familias de la tierra.

Jehová hizo otro pacto con el fin de reconciliar al hombre consigo mismo. Ese pacto implicó el más grande de todos los sacrificios. Implicó un sacrificio de parte del mismo Jehová y el sacrificio de su amado Hijo, Jesús, y de otros que también son incluidos en ese pacto. Por lo tanto, muy apropiadamente ese pacto recibe el nombre de "el pacto de sacrificio." Todos los que son tomados en ese pacto y que son fieles hasta su completación, reciben el más grande favor a manos de Jehová Dios. Ahora que está próxima la completa ejecución de ese pacto, Dios ordena: "¡Juntadme mis piadosos siervos, los que han ratificado mi pacto sobre sacrificio!"—Sal. 50: 5.

En conexión con el pacto abrahámico se ofrecieron animales; lo mismo se hizo en conexión con el pacto de la ley; mas esos sacrificios eran tan solo sombras del sacrificio implicado en el gran pacto de sacrificio que ahora consideraremos.

Como se usa en el texto citado (Sal. 50: 5) la palabra "sacrificio" tiene referencia enfáticamente a sacrificios de sangre, es decir, a un sacrificio en que el derramamiento de sangre es un elemento esencial. La palabra "sacrificio," que aquí se traduce del hebreo, implica "degollar." Los siguientes textos se refieren al asunto: "Entonces podrás degollar de tu vacada y de tu rebaño que te diere Jehová." (Deut. 12: 21). "Sacrificó también todos los sacerdotes de los altos." (2 Reyes 23: 20). "Y tenía la mujer en casa un ternero cebado; y apresuróse a degollarle." (1 Sam. 28: 24). En cada uno de

estos textos los derivados de degollar y sacrificar provienen de la raíz hebrea que significa degollar.

Los cristianos que vivían en los días de los apóstoles tenían la visión o entendimiento del pacto de sacrificio. Mas siendo este rasgo de mucha importancia en el programa divino, Satanás se esforzó en cegar en este punto a los cristianos. Por lo tanto, de una manera sutil, hizo caer al clero en su trampa, haciéndoles perder de vista el pacto de sacrificio y tornándolos en atrevidos campeones de su causa. Estos hombres egoístas y ambiciosos se declararon y continúan declarándose, como los representantes de Dios. Sin embargo, no quisieron seguir el humilde ejemplo de los apóstoles. El fiel testigo de Dios, bajo inspiración, escribió: "Para nosotros, empero, hay un solo Dios, el Padre, de quien son todas las cosas, y nosotros para El; y un solo Señor, Jesu-Cristo, por medio de quien son todas las cosas, y nosotros per medio de El."—1 Cor. 8: 6.

El clero ambicioso se ha negado a aceptar las claras expresiones de la verdad. Por el contrario, han anunciado un misterioso dogma al cual le dan el nombre del dogma de la trinidad o sean tres dioses en uno. Siendo falsa, esa doctrina no puede ser entendida ni aun por los mimos miembros de la clase clerical, y bien sabían ellos que la gente no podría entenderla. Satanás hizo cosquillas a su ambición y los indujo a creer que al anunciar un dogma tan misterioso la gente los consideraría como grandes hombres, y hasta sobrenaturales. Voluntariamente desobedeciendo la verdad, han continuado andando en tinieblas, sin seguir el ejemplo de los apóstoles de predicar a Cristo Jesús y a éste crucificado. (1 Cor. 2: 2). Han deseado poner de manifiesto su propia sabiduría para que la gente los considere como grandes.

No pudiendo armonizar ni explicar de una manera razonable sus erróneas doctrinas de inherente inmortalidad, el tormento eterno y la trinidad, han optado por poner en duda la veracidad de las Escrituras, pretendiendo que los hombres que las escribieron tenían menos conocimientos que el clero moderno. La mayor parte de los miembros del clero, ahora, niegan abiertamente la eficacia de la sangre de Cristo derramada en sacrificio.

¿Por qué han llegado a esta condición? El apóstol responde: "Por cuanto no admitieron el amor de la verdad, para que fuesen salvos. Y por esto, Dios les envía la eficaz operación de error, a fin de que crean a la mentira; para que sean condenados todos aquellos que no creen a la verdad, sino que se complacen en la injusticia." (2 Tes. 2:10-12). Se han complacido en seguir el camino de la injusticia, en negar el pecado del hombre, su caída como consecuencia de ella, la necesidad de la reconciliación y la sangre de Jesús como la base para esa reconciliación. Se han complacido en injustamente advocar la organización del Diablo, especialmente la Sociedad o Liga de Naciones, como el medio para realizar el deseo de todas las naciones. Abiertamente declaran que su principal esfuerzo es el de desarrollar carácter, y al hacer eso elevarse hasta la perfección. Con este fin se mezclan en la política y se asocian con explotadores injustos y contrabandistas de licor para, bajo guisa de ley, imponer a la gente el fraudulento arreglo a que dan el nombre de Prohibición. Se complacen en la injusticia al congregar en sus rebaños, y hacerlos miembros prominentes de ellos, a hombres de alto rango en los círculos políticos y a los que son fuertes en el campo financiero y que oprimen a la gente. Se complacen en la injusticia porque niegan el Reino de Dios como el camino y medio

de establecer la justicia en la tierra. Ciertamente, como dice el apóstol, Dios les ha enviado la eficaz operación del error y ellos han caído en los brazos de Satanás, y prefieren creer una mentira en vez de creer la verdad.

El clero ha llegado ya a la condición predicha por el profeta de Dios, es decir, la de que las Escrituras sería para ellos como un libro sellado. (Isa. 29:10, 11). Sus ojos están enteramente cegados al hecho de que Satanás es el dios de este mundo. (2 Cor. 4:4). Han pasado por alto las claras estipulaciones de las Escrituras de mantenerse sin mancha del mundo. (Sant. 1:27). Por el contrario han llegado a ser una parte del mundo y han declarado sin ambajes que "los asuntos de la religión y del mundo son inseparables." Por completo han perdido de vista el hecho de que su asociación con el mundo y sus esfuerzos por controlar las tácticas de la organización del Diablo los hace adúlteros a los ojos de Dios y conforme a las Escrituras, en las cuales está escrito: "¡Adúlteros! ¿No sabéis acaso que la amistad del mundo es enemistad contra Dios? Aquel pues que quisiere ser amigo del mundo, se hace enemigo de Dios." (Sant. 4:4). A causa de su curso de acción se han convertido en enemigos de Dios y de Cristo y de la gente y están trabajando en contra de los intereses de la gente. Cada miembro de la clase clerical considera a su congregación como su propio rebaño, y pretende ser su prerrogativa el trasquilarlo para su propia y personal gratificación. Han perdido de vista el hecho de que Dios predijo esta condición y que dijo a los que pretenden ser pastores del rebaño: "¡Ay de los pastores de Israel, que se apacientan a sí mismos! . . . Coméis lo gordo, y os vestís de la lana y degolláis lo cebado." (Eze. 34:2, 3). En oposición a las Escrituras han asumido títulos,

tales como "Doctor de Divinidad," etc., firmando sus nombres con doble "D" (iniciales en inglés de "Dumb Dogs" que significa perros mudos). Se dan el nombre de pastores del rebaño pero tan solo lo pastorean en provecho propio. Por completo han perdido de vista que Dios, por medio de su profeta, predijo esta condición e hizo que escribiera estas palabras: "Los atalayas son ciegos todos ellos; nada saben; todos ellos son perros mudos; no pueden ladrar; soñadores, echados en tierra, amantes del sueño. Además, los perros son comilones, no conocen la hartura; también los mismos pastores nada saben de inteligencia, todos ellos se apartan por su propio camino; cada cual va tras su ganancia, sin excepción alguna."—Isa. 56: 10, 11.

Estas son las razones por las cuales la clase clerical pretende que la sangre de Cristo no tiene ningún valor redentivo y que nada tiene que ver con la reconciliación del hombre. Con piadosos rostros y con asumida justa indignación, elevan sus brazos en santo horror y claman en contra de los sacrificios de animales que hacían los israelitas, calificándolos de crueles. Luego añaden que la muerte de Jesús tuvo tanto que ver con la bendición humana como la muerte de cualquier otro hombre. La gente debe abrir sus ojos, no dejarse engañar por más tiempo del clero, y buscar la verdad de manos del Señor. Con este fin prosigamos a examinar el pacto de sacrificio.

Aun cuando el pacto de sacrificio es anormal, está sin embargo en pleno acuerdo con la justicia y es una completa expresión de altruismo. La criatura de Dios, Adán, el hombre perfecto, había pecado y a causa de ello había perdido el derecho a la vida. Le era preciso morir y permanecer muerto a menos que otro sér humano, per-

fecto como él tomara su lugar en la muerte. La justicia requería que Adán perdiera la vida pero el amor hizo la provisión del sacrificio correspondiente. Jehová hizo un pacto para llevar a cabo ese propósito.

Ninguna criatura en los cielos ni en la tierra, a no ser Jehová, podía originar el pacto de sacrificio: "El propósitos de Aquel [Jehová] que obra todas las cosas conforme al consejo de su misma voluntad." (Efe. 1:11). "¿Porque quién ha conocido la mente del Señor? ¿o quién ha sido su consejero?" (Rom. 11:34). "¿Quién ha tanteado el espíritu de Jehová; y, siendo su consejero, le ha hecho saber? ¿Con quién tomó El consejo, a quien le hizo entender, y le instituyó en la senda de justicia, y le enseñó la ciencia, y le hizo conocer el camino de la inteligencia?" (Isa. 40:13, 14). Nadie le instruyó y El a nadie le solicitó consejo.

El pacto de sacrificio, y el propósito de hacerlo, fue indudablemente un secreto para todos hasta el debido tiempo de Dios para revelarlo. "Cosas en las que los ángeles, con mirada fija, desean penetrar." (1 Ped. 1:12). Sin duda alguna que esto incluía al mismo Logos, el jefe de los ángeles. "El secreto [privanza] de Jehová es con los que le temen, y su pacto, para hacérselo conocer. (Sal. 25:14). Este texto y otros en grado sumo apoyan la conclusión de que el pacto de sacrificio no fue conocido de ninguna criatura en el universo hasta el debido tiempo de hacerlo saber. Ese pacto es sagrado para Jehová. El dice: "No profanaré mi pacto, ni mudaré lo que ha salido de mis labios."—Sal. 89:34.

El pacto y su desarrollo requería los servicios de un sumo sacerdote para que llevara a cabo los deberes de sacrificio en el puesto de sacerdote. "Y nadie toma para sí esta honra, sino cuando haya sido llamado de Dios,

así como lo fue Aarón." (Heb. 5:4). Si ninguna criatura puede tomar el puesto de sacerdote sacrificador por su propia cuenta, mucho menos podría proponer a Jehová un pacto por medio de sacrificio. Esto prueba concluyentemente que fue Jehová quien originó el pacto de sacrificio y quien a su debido tiempo lo hizo saber.

EL MOVIL

¿Cuál fue el móvil para este extraordinario pacto? No fue ningún deseo de sangre de parte de Dios. El es el manantial de la vida. (Sal. 36:9). No necesitaba El sangre para ofrecerse algún gusto. "Si tuviera hambre, no te lo diría a tí; porque mío es el mundo, y cuanto él contiene. ¿Acaso he de comer yo la carne de toros, o de beber la sangre de machos de cabrío?" (Sal. 50:12, 13). "¿De qué me sirve la multitud de vuestros sacrificios? dice Jehová. Harto estoy de holocaustos de carneros, y de sebos de animales engordados; no tengo complacencia en la sangre de toros, ni de corderos, ni de machos cabríos."—Isa. 1:11.

El móvil fue el amor y la gracia ejercidos por Jehová. El honor de su nombre se hallaba de por medio, y el amor y la gracia procedieron sabiamente para hacer frente a la necesidad. La vida del hombre es un derecho o privilegio sagrado. (Gén. 9:5). Adán violó el sagrado derecho de vida dado por Dios, y a causa de eso, era oportuno el ofrecer a alguien un curso de conducta de sacrificio para que el pecador pudiera tener renovada esa sagrada dádiva. A nadie exigió Dios el sacrificio, y por lo tanto ese arreglo de sacrificio fue el producto del amor. El sacrificio sería tanto de parte de Dios como de parte de la otra persona entrando en pacto puesto que sólo Dios hizo los arreglos y provisiones para él. El en-

tero arreglo tenía que ser por completo espontáneo de parte de Dios y un voluntario acuerdo por la otra parte del pacto. Por esta razón el pacto fue la única cosa que podía apropiadamente servir el fin de proveer una base para la reconciliación del hombre. La libertad y libre albedrío del que se ofrece en sacrificio no se aminoran en lo más mínimo.

CUANDO Y EN DONDE SE HIZO

Para determinar en dónde se hizo el pacto de sacrificio puede decirse que la conclusión tiene que estar gobernada por el propósito del pacto. Un hombre perfecto había pecado y por ello había perdido el derecho a la vida. Dios había dado los pasos para que ese derecho a la vida fuera comprado por otro hombre perfecto. Su ley exigía vida por vida. (Deut. 19:21). Ese hombre, con derecho a la vida humana, tenía que ser sacrificado. Un sér espiritual no podía entrar en pacto por medio de sacrificio y redimir a un sér humano porque no sería un precio correspondiente. Es verdad que la naturaleza del Logos fue transferida del plano espiritual al humano, pero no hay evidencia bíblica de que al tiempo del cambio el Logos estaba enterado del pacto de sacrificio. Estando plenamente dispuesto a hacer la voluntad de Dios, en armonía con el propósito divino, el Logos vino a la tierra como hombre perfecto. El fue engendrado, no por conducto del hombre, sino por el poder de Dios. Cuando alcanzó su mayoría de edad es muy seguro El se dio cuenta de que le tocaba llevar a cabo una tarea en conexión con el recobro de la vida del hombre. El estaba dispuesto a hacer la voluntad de Dios, no importa cual fuera, en ese respecto o en cualquiera otro. Esto se muestra por sus palabras: "He aquí yo vengo; en el rollo del

libro está escrito de mí; me complazco en hacer tu voluntad." (Sal. 40: 7, 8). Pablo fija el tiempo del pacto en el Jordán cuando las palabras citadas tuvieron su cumplimiento. (Heb. 10: 5-7). Allí Jesús llegó a su mayoría como hombre y le tocó determinar si sería o no del mundo. Antes de ese tiempo, aun cuando era un heredero, su condición no difería en nada de la de un siervo porque se encontraba bajo la disciplina del pacto de la ley.—Gál. 4: 1, 2.

Cuando llegara el tiempo señalado por el Padre tenía que llevarse a cabo un rasgo de su plan el cual antes había estado secreto para todos. El tiempo señalado fue en el Jordán, cuando la consagración del hombre Jesús. Por lo tanto, se ve claramente, ése fue el propio y debido tiempo para que se hiciera el pacto que resultó en la muerte del hombre Jesús. El compromiso incondicional de Jesús allí fue el de hacer la voluntad de su Padre, cualquiera que fuera, aun cuando implicara su muerte. El sacrificio fue en primer lugar el sacrificio de Jehová, por cuanto El dio a su amado Hijo a quien El amaba mucho y quien le pertenecía exclusivamente. Esto se mostró en el cuadro cuando Abraham, representando a Jehová, ofreció a su hijo Isaac, quien entonces representó a Jesús.

Fue el amor de Dios el que proveyó el sacrificio que se prefiguró en el Monte Moría. Esto se prueba por las palabras: "Porque de tal manera amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo aquel que cree en El, no perezca, sino que tenga vida eterna." (Jn. 3: 16). La razonable conclusión, por lo tanto, es la de que el pacto de sacrificio tomó lugar en la tierra y no en el cielo, y que fue hecho en el Jordán, cuando Jesús se consagró y fue bautizado. No parece razonable que antes

de ese tiempo Jesús sabía que le tocaba ser sacrificado. Después de su consagración en el Jordán fue al desierto a estudiar el plan de Dios. Allí Jesús se apercibió plenamente del significado e importancia de su pacto con su Padre. Fue en el desierto en donde Satanás puso ante Jesús las grandes tentaciones en un esfuerzo por inducirlo a abandonar su pacto. En esa prueba, Jesús, en esencia, declaró que la vida eterna depende de la plena obediencia a Dios y de la fidelidad en llevar a cabo el pacto con Dios. (Mat. 4:4, 10). Sin duda que el perfecto hombre Jesús continuó estudiando el plan de su Padre y se apercibió plenamente que exigía su muerte. El dijo que había venido a dar su vida por el hombre. (Mat. 20:28). También dijo: "Yo soy el pan de la vida. Yo soy el pan vivo que descendió del cielo: si alguno comiere de este pan, vivirá eternamente; y el pan que yo daré, es mi misma carne, la cual daré por la vida del mundo. Yo soy el buen pastor; el buen pastor pone su vida por las ovejas. Como el Padre me conoce a mí, así también yo conozco al Padre; y pongo mi vida por las ovejas. Por esto el Padre me ama, por cuanto yo pongo mi vida para volverla a tomar."—Jn. 6:48, 51; 10:11, 15, 17.

Sus palabras prueban que siguió este curso de acción para guardar los términos de su pacto con el Padre: "Nadie me la quita [la vida], sino que la pongo de mí mismo. Poder tengo para ponerla, y poder tengo para tomarla otra vez. Este mandamiento recibí de mi Padre." (Jn. 10:18). Cuando Pedro reconoció a Jesús como el Ungido de Dios y se expresó de tal manera, Jesús contestó: "Es menester que el Hijo del hombre padezca muchas cosas, y sea desechado por los ancianos y los jefes de los sacerdotes y los escribas, y sea muerto,

y resucite al tercer día." (Luc. 9:22). Con esto mostró que entendía que su pacto era el de que moriría y que sería levantado de entre los muertos. Sin duda alguna Jesús entendió que su bautismo en el Jordán simbólicamente representaba su muerte y que su verdadero bautismo sería su muerte sacrificial. "Con un bautismo empero tengo que ser bautizado; y cómo me angustio hasta que se haya cumplido."—Luc. 12:50.

OTROS TOMADOS EN EL PACTO

La base para la reconciliación del hombre es la sangre de Jesús derramada conforme a los términos del pacto de sacrificio. No se requiere ningún otro sacrificio. Su sangre derramada hace frente plenamente a los requisitos estipulados y provee el precio de redención. Sin embargo, plugo a Dios el tomar de entre los hombres otros que voluntariamente entraran en el pacto de sacrificio. Estos son primeramente reconciliados con Dios por medio de Cristo. Los tales reciben el nombre de santos. (1 Cor. 1:2; 2 Cor. 13:13; Efe. 1:18). Ninguna persona no justificada puede ser tomada en el pacto de sacrificio. Se saca en consecuencia que éstos primeramente tienen que ser reconciliados con Dios y estar en pie delante de El. Fue en provecho de éstos que la sangre de Jesús primeramente se presentó y se aplicó como ofrenda por el pecado cuando El apareció en la presencia de Dios después de su resurrección. (Heb. 9:24). En el Pentecostés Dios dio una evidencia exterior de que el sacrificio de Jesús había sido aceptado como una ofrenda por el pecado; esto se hizo evidente por medio del derramamiento del espíritu santo sobre los discípulos que ya se habían dedicado a Dios y a su servicio. (Hech. 2:1-18).

A causa de su fe en Dios y en la sangre derramada de Cristo Jesús, Dios justificó y reconcilió a esos fieles consigo mismo. Concerniente a esto el apóstol escribió: "Siendo pues justificados por la fe, tenemos paz con Dios, por medio de nuestro Señor Jesu-Cristo; por medio de quien también hemos tenido admisión, por la fe, en esta gracia, en la cual estamos firmes, y nos gloriamos, en esperanza de la gloria de Dios. Mas Dios encarece su amor hacia nosotros en que siendo nosotros todavía pecadores, Cristo murió por nosotros. Mucho más pues, siendo justificados por su sangre, seremos salvados de la ira por medio de El. Pues si cuando éramos enemigos fuimos reconciliados con Dios por medio de la muerte de su Hijo, mucho más, siendo reconciliados seremos salvos por su vida."—Rom. 5:1, 2, 8-10.

Para ser uno tomado en el pacto de sacrificio las Escrituras muestran el curso que se debe tomar, es a saber: Fe en Dios como el gran Creador y Remunerador de todo aquel que diligentemente le busca (Heb. 11:6); fe en Jesu-Cristo como el gran sacrificio por el rescate de la humanidad. (Jn. 3:16; 14:6); pleno acuerdo en hacer la voluntad de Dios, lo cual implica consagración (Mat. 16:24; Luc. 9:23); justificación, lo cual implica que Dios justifica al tal a causa de la sangre derramada de Cristo y por la fe y obediencia del que se consagra. (Rom. 8:33). Justificado de tal manera, el tal tiene paz con Dios, como lo indica el apóstol en Romanos 5:1, 2.

La justificación de un sér humano por Jehová es solamente con el fin de que el justificado se acepte como parte del sacrificio de Jesús. El justificado tiene que ser bautizado con el mismo bautismo de

muerte con el cual Jesús fue bautizado. (Mar. 10: 38, 39). El tal es llamado a seguir el mismo curso que Jesús, el hombre perfecto, tomó. (1 Ped. 2: 21). El justificado se reputa como justo y puede estar en pie delante de Dios a causa de la sangre de Cristo, contándose como parte del cuerpo sacrificial de Cristo. Entonces el tal es engendrado y ungido y con esto aceptado en el cuerpo de Cristo; desde ese tiempo en adelante es una nueva criatura en Cristo. (Rom. 8: 1-15). La promesa hecha al tal es la de que será coheredero con Cristo en su gloria siempre y cuando que sea fiel a su consagración y sufra con Cristo y muera con El.—Rom. 8: 16, 17.

Los discípulos no fueron invitados a este pacto al tiempo de ser escogidos. Poco antes de su crucifixión Jesús celebró la pascua que exigía el pacto de la ley. Después de haber comido de la pascua con sus discípulos, El tomó pan y lo partió, simbolizando la ofrenda de su vida, y dijo a ellos: "Tomad, comed, éste es mi cuerpo." Por supuesto que El quiso decir que el pan simbolizaba o representaba su cuerpo. Luego tomó la copa y la bendijo, y presentándosela les dijo: "Bebed de ella todos, porque esto es mi sangre, la del nuevo pacto, la cual es derramada a favor de muchos, para remisión de pecados."—Mat. 26: 26-28.

Bajo la ley judaica el beber sangre se castigaba con la muerte. (Lev. 17: 10). Por supuesto que los discípulos comprendieron que al ofrecerles Jesús su sangre para que la bebieran los estaba invitando a participar en su pacto de sacrificio, lo cual implicaba para ellos su muerte. En otra ocasión les dijo: "A menos que comáis de la carne del Hijo del hombre y bebáis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi

carne y beba mi sangre, tiene vida eterna; y yo le resucitaré en el último día. Porque mi carne es verdadero alimento, y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, mora en mí, y yo en él." (Jn. 6:51-56). El comer de su carne implicó simbólicamente que se debía creer que la entrega de su vida era la base para la reconciliación del hombre con Dios; y el beber de su sangre implicó el participar con El en su pacto de sacrificio, siendo éstas las condiciones para poder llegar a ser coheredero en el reino.

En esto también el clero ha sido mal dirigido por Satanás, el enemigo, y han llegado a ser sus instrumentos para tergiversar las cosas. Hay diversos y numerosos sistemas denominacionales que enseñan doctrinas en conflicto. Si se pregunta a un miembro del clero ¿qué se necesita para llegar a ser un cristiano e ir al cielo? dirá que es preciso creer en Cristo como un gran ejemplo, y el hacerse miembro de una iglesia, continuando en tal capacidad hasta la muerte. Si se le confronta con el hecho de que los diferentes sistemas eclesiásticos enseñan diferentes doctrinas, el clero responde: "Eso es inmaterial. No importa lo que usted crea con tal de que sea un buen miembro de la iglesia." En verdad, el clero no se afana mucho por lo que creen los miembros de sus iglesias. Lo importante es que éstos permanezcan en sus rebaños y que contribuyan lo necesario para el sostén de su sistema.

El Señor dejó sentada la regla de que nadie podría llegar a ser miembro de la iglesia, la cual es el cuerpo de Cristo, y gozar de vida eterna e inmortalidad junto con El a menos que el tal fuera primeramente justificado por fe en la sangre de Cristo fuera bautizado a su muerte, y continuara fiel hasta el fin de su vida. El

beber de su sangre implica el participar con El en su sacrificio y, después de entrar en pacto con El, el ser fiel a Dios y a Cristo, negándose a asociarse con cualquier parte de la organización del Diablo. Todos los miembros de la iglesia verdadera tienen que ser bautizados a la muerte de Cristo. (Rom. 6:3-6). Estos tales son reconciliados con Dios por medio de la sangre de Cristo antes de ser aceptados en el pacto.

Cristo Jesús es el Mediador entre Dios y el hombre para traer al hombre nuevamente a la condición de reconciliación. Sin embargo, la reconciliación de los que llegan a ser cristianos no es por medio de los términos del pacto sino a causa de su fe y obediencia. La nueva criatura en Cristo no se halla bajo ningún pacto, ni es el resultado de ningún pacto del cual Cristo Jesús es el Mediador. El cristiano justificado, engendrado y ungido del espíritu santo llega a ser parte del cuerpo sacrificial de Cristo Jesús y es sacrificado por El, y si es fiel hasta la muerte es hecho parte de la "simiente" de la promesa y participante de su gloria e inmortalidad.—Gál. 3:27-29; Apoc. 2:10.

SIN MEDIADOR

¿Hay mediador en el pacto de sacrificio? La respuesta es nó, por la sencilla razón de que el pacto fue hecho por Jehová por un lado y el hombre perfecto, Jesús, por el otro, siendo ambas partes competentes para entrar en contrato. Sólo cuando una de las partes es incompetente para entrar en tratos es que se hace preciso un mediador. Tampoco se requiere mediador en el pacto de sacrificio para ningún otro que entra en él como miembro del cuerpo de Cristo. Ninguno es

tomado en ese pacto hasta que no es justificado y pueda estar en pie delante de Jehová. Además, los que son aceptados en el pacto de sacrificio lo son por virtud de hallarse justificados por Jehová como parte del sacrificio de Jesús.

SACERDOTES

Sin dejar lugar a duda las Escrituras indican que el Logos fue el agente ejecutivo principal de Jehová en la creación de todas las cosas, siendo por lo tanto un sacerdote del Altísimo. (Jn. 1: 3). Un sacerdote es uno que sirve por otro en una capacidad oficial. Solamente cuando un sacerdote es tomado de entre los hombres, según las Escrituras, es cuando ejecuta el oficio de sacrificador. Desde el principio de la creación el Logos fue "Sacerdote del Dios Altísimo" porque era el principal representante de Jehová. Mas ahora, llegando el tiempo del sacrificio de un hombre perfecto como ofrenda por el pecado, se requería el servicio de un sacerdote. Pablo muestra la relación entre el sacerdocio levítico y el sacrificio de animales, y luego añade: "Y es todavía más abundantemente evidente, si según el orden de Melquisedec se levanta otro sacerdote, el cual ha sido constituido, no según la ley de un mandamiento carnal, sino conforme al poder de una vida sin fin."—Heb. 7: 15-16.

La palabra "levanta" que se usa aquí no puede presentarse como argumento de que el Logos no era sacerdote del Altísimo en la creación de todas las cosas, sino antes implica que al tiempo de hacerse el pacto de sacrificio fue cuando Dios juró que El sería un sacerdote para siempre conforme al orden de Melquisedec.—Heb. 7: 17-21.

Antes de ese tiempo el Logos, o Jesús, no había poseído la inmortalidad, mas ahora había llegado la oportunidad para que fuera sometido a una suprema prueba con la perspectiva de que, si era fiel, Dios le concedería la inmortalidad y lo elevaría al más alto puesto en el universo, haciéndolo autor de eterna salvación para todos los que le obedecieran. (Heb. 5:8-10). Esto suministra la base del pacto. A causa de su fidelidad hasta la muerte, la muerte ignominiosa en una cruz, Dios lo exaltó soberanamente y le dio un nombre sobre todo otro nombre. (Fil. 2:8-11). El ahora vive para siempre y nunca más puede morir.—Apoc. 1:18.

Es por lo tanto evidente que fue en el Jordán en donde se hizo el pacto de sacrificio y en donde Dios dio su juramento de que Cristo Jesús sería para siempre un sacerdote del Dios Altísimo, según el orden de Melquisedec. Jesús en el Jordán era un hombre perfecto, y allí a su oficio fueron añadidos los deberes sacrificiales, y El se sacrificó a sí mismo. El pacto de la ley se hizo en Egipto, y Pablo dice que *después* de este tiempo es decir, en el Jordán, Jesús fue hecho sumo sacerdote *para siempre.* "Porque la ley constituye sumos sacerdotes a hombres sujetos a enfermedad [a flaqueza]; pero la palabra del juramento, que es después de la ley, constituye al Hijo, el cual es ya hecho perfecto para siempre." (Heb. 7:28). En el Jordán el hombre Cristo Jesús se consagró a sí mismo y fue hecho perfecto para siempre; y debido a la palabra y al juramento de Jehová, El lleva a cabo el oficio de sacerdote para siempre, lo cual incluye la tarea de sacrificio. Desde ese tiempo en adelante todos los sacrificios que se ofrecen a Jehová tienen que ser ofrecidos por el Sumo Sacerdote, Jesús. No habiendo necesidad del sacerdo-

cio levítico después del Jordán, allí dejó de ser reconocido. La tarea sacrificadora del sacerdocio levítico tan solo prefiguraba la obra sacrificial del sacerdocio de Melquisedec que debería ser llevado a cabo en su totalidad por Cristo Jesús.

UN SACRIFICIO

Ningún descendiente natural de Adán podía ser usado como sacrificio con el fin de efectuar la reconciliación humana. Tan solo el perfecto hombre Jesús estaba capacitado para ello. Antes de la consagración del Señor no pudo haber ningún pacto de sacrificio puesto que El fue el único hombre perfecto en la tierra después de Adán. Ni aun siquiera los ángeles hubieran podido entrar en ese pacto para redimir la raza humana porque el hombre perfecto tenía que proveer el precio de redención. De esto se saca en consecuencia que no había razón ninguna para que Jehová hiciera saber al Logos, antes de venir a la tierra, que le tocaba ofrendarse en sacrificio. El Logos no podía entrar en pacto hasta que no fuera un hombre perfecto. El Apóstol Pablo hace bastante claro el punto de que Jesús es el que entra en el pacto de sacrificio y que tan solo hay un sacrificio. "Ni tampoco fue necesario que se ofreciera a sí mismo muchas veces . . . mas ahora una sola vez en la consumación de los siglos El ha sido manifestado para efectuar la destrucción del pecado por medio del sacrificio de sí mismo. . . . Así también Cristo ha sido ofrecido una sola vez, para llevar los pecados de muchos."—Heb. 9:25-28.

¿Cómo puede uno, entonces, ser un sacrificio y estar con Cristo? Nadie podía ser sacrificio aceptable a Dios a menos de que fuera tomado como parte del

sacrificio de Cristo Jesús, y por eso, el que quiere juntarse con Jesús en sacrificio tiene que hacer tal cosa sobre la base de lo que Jesús hizo. Por eso el mérito del sacrificio de Jesús tiene que ser presentado en el cielo como base de la justificación de todos los que son aceptados como parte del pacto.

Por lo tanto, no hay ningún pacto de sacrificio separado o individual de parte de los que componen el cuerpo de Cristo, sino que todos ellos son uno en Cristo Jesús. Cada uno que es aceptado se ofrece como parte del sacrificio de Cristo.

Todos los miembros de la verdadera iglesia son uno en Cristo: "Porque de la manera que el cuerpo es uno mismo, mas tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, siendo muchos, son un mismo cuerpo, así también es Cristo. Porque por un mismo espíritu todos nosotros fuimos bautizados, para un solo cuerpo, seamos judíos o griegos, seamos siervos o libres; y a todos se nos hizo beber de un mismo espíritu." (1 Cor. 12:12, 13). Todos son bautizados a su muerte. (Rom. 6:3-6). Los discípulos de Jesús y algunos otros judíos de ese tiempo fueron los primeros en ser aceptados en el pacto. Más tarde el favor se extendió a los gentiles. Por lo tanto está escrito: "Ahora empero, en Cristo Jesús, vosotros que en un tiempo estabais lejos de Dios, habéis sido acercados en virtud de la sangre de Cristo. Porque El es nuestra paz, el cual de dos ha hecho uno solo, derribando la pared intermediaria que los separaba, la enemistad; habiendo abolido en su carne la ley de mandamientos en forma de decretos; para crear en sí mismo de los dos un hombre nuevo, haciendo la paz; y para reconciliar a entrambos en un solo cuerpo, con Dios, por medio de la cruz, habiendo muerto la enemis-

tad en ella, y habiendo venido predicó la paz a vosotros que estábais lejos, y la paz a los que estaban cerca; porque por medio de El ambos a dos tenemos libre la entrada, en virtud de un mismo espíritu, al Padre. Así pues no sois ya más extranjeros y transeuntes, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios."—Efe. 2:13-19.

Nadie puede hacer un pacto con Jehová al tiempo de su consagración por la sencilla razón de que es imperfecto y por lo tanto incompetente para contratar y no tiene sacrificio por medio del cual hacer el pacto. Todo lo que puede hacer es consagrarse a hacer la voluntad de Dios. ¿Cómo es, entonces, posible para uno entrar en el pacto de sacrificio? Es solamente por la gracia de Dios y por medio de Jesu-Cristo.

Un hombre se apercibe de que es pecador, que Cristo es su Redentor a quien Dios ha dado para la salvación humana. Cree esto y se entrega plenamente a Dios, comprometiéndose a hacer su voluntad. La fe del tal en la sangre derramada de Cristo es la base de su presentación por Jesús a Jehová. "Dios es el que justifica." (Rom. 8:33). Habiendo sido justificado por la fe Dios le imputa el derecho a la vida humana, el cual, Jesus, por la gracia de Dios, ofrece a Jehová como parte de su propio sacrificio. Esto se ilustra por el sacrificio de los machos cabríos en conexión con el tabernáculo y el templo. (Lev. 16:9-16). Jehová, bondadosamente aceptando al consagrado y justificándolo como parte del sacrificio de Cristo Jesús, concede al tal la mayor de las oportunidades. La gran oportunidad y el privilegio concedido es el de ser hecho parte del cuerpo de Cristo para sacrificio. Por esta razón algunas de las aflicciones o padecimientos de Cristo aún quedan por cum-

plirse por la iglesia, la cual es su cuerpo. (Col. 1:24). Pero individualmente nadie puede hacer el trato, al tiempo de la consagración, de que se consagra con el fin de que sea tomado como parte del sacrificio y que más tarde sea tomado al cielo. Tal cosa sería una gran presunción. Tampoco puede hacerse una consagración con la condición de que uno ha de permanecer para siempre en la tierra. Solamente a Dios le toca determinar eso.

La voluntad de Dios es la de que de entre los hombres sean tomados los que han de constituir los miembros del cuerpo de Cristo en gloria, la humanidad de los cuales tiene que ser ofrecida por el Sumo Sacerdote como parte de su propio sacrificio. Estos son uno en Cristo. De entre estos que se consagran plenamente a Dios, finalmente serán tomados los que han de formar el número requerido para completar el cuerpo de Cristo. Estos tales tienen que ser fieles a los términos del pacto.—Apoc. 2:10.

Aun cuando individualmente nadie puede hacer un pacto de sacrificio con Jehová, sin embargo las ventajas finalmente quedan del lado del individuo porque este arreglo es por gracia. Cristo Jesús hizo el pacto de sacrificio, y los miembros individuales son tomados en el pacto como parte de su propio sacrificio y son por lo tanto contados como haciendo también ese pacto. La recompensa que se les ofrece es la vida y la gloria con Cristo. Jehová no toma ventaja ninguna para sí en el pacto de sacrificio sino permite que todas las ventajas queden en provecho de la humanidad. Por lo tanto, el Cristo, o sea el cuerpo de humillación y la vida humana, se bautiza a la muerte, como resultado del pacto de sacrificio, en provecho de los muertos. Esto es una

garantía de que los muertos han de ser despertados con la oportunidad de recibir el beneficio resultante del gran sacrificio, el cual es la oportunidad de ser plenamente reconciliados con Dios."—1 Cor. 15: 29.

Aun cuando al tiempo de la consagración uno quisiera ser aceptado en el arreglo del pacto, no podría sin embargo sentirse seguro de ello. Con esto ese da a entender que aun cuando uno deseara morir con Cristo y reinar con El, sin embargo, el asunto tiene que ser determinado por Jehová. Jehová es el que justifica conforme a su propia voluntad al que se consagra para que pueda ser aceptado en el pacto de sacrificio, y Jesús es el que toma la vida de los justificados y los ofrece como parte de su propio sacrificio después de que Dios los ha justificado con ese fin. Los consagrados no están decidiendo el asunto; tienen que esperarse por la decisión del Señor. (Rom. 9: 16). El mayor favor que Dios puede conceder a un hombre es el de permitirle ser aceptado en el pacto de sacrificio con Cristo. Por eso dice Pablo: "Porque os ha sido concedido, a favor de Cristo, no sólo creer en El, sino también padecer [y morir] por su causa."—Fil. 1: 29.

RELACION CON LA PROMESA

La promesa a Abraham fue: "En tu simiente serán benditas todas las familias de la tierra." ¿Qué relación tiene esa promesa con el pacto de sacrificio? Pablo responde: "Los hijos de la promesa son contados por simiente." (Rom. 9: 8). "Y nosotros, hermanos, cual era Isaac, somos hijos de la promesa." (Gál. 4: 28). Fue a su hijo Isaac a quien Dios ordenó a Abraham que sacrificara en el Monte Moría. Allí Abraham ofreció a su unigénito, y lo recibió en figura, como si hubiera

resucitado de entre los muertos. (Heb. 11:17-19). El sacrificio de Isaac y su resurrección figurativa prefiguraron que la "simiente," por medio de la cual vendrían las bendiciones de reconciliación, tendría que primero morir en sacrificio y luego ser levantada de entre los muertos. Eso fue lo que Dios hizo con su amado Hijo Jesús, a quien Isaac prefiguró. Todos los que son tomados en el pacto con El tienen también que morir y ser levantados de entre los muertos como miembros del cuerpo de Cristo si han de tomar parte en la tarea de reconciliación del hombre caído. Las condiciones impuestas a los tales son: Fiel es este dicho: porque si morimos con El, viviremos también con El; si sufrimos, también reinaremos con El; si le negáremos a El, El también nos negará a nosotros." (2 Tim. 2:11, 12). Estos tienen que sufrir ignominia con Cristo Jesús, la Cabeza y les toca morir como parte de su sacrificio para que puedan vivir con El y reinar con El.

SACERDOTES

¿No son sacerdotes todos los que se encuentran en el pacto de sacrificio? A los miembros del cuerpo se les da el nombre de "sacerdocio real," pero no son sacerdotes sacrificadores. Tan solo asisten al Sacerdote, Cristo Jesús, el cual es el sacrificio aceptable y el que hace la ofrenda por el pecado. (1 Ped. 2:5, 9; Lev. 16:6). Ninguno otro, individualmente hace una ofrenda por el pecado puesto que "El Sacerdote nuestro . . . ofreció un solo sacrificio por los pecados para siempre." (Heb. 10:12). ¿Qué sacrificios, entonces, ofrecen al Sumo Sacerdote los asistentes? Pablo responde: "Por medio de El, pues [nosotros, nuevas criaturas en Cristo, contados como miembros de su cuerpo], presentemos a Dios

de continuo, sacrificio de alabanza, es decir, el fruto de labios que confiesan su nombre. Mas del bien hacer, y de la comunicación de beneficios, no os olvidéis, porque en los tales sacrificios Dios se complace mucho."—Heb. 13:15, 16; véase también Sal. 4:5; 27:6; 51:17; 107:22; 116:17.

Cada uno que es fiel tiene que ser un siervo de Dios y rendirle un servicio o culto razonable. Por esta razón Pablo enfatiza la importancia de un fiel servicio: "Ruégoos pues, hermanos, por las compasiones de Dios, que le presentéis vuestros cuerpos como sacrificio vivo, santo, acepto a Dios, culto racional vuestro."—Rom. 12:1.

El período de tiempo ocupado para la selección de los miembros del cuerpo de Cristo, llamados santos, abarca desde el Pentecostés hasta el establecimiento del reino. Ese período de tiempo apropiadamente recibe el nombre de era cristiana o período de sacrificio porque es el tiempo en que se lleva a cabo la selección y desarrollo de los verdaderos cristianos que fueron tomados en el pacto de sacrificio. Al aproximarse el final de esa edad debía llegar el tiempo en que estos fieles tendrían que ser sacados o separados de los sistemas denominacionales y ser juntados a Dios. Cuando ese tiempo llegó la orden de Dios fue: "Juntadme mis piadosos siervos, los que han hecho mi pacto de sacrificio."—Sal. 50:5.

¿Cuáles son esos piadosos siervos o santos dentro de los límites de este texto? Manifiestamente son los que están plenamente dedicados a Dios y que por lo tanto son piadosos. Esta es la clase a la cual se refiere el profeta cuando dice: "Preciosa a los ojos de Jehová es la muerte de sus santos." (Sal. 116:15). Este texto aplica en primer lugar a Jesu-Cristo y en seguida a "los santos," los que forman su cuerpo. Por santos no

se dan a entender los que el clero ha canonizado y a los que muchos en su ignorancia oran; tampoco aplica el término a los que ordinariamente se les aplica ese nombre, sino a los que están en Cristo Jesús a causa del engendro, unción y adopción. No abarca a los que entraron en pacto con Dios por medio del sacrificio de animales y aves, sino únicamente a los que se encuentran en el pacto de sacrificio con Jesu-Cristo.

De las Escrituras se desprende que esta junta se lleva a cabo por medio de los instrumentos del Señor que declaran su mensaje de verdad. "Jehová, el Dios de dioses, habla, y convoca la tierra desde el nacimiento del sol, hasta donde se pone. Desde Sión, perfección de la hermosura, ha resplandecido Dios. Vendrá nuestro Dios, y no guardará silencio. . . . Convocará a los altos cielos y a la tierra, para juzgar El a su pueblo." (Sal. 50:1-4). Claramente la junta de los santos implica el reunirlos por medio del mensaje de verdad y los servicios de los que son de Sión, la cual es la organización de Dios.

El profeta indica el tiempo cuando la junta de los santos comenzaría. En el texto arriba citado leemos: Jehová . . . habla . . . desde el nacimiento del sol." Hablando de la manera de su retorno, Jesús lo compara con el sol. Fue poco más o menos a fines del año de 1874, o a principios de 1875, cuando el sol comenzó a manifestarse, es decir, cuando comenzó a hacerse evidente la segunda presencia del Señor. Jesús habló en parábolas indicando que los verdaderos santos, lo mismo que los falsos representantes del Señor, crecerían juntos en el mismo campo (el mundo) hasta el tiempo de la siega, la cual marcaría el tiempo de su segunda presencia. (Mat. 13:39). Hasta ese tiempo los santos se

encontraban formando parte de los sistemas eclesiásticos llamados Babilonia. Estaban en espera de la segunda venida del Señor.

Poco más o menos al principio del año de 1875 Dios dio el mensaje de la verdad a los que se encontraban vigilando, y así comenzó la llamada y junta de ellos. Esto se llevó a cabo por medio de la luz de la segunda presencia del Señor brillando en su Palabra y alumbrando la mente de los santos. Unos a otros se hablaron, y en el lenguaje del profeta, se regocijaron en gran manera: "Cuando Jehová hizo tornar el cautiverio de Sión, estábamos como gentes que sueñan. Entonces se llenó nuestra boca de risa, y nuestra lengua de alabanza; entonces decían entre las naciones: ¡Grandes cosas ha hecho Jehová por ellos! Sí, Jehová ha hecho grandes cosas por nosotros; de ello nos alegramos."—Sal. 126:1-3.

El profeta de Dios dijo: "El llamará a los cielos arriba, y a la tierra, abajo." "Al que marcha triunfante sobre los antiquísimos cielos de los cielos. He aquí, El hace resonar su voz, poderosa voz." (Sal. 68:33). El gran agente ejecutivo de Jehová es Cristo Jesús. Jehová le da la orden de comenzar la tarea de junta de sus santos. Esto corresponde al tiempo del comienzo de la segunda presencia del Señor. Jehová también llama u ordena a la tierra, es decir, a sus agencias terrestres, y las pone en acción para llevar a cabo la junta. Cada cual que desde el nacimiento del sol (desde la presencia de Cristo) recibe la luz de la verdad y la aprecia, se deleita en comunicar las buenas nuevas a sus hermanos. Desde entonces Jehová comenzó a declarar el mensaje enviando mensajeros a juntar a los escogidos de los cuatro cabos de la tierra y desde un extremo al otro del

cielo. (Mat. 24:31). Los "cuatro vientos" y el "cielo" parece que se usan simbólicamente para testificar el hecho de que la junta es universal, de todas partes de la tierra en donde se encuentran personas que están por completo dedicadas a Dios. El ha llamado a los verdaderos cristianos de todas las denominaciones y los ha juntado con los lazos de la verdad.

PROPOSITO DE LA JUNTA

El propósito de la junta se indica ser el de "juzgar El a su pueblo." (Sal. 50:4). El juicio comienza en la casa de Dios." (1 Ped. 4:17). Jesús dijo una parábola concerniente a su regreso y a la entrada a cuentas con los que les había enomendado los intereses del reino. (Mat. 25:14-30). Manifiestamente, entonces, el propósito de juntar a su pueblo y darles el conocimiento del plan de Dios es el de que puedan ser juzgados y puestos a prueba. Fijémonos cómo los hechos físicos concuerdan con las palabras proféticas. Desde 1875 en adelante es el día de la preparación de Dios. Durante ese período de tiempo, Cristo, el gran Mensajero del cielo, el Sacerdote del Dios Altísimo, se encontró preparando el camino delante de Jehová, y, habiéndose cumplido la tarea, entonces pronta o repentinamente vino a su templo. (Mal. 3:1). El templo está compuesto de los ungidos de Dios. (2 Cor. 6:16). El viene con el fin de juzgar para que los aprobados puedan ofrecer a Dios una ofrenda (servicio) de alabanza en justicia. A los juntados Dios hace comprensible la verdad con el fin de que puedan continuar ofreciendo sacrificios de alabanza al Señor y para que lo hagan en armonía con su voluntad. El Señor se sienta como un

refinador para probar y refinar a los prefigurados por los hijos de Leví.—Mal. 3:1-3.

Durante el período de tiempo desde el Pentecostés hasta la segunda venida del Señor mucha gente ha oído el evangelio de la verdad y han creído y se han consagrado a hacer la voluntad de Dios. Estos tales han sido reconciliados y plenamente justificados, siendo tomados en el pacto de sacrificio. Pero no todos ellos han permanecido fieles al Señor; en verdad, la gran mayoría han sido infieles. La principal responsabilidad de la infidelidad de éstos es atribuible a la clase clerical. La gente ha aceptado al clero como sus consejeros espirituales. Estos hombres, pretendiendo representar a Dios, y hablando con autoridad, han conducido a la gente por mal camino a causa de que la gente ha aceptado sus palabras como verdaderas. No solamente ha participado el clero en la política de este mundo malo, sino que también han echado mano de toda suerte de ardides políticos, y esto, con el fin de obtener posiciones ventajosas. Han usado su oficio de clérigos, aprovechando su influencia, con el fin de servir sus fines egoístas. La política de este mundo está bajo la dirección y dominio de Satanás, el dios de este mundo. (2 Cor. 4:4). El clero se ha aliado con el dios de este mundo y ha inducido a grandes números de cristianos a hacer lo mismo.

En lenguaje claro Jesús indicó que su reino no era de "este mundo" sino que sería futuro al tiempo en que El se encontraba en la tierra, y que sería establecido a su segunda venida cuando tomara el poder. (Jn. 18:36). Los miembros del clero no se contentaron con ser seguidores de Jesús, sino que se le han adelantado y han pretendido ser su comisión y deber el establecer el reino de Dios en la tierra antes de llegar el debido tiempo por

El señalado. Con este fin han abierto sus puertas y sus brazos, y han dado la bienvenida en su rebaño a los explotadores, los políticos y los opresores de la gente. Han introducido en la iglesia a estos hombres de influencia con el fin de que sus sistemas denominacionales tuvieran más poder e influencia. Estos explotadores y opresores han llegado a ser los principales del rebaño, y son los que tienen el poder y la influencia en la organización. Un error del clero condujo al otro hasta que, temerosos de oponer a los poderosos e influyentes de sus congregaciones, han repudiado la Biblia y han dicho a la gente que crean lo que gusten con tal de que permanezcan como miembros de sus organizaciones.

El clero ha advocado la guerra y ha hecho que la gente se entregue a orgías de sangre, asesinando a sus semejantes. Han usado sus iglesias como oficinas de reclutamiento, y han ido tan lejos en su blasfema conducta que dijeron a la gente que se enlistó en la guerra que si morían en el campo de batalla su muerte sería garantía de que inmediatamente pasarían al cielo, siendo contados como parte del sacrificio de Cristo.

La influencia del clero ha inducido a las masas que profesan ser cristianas a apartarse de su condición de plena devoción a Dios, haciéndolas que se mezclaran con el mundo. Han representado ante la gente la verdad en falsos colores y han opuesto a los testigos de Dios que se esfuerzan por hacerla conocer. Echando mano de amenazas y por coerción el clero ha impedido a muchos cristianos tímidos el empaparse de la verdad. Han llegado a tal extremo que con pleno conocimiento han tergiversado el plan de Dios y han influenciado a los miembros de sus congregaciones a cerrar sus ojos y oídos al mensaje de la verdad. Cuando Dios dio la orden de

juntar a sus santos que habían hecho un pacto de sacrificio con El, el clero hizo uso de toda la influencia que poseía con el fin de impedir la reunión. Han tenido éxito en apartar a millones de gente de Dios y de su servicio.

Ciertamente que no son los miembros del clero los que son juntados al Señor. Tampoco son juntados a El los cristianos que han permitido que la influencia del clero los apartara de Dios y de su verdad. Los cristianos que aman a Dios y que han sido retenidos o aprisionados por la influencia del clero, han clamado a Jehová. Bajo los términos de su pacto, estaban señalados a muerte en sacrificio, pero habiendo sido frustrados en su fidelidad a causa de la influencia de los carceleros, el clero, dicen: "Llegue delante de Tí el gemido de los encarcelados. Conforme a la grandeza de tu poder preserva a los condenados a muerte." (Sal. 79:11). Dios oye su clamor y el tiempo viene en que han de ser librados.—Sal. 102:19, 20.

A todos los que han sido aceptados en el pacto de sacrificio se les ha ofrecido el privilegio de ser testigos de la majestad y bondad de Dios y del desarrollo de su gran plan para la reconciliación del hombre. Concerniente a sí mismo Jesús dijo: "Yo para esto nací, y a este intento vine al mundo, para dar testimonio de la verdad. Todo aquel que es de la verdad oye mi voz." (Jn. 18:37). Lo que aplica a Jesús aplica también a todos los que son aceptados en el pacto de sacrificio. A cada uno de los tales no tan solo se les concede el privilegio de oir la verdad, sino también son señalados como testigos de la verdad. La única manera para que éstos sean fieles, leales y verdaderos a Dios es siendo testigos de la verdad según se les presenta la oportunidad. El

Señor se encarga de que tengan oportunidades. Esta es una parte del gran plan para traer a la gente a la reconciliación con Dios. Un testigo es uno que da testimonio. El testimonio concerniente a Dios y a su plan para la reconciliación del hombre tiene que darse, y es su voluntad la de que sea dado por sus ungidos juntados durante la segunda presencia del Señor.

CAPITULO VIII

El Ministerio de la Reconciliacion

EL EXPRESADO propósito de Jehová es el de que al debido tiempo todos sean traídos al exacto conocimiento de la verdad. (1 Tim. 2: 3-6). Esto tiene que hacerse después de haberse provisto el rescate por medio del gran sacrificio de Jesús. Durante el tiempo en que otros están siendo tomados en el pacto de sacrificio se ha dado un testimonio de la verdad. Cuando se termine el pacto de sacrificio se dará un testimonio mayor, para que todos tengan la oportunidad de conocer la verdad. Durante el período de tiempo desde la crucifixión y resurrección de Jesús hasta su segunda venida y reino, ¿cuál ha sido y es la voluntad de Dios concerniente a la tarea que ha de llevarse a cabo por los cristianos en la tierra? Este asunto es importante y solamente en las Escrituras se encuentra plenamente contestado. Si se da una respuesta que no está apoyada por las Escrituras viene a ser confusa y dañosa.

CONFUSION

La verdadera misión de un cristiano en la tierra se especifica por los apóstoles en lenguaje bastante claro. Esos fieles seguidores de Jesús se apegaron a las enseñanzas de Cristo y a las que Dios dio por conducto de sus profetas. Si todos los profesos seguidores de Jesús hubieran seguido un curso semejante, no hubiera habido confusión en ningún tiempo. Puesto que Satanás, el enemigo, ha hecho que las doctrinas fundamentales de

la Palabra de Dios hayan sido mal presentadas, es de esperarse también que él causaría confusión en cuanto al propio curso y deber de los cristianos mientras están en la tierra. Esto es exactamente lo que ha sucedido.

La iglesia católica pretende ser *la* iglesia. En pocas palabras, enseñan que todos los hombres están caídos a causa del pecado y están destinados para el tormento eterno; que la misión de la iglesia es la de salvar almas de tan terrible suerte, y que con este fin fue organizada; que por medio de la obra del clero en el sacrificio de la misa y por medio de las oraciones y penitencias, las almas son libradas del purgatorio y llevadas al cielo, pero que los que han ido al infierno tienen que estar allí eternamente.

Algunos grupos protestantes, por medio de su clero, sostienen y enseñan que alguna gente ha sido elegida para ser salva y gozar de felicidad, y que todos los otros están destinados al tormento eterno, pero que aun los que están elegidos para la salvación tienen que ejercer algún grado de fe, y que esa fe viene de oir los mensajes dados por el clero, y que la misión de la iglesia es la de poner en alerta aun a los favorecidos para que escapen el tormento eterno y para que digan a los menos afortunados cuál es su suerte.

Otra rama de sistemas protestantes enseña que hay una gran controversia entre Dios y el Diablo en cuanto a cuál ha de quedarse con el mayor número de miembros de la raza humana; que Dios, por siglos, ha estado haciedo esfuerzos sobrehumanos para hacer que los pecadores acepten el mensaje que les lleva el clero para que sean salvos y llevados al cielo; que todos los otros que no oyen ni obedecen, por toda la eternidad, tienen que estar con el Diablo en tormento.

Otros cristianos profesos sostienen que el cristianismo es una religión diferente de todas las otras religiones; que a pesar de que algunos pueden ser salvos por medio de otras religiones, la religión cristiana es la mejor, y que la misión de la iglesia cristiana es la de enviar predicadores para dar a conocer a la gente las doctrinas enseñadas por la iglesia para que la gente tenga la oportunidad de hacerse miembros de la iglesia y de este modo obtener la salvación. Enseñan que los millones de paganos que han muerto sin haber siquiera oído la religión cristiana serán salvos de alguna manera, aun cuando no saben cuál es esa manera. Enseñan, además, que si esos paganos que oyen se niegan a prestar atención y a obedecer el mensaje dado por la profesa iglesia cristiana, se pierden. Cuando se les pide explicación de por qué entonces llevan su mensaje a los paganos si pueden ser salvos sin oirlo y si se pierden al no hacer caso una vez que lo oyen, se encuentran incapaces de contestar.

Un buen ejemplo de lo que las iglesias y sus predicadores pretenden ser la misión de un cristiano mientras se encuentra en la tierra, son las siguientes palabras escritas por un distinguido miembro del clero y que aparecen en el volumen II de la *Enciclopedia Americana,* bajo el título de "Cristianismo."

La cristiandad es preeminentemente la religión de la redención y del Redentor. Ha introducido en el mundo las grandes y benéficas influencias de un amor victorioso, inaugurando en el mismo Jesús una incesante lucha, porque las buenas influencias tienen que luchar constantemente en contra de los poderes del mal, los cuales no son mágicamente suprimidos. Pero esta obra reparadora no puede consistir tan solo en la salvación de las almas individuales; para ser digna de Dios tiene que esforzarse por restaurar todo lo que la caída original marchitó o destruyó—tiene que hacer a la criatura caída darse cuenta de su elevado des-

tino—es decir, tiene que reconstituir en el hombre toda la grandeza guardada en reserva para él, haciendo que se entregue sin reservas a Dios y haciendo que el espíritu de regeneración entre en todas las esferas de sus actividades y en todas sus facultades. Por lo tanto, la amplia misión de la cristiandad es la de purificar y elevar todo lo que es humano en las más diversas esferas de la sociedad, desde las instituciones que regulan las mutuas relaciones de los hombres hasta la más elevada cultura del intelecto. Esta restauración del hombre conforme al modelo divino es la continuación y la aplicación de la obra redentiva de Cristo, la cual, después de haber tenido como su primordial intento el formar en la iglesia una sociedad de almas creyentes, perdonadas y salvas, llamadas a trabajar directamente por la salvación de todo lo perdido, en seguida irradia hacia todos los lados de la actividad humana. En este extenso sentido se que debemos entender el reino de Dios, el cual el Salvador vino a fundar en nuestro mundo pecador y el cual progresa solamente al costo de la incesante lucha que continuará hasta el fin del tiempo. Pero este avance general del reino de Dios en su extensión humana, siempre está proporcionando desarrollo interno en la iglesia, la cual mantiene y aviva el fuego de la vida divina de la que emana toda luz y calor.

Cuando se termina de considerar todas estas pretensiones en conflicto queda uno tan confundido que no sabe qué creer. Uno de los nombres que se aplican a la organización del Diablo es Babilonia. Con bastante propiedad aplica a toda parte de su organización, lo mismo que a su totalidad. Por lo tanto, el término algunas veces se aplica al tal llamado organizado cristianismo, el cual representa muy mal a Dios y confunde a la gente. Jesús habló de este inicuo sistema y lo designó como Babilonia, y dijo que llegaría a ser albergue de demonios y guarida de todo género de espíritu inmundo, e invita a todos los verdaderos cristianos a salir de ella. —Apoc. 18:2-5.

Muchos miembros del clero, a causa de su incapacidad para armonizar estas pretensiones en conflicto, al verse

confrontados por alguno que quiere saber el por qué de las cosas, responden: 'Crea lo que usted quiera. No hace diferencia ninguna; tan solo es preciso que sea un miembro de la iglesia. Nuestra misión es la de desarrollar carácter para que podamos estar listos para ir al cielo, y esto lo puede usted hacer tanto en una iglesia como en la otra.'

Estas expresiones confusas del clero evidencian que no tienen la menor concepción de lo que que es en efecto la misión del cristiano mientras está en la tierra. En vez de esforzarse por obtener el cabal entendimiento de ella, han usado al cristianismo con fines egoístas. Estas denominaciones están en continua lucha entre sí, y con todo se unen para luchar en contra de la verdad. A la luz de las Escrituras, los hechos ponen de manifiesto que estas expresiones confusas no proceden de Dios sino que originan del Diablo. "No es ésta la sabiduría que desciende de arriba; sino antes, es terrenal, sensual, diabólica. Porque en donde hay celos y espíritu faccioso, allí hay confusión y toda obra mala. Pero la sabiduría que es de arriba, es primeramente pura, luego pacífica, fácil de rogar, llena de misericordia y de buenos frutos, sin parcialidad, sin hipocresía. Y el fruto de la justicia es sembrado en paz, por los que promueven la paz."—Sant. 3:15-18.

El hecho de que las pretensiones del clero concernientes a la misión del cristiano son numerosas, en conflicto, y no entendibles, es una evidencia de que no proceden de Dios sino que emanan de Satanás, el enemigo, puesto que "Dios no es Dios de confusión." (1 Cor. 14:33). Todo sincero cristiano debería esforzarse por saber cuál es la voluntad divina concerniente a cada uno de ellos mientras se encuentran en la tierra y también más tarde.

Se apercibirá de que la sabiduría que procede de Dios es pura, apacible y llena de buenos frutos.

LA VERDADERA MISION

Un cristiano es uno que ha sido ungido por Jehová por medio de Cristo Jesús y quien por lo tanto es un seguidor de Cristo. Jesu-Cristo es la Cabeza de todos los cristianos, y por lo tanto los verdaderos cristianos forman los miembros de su cuerpo. (Col. 1:18). La "iglesia" quiere decir los llamados. Jesús es la Cabeza de la iglesia. Dios es el que coloca a los miembros de la iglesia en el cuerpo como a El le place, y es Dios el que concede autoridad tanto a la Cabeza como a los miembros de la iglesia. (1 Cor. 12:12-14, 18). De esto se deduce que la única manera de apercibirnos cuál es la apropiada tarea del cristiano mientras está en la tierra es el enterarnos de lo que Jesús hizo mientras El estuvo en la tierra, y lo que El ordenó a los miembros de su cuerpo que hicieran.

Muchos pretenden que se han hecho cristianos porque han creído que la religión cristiana es mejor que las otras. El verdadero cristainismo no es una religión. Una religión es una forma exterior o conjunto de ceremonias por medio de las que la persona indica que reconoce la existencia de un poder supremo. Toda gente tiene alguna clase de religión. Pero los verdaderos cristianos no tienen formas ni ceremonias, sino que buscan, por medio de la Palabra de Dios, su voluntad, y una vez cerciorándose de ella, la hacen sin tener en cuenta tiempo, lugar ni condiciones. Cuando Jesús estuvo en la tierra nunca siguió formalismos de ninguna clase ni practicó ceremonia alguna. El comió de la pascua con el fin de mostrar un cuadro que prefiguró

la realidad, el gran sacrificio que El llevó a cabo, mas no fue como formalismo o ritual religioso. Sus seguidores observan anualmente la Cena en memoria de su muerte pero no como un formalismo, sino con el fin de mantener presente el propósito de su muerte. Jesús reprendió a los fariseos por su formalismo exterior.—Mat. 23 : 13-29.

Aun en estos últimos días, cuando los consagrados ya se han apercibido de la falsedad de la doctrina del tormento eterno y doctrinas semejantes, con todo juzgan la llamada celestial desde un punto de vista muy estrecho. Se dicen: '¡Cuán felices seremos cuando ya nos veamos libres de las pruebas y amarguras de este mundo malo y seamos llevados a nuestro eterno hogar en el cielo para allí eternamente gozarnos en las riquezas del amor divino!" Algunos poco piensan en llevar a cabo fielmente la comisión que Dios les ha dado. Dicen: 'Nos toca desarrollar carácter y alistarnos para el cielo.' No hay registro alguno en las Escrituras mostrando que Jesús en alguna ocasión se lamentó por su condición terrena o que estaba muy ansioso de escapar las pruebas y angustias del mundo malo para irse al cielo. Nunca El dijo nada con respecto a que estaba desarrollando carácter para que Dios lo pudiera llevar al cielo. Es cierto que oró a su Padre que lo glorificara con la misma gloria que había tenido antes de venir al mundo, pero eso no fue sino hasta que había concluido su tarea en la tierra. El ni siquiera solicitó la recompensa de la inmortalidad. Es cierto que el cristiano tiene ante él la esperanza de la inmortalidad y se regocija en ese prospecto, pero si es eso lo único que lo induce a ser un cristiano no llena la medida del propósito de Dios concerniente a él.

Jesús dijo que había venido a la tierra porque su Padre lo había enviado: "Porque descendí del cielo no para hacer mi propia voluntad, sino la voluntad de Aquel que me envió." (Jn. 6:38). "Yo he venido en el nombre de mi Padre." (Jn. 5:43). El no vino a engrandecer su propio nombre ni a brillar entre los hombres. (Jn. 5:20). El vino a la tierra a llevar a cabo una obra y El fue siempre diligente en el desempeño de esa tarea. El dijo: "Es menester que yo haga las obras de Aquel que me envió." (Jn. 9:4). Además El dijo: "El Hijo del hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos." (Mat. 20:28). Los miembros del clero aun cuando pretenden servir, sin embargo siempre quieren tener quienes les sirvan. Dios predijo esto por medio de su profeta.—Isa. 56:10, 11.

Jesús dijo que había venido a servir o ministrar, es decir, a ser un ministro. Un ministro es alguién que está revestido de poder y autoridad para representar un poder superior y que atiende a los deberes de su oficio rindiendo servicio. Es representante de un gobierno o poder. Es un embajador llevando a cabo un servicio en una capacidad oficial. Su autoridad está limitada por la comisión recibida del que lo ha nombrado. Ministrar quere decir el acto de servir en armonía con el poder o autoridad delegados. Es el acto de ejecutar las funciones o deberes de un ministro. El ministerio del cristiano, por lo tanto, implica el hecho de servir en armonía con el poder y autoridad delegados por el gran Jehová Dios.

LA COMISION

A los que Dios unge con su espíritu les ordena que lleven a cabo su obra. La comisión o autoridad que Dios

da a los cristianos se muestra en su Palabra: "El Espíritu de Jehová el Señor está sobre mí, por cuanto Jehová me ha ungido para anunciar buenas nuevas a los mansos; me ha enviado para vendar a los quebrantados de corazón, para proclamar a los cautivos libertad y a los aprisionados abertura de la cárcel; para proclamar el año de la buena voluntad de Jehová, y el día de la venganza de nuestro Dios; para consolar a todos los que lloran; para comunicar la alegría a los que lloran en Sión, dándoles hermosura en lugar de ceniza, el aceite de gozo en vez de lamentos, y el manto de alabanza en lugar de espíritu de pesadumbre; para que sean llamados árboles de justicia, plantados por Jehová mismo, para que El sea glorificado."—Isa. 61: 1-3.

En presencia y en el oído de otros, Jesús leyó esta comisión y la aplicó a sí mismo. (Luc. 4: 18-21). Todos los miembros del cuerpo reciben la misma unción por conducto de la Cabeza y son llamados a llevar a cabo una tarea similar a la que Jesús hizo. (2 Cor. 1: 21; 1 Ped. 2: 21). Cuando Jesús terminó su tarea en la tierra y estaba a punto de partir oficialmente de entre sus discípulos, les dijo: "Como el Padre me envió a mí, así os envío yo a vosotros." (Jn. 20: 21). "Id pues y haced discípulos entre todas las naciones, bautizándolas al nombre del Padre, y del Hijo, y del espíritu santo." (Mat. 28: 19). Esto prueba que Dios tiene una tarea para los cristianos aquí en la tierra y no pueden ellos estar con sus brazos cruzados y esperar recibir su aprobación. La tarea consiste en hacer saber a otros la verdad concerniente a Dios y a su plan de reconciliación.

Después de que Jesús subió al cielo los apóstoles se dieron cuenta de que se les había encomendado una tarea,

la que les tocaba llevar a cabo. Inmediatamente se propucieron a elegir a uno que tomara el lugar de Judas, el cual había tenido parte en el ministerio pero había perdido ese derecho. (Hech. 1:17, 25). Más tarde Pablo fue escogido como uno de los apóstoles para llevar el nombre de Dios a los gentiles. (Hech. 9:15). El desempeñó la obra que le fue encomendada a pesar de la mucha oposición. El dijo: "Pero ninguna de estas cosas me mueve, ni tengo a mi misma vida por cosa que me sea cara, con tal que acabe mi carrera con gozo, y el ministerio que recibí del Señor Jesús, para testificar el evangelio de la gracia de Dios."—Hech. 20:24.

Pablo fue ungido como un miembro del cuerpo de Cristo. Todos los verdaderos cristianos de igual manera son ungidos por el espíritu de Jehová como miembros del cuerpo de Cristo. Todos ellos son llamados a la llamada celestial. Dirigiéndose a ellos Pablo les dice: "Por lo cual, hermanos santos, participantes de una vocación celestial, considerad al Apóstol y Sumo Sacerdote de nuestra profesión, Jesús; el cual era fiel al que le había constituído, así como lo era Moisés también en toda la Casa."—Heb. 3:1, 2.

La admonición es al efecto de que los cristianos mientras están en la tierra tienen que prestar atención a las cosas que Jesús hizo y proceder de igual manera. El hecho de que el apóstol exhorta a los cristianos a considerar a Cristo Jesús es de gran importancia. Jesús, mientras estuvo en la tierra, tenía a cargo el ministerio de la Palabra de Dios. El era Apóstol y Embajador de Dios. El declaró que la Palabra de Dios es la verdad y que a El le tocaba anunciar esto a todos los que quisieran oir. Dijo: "Yo para esto nací, y a este intento vine al mundo, para dar testimonio de la verdad." (Jn. 18:37).

El Apóstol Pablo enfatiza el hecho de que Jesús fue fiel en el desempeño de su ministerio al que Dios lo nombró como ministro. (Heb. 3 : 2). Cuando El terminó su tarea en la tierra recibió el título de "El Testigo Fiel y Verdadero." (Apoc. 3 : 14; 19 : 11). Los que han de obtener el premio de ser coherederos en el cielo tienen que probar de la misma manera su fidelidad a Dios en el desempeño de la tarea a ellos concedida.—Apoc. 2 : 10.

MINISTROS DE DIOS

Los ungidos son los ministros de Dios y por lo tanto son sus servidores. Cada uno es un siervo o mayordomo, y colectivamente forman la clase de "El Siervo de Dios" del cual Cristo Jesús es la Cabeza. (Isa. 42 : 1). Muchos se han apartado de Dios y de su servicio a causa de pensar de sí mismos más de lo debido. Satanás ha sido el responsable de ello. El ha plantado la semilla del orgullo en la mente de hombre. El que llega a tal condición comienza a sentirse impresionado por su propia importancia. Luego desea y recibe los aplausos humanos, olvidándose de Dios se fija en sí mismo y se juzga de gran importancia. Luego llega a ser de espíritu altivo, austero y orgulloso. "La soberbia precede a la destrucción, y el espíritu altivo va delante de la caída." (Prov. 16 : 18). Pronto cede por completo a los halagos del enemigo y cesa de ser un ministro de Dios.

Otros que han llegado al conocimiento de la verdad son inducidos a considerar como grandes a los que les han precedido. En sus cálculos entra el tiempo en que ellos también han de ser grandes y han de recibir los aplausos de los hombres. Honran indebidamente a los que han sido sus guías y se olvidan de su Dios y de sus obligaciones al pacto de hacer su voluntad. Caen fácil

presa del Diablo por buscar honor y gloria propios o por dar gloria a los hombres. Comienzan a imaginarse que su apariencia personal es de mucha importancia y se visten con vestidos especiales para atraer la atención de otros, y al subir a la plataforma juntas sus manos y asumen una cara piadosa y santimonia, y dan un tono especial a su voz. El hacer tales cosas es olvidarse de la verdadera comisión del cristiano y es caer en el lazo del enemigo. El entonar las alabanzas de los hombres que son maestros o guías tiende hacia apartar la mente de Dios y de su servicio. El que trata de complacer a los hombres cae en el lazo del enemigo.

El verdadero siervo o ministro de Dios se esfuerza siempre en ser un fiel representante de Dios y buscar su aprobación. Pablo no entonó las alabanzas de ningún hombre ni trató de exaltarse él mismo a los ojos de la gente. El dijo: "Glorificad a Dios en vuestros cuerpos." (1 Cor. 3:21; 6:20). Concerniente a sí mismo y al ministerio encomendado a él y a sus consiervos él dijo: "¿Comenzamos acaso otra vez a encomendarnos a nosotros mismos? ¿o necesitamos, por ventura, como algunos, epístolas de recomendación para vosotros, o de vuestra parte? Nuestra epístola de recomendación sois vosotros mismos, escrita en nuestro corazón, conocida y leída de todos los hombres. No que seamos de nosotros mismos suficientes para reputar cosa alguna como procedente de nosotros mismos; sino que nuestra suficiencia es de Dios; el cual también nos ha hecho suficientes para ser ministros del nuevo pacto; no de la letra, sino del espíritu; porque la letra mata, mas el espíritu da vida. Por lo cual, teniendo nosotros este ministerio, según hemos recibido de misericordia, no desfallecemos. Antes bien, hemos renunciado las obras encubiertas de ver-

güenza, no andando en astucia, ni falsificando la Palabra de Dios, sino, al contrario, por la manifestación de la verdad, recomendándonos a toda conciencia humana, en la presencia de Dios."—2 Cor. 3:1, 5, 6; 4:1, 2.

Todo verdadero cristiano es una nueva criatura. "Si alguno está en Cristo, es una nueva criatura." (2 Cor. 5:17). Una criatura consiste de mente, voluntad, corazón y organismo. El organismo de la nueva criatura en Cristo es el cuerpo de carne humana. Es débil e imperfecto. Es a la nueva criatura a quien se le encomienda el ministerio de la reconciliación, por lo tanto el apóstol al hablar del ministerio encomendado a él y a sus hermanos se refiere a él como a un tesoro. Es en verdad un tesoro porque es una misión importante. El dijo: "Tenemos este tesoro en vasijas de barro para que la soberana grandeza del poder sea de Dios y no de nosotros." (2 Cor. 4:7). Algunos han usado este texto erróneamente para probar que la nueva criatura es algo separado y distinto del individuo y que es algo que está adentro del cristiano lo cual hay que desarrollar. Esto no fue lo que el apóstol quiso decir sino que a la nueva criatura se le ha encomendado este ministerio y que, siendo un vaso humano imperfecto, Dios lo usa para que la soberana grandeza de su poder no sea tomada como del hombre sino como lo es en efecto, de Dios. Es esa cosa valiosa o ministerio a lo que se refirió Jesús con el nombre de talentos o intereses del reino encomendados a sus seguidores en la tierra. ¡Cuál, entonces, es el ministerio que Dios ha encomendado a sus ungidos? La respuesta es que les ha encomendado el ministerio de la reconciliación. Los que han sido traídos a Cristo son nuevas criaturas. Antes de que sean nuevas criaturas tienen que ser reconciliadas con Dios por medio de

la justificación. Como nuevas criaturas tienen la comisión que fue dada a Jesús porque son miembros de su cuerpo. Su tarea en la tierra, por lo tanto, es hacer saber a la gente el misericordioso plan de Dios para la reconciliación del hombre. Sobre este punto el apóstol arguye: "Por tanto, si alguno está en Cristo, es una nueva criatura; las cosas viejas pasaron ya, he aquí que todo se ha hecho nuevo. Y todas las cosas son de Dios, el cual nos ha reconciliado consigo mismo por medio de Cristo, y nos ha confiado a nosotros el ministerio de la reconciliación: es a saber, que Dios era en Cristo reconciliando consigo mismo al mundo, no imputando a los hombres sus trangresiones; y a nosotros nos ha encomendado la palabra de la reconciliación." (2 Cor. 5:17-19). El argumento del apóstol es el de que todas las cosas proceden de Jehová; que El ha reconciliado a la iglesia consigo mismo por medio de Jesú-Cristo; que a los miembros del cuerpo de Cristo El ha encomendado el ministerio de la reconciliación; que Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo mismo, y que los miembros de su cuerpo son embajadores de Cristo y que tienen que llevar a cabo los deberes de su oficio como embajadores.

EMBAJADORES

Como embajador está uno señalado por una autoridad superior para representar a esa autoridad en un país extranjero. Jesús fue el gran embajador de Dios, su Padre, cuando vino a la tierra a llevar a cabo la obra de su Padre. Dios entonces estaba hablando por medio de Cristo el mensaje de la reconciliación mostrando al hombre como podía ser reconciliado. Jesús puso su vida y la entregó a la muerte, y esa vida constituye la base

para la reconciliación. Su muerte provee el gran precio de redención o expiación por el pecado del hombre. Sin embargo, el precio de rescate y la ofrenda por el pecado no constituyen la reconciliación del hombre.

Los términos "rescate," "ofrenda por el pecado" y "reconciliación" no deberían usarse como sinónimos. Por supuesto que no podría haber reconciliación ninguna sin proveerse el precio de rescate y sin presentarse como una ofrenda por el pecado, pero, ¿de qué servía el gran precio de rescate si el hombre nada sabía de él? Le es preciso primero tener conocimiento. La voluntad de Dios es la de que todos los hombres sean salvos y luego sean traídos al exacto conocimiento de la verdad. (1 Tim. 2:3, 4). El precio de rescate y la ofrenda por el pecado abren el camino para la reconciliación y por eso la verdad de este hecho tiene que ser dada a conocer al hombre y éste tener la oportunidad de aceptar esa misericordiosa provisión, o de rechazarla. En apoyo de esto dice el apóstol: "Luego, así como por medio de una sola transgresión sentencia vino a todos los hombres para condenación, asimismo también por medio de un solo acto de justicia sentencia [la dádiva] viene a todos los hombres para justificación de vida."—Rom. 5:18.

No puede haber dádiva sin que la parte a quien se le hace tenga conocimiento de la oferta. Si alguien que es ciego y sordo se encuentra en gran necesidad de dinero y otro ofrece darle una moneda de oro, no se apercibe de la dádiva. La raza humana se encuentra en gran necesidad de vida. Dios es la fuente de la vida. La vida es la dádiva de Dios por medio de Cristo. (Rom. 6:23). La reconciliación con Dios para el hombre implica la vida. Dios es el gran Dador, y El dio a su amado Hijo

para que la raza humana gozara de la vida. El hombre tiene que ser informado de este hecho.

Jesús, como el gran Embajador de su Padre habló a sus discípulos, y a otros que tenían oídos para oir, del propósito de Dios de reconciliar consigo mismo al hombre. Y al dejar a sus discípulos los nombró como sus embajadores para llevar el mismo mensaje de verdad a la gente. (Jn. 20:21). Pedro dice: "Y El nos mandó que predicásemos al pueblo, y testificásemos que éste es Aquel a quien Dios ha constituido Juez de vivos y muertos. Del mismo testifican todos los profetas que todo aquel que en El creyere recibirá en su nombre remisión de pecados." (Hech. 10:42, 43). Pero cómo sería posible para alguien creer a menos que tuviera conocimiento sobre el cual basar su creencia? Nadie puede creer la verdad hasta no oirla. En apoyo a esta conclusión citamos las palabras de Pablo: "¿Cómo pues invocarán a Aquel en quien no han creído? y ¿cómo creerán en Aquel de quien no han oído? y ¿cómo oirán, sin predicador? y ¿cómo predicarán si no fueren enviados? así como está escrito: ¡Cuán hermosos son los pies de los que traen buenas nuevas de bendición!"—Rom. 10:14, 15.

Esto quiere decir que los embajadores del Señor tienen que predicar la verdad como se presenta en la Palabra de Dios en cambio de expresar las opiniones de humana sabiduría. Todos los verdaderos cristianos que están ungidos de Dios, se encuentran comisionados como embajadores de Cristo y de Dios para comunicar a la gente las verdades concernientes al Plan de Dios. Habiendo ellos mismos sido reconciliados con Dios y habiendo sido traídos a Cristo, llegan a ser parte de la organización de Dios. No son por más tiempo parte

de este mundo, el cual es la organización del Diablo. La organización del enemigo es un gobierno extranjero en oposición a la organización de Dios. En tanto que el cristiano se encuentra en ese gobierno extranjero y enemigo tiene que fielmente representar la organización de Dios y mantenerse separado y distinto de la organización de Satanás. Si se vuelve amigo del mundo se torna en enemigo de Dios. Por eso el clero, el cual ha juntado sus fuerzas con los poderes políticos y financieros de este mundo, ha llegado a ser enemigo de Dios. (Sant. 1:27; 4:4; 2 Cor. 6:15-17). La tarea del embajador de Dios y de Cristo es la de hacer conocer la verdad de Dios. No le toca enaltecerse a sí mismo ni hacer creer a la gente que está dando el mensaje de su propia sabiduría. Le toca hablar de la verdad como ésta se presenta en las Escrituras para que la gente se aperciba de que Jehová es Dios y que Cristo es el gran Redentor y Libertador del hombre.

PERFECCIONANDO A LOS SANTOS

Jesús dijo: "Sed perfectos así como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto." (Mat. 5:48). ¿No prueban estas palabras que la principal tarea del cristiano en la tierra es la de perfeccionarse a sí mismo, y por lo tanto que la más importante tarea del cristiano es la de desarrollar carácter? Es cierto que el cristiano tiene que ser hecho perfecto si ha de llegar a ser un coheredero con Cristo Jesús en gloria. Pero, ¿cómo ha de ser hecho perfecto? Jesús dijo al joven que le hizo una pregunta sobre el particular: "Si quieres ser perfecto, véte, vende cuanto tienes, y dálo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven y sígueme." (Mat. 19:21). Estas palabras del Maestro significan que el

cristiano tiene que por completo dedicarse a hacer la voluntad de Dios. Jehová Dios es perfecto y santo porque todos sus caminos son justicia.—Sal. 18:30.

El cristiano tiene que ser hecho perfecto siguiendo el propio curso de acción, el curso de acción que está marcado en la Palabra de Dios. Nadie puede ni siquiera comenzar a tomar el propio curso hasta que no haya hecho una plena consagración de hacer la voluntad de Dios. Tiene que por completo abandonar la organización de Satanás y llegar a ser parte de la organización de Dios. Eso fue lo que Jesús dio a entender cuando dijo al joven que vendiera todo lo que tenía y que le siguiera. El Logos era perfecto. Fue hecho hombre, y como hombre fue perfecto. Concerniente a El está escrito: "Aunque era Hijo, aprendió la obediencia por las cosas que padeció; y habiendo sido hecho perfecto, vino a ser Autor de eterna salvación a todos los que le obedecen." (Heb. 5:8, 9). El fue hecho perfecto por medio de las cosas que sufrió. (Heb. 2:10). Después de su consagración y de su unción fue cuando Jesús fue hecho perfecto, perfección que se llevó a cabo por medio de las cosas que sufrió. Los sufrimientos mencionados no pudieron ser su muerte. ¿Qué se da a entender, entonces, por la expresión hecho perfecto por medio de los padecimientos?

Dios le había prometido el lugar más elevado en el universo, próximo a sí mismo. Antes de conceder a su amado Hijo el gran premio, el Hijo tenía que ser sometido a la más severa prueba de lealtad, fidelidad y devoción a Dios. Su sujeción a esta prueba le causó mucho sufrimiento porque tenía la oposición del Diablo y de todos sus instrumentos. Bajo esta prueba El aprendió a ser por completo obediente a la voluntad de Dios.

El sufrió a causa de su obediencia a la voluntad de Dios. Sufrió a causa de su fidelidad y lealtad como embajador en la proclamación de la verdad. Siempre dijo El la verdad y se negó a dar cuartel a Satanás o a cualquier parte de su organización. Su curso de acción y completa devoción a Dios atrajo sobre El los reproches que Satanás previamente había amontonado en contra del nombre de Jehová. "Porque el celo de tu casa me ha consumido, y los vituperios de los que te vituperaban cayeron sobre mí." (Sal. 69: 9). Cuando Jesús vino a la tierra esos reproches cayeron sobre El porque El era el Hijo y el fiel embajador de Dios. Por medio de su absoluta devoción al curso de la justicia, bajo las más adversas condiciones, El provó su fidelidad y devoción a su Padre, y por lo tanto Dios lo levantó de entre los muertos y le dio el premio de la inmortalidad, haciéndolo autor de eterna salvación para los que siguen en sus huellas.—Fil. 2: 5-11; Heb. 5: 8, 9.

Por lo tanto, lógica y bíblicamente, se deduce que los miembros de su cuerpo tienen que ser perfeccionados de la misma manera. Cada uno tiene que probar su fidelidad y lealtad como representante de Dios. Esa devoción y fidelidad se requiere de cada uno que es administrador del Señor: "Así considérenos cada uno, como ministros de Cristo, y administradores de los misterios de Dios. Aquí, además, se exije de los administradores que sea uno fiel." (1 Cor. 4: 1, 2). Tal fidelidad y devoción acarrea reproches sobre los cristianos. —Rom. 15: 3.

El clero no ha querido predicar a Cristo y a éste crucificado, y representar fielmente a Dios. Han preferido entrar en tratos con la organización del Diablo y recibir los aplausos y la aprobación del mundo. Por esta razón

han sido desaprobados. Muchos que han comenzado como verdaderos seguidores de Cristo han caído en la misma trampa del enemigo. El verdadero cristiano se deleita en hablar a otros de la verdad, y por cuanto la proclama fiel y gozosamente es el blanco de los dardos del enemigo y está sujeto a toda clase de reproches y persecuciones a manos de Satanás, el Diablo, y del clero, sus representantes. Esta es la razón por la cual los humildes y fieles cristianos son perseguidos y sufren como Cristo sufrió. "Amados míos, no extrañéis el fuego de tribulación que está sucediendo entre vosotros, para probaros, como si alguna cosa extraña os aconteciese; sino antes regocijáos, por cuanto sois participantes de los padecimientos de Cristo; para que también cuando su gloria fuere revelada, os regocijéis con gozo extremado. Si sois vituperados por el nombre de Cristo, bienaventurados sois; porque el espíritu de gloria y de Dios descansa sobre vosotros." (1 Ped. 4:12-14). Que éste es el medio que Dios ha empleado para perfeccionar a los santos el mismo apóstol testifica: "Y el Dios de toda gracia, que os ha llamado a su eterna gloria en Cristo, después que hayáis sufrido por un poco de tiempo, El mismo os perfeccionará, os afirmará, os fortalecerá."—1 Ped. 5:10.

Jesús dijo en sustancia la misma cosa a sus discípulos en la parábola de la vid y los sarmientos. La esencia de su argumento es la de que Jehová Dios es el labrador, que Jesu-Cristo es la vid, y que los miembros de su cuerpo son los sarmientos. (Jn. 15:1-10). En seguida El dijo que a Dios le placía que los tales trajeran mucho fruto. El fruto que Dios busca no es el de salvar almas y llevarlas al cielo; tampoco es el desarrollo de carácter. El fruto es gente que lleve a cabo su obra en la tierra

en el tiempo que El quiere se lleve a cabo, y que lo hagan con gozo. "Porque éste es el amor de Dios, que guardemos su mandamientos; y sus mandamientos no son gravosos."—1 Jn. 5:3.

A nadie señaló Dios como labrador para su vid; El es el que la cuida y sus siervos fieles le sirven gozosamente y para honor de su nombre. El principal oficio de la vid es el de producir fruto para que con él se regocije Dios y el hombre. (Jue. 9:13). Jehová plantó El Cristo, Cabeza y cuerpo, con el fin de que su nombre sea glorificado. (Isa. 61:3). A Dios le place la fidelidad de sus embajadores en lealmente guardar sus mandamientos, y al hombre trae regocijo el mensaje del plan divino de reconciliación y de la bondad de Dios. Este es verdadero fruto. "El que guarda su palabra, verdaderamente en éste tal se ha perfeccionado el amor de Dios; en esto pues sabemos que estamos en El."—1 Jn. 2:5.

La perfección de la nueva criatura se obtiene por medio de la continua fe y la gozosa devoción a Dios en declarar el mensaje que Dios le ha dado para declarar, haciéndolo hasta el fin.—1 Jn. 4:17, 18.

SALVANDO ALMAS

Dios no ha estado tratando de salvar almas para llevarlas al cielo ni a nadie ha comisionado para tal tarea. Durante el período de sacrificio o era cristiana, Dios ha estado tomando de entre la humanidad un pueblo para su nombre. (Hech. 15:14). Los que son tomados forman el pueblo de Dios con un fin, y ese fin es el de vindicar su nombre y mostrar la gloria de Dios, haciendo saber a la gente la verdad concerniente a El.—1 Ped. 2:9, 10.

Jesús enfatizó la importancia de la segunda venida, y también la enfatizaron los apóstoles. La primera parte de su segunda venida es un tiempo de preparación para la tarea de juntar a los que han hecho su pacto de sacrificio. Cuando Jesús ascendió a lo alto le fue preciso esperarse hasta el debido tiempo de Dios para tomar posesión de su poder y de su reino. (Sal. 110:1). Los hechos físicos muestran que ese debido tiempo de Dios llegó en 1914, y que entonces Dios puso a su Hijo sobre su trono. (Sal. 2:6). Ese tiempo fue marcado por la ira de las naciones de la cristiandad y por la Guerra Mundial. Ese fue el fin legal del mundo de Satanás, y allí comenzaron a llevarse a cabo los procedimientos de lanzamiento en contra de Satanás.—Apoc. 11:17, 18; Mat. 24:3-8; Sal. 110:2-6.

Luego, según lo predicho, el Señor vino a su templo para juzgarlo y luego juzgar a las naciones. (Sal. 11:4-6; Apoc. 11:17-19; Mal. 3:1-3; Mat. 25:14:30). Los hechos físicos muestran el cumplimiento de esta profecía con la venida del Señor a su templo en 1918. Después de esa fecha los embajadores de Dios y de Cristo tenían que dar un claro y atrevido testimonio de la verdad para que la gente se apercibiera de que Jehová es Dios, que Cristo es el Rey, y para que se enteraran del plan de Dios para la reconciliación del hombre. Desde ese entonces en particular, el gran punto en cuestión en la mente de la gente de la tierra ha sido, ¿Quién es Dios? Satanás, el Diablo, ha apartado la mente de la gente lejos del verdadero Dios. Ahora Jehová dice a sus embajadores que han sido juntados a la condición del templo: "Sois mis testigos . . . que yo soy Dios." (Isa. 43:10, 12). Estos fieles embajadores tienen que dar testimonio para gloria del nombre de Dios. Por

medio de sus testigos Dios desmenuzará la organización de Satanás, y por eso sus fieles embajadores tienen que dar el testimonio en obediencia a la orden de Dios.—Mat. 24:14, 21, 22.

Desde 1918 un grupo de fieles cristianos en la tierra, conocido con el nombre de Asociación Internacional de Estudiantes de la Biblia, se ha ocupado en dar un vigoroso testimonio del plan de Dios para la reconciliación porque ha llegado el tiempo para dar ese testimonio. La presente tarea de los cristianos en la tierra es la de ser fieles testigos de Jehová y concerniente a su bondad y a su plan. Esa es la única razón o excusa para que se hallen ahora en la tierra.

Al venir a su templo y entrar a cuentas con sus siervos que habían hecho el pacto de sacrificio, el Señor encontró a algunos fieles y a otros infieles. (Luc. 19:12-28). A los que encontró fieles los aprobó y les dio el nombre de "el resto" porque obedecen los mandamientos de Dios. (Apoc. 12:17). Un gran número de los que han sido menos fieles han pasado a formar parte de la numerosa multitud de cristianos que son salvos a la vida espiritual y llegan a ser siervos ante el trono de Dios en el cielo. (Apoc. 7:9-17). Muchos de éstos ahora se encuentran prisioneros en los sistemas eclesiásticos denominacionales. Los carceleros son los clérigos de las varias denominaciones. Cada clérigo es, según lo pretende, un atalaya de su propia congregación. (Isa. 56:10, 11). Por medio de amenazas, coerción y falsas aseveraciones estos miembros del clero, como carceleros, mantienen a los cristianos tímidos en sus prisiones. Y esos tímidos cristianos están atemorizados por el clero, y de este modo han caído en el lazo del enemigo.—Prov. 29:25.

Sin duda alguna que en todos los sitemas denominacionales hay cristianos sinceros. Estos se dan cuenta de que el clero y sus guías se han apartado de la palabra de Dios y que enseñan cosas contrarias a esa Palabra. Se dan cuenta de que las naciones que pretenden ser cristianas son todo menos cristianas y se hallan preguntando "¿En dónde está Dios?" Dios previó la condición de estos prisioneros, y por medio de su profeta predijo cuál sería el sentimiento de esos prisioneros en las siguientes palabras: "No tengas en memoria contra nosotros las iniquidades pasadas. Apresúrate; vengan tus misericordias a encontrarnos; porque estamos muy abatidos. Ayúdanos, oh Dios de nuestra salvación, por la gloria de tu nombre. Líbranos y perdona nuestros pecados, por causa de tu nombre. ¿Por qué han de decir los paganos: Dónde está tu Dios? Sea conocida entre las naciones, a nuestra vista, la venganza de la sangre de tus siervos que ha sido derramada. Llegue delante de Tí el gemido de los encarcelados. Conforme a la grandeza de tu poder preserva a los condenados a muerte." —Sal. 79:8-11.

Se habla de éstos como prisioneros que están condenados o señalados a muerte porque fueron aceptados en el pacto de sacrificio al consagrarse a hacer la voluntad de Dios y porque fueron llamados en la esperanza de ser parte de Cristo. (Efe. 4:4; Sal. 50:5). Les toca morir como seres humanos para que puedan resucitar como seres espirituales.

Tiene que darse un testimonio en beneficio de estos prisioneros para que puedan tener la oportunidad de separarse de sus prisiones denominacionales y hacerse del lado del Señor. El fiel resto, los embajadores de Dios y de Cristo, sobre los cuales el espíritu de Jehová

descansa, tienen que dar este testimonio. A esa clase del "Siervo" Dios dice: "Yo, Jehová, te he llamado en justicia, y tendré firmemente asida tu mano, y te guardaré; y te pondré por pacto del pueblo, y por luz de las naciones; para que abras los ojos ciegos, y saques del calabozo a los presos, y de la cárcel a los sentados en tinieblas." (Isa. 42:1, 6, 7). Esta tarea tiene que terminarse antes de que Dios prosiga con la obra de reconciliación del mundo en general.

Los fieles que componen el resto han sido aceptados en el pacto de sacrificio y ahora se encuentran juntos como Dios lo ordenó. (Sal. 50:5). Como embajadores de Dios y de Cristo, entre otras cosas, tienen que declarar ahora el día de la venganza de nuestro Dios. Este es el tiempo para vindicar su nombre. (Isa. 61:1, 2). Estos tales prueban su amor y su devoción a Dios y son hechos perfectos por medio de su continua fidelidad en denodadamente testificar la verdad en este día de juicio. (1 Jn. 4:17, 18). Si continúan fieles hasta la muerte recibirán la corona de vida. (Apoc. 2:10). El deber de un cristiano en la tierra, por lo tanto, no es el de convertir al mundo ni salvar almas para Dios. Dios tiene un mejor medio de hacer las cosas y El tiene para ello preparado otro pacto.

RELACION DE LOS PACTOS

Hay una vital relación entre todos los pactos de Jehová, todos los cuales tienen que ver con la reconciliación del hombre con Dios. En el pacto abrahámico Abraham representó a Dios, Sara representó el pacto mismo, en tanto que Isaac, el unigénito, representó la "simiente." El pacto abrahámico produjo la "simiente" de promesa. El pacto de la ley que se hizo en Egipto

sirvió como un ayo para cercar y proteger los descendientes naturales de Abraham hasta que llegó el tiempo para hacer el pacto de sacrificio. El pacto de sacrificio se emplea para preparar la "simiente" por medio de la cual han de venir las bendiciones para todas las familias de la tierra. Los que forman la "simiente," mientras está en curso de preparación, tienen que declarar el mensaje de Jehová como sus embajadores en la tierra. Una vez que el sacrificio haya sido completado, Dios procederá a la reconciliación del mundo en general con y por medio de otro pacto. Todos estos pactos atestiguan la bondad y la gloria de Jehová Dios.

CAPITULO IX

El Nuevo Pacto

PUESTO que Jehová ha prometido bendecir a todas las familias de la tierra, es evidente que El hará los arreglos consiguientes para tales bendiciones, y que estos arreglos serán consistentes con la justicia. Teniendo en cuenta la reconciliación del hombre, Dios prometió el hacer un nuevo pacto con Israel y con Judá, y que por medio de ese pacto toda la humanidad tendría una oportunidad para alcanzar la plena reconciliación. Por medio de su profeta dijo: "He aquí que vienen días, dice Jehová, en que haré con la casa de Israel y con la casa de Judá un pacto nuevo. . . . No según el pacto que hice con sus padres en el día que los tomé de la mano para sacarlos de la tierra de Egipto; pacto que ellos quebrantaron, y yo los deseché, dice Jehová: sino que éste será el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice Jehová: Pondré mi ley en sus entrañas, y en su corazón la escribiré; y yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo."—Jer. 31: 31, 33.

Por el término "nuevo pacto" no se da a entender que el pacto es uno moderno ni que por completo tiene nuevos rasgos. El pacto de la ley hecho en Egipto sirvió como modelo del nuevo pacto. El último lleva el nombre de "nuevo" porque es otro arreglo que llevará a cabo plenamente lo que el pacto de la ley en Egipto no pudo hacer. El pacto de la ley fue definitivamente abolido y hecho a un lado y por lo tanto el nuevo pacto no es la

renovación del pacto antiguo o pacto de la ley. El pacto hecho en Egipto, el cual fue llamado el pacto de la ley, continuó por 635 años después de la profecía de Jeremías con respecto al nuevo pacto, como se encuentra en el texto ya citado. Eso muestra que el pacto de la ley no es viejo a causa de edad, ni el nuevo, nuevo por no ser conocido antes de hacerse. El pacto abrahámico fue hecho 430 años antes de hacerse el pacto de la ley en Egipto y sin embargo no se le califica de viejo.

Pablo hace presente que Sara representaba el pacto abrahámico y que Agar representó el pacto de la ley. (Gál. 4:24). Después de la muerte de Sara Abraham no renovó su relación con Agar sino que tomó otra esposa cuyo nombre fue Cetura. De Cetura Abraham tuvo seis hijos. Es bastante evidente que Cetura representó el nuevo pacto en el mismo sentido que Agar representó el pacto de la ley en Egipto. Este cuadro también enseña que el nuevo pacto no es la renovación del viejo sino que es por completo un nuevo arreglo.

¿POR QUE CON LOS JUDIOS?

¿Tenía Dios obligación alguna con los judíos de proveer para ellos y hacer con ellos un nuevo pacto? El pacto que Dios hizo con Israel en Egipto fue repetidamente quebrantado por ellos. El no estaba bajo obligación ninguna de hacer con ellos un nuevo pacto. Ellos provocaron a Dios haciéndose del lado de la organización del Diablo. Por esta razón Dios dijo a Moisés que se sentía dispuesto a acabar con los judíos. "Se han apartado presto del camino que yo les había prescrito; se han hecho un becerro de fundición, y se han postrado ante él, y le han ofrecido sacrificios, y de él han dicho: ¡Estos son tus dioses, oh Israel, que te han hecho subir

de la tierra de Egipto! Jehová dijo también a Moisés: Yo he observado a este pueblo, y he aquí que es pueblo de dura cerviz. Y ahora, déjame, para que se encienda mi ira contra él, y los consumiré, y yo haré de tí una nación grande."—Ex. 32:8-10.

Moisés era un descendiente en línea recta de Abraham. Dios podía haber hecho una nueva nación con Moisés como progenitor, y podía haber entrado en pacto con esa nación. Muy bien podía El haber llevado a cabo sus propósitos de este modo. Pero Dios no destruyó a los israelitas. ¿Y por qué no los destruyó? Porque el mismo nombre de Jehová estaba de por medio. No solamente había Dios hecho promesa a Abraham y a sus hijos sino que también había prometido que Shiloh vendría de la línea de Judá. Moisés suplicó a Dios y le dijo: "¿Por qué han de hablar los egipcios, diciendo: Con malicia los sacó para matarlos en las montañas, y para destruirlos de sobre la faz de la tierra? ¡Vuélvete del ardor de tu ira, arrepiéntete de este mal pensado contra tu pueblo! Acuérdate de Abraham, de Isaac y de Israel, siervos tuyos, a quienes por tí mismo juraste, y les dijiste: Multiplicaré vuestra simiente como las estrellas del cielo; y toda esta tierra que os tengo prometida, la daré a vuestra simiente, y ellos la heredarán para siempre. Y arrepintióse Jehová del mal que pensaba hacer a su pueblo."—Ex. 32:12-14.

Otros textos muestran que el nombre de Jehová estaba implicado: "¡No nos desprecies; te lo rogamos a causa de tu nombre! ¡No deshonres el trono de tu gloria! ¡Acuérdate, no anules tu pacto con nosotros!" (Jer. 14:21). Dios había dado su palabra, y tanto su nombre como su palabra estaban implicadas. Esta fue una buena y suficiente razón para que Israel no fuera des-

truido. "A causa de mi nombre, diferiré mi ira, y por mi alabanza la reprimiré, de modo que no te destruya." (Isa. 48: 9). "Pero yo obré a causa de mi nombre, para que no fuese profanado a la vista de las naciones en medio de quienes estaban; a vista de las cuales me hice conocer, sacándolos de la tierra de Egipto. . . . De modo que pensaba derramar mi indignación sobre ellos en el desierto, para exterminarlos. Pero obré a causa de mi nombre, para que no fuese profanado a la vista de las naciones, ante cuyos ojos los había sacado."—Eze. 20: 9, 13, 14.

Jehová quiere que tanto Israel como todas sus criaturas se aperciban de que El es el único Dios verdadero y que la vida no puede obtenerse de ninguna otra manera sino como una dádiva de su parte. Esto se prueba por las palabras de su profeta: "Pues yo os sacaré de entre los pueblos, y os congregaré de entre las tierras, en donde habéis sido dispersados, con mano fuerte, y con brazo extendido, y con indignación derramada. Y conoceréis que yo soy Jehová, cuando haya acabado de obrar con vosotros a causa de mi nombre; no conforme a vuestros caminos malos, ni conforme a vuestras obras corrompidas, oh casa de Israel, dice Jehová el Señor."—Eze. 20: 34, 44.

PARTES EN EL PACTO.

Jehová al hacer el nuevo pacto es una de las partes. ¿Cuál es la otra parte del pacto? Conforme a las palabras del Profeta Jeremías, Judá e Israel forman la otra parte: "Haré con la casa de Israel y con la casa de Judá un pacto nuevo." Por medio de su profeta Dios les dijo: "Conforme entré en juicio con vuestros padres en el desierto de la tierra de Egipto, así entraré en juicio

con vosotros, dice Jehová el Señor. Y os haré pasar debajo de la vara, y os haré entrar en los vínculos del pacto." "Estableceré mi pacto contigo, y tú conocerás que yo soy Jehová."—Eze. 20:36, 37; 16:62.

¿Pero cómo puede Israel ser traído en pacto con Dios siendo el caso que ahora se encuentra en enemistad con El? La respuesta se encuentra en las palabras de su profeta: "En aquellos días, y en ese tiempo, dice Jehová, vendrán los hijos de Israel, ellos y los hijos de Judá juntamente; irán andando y llorando, y buscarán a Jehová su Dios. Inquirirán el camino de Sión, puestos hacia allá sus rostros, diciendo: ¡Venid, unámonos a Jehová en un pacto eterno, que nunca será echado al olvido!"—Jer. 50:4, 5.

Nótese que tienen que venir a Sión a juntarse en pacto con Jehová. Por sí mismos no pueden hacer un pacto con Jehová. Sión es la organización de Dios. Cristo Jesús es el Principal de Sión y por lo tanto a El individual y específicamente aplica el nombre. Puesto que las casas de Israel y Judá están en enemistad con Dios no son competentes para entrar en pacto con Jehová. Lo mismo es cierto en cuanto a todos los hombres. Israel, por lo tanto, necesita a uno competente para que actúe por y en provecho de ellos, que asuma la responsabilidad del pacto, y que trate directamente con Jehová Dios. Concerniente al que está capacitado para ello, Pablo escribe: "De esta manera todo Israel será salvo; así como está escrito: Procederá de Sión el Libertador; El apartará de Jacob las iniquidades; y éste es mi pacto para con ellos, cuando yo quitare sus pecados."—Rom. 11:26, 27.

Las partes contratantes, por lo tanto, son Jehová en un lado, y en el otro lado AQUEL a quien Jehová ha

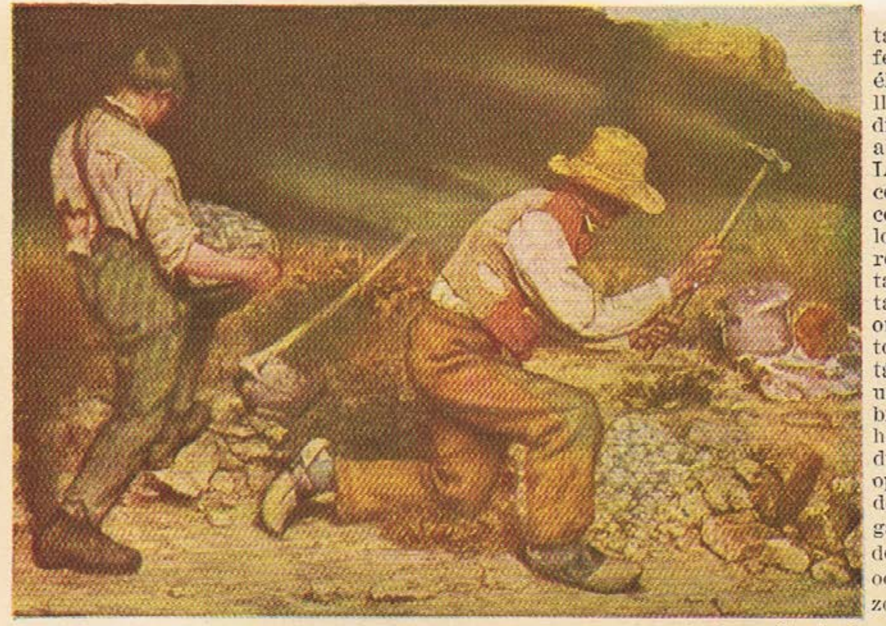
designado para actuar por y en provecho de Israel, como representante de ese pueblo. El tal tiene que ser competente para remover su falta de habilidad y sus pecados. Los judíos están incluidos en el sacrificio de rescate dado por todos, porque Jesús dio su vida en rescate por todos. (1 Tim. 2: 5, 6). Jesús también redimió a los judíos de la maldición de la ley clavándola en la cruz y aboliendo el pacto de la ley. Los judíos por toda su vida estuvieron sujetos a servidumbre a causa de su inhabilidad para guardar la ley, la que los exponía como pecadores y por lo tanto sujetos a la servidumbre del pecado y de la muerte. El pacto de sacrificio hecho en el Jordán trae a los judíos el beneficio especial de librarlos de las dificultades que les servían de tropiezo. El pacto de sacrificio se hizo en el Jordán. Dios lo dio por terminado desde ese tiempo en adelante.

Habiendo Jesús redimido a los judíos del yugo que los doblegaba, inmediatamente llegó a ser el legítimo dueño de ellos y adquirió el derecho de proceder en provecho de ellos. De modo que era competente para desempeñar el oficio de mediador, y fue el escogido por Jehová para tomar la parte de Israel en el nuevo pacto. Los judíos aun no son competentes para entrar en un pacto con Jehová Dios. Si hallamos que los hechos prueban que el nuevo pacto ya se hizo, ciertamente que no pudo hacerse directamente con los judíos. Las Escrituras muestran que Cristo, la Cabeza de la organización de Dios, y procediendo de esa organización, la cual es Sión, es el que actúa por y en provecho de Israel y por quien Israel es colocado en el pacto. En resumen, el nuevo pacto es hecho por Jehová de un lado y por Cristo del otro, en representación legal de Israel, el cual está formado de las casas de Israel y de Judá.

A Jacob le fue cambiado su nombre por el de Israel. Israel era un nieto de Abraham. De acuerdo con su promesa a Abraham, Dios dijo a Israel: "En tu simiente serán benditas todas las familias de la tierra." (Gen. 28:14). Judá fue el hijo de Israel. Dios hizo la promesa de que un descendiente de la línea de Judá sería Aquél por quien vendrían las bendiciones. "Y a El será tributada la obediencia de las naciones." (Gén. 49:10). Jesús fue de la casa de Judá; a El se da el nombre de "El León de la tribu de Judá." (Apoc. 5:5). Con los descendientes de Israel fue con los que Dios hizo el pacto de la ley. Israel, Judá y todos sus descendientes fueron imperfectos y ninguno de ellos pudo hacer lo perfecto. Los israelitas no pudieron guardar la ley perfectamente. Jesús la guardó perfectamente y cumplió toda jota y toda tilde de ella. (Mat. 5:17, 18; Col. 2:14). Jesús nació como judío, bajo la ley y como descendiente en línea directa de la casa de Judá, conforme a la carne. Al guardar la ley perfectamente llegó a ser el legítimo heredero de todas las bendiciones prometidas a Israel y a Judá. Por lo tanto, cuando Dios dijo que El haría un nuevo pacto con Israel y Judá se deduce que tendría que hacerlo con el que tenía los derechos que Israel, Judá y todos sus descendientes, podrían pretender de haber sido perfectos. Con ninguno otro aparte del perfecto hombre Jesús podía haberse hecho el nuevo pacto en provecho de Israel y de toda la humanidad con el fin de efectuar la reconciliación de la raza humana con Dios.

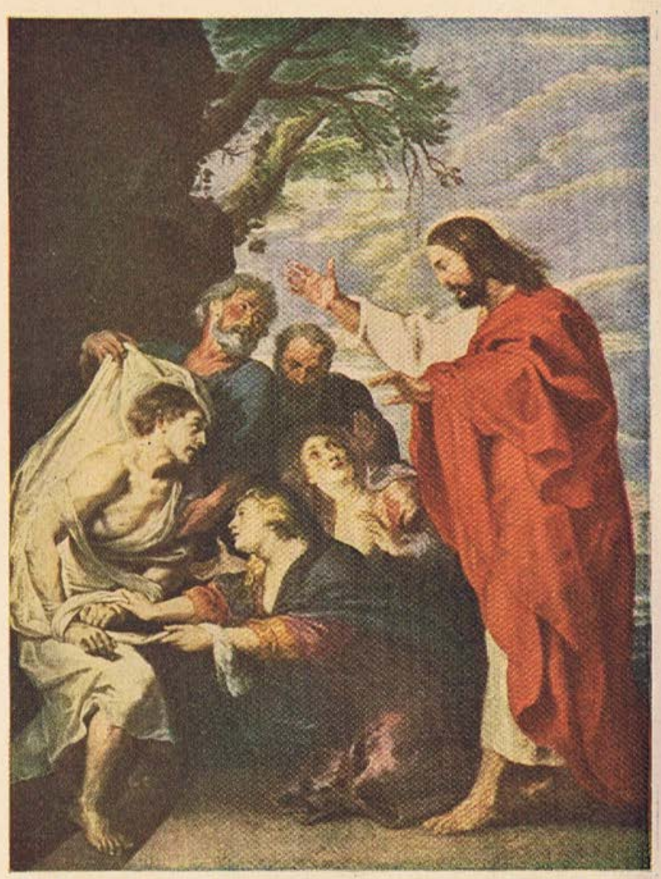
CUANDO Y EN DONDE SE HIZO

La prueba bíblica es abrumadora en cuanto a determinar que el nuevo pacto se hizo entre Jehová y Jesús



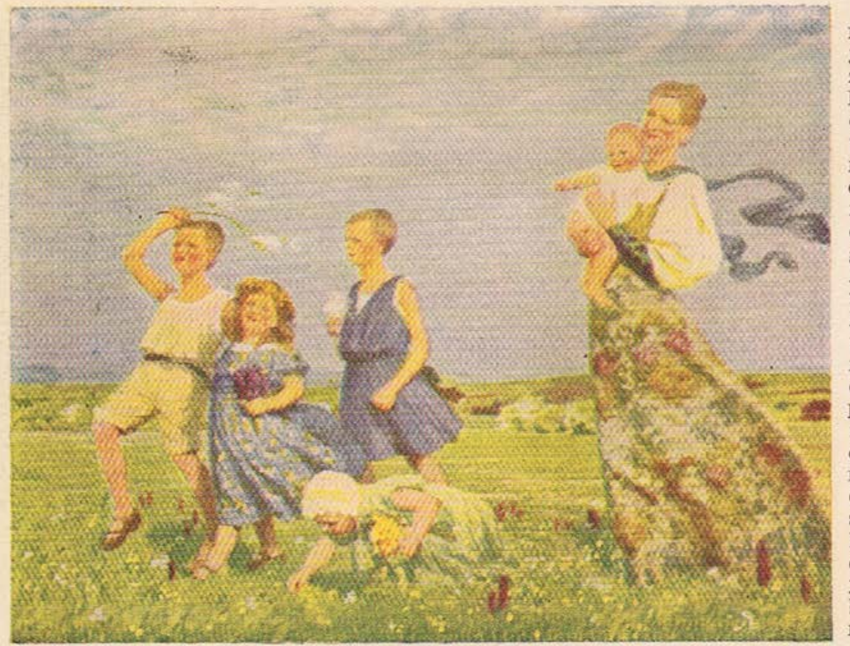
Los Picapedreros *Gustave Coubert*

"Ningún león estará allí, ni bestia feroz subirá por él, ni será allí hallada; mas los redimidos andarán allí. (Isa. 35:9). Las "bestias feroces" aquí se usan como símbolo de los gobiernos que representan a Satanás y que por lo tanto forman su organización. Estos gobiernos están compuestos de una clase de hombres que siempre han sido austeros, duros, crueles y opresores. Nada de eso hallará lugar en la Calzada del Rey. No habrá ocasión de tropiezo. *Página* 312.



El Despertar de Lázaro *P. P. Rubens*

A medida que los obedientes prosigan su marcha por la Calzada del Rey . . . frecuentemente pensarán en sus seres amados que han muerto. . . . Orarán a Dios y los muertos gradualmente comenzarán a volver. . . . Volver del infierno quiere decir volver de la condición de la muerte. Jesús levantó a Lázaro para poder inculcar fe de que al debido tiempo de Dios El resucitaría a los muertos. *Págs.* 314, 294.



Primavera *Carl Bantzer*

Mil años es el período dedicado a la jornada en la Calzada del Rey hacia la reconciliación con Dios. En ese tiempo Dios, por medio de Cristo, destruirá todo el mal que Satanás ocasionó en los siglos pasados. . . . Al final de la jornada, Cristo, el Mediador, completará la obra del nuevo pacto. Los obedientes serán plenamente restaurados a la perfección mental y moral y se apercibirán de los funestos resultados del mal. Habrán aprendido que Dios es bueno y se habrán apercibido de que El es su mejor amigo. *P.*319.



Un Paisaje *Herman Ruedisucchli*

Vastas áreas de la superficie de la tierra ahora son áridas e improductivas. Dios, a su debido tiempo, hará que estos lugares desiertos muestren su gloria y excelencia. Algunos hombres tienen el suficiente conocimiento de las cosas para poder probar que se puede hacer un examen sin fin de las maravillas de la tierra y de las demás obras creativas de Jehová con relación a ella, y que al hacer este examen la adoración hacia el Creador irá en aumento. *Páginas* 238, 17.

al tiempo de la muerte de Jesús como el verdadero cordero pascual. El día catorce de Nisán del año 33 E. C. Jesús se juntó con sus discípulos en Jerusalem para comer la pascua según la ley lo requería de los judíos. Siendo El prefigurado por el cordero pascual que fue degollado en Egipto, le tocaba cumplir el cuadro y para esto se requería su vida. Era necesario que Jesús participara de la pascua antes de morir. Después de comer el cordero pascual en el día catorce de Nisán del año 33, Jesús instituyó un memorial de su muerte. Al mismo tiempo El designó su sangre derramada como la sangre del nuevo pacto. "Y tomando la copa, dio gracias, y se la dio a ellos, diciendo: ¡Bebed de ella todos! porque esto es mi sangre, la sangre del nuevo pacto, la cual es derramada a favor de muchos para remisión de pecados." (Mat. 26:27, 28). Esta es la primera vez que la palabra que se traduce pacto aparece en el Nuevo Testamento. Jesús fue quien primero habló esas palabras, solamente El en la tierra, en ese tiempo, era competente para entender y expresar el significado de la pascua. Jesús con esto hizo alusión a su misma sangre que iba a ser derramada ese mismo día. El derramamiento de su sangre fue prefigurado por la sangre del cordero pascual degollado en Egipto cuando se hizo el pacto de la ley. Las palabras del profeta muestran que el pacto de la ley se hizo en Egipto: "No según el pacto que hice con sus padres en el día que los tomé de la mano para sacarlos de la tierra de Egipto; pacto que ellos quebrantaron, y yo los deseché, dice Jehová." (Jer. 31:32). El día que Israel fue sacado de Egipto prefiguró el día de la muerte del verdadero cordero pascual y señala el tiempo para que se hiciera el nuevo pacto.

Pablo, escribiendo concerniente a la institución del

memorial de la muerte de Jesús en la noche del mismo día en que Jesús murió, dijo: "Y de la misma manera tomó la copa, después de haber cenado, diciendo: ¡Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre! Haced esto, cuantas veces la bebiéreis, en memoria de mí." (1 Cor. 11:25). Pablo habló con autoridad y la única apropiada conclusión que puede darse a sus palabras es que el nuevo pacto fue hecho entonces y que la sangre de Jesús, derramada ese mismo día, fue la sangre del pacto que lo hizo seguro y firme. En la misma conexión Pablo dijo: "La copa de bendición que bendecimos ¿no es la comunión de la sangre de Cristo?" (1 Cor. 10:16). El hacía referencia a la misma copa que Jesús dijo era la sangre del nuevo pacto.

En apoyo de esta conclusión están las palabras de Pablo habladas más tarde: "Pues que el testamento [pacto] tiene efecto después de muertos los hombres; puesto que no tiene fuerza alguna en tanto que vive el testador." (Heb. 9:17). Rotherham traduce este texto así: "Porque un pacto se hace firme con la muerte de las personas, puesto que no tiene fuerza alguna mientras vive el que ha pactado." El Diaglott dice: "Porque un pacto se hace firme con la muerte de víctimas."

Cuando se hizo el pacto de la ley en Egipto, Moisés contrató a nombre de Israel, y la sangre de ese pacto fue el cordero pascual. En representación, Moisés murió entonces, su muerte siendo representada por la muerte del cordero. En ese día catorce de Nisán, Moisés murió representativamente, y en el catorce de Nisán del año 33 E. C. Jesús murió de hecho. Testador es la persona que hace un testamento, el cual no entra en fuerza hasta la muerte del testador. Jesús fue el testador o pactador, y después de hacer el testamento o pacto murió en el

mismo día. Jehová fue la otra parte del pacto, mas El no podía morir. El sér humano en el pacto era el que tenía que morir. Esto fija definitivamente y fuera de duda la fecha en que se hizo el pacto. Sin embargo, Dios fue quien suplió la víctima para ese sacrificio, su amado Hijo, y por lo tanto, Jehová participó en la parte sacrificial. Pablo dice que un testamento se hace firme con la muerte del testador.

El apropiado tiempo para hacer el nuevo pacto es al mismo tiempo que termina el pacto antiguo. El pacto de la ley terminó en el día catorce de Nisán del año 33 E. C., el mismo día que Jesús murió y el mismo día en que se hizo el nuevo pacto.

Dándonos cuenta de que Jesús es la verdadera parte contratante en favor de Israel y de toda la humanidad, vemos que no era necesario esperarse para hacer el nuevo pacto hasta que Israel fuera restaurado, o hasta el tiempo en que se comenzaran las bendiciones de restauración; tampoco hay necesidad ninguna para que la sangre de Cristo tuviera que guardarse hasta el tiempo de la glorificación de la iglesia y entonces usarla para hacer el nuevo pacto. Tampoco es necesario que el precio de rescate fuera pagado antes de hacerse el nuevo pacto.

EL MEDIADOR

Siendo el nuevo pacto entre Jehová e Israel se hace evidente la necesidad de un mediador. Jehová no puede consitentemente entrar en un pacto directo con ninguna persona o pueblo que no esté en plena armonía con El. Los judíos estaban fuera de armonía con Dios, y Jesús había pronunciado el decreto de Jehová declarando que su casa había sido dejada desierta. Los judíos habían

rechazado a Jesús como su rey. Habían dejado de guardar el pacto de la ley y se encontraban bajo servidumbre del pecado. ¿Quién, entonces, podía ser el mediador en el pacto por ellos? Solamente Jesús, porque El era el único hombre perfecto en la tierra y se encontraba en pleno acuerdo con Jehová Dios.

Un mediador es uno que se interpone entre las partes competente e incompetente de un contrato y actúa en una capacidad representativa en provecho de la parte incompetente. Esta regla se reconoce en las organizaciones mundanas. Supongamos que una persona mayor de edad desea entrar en tratos con un menor o con una persona demente, relativo a la propiedad o intereses del tal. A los ojos de la ley, la persona mayor de edad es competente, pero el menor o el demente no son competentes para contratar. En ese caso una corte teniendo jurisdicción señala a un tercero que posee las cualidades legales para contratar y lo autoriza como guardián o mediador. El contrato entonces se hace y necesariamente tiene que ser hecho directamente por la persona mayor de edad en un lado, la cual contrata en su propio nombre, y la persona competente en el otro lado, la cual, como guardián o representante legal, contrata en provecho de quien representa. Cuando el menor llega a ser mayor de edad o la persona demente decobra el juicio no existe por más tiempo la necesidad de un guardián o mediador, y el oficio allí cesa.

Los judíos eran incompetentes porque habían nacido en pecado y habían sido formados en iniquidad. (Sal. 51:5). El pacto en el cual Moisés había servido como mediador en favor de ellos había fracasado a causa de sus imperfecciones y de las de Moisés. Jesús puso

fin al pacto de la ley cuando lo clavó en la cruz. El cumplió el pacto de la ley y por lo tanto éste quedó sin valor. "Y por esta causa [a causa de que la sangre de Cristo quita el pecado] El [Jesús] es el Mediador de un pacto nuevo; para que, habiendo habido una muerte, para la redención de las transgresiones que hubo bajo el primer pacto, los que han sido llamados reciban la promesa de la herencia eterna." (Heb. 9: 14, 15). Los judíos eran culpables de transgresión bajo el pacto de la ley y la sangre de Jesús los redimió de esa codición; por lo tanto, El está preparado y está debidamente señalado para actuar en beneficio de toda la humanidad para alcanzar la reconciliación de todos los que obedezcan.

Como una prueba adicional de que el nuevo pacto se ha hecho y que Jesús es el Mediador de él, se hace referencia a las palabras de Pablo dirigidas a la iglesia: "Os habéis acercado . . . a Jesús, Mediador del Nuevo Pacto." (Heb. 12: 22-24). Cuando Pablo escribió estas palabras Jesús era ya el Mediador y el nuevo pacto se había hecho porque ese pacto tenía que hacerse con el Mediador como el único habilitado para ello.

Concerniente a ese pacto dice el Apóstol Pablo que tenía "reglamentos del culto y su santuario de este mundo." (Heb. 9: 1). El también dice que estas cosas fueron figuras por un tiempo del mejor santuario y del servicio divino. Los que allí ministraron fueron del sacerdocio levítico pero en conexión con el tabernáculo o santuario "no hecho de manos," en el cielo, Cristo Jesús, el Sumo Sacerdote, es el que ministra. Lo que se hizo en el tabernáculo en el desierto prefiguró lo que Cristo haría en conexión con el santuario celestial. El ministerio de Jesús es mucho más excelente que el del

tabernáculo. Por medio de su fidelidad hasta la muerte El proveyó el gran precio de rescate. Al hacer esto se ofreció a sí mismo por el pecado. Desde entonces El ofrece a los miembros de su cuerpo, los cuales son tomados en el pacto de sacrificio por la gracia de Dios. Este servicio El lo lleva a cabo como ministro o sacerdote.

¿Qué más obtuvo aparte de este ministerio más excelente? El fue hecho Mediador del nuevo pacto. "Ahora empero Jesús ha alcanzado un ministerio más excelente, cuanto también es Mediador de un pacto mejor, que ha sido establecido sobre la base de mejores promesas." (Heb. 8: 6). La base del nuevo pacto es su propia sangre derramada por el hombre, y esto promete cosas mejores para la humanidad de las que el pacto viejo podía dar. Los ministros del pacto de la ley morían y estaban incapacitados para salvar a Israel en ese pacto. Pero Jesu-Cristo, el Mediador del nuevo pacto, es competente para salvar hasta lo sumo. Esto es cierto por cuanto El vive para siempre y mantiene su sacerdocio eternamente: "Mas éste, por cuanto continúa para siempre, tiene su sacerdocio intransmisible. Por lo cual también puede salvar hasta lo sumo a los que se acercan a Dios por medio de El, viviendo siempre para interceder por ellos."—Heb. 7: 24, 25.

Por lo tanto, el nuevo pacto no solamente está establecido sobre mejores promesas, sino que también se basa sobre la preciosa sangre de Jesu-Cristo, la que promete la vida eterna a todos los que creen y obedecen.

SEGURIDAD

Fue en el Jordán donde el Padre aceptó a Jesús como el gran sacrificio de rescate. Allí El fue señalado para

asumir los deberes del oficio de un sacerdote sacrificador. El era un sacerdote del Dios Altísimo, y por consiguiente, un sacerdote conforme al rango de Melquisedec. Allí fue en donde Dios juró que Cristo sería un sacerdote para siempre y que nunca sería cambiado. Esto se llevó a cabo tres años y medio antes de hacerse el nuevo pacto. En ese entonces Jesús fue hecho el fiador o garantía del nuevo pacto. Fijémonos en el argumento del Apóstol Pablo sobre el punto: "En tanto ha sido constituido Jesús fiador de un pacto mejor."—Heb. 7:22.

Por medio del sacrificio de rescate Jesús fue hecho fiador del nuevo pacto porque su sangre es la sangre del nuevo pacto. Además, en seguida de su consagración, Jehová juró que Jesús era un sacerdote para siempre conforme al orden de Melquisedec. Por lo tanto, por medio del sacrificio de sí mismo fue hecho seguridad o garantía del pacto, y por añadidura, por medio del juramento de Jehová, esto se hizo doblemente seguro. Esto se muestra en el lenguaje de Pablo: "Y en cuanto no sin juramento fue hecho sacerdote (porque aquellos en verdad han sido constituidos sacerdotes sin juramento, mas éste con juramento, de parte de Aquel que dijo de El: Juró el Señor y no se arrepentirá: ¡Tú eres sacerdote para siempre!" (Heb. 7:20, 21). Al consultar la Biblia se notará que la frase "fue hecho sacerdote" aparece en bastardilla. No forma parte del texto. Las omite la Versión Rotherham y también el Diaglott. Jesús para ese entonces ya era un sacerdote conforme al orden de Melquisedec pero al tiempo de su consagración fue hecho un sacerdote para siempre sin posibilidad de cambio y de acuerdo con el rango de Melquisedec. Por

medio de su sangre y del juramento El fue hecho seguridad o fiador del nuevo pacto. Por medio de su profeta dijo Dios: "Yo Jehová . . . te pondré por pacto del pueblo." (Isa. 42: 6). En su primordial significado esto aplica a Jesús solamente, mas en un sentido secundario aplica a los miembros de su cuerpo, por cuanto son tomados en el pacto de sacrificio y por que, a causa de esto, forman parte del Siervo.

La correcta conclusión, por lo tanto, parece ser la de que, al tiempo de su consagración, Jesús fue hecho seguridad o garantía del nuevo pacto y que el nuevo pacto se llevó a cabo al tiempo de su muerte. Y puesto que tenía que hacerse con el Mediador para Israel y para toda la humanidad se deduce que El llegó a ser el Mediador del nuevo pacto al tiempo de su muerte en el Calvario. Por eso, poco antes de ir al Calvario, y en el mismo día en que El mostró a los discípulos la copa de vino, les dijo: "Esto es [representa] mi sangre del nuevo pacto, la cual es derramada a favor de muchos, para remisión de pecados." (Mat. 26: 28). La sangre de Jesús, por consiguiente, provee el precio de rescate y al mismo tiempo es la sangre que afirma el nuevo pacto.

INCLUYE A LOS MIEMBROS DEL CUERPO

Según se usa aquí, la palabra "inaugurar" implica ratificar y confirmar, hacer funcionar, establecer, iniciar o comenzar el primer acto u operación. Es bastante evidente, según las Escrituras, que cuando el nuevo pacto se inaugure y comience a funcionar, la iglesia, la cual es el cuerpo de Cristo, tendrá parte en la tarea mediatorial. ¿Y esto por qué? Porque los miembros del cuerpo han sido tomados en el pacto de sacrificio y

han sido ofrecidos por Cristo como parte de su sacrificio, y por lo tanto han llegado a ser parte de Cristo, los miembros del cuerpo funcionando con El en la ministración del nuevo pacto.

Por medio de su profeta Dios dijo: "En tiempo acepto te he respondido, y en día de salvación te he ayudado; te preservaré también, y te pondré por pacto del pueblo; a fin de que vuelvas a levantar la tierra." (Isa. 49: 8). Pablo cita estas palabras proféticas y las aplica a la iglesia. (2 Cor. 6: 2). Esto es prueba de que los miembros de Cristo son parte del Siervo y juntos con Cristo Jesús, la Cabeza, son puestos "por pacto del pueblo," para levantar o "establecer" la tierra. El establecer la tierra quiere decir el eregir un justo gobierno en la tierra en provecho del hombre. También prueba que los miembros del cuerpo participan con la Cabeza, Cristo Jesús, en la administración del pacto. Pablo también muestra que esta profecía tiene aplicación a los miembros del cuerpo durante el tiempo de la selección y desarrollo de la iglesia. Durante ese tiempo ellos son miembros de el Siervo y son embajadores de Cristo para predicar el mensaje de la reconciliación. Por lo tanto, el apóstol exhorta el estar en la alerta para que no reciban este gran favor de Dios en vano.

¿Enseñan las Escrituras que la iglesia, el cuerpo de Cristo, tiene algo que ver con el nuevo pacto en lo que toca a hacerse o sellarse? Los miembros del cuerpo nada tienen que ver con la hechura del nuevo pacto por la sencilla razón de que el pacto fue hecho entre Dios y Jesu-Cristo como representante del hombre y antes de que ninguno fuera engendrado como miembro de la iglesia. Las Escrituras nada dicen con respecto a sellar

el nuevo pacto y mucho menos que la iglesia tiene que ver con ello. Refiriéndose nuevamente al argumento de Pablo en Hebreos 9:7 notamos que él dice que un pacto entra en vigor con la muerte del testador. El hombre Cristo Jesús fue la víctima que murió cuya sangre hizo firme el pacto. El pacto llegó a ser efectivo desde el momento de su muerte. Es seguro y firme desde entonces y para siempre. Siendo este el caso, no hay necesidad de que sea sellado según el significado que se da a esa palabra en la ejecución de documentos humanos entre partes contratantes.

Comenzando con el Pentecostés, cincuenta días después de que se hizo el nuevo pacto, algunos empezaron a ser traídos al pacto de sacrificio. Los discípulos entonces fueron aceptados como parte del sacrificio de Cristo. Esto ha sido cierto desde entonces en lo que toca a todo cristiano verdadero. Habiendo sido traídos a Cristo se les ha encomendado el ministerio de la reconciliación y obtienen el privilegio y deber de servir con relación al espíritu del nuevo pacto, es decir, tienen que proclamar a la gente el mensaje de reconciliación. Son por lo tanto ministros del espíritu del nuevo pacto porque el espíritu de ese pacto es la reconciliación.—2 Cor. 3:5, 6.

El pacto de la ley fue hecho en Egipto. Egipto es típico del mundo o la organización de Satanás. El pacto de la ley prefiguró el nuevo pacto. Es por lo tanto apropiado que el nuevo pacto sea hecho en la tierra, y los hechos muestran que lo fue, mientras Jesús estuvo en el mundo. Cristo Jesús se ofreció a sí mismo como el prototípico cordero pascual. Cuando El murió como el prototípico cordero, El sólo asumió las obligaciones del pacto a nombre de sus beneficiarios. El

pacto entró en vigencia desde entonces. Desde el Pentecostés en adelante los primogénitos han sido pasados o librados, no como resultado del nuevo pacto, sino en virtud del sacrificio del Cordero de Dios que quita el pecado del mundo.

PARTICIPAN EN LA INAUGURACION

Los miembros del cuerpo de Cristo tendrán parte en la inauguración del nuevo pacto como se indica por las Escrituras. La ceremonia de la inauguración del pacto de la ley en el Monte Sinaí se describe por el apóstol en las siguientes palabras: "Porque cuando Moisés hubo proclamado cada mandamiento de la ley, a todo el pueblo, tomando la sangre de los becerros y de los machos cabríos, con agua y lana escarlata e hisopo, roció al libro mismo así como a todo el pueblo." (Heb. 9: 19). Tanto novillos como machos cabríos fueron sacrificados en esta ocasión y la sangre de unos y otros fue rociada en el libro de la ley y en la gente. Esto parece indicar que Moisés representó allí al simbolizado por los animales que fueron sacrificados: el novillo representando a Jesús y el macho cabrío representando los miembros del cuerpo o iglesia. Una vez al año se renovaba el pacto de la ley rociándose la sangre del novillo y del macho cabrío que se ofrendaban en el día de la expiación. El novillo y el macho cabrío, consistentemente, representaban a las mismas personas en ambas ocasiones: la inauguración y la renovación del pacto. Esto parece prefigurar claramente que los miembros del cuerpo, representados por el macho cabrío, tendrían algo que ver con la inauguración del nuevo pacto.

Al tiempo de la inauguarción del pacto de la ley Moisés habló al pueblo las palabras de Dios y el pueblo

se comprometió a hacer lo que de ellos se pedía. Al mismo tiempo, y en esta conexión, algunos mancebos ofrecieron sacrificios. "Luego envió mancebos de los hijos de Israel, los cuales ofrecieron holocaustos y sacrificaron ofrendas pacíficas de novillos a Jehová." (Ex. 24:5). Estos "mancebos" apropiadamente representan a los "hermanos menores" a quien Jesús ha tomado en su pacto de sacrificio y los que por razón de ser parte de Cristo participan con El en la inauguración del nuevo pacto. Estos corresponden con los "jóvenes" que menciona el Apóstol Juan. "Os he escrito a vosotros, padres, porque conocéis a Aquel que existe desde el principio. Os he escrito, jóvenes, a vosotros, porque sois fuertes, y la palabra de Dios mora en vosotros, y habéis vencido al Maligno."—1 Jn. 2:14.

EL SACERDOCIO

Las palabras del apóstol son un fuerte apoyo a la conclusión de que un sacerdocio está asociado con el nuevo pacto y con la ministración de él. "Y en verdad el primer pacto también tenía reglamentos del culto, y su santuario de este mundo." (Heb. 9:1). El santuario de este mundo que aquí se menciona tenía un servicio en conexión con él y era una figura del verdadero tabernáculo. (Heb. 9:9). Es aquí en la tierra en donde los servicios comienzan con relación al real tabernáculo y al verdadero día de la expiación, porque fue en la tierra en donde Jesús fue sacrificado. Esto es otra prueba de que el nuevo pacto se celebró en la tierra a la muerte de Jesús. Los servicios anuales en conexión con el tabernáculo en el desierto testifican que hay un servicio divino en conexión con la inauguración del nuevo pacto y la hechura e inauguración del nuevo pacto.

Sabiendo que los servicios divinos del tabernáculo en el desierto prefiguraban los servicios divinos del verdadero tabernáculo, podemos usar la figura para apercibirnos del verdadero significado de la realidad. En el día de la expiación anual que tenía Israel se degollaba un novillo, y el sumo sacerdote tomaba su sangre y entraba con ella al santísimo y allí la rociaba para hacer expiación por sí mismo y por su casa. (Lev. 16:6). Por "sí mismo" se da a entender en provecho de los que habrían de componer los miembros de su cuerpo. Por el término "su casa" se da a entender la familia de la fe, la cual incluye a todos los que son justificados y engendrados del espíritu aparte de los que componen los miembros del cuerpo. Una vez que se celebraba esta ceremonia, el sumo sacerdote volvía a la corte, degollaba el macho cabrío de la ofrenda por el pecado que era para el pueblo, y llevaba su sangre al santísimo para hacer expiación por los pecados del pueblo, derramando la sangre como había hecho con la sangre del novillo.—Lev. 16:15.

En este sacrificio el novillo representaba la sangre derramada de Cristo Jesús solamente. La sangre del macho cabrío representaba la sangre de los miembros del cuerpo de Cristo tomados en el pacto de sacrificio y hechos parte del sacrificio de Jesú-Cristo. Por lo tanto, en ambos casos, de hecho, representaba la sangre de Cristo, pero es en el macho cabrío en el que la iglesia está representada en Cristo.

La era cristiana ha sido el tiempo de sacrificio en el que los miembros del cuerpo de Cristo han sido escogidos. Durante ese período de tiempo, ¿qué se ha hecho concerniente al nuevo pacto? Los miembros del cuerpo

han estado ministrando al espíritu del nuevo pacto por medio de la proclamación del mensaje del plan de Dios relativo a las bendiciones de todas las familias de la tierra. Cuando el período de sacrificio haya terminado, como se representa por el macho cabrío del Señor, entonces, según el cuadro, la sangre de Cristo, incluso la sangre de los miembros del cuerpo, se presentará para hacer expiación por los pecados del pueblo. Entonces, ¿qué se va a hacer con el nuevo pacto? ¿Se usará entonces la sangre como base para hacer el nuevo pacto? Nó, porque ese pacto se hizo cuando Jesús estuvo en la tierra. ¿Se usará la sangre para sellar el nuevo pacto? Tampoco, porque el pacto quedó hecho y seguro al tiempo en que se hizo, siendo Jesús el fiador o seguridad aun antes de hacerse. En ninguna parte de las Escrituras se habla del pacto como siendo sellado. ¿Qué se va a hacer entonces al final del período de sacrificio?

INAUGURACION

Cuando se haga la expiación por el pecado en provecho del pueblo, entonces es el debido tiempo para la inauguración del nuevo pacto. El pacto de la ley se hizo en Egipto y se inauguró en el Monte Sinaí, el cual representó al Monte Sión. El cuadro muestra que el nuevo pacto se hace en la tierra y que tiene que ser inaugurado en el Monte Sión, en el cielo mismo. Es en el cielo donde se tiene que llevar a cabo el rociamiento de la sangre para la inauguración del nuevo pacto. (Heb. 12:24). Al tiempo de la inauguración del pacto de la ley en el Monte Sinaí Moisés roció la sangre sobre el libro y sobre la gente. "Porque cuando Moisés hubo proclamado cada mandamiento de la ley, a todo el pueblo, tomando la sangre de los becerros y de los machos

cabríos, con agua y lana escarlata e hisopo, roció al libro mismo así como a todo el pueblo." (Heb. 9:19; véase también Ex. 24:6-8). La ley representó la expresada voluntad de Dios, porque El la dictó. Así como Moisés leyó el libro del pacto a Israel, de la misma manera Cristo hará conocer los términos del nuevo pacto a Israel y a toda la humanidad para de este modo abrir "la calzada de la vida."

Cuando el pacto de la ley fue inaugurado, el pueblo de Israel se encontraba al pie del Monte Sinaí, habiendo sido previamente librado de Egipto. Al tiempo de la inauguración del nuevo pacto la gente habrá sido librada del mundo, la organización de Satanás, representada por Egipto, y se encontrará al pie del Monte Sión, el Monte de Dios, su reino, sujetos a las instrucciones de Dios.

ASAMBLEA EN LA CEREMONIA

¿Quiénes se encontrarán presentes al tiempo de la inauguración del nuevo pacto? Dirigiéndose a la iglesia, dijo Pablo: "Sino que os habéis acercado al Monte de Sión, y a la ciudad del Dios vivo, Jerusalem la celestial, y a las huestes innumerables de ángeles, a la asamblea general e iglesia de los primogénitos que están inscritos en el cielo, y a Dios el Juez de todos, y a los espíritus de justos, hechos ya perfectos, y a Jesús, Mediador del nuevo pacto, y a la sangre de aspersión, que habla mejores cosas que la de Abel." (Heb. 12:22-24). "La ciudad del Dios vivo" es su organizado reino de justicia. Las Escrituras indican que se encontrará allí presente una innumerable compañía de ángeles. A través del desarrollo del plan divino estos puros, santos, poderosos y leales ángeles, por completo dedicados a Dios, han lle-

vado a cabo su servicio. Es de acuerdo con el proceder de Dios el hacer que estén presentes a la inauguración del pacto que ha de reconciliar a la humanidad con El. Luego el Apóstol dice que será la asamblea general de la iglesia de los primogénitos, lo cual muestra que para ese entonces la iglesia habrá sido completada. Allí manifestará su presencia el gran Jehová Dios, el Juez sobre todos. Allí estará Jesús, el soberanamente exaltado sobre todo otro sér, segundo tan sólo a Jehová. Así las dos partes contratantes al pacto estarán en la inauguración. Para ese entonces los miembros del cuerpo de Cristo se habrán juntado con El, formando todos juntos el Mediador. Estos serán los sacerdotes bajo las órdenes del gran Sumo Sacerdote.

¿Y Abraham, Isaac, Jacob y todos los otros fieles a quienes damos el nombre de patriarcas y profetas? ¿Estarán ellos presentes al tiempo de la inauguración y tomarán parte en las ceremonias? ¿Será necesario que el nuevo pacto haya sido inaugurado y que esté en operación antes de que estos fieles servidores de Dios sean levantados de entre los muertos? Nó, por cuanto el sacrificio de rescate que garantiza su resurrección habrá sido aplicado. El nuevo pacto nada tiene que ver con despertarlos de la muerte. Esos hombres fieles hasta el fin recibieron un buen reporte de Dios a causa de su fe. Por fe ellos vieron el día de Cristo y se regocijaron. Pablo dice: "Para que ellos no fueren perfeccionados aparte de nosotros [la iglesia]." (Heb. 11:40). Se deduce pues que cuando la iglesia haya sido completada, cuando todos los que han sido tomados en el pacto de sacrificio hayan terminado su carrera, entonces es el debido tiempo para el despertar de los profetas. Cuando

la inauguración del pacto de la ley no solamente Aarón y otros de la clase sacerdotal se encontraron presentes y participaron en las ceremonias con Moisés, sino que también estuvieron presentes "setenta ancianos de Israel." "Subió entonces Moisés con Aarón, Nadab y Abiú, y setenta de los ancianos de Israel; y vieron al Dios de Israel; y debajo de sus pies había como una obra de pavimiento de zafiros, que era como el cielo mismo en claridad. Mas no extendió la mano sobre los nobles de Israel; los cuales miraron a Dios, y comieron y bebieron."—Ex. 24: 9-11.

Estos setenta ancianos eran hombres de importancia y por lo tanto se califican en el texto de "nobles." ¿A quiénes otros pudieron representar estos ancianos sino a los fieles patriarcas y profetas mencionados en el Antiguo Testamento y por Pablo en la epístola a los Hebreos? Esos fieles hombres no eran todos de Israel. Algunos de ellos vivieron antes de que Israel fuera escogido. Por lo tanto en la inauguración del nuevo pacto ellos serán los representantes terrenos de Israel y de toda la humanidad. Nótese que el texto dice: "Los cuales miraron a Jehová y comieron y bebieron." Esto no quiere decir que vieron el cuerpo glorioso de Dios sino una manifestación de su poder, y plenamente entendieron el significado de ella.

Al describir esta asamblea el Apóstol Pablo dice: "Los espíritus de justos hechos ya perfectos." (Heb. 12: 23). Estos fieles hombres de tiempos antiguos fueron justificados a causa de su fe y fidelidad a Dios. El espíritu o poder de vida de estos hombres justificados será hecho perfecto cuando se aplique el sacrificio de rescate como ofrenda por el pecado, removiendo sus

inhabilidades legales. Esta es una prueba más de que los patriarcas y profetas se hallarán presentes al tiempo de la inauguración del nuevo pacto. No estarán en el cielo sino en la tierra, llevando a cabo en ese entonces alguna tarea especial.

CEREMONIAS

Cuando la inauguración del pacto de la ley en Horeb, el Monte de Dios, las ceremonias allí habidas prefiguraron la inauguración del nuevo pacto en el Monte Sión o el Monte de Dios, la organización de Dios. Sobre este particular no parece haber la menor duda. Pablo conecta los dos pactos. En cuanto a si habrá una imponente ceremonia no tenemos más que hacer sino fijarnos en lo que sucedió en el Monte Sinaí. En ese entonces Jehová manifestó su presencia por medio de la gran nube en el monte, y hubo fuego, también truenos, relámpagos y voces de trompeta. (Ex. 19:16). Refiriéndose a este mismo asunto Pablo dice: "Y al sonido de la trompeta, y a una voz, que hablaba; la cual voz los que la oían suplicaron que no les hablara más porque no podían sufrir lo que se les mandaba, que si una bestia tocare al monte, será apedreada; y tan espantoso era aquel espectáculo que Moisés mismo dijo: ¡Estoy aterrado y temblando!"—Heb. 12:19-22.

¿Qué podemos esperar a la inauguración del nuevo pacto? Los ángeles del cielo estarán reunidos allí. Estará la iglesia de los primogénitos. El glorioso Mediador, Jesús, con sus sacerdotes, estará también allí, y sobre todos, Jehová Dios. Ninguno de estos será visible al ojo humano pero Dios frecuentemente ha manifestado su presencia por medio de la demostración de

su poder. Los patriarcas y profetas estarán allí en representación de ambas casas de Israel y de toda la humanidad. Allí todos verán la presencia de Jehová Dios manifestada en la nube, la tempestad, la tormenta y el fuego; demostraciones que seguramente se darán de una manera más maravillosa de lo que es posible al lenguaje humano describir. Entonces todos se apercibirán de que Jehová es el gran Dios y de que Cristo es el Rey sobre toda la tierra. ¿En dónde han estado los fieles patriarcas y profetas todos estos siglos desde que murieron? El clero nos dice que han estado en el cielo, pero en esto, lo mismo que en casi todo otro punto, el clero está equivocado.

CAPITULO X

Regresando del Infierno

LA PALABRA de Dios, la cual es la verdad, en ninguna parte intima que el infierno es un lugar de tormento consciente. El padre de esta falsa y calumniosa mentira es Satanás, el Diablo; y sus agentes, el clero, la han usado por siglos para difamar el buen nombre de Dios. Sin duda muchos miembros del clero han creído sinceramente que el infierno es un lugar de tormento consciente, porque fueron enseñados de esa manera, y sinceramente han enseñado tal doctrina a la gente. Mas el ser sinceros en sus convicciones y en sus enseñanzas no los hace menos agentes de Satanás. El que alguien con las mejores intenciones promulgue una mentira no hace esa mentira verdad. Uno es siervo de aquel a quien sirve. (Rom. 6:16). La doctrina del tormento, siendo una mentira, emana del Diablo. Y puesto que el clero ha sido el que ha llevado tal doctrina a la gente, se saca en consecuencia que son siervos del Diablo, ya sea intencionalmente o nó.*

El infierno no es un lugar sino una condición. Es la condición de la muerte, el no existir. Frecuentemente se usa la palabra como sinónima de la tumba, la cual no solamente significa el lugar de entierro sino también la condición de los muertos. Después de la muerte de Jesús en la cruz su cuerpo fue enterrado en un sepul-

*En un folleto titulado "El Infierno y la Biblia," se discuten todos los textos en que aparece la palabra infierno. Se publica por la Asociación Internacional de Estudiantes de la Biblia.

cro o tumba. Por tres días Jesús estuvo muerto. Su sér o alma estuvo en el infierno (sheol), es decir, estaba en la condición de la muerte, privado de la existencia. El profeta de Dios hablando de Jesús dice: "Porque no dejarás mi alma en *sheol*, ni permitirás que tu santo vea corrupción."—Sal. 16:10.

En el Pentecostés, cuando Pedro fue engendrado del espíritu santo, explicó el significado de estas palabras, diciendo: "Varones hermanos, séame permitido deciros con libertad respecto del patriarca David, que murió y fue enterrado, y su sepulcro está en medio de nosotros hasta el día de hoy. Empero siendo él profeta, y conociendo que con juramento le había jurado Dios que del fruto de sus lomos se sentaría Uno sobre su trono, él, previendo esto, habló respecto de la resurrección del Mesías, que El no hubiere de ser dejado entre los muertos ni hubiese de ver corrupción. A este Jesús le ha resucitado Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos."—Hech. 2:29-32.

La muerte no podía retener a Jesús porque la voluntad de Dios era la de que viviera nuevamente. "A quien Dios resucitó, habiendo suelto los dolores de la muerte, por cuanto no era posible que fuese El sujeto por ella." (Hech. 2:24). Jesús más tarde corroboró las palabras de Pedro diciendo: "Yo estuve muerto y he aquí que vivo por los siglos de los siglos, y tengo las llaves de la muerte y del sepulcro." (Apoc. 1:18). Estas palabras de Jesús muestran concluyentemente que en el infierno no hay vida por cuanto El estuvo tres días allí y estaba muerto, y volvió a vivir cuando Dios lo sacó de él. El hecho de que El dijo que poseía las llaves del infierno y de la muerte quiere decir que está revestido con la auto-

ridad para sacar del infierno a los que en él se encuentran, para darles vida y para remover de ellos los efectos de la muerte, dándoles la oportunidad de entrar en plena armonía con Dios. La palabra "alma" es sinónima de las palabras "hombre," "criatura" y "sér." Toda criatura es un alma, pero ninguna tiene alma. El sér o alma de Jesús estuvo en el infierno, es decir, estuvo en la condición de la muerte, privado de la existencia. Dios no permitió que el cuerpo de Cristo viera corrupción, sino dispuso de él de otro modo. El hecho de que Jesús fue al infierno constituye la evidencia de que a la muerte todos van al infierno y por lo tanto los millones de gente que han vivido y han muerto, buenos y malos, están en el infierno, es decir, en la condición de muerte. Si como enseñan los predicadores el infierno fuera un lugar de tormento eterno, Jesús no hubiera podido salir de allí. Y el hecho de que El salió de allí prueba que nadie está allá eternamente consciente de la existencia. Pero cuando entendemos que el infierno es la condición de la muerte o la ausencia de la vida, y que Dios resucitó a Jesús, podemos entender cómo El puede, por medio de Jesús, sacar del infierno, o condición de la muerte, a todos los que se encuentran allí. Puésto que lo ha prometido, y puesto que ha investido a Jesús con autoridad para ello, El al debido tiempo despertará a los muertos.—1 Tes. 4:14-17; Mat. 28:18.

Volver del infierno quiere decir volver de la condición de muerte. Jesús levantó a Lázaro de la tumba para poder inculcar fe en la mente de los que estaban con El, de que, al debido tiempo de Dios, El resucitaría a los muertos. En esa ocasión El dijo: "Yo soy la resurrección y la vida," dando a entender con ello que

Dios le había encomendado el poder de resucitar y volver a la vida a todos los que han muerto. En otra ocasión El dijo a sus discípulos: "Todos los que están en sus sepulcros . . . saldrán; los que han hecho bien, para resurrección de vida, y los que han practicado lo malo, para resurrección de juicio."—Jn. 5: 28, 29.

De estas palabras de Jesús se saca en consecuencia que algunos de los que han muerto han hecho bien y que otros han practicado lo malo, y que tanto los buenos como los malos han muerto y han ido al infierno, y que Dios, al debido tiempo, por medio de Cristo Jesús, sacará del infierno tanto a los malos como a los buenos. ¿Cuál es la distinción entre los buenos y los malos? ¿Vuelven todos del infierno al mismo tiempo?

LOS BUENOS

Nadie puede ser clasificado como bueno a menos que tenga la aprobación de Dios. Nadie puede recibir la aprobación de Dios a menos que no esté reconciliado con El. Todos los hombres han nacido pecadores y por lo tanto están sin la aprobación de Dios. (Rom. 5: 12). Los que Dios justifica a causa de su fe en la sangre derramada de Jesús, tienen paz con El. (Rom. 5: 1, 9; 8: 3). Durante la era cristiana Dios ha justificado a los tales con el fin de que puedan entrar en el pacto de sacrificio. Estos son traídos a Cristo y vienen a ser nuevas criaturas. (2 Cor. 5: 17). "No hay pues ahora condenación alguna para los que están en Cristo Jesús." (Rom. 8: 1). Las palabras del apóstol aquí necesariamente significan que los que llegan a ser cristianos verdaderos y continúan leales y fieles en su devoción a Dios reciben su aprobación y son reputados como "bue-

nos." Concerniente a éstos es que está escrito: "Según nos escogió en El antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos e irreprensibles delante de El." (Efe. 1:4). El ser santos e irreprensibles delante de Dios implica el estar enteramente dedicados a la justa causa de Dios y que el móvil para ello sea el amor. Es a los que continúan fieles de esta manera hasta la muerte a los que se les promete que al debido tiempo tendrán honra, gloria e inmortalidad.—Rom. 2:7; Apoc. 2:10.

El Apóstol Pablo fue uno de los "buenos" por cuanto estaba reconciliado con Dios por medio de la sangre de Jesús; fue adoptado en la familia de Dios; fue ungido por el espíritu de Dios, y fue un fiel siervo de Dios hasta la muerte. El alimentaba la esperanza de tener parte en la resurrección y de recibir una corona de vida. Cuando estaba a punto de terminar su carrera dijo: "Porque ya estoy para ser ofrendado en sacrificio, y el tiempo de mi partida ha llegado. He peleado la buena pelea, acabado he mi carrera, he guardado la fe; de ahora en adelante me está reservada la corona de justicia, que me dará el Señor, el justo Juez, en aquel día; y no sólo a mí, sino a todos los que aman su aparecimiento."—2 Tim. 4:6-8.

Pablo constantemente había seguido el curso de absoluta devoción a Dios; él había guardado le fe y había sido fiel; por lo tanto, tenía le seguridad de la aprobación de Dios y por ello era "bueno." Al hablar estas palabras se hallaba en posesión de la seguridad de que, al debido tiempo de Dios, él participaría de la resurrección de Cristo. Pablo sabía que le tocaba morir e ir al infierno, a donde también fue Jesús por tres días, y que

tendría que esperar en esa condición hasta que llegara el tiempo de Dios para llamarlo a la vida. Aun cuando sus palabras no fijan la fecha de su resurrección, fijan sin embargo el tiempo, es decir, cuando el aparecimiento del Señor. Al consultar los textos sobre el particular se saca en consecuencia que el aparecimiento aquí mencionado se refiere a la venida del Señor a su templo a entrar a cuentas con los que han sido traídos al pacto de sacrificio. Parece razonable, por lo tanto, que ese es el tiempo para la resurrección de los que han sido buenos y fieles.

Los verdaderos y fieles seguidores de Jesús, junto con Cristo, constituyen el templo de Dios. (2 Cor. 6:16). Antes de la venida del Señor a su templo todos los cristianos que habían sido fieles y que habían muerto en la fe como Pablo, tuvieron que esperarse en el infierno. La resurrección o llamada de ellos del infierno, y la traída a la condición del templo de los fieles en la tierra, tomó lugar aproximadamente al tiempo de la venida del Señor a su templo. En otra parte damos la prueba de que el Señor vino a su templo en el año de 1918. Desde ese tiempo en adelante la resurrección de los buenos y fieles seguidores de Cristo ha sido instantánea, es decir, el cambio de la naturaleza humana a la espiritual ha tomado lugar al tiempo de la muerte. Concerniente a esto el Apóstol Pablo escribió: "He aquí os declaro un misterio: No todos dormiremos, mas todos seremos cambiados, en un momento, en un abrir de ojos, al sonar la última trompeta; porque sonará la trompeta, y los muertos resucitarán incorruptibles, y nosotros seremos mudados. Porque es necesario que esto corruptible se revista de incorrupción, y esto mortal se revista de inmor-

talidad." (1 Cor. 15:51-53). Desde ese tiempo en adelante aplican las palabras de Jesús: "Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor de aquí para adelante: Así sea, dice el espíritu; para que descansen de sus trabajos y sus obras los van siguiendo."—Apoc. 14:13.

Todos los miembros del cuerpo de Cristo han sido tomados de entre los hombres. Una vez justificados, engendrados del espíritu y ungidos por Jehová, son nuevas criaturas en Cristo, pero el organismo de cada uno es humano y por lo tanto corruptible. Mas como han sido reconciliados con Dios por medio de la sangre de Jesús, y puesto que sus imperfecciones están cubiertas por el valor de su sacrificio, desde ese tiempo en adelante son contados como buenos porque se encuentran en Cristo. El número entero de estos fieles forma el cuerpo de Cristo, siendo un solo cuerpo. (1 Cor. 12:12-27). Por lo tanto, el entero Cristo se da a entender por la palabra "se" en el pasaje que citamos a continuación. Cristo quiere decir ungido. La unción de Cristo tuvo lugar mientras El se encontraba en la tierra y de igual manera la unción de los miembros de su cuerpo se lleva a cabo también en la tierra, mientras llevan aún la forma humana. El cuerpo de Cristo era humano y se hubiera corrompido de no haber sido milagrosamente preservado por Dios. Todos los miembros que forman el cuerpo de Cristo ven corrupción. Pablo da una ilustración de esto cuando nos habla de un semilla que se siembra, se pudre y muere, y luego produce una nueva planta, y añade: "Así también es la resurrección de los muertos. Se siembra en corrupción, será resucitado en incorrupción; se siembra en deshonra, será resucitado

en gloria; se siembra [el Cristo] en debilidad, será resucitado en poder; se siembra cuerpo natural, será resucitado cuerpo espiritual; hay cuerpo natural, hay también cuerpo espiritual. Porque es necesario que esto corruptible se revista de incorrupción y que esto mortal se revista de inmortalidad. Y cuando esto corruptible se haya revestido de incorrupción, y esto mortal se haya revestido de inmortalidad, entonces será verificado el dicho que está escrito: ¡Tragada ha sido la muerte victoriosamente!"—1 Cor. 15: 42-44, 53, 54.

Los miembros del cuerpo de Cristo están engendrados para una herencia celestial, incorruptible e inmortal. (Sant. 1: 18; 1 Ped. 1: 1-4; 2 Ped. 1: 3, 4). Si son fieles hasta la muerte recibirán la inmortalidad o la corona de vida. Cuando éstos sean traídos del infierno serán hechos participantes de la naturaleza divina, tendrán parte en la resurrección primera en importancia y en tiempo, serán los únicos que poseerán incorruptibilidad e inmortalidad, y sobre ellos la segunda muerte no tendrá potestad. "Dichoso y santo es el que tiene parte en la resurrección primera. Sobre los tales la segunda muerte no tiene poder, sino que serán sacerdotes de Dios y de Cristo y reinarán con éste mil años."—Apoc. 20: 6.

En el capítulo once de los Hebreos se da el registro de algunos hombres que creyeron en Dios y le fueron fieles. Los corazones de éstos eran rectos, y sus vidas por competo dedicadas a Dios. Estos hombres tenían plena fe en la venida del gran Mesías y en su obra de reconciliación. (Heb. 11: 13). Cuando éstos murieron, todos ellos fueron al infierno, pero tienen que volver de él porque Dios prometió que serían resucitados. Apropiadamente puede darse a estos hombres el título de

héroes de fe. Todos ellos murieron en la fe y siendo fieles. Tenían fe en la resurrección, y se les había hecho la promesa de recibir una resurrección mejor.—Heb. 11:35.

¿Fueron estos hombres "buenos" dentro de los límites del texto en discusión? Ellos hicieron todo lo que era posible hacer de su parte para ser de la clase de los "buenos." Estaban llenos de fe, y el corazón de cada uno de ellos estaba dedicado a Dios. Por esto Dios los contó como justos. (Rom. 4:20, 22). Mas en ese tiempo no había base para su plena reconciliación por cuanto no se había llevado a cabo la muerte del perfecto sustituto de Adán. Dios es no solamente justo, sino también es justificador de los que tiene fe en Jesús. Por lo tanto, el precio de rescate tenía que ser primeramente provisto y presentado como una ofrenda por el pecado antes de abrirse el camino para la reconciliación.

El propósito de Dios es el de hacer a estos hombres perfectos. Por esa razón está escrito: "Y todos éstos, después de habérseles dado buen testimonio a causa de su fe, con todo no recibieron la promesa, habiendo Dios provisto para nosotros alguna cosa mejor; para que ellos no fuesen perfeccionados sin nosotros." (Heb. 11:39, 40). La palabra "nosotros" aquí quiere decir el Cristo, del cual Pablo forma parte. Estos hombres no podían ser perfeccionados sino hasta hacerse la expiación por medio de la sangre de Cristo. Ellos murieron antes del sacrificio y de la ofrenda por el pecado. El nuevo pacto se hizo a la muerte de Jesús. Cuando el sacrificio del cuerpo de Cristo se haya completado, el nuevo pacto se inaugurará en el cielo. No hay razón ninguna para que estos fieles patriarcas y profetas no pudieran ser resu-

citados antes de la inauguración del nuevo pacto para poder estar presentes en la tierra como representantes visibles del Señor al tiempo de la inauguración de ese pacto. Con esto, según la promesa, tendrían mejor resurrección que los demás hombres. Puesto que hicieron lo mejor que pudieron para ser "buenos," parece evidente que están incluidos en la clase de los "buenos" que participan de la resurrección a la vida mencionada por Jesús.

Los que han de formar la gran compañía fueron traídos a Cristo por adopción, mas no se prueban por completo fieles a su pacto. Dios misericordiosamente les permite que pasen por la gran tribulación del Armagedón, y a causa de su fidelidad en ese entonces recibirán su aprobación, la que se representa por sus ropas lavadas en la sangre del Cordero.—Apoc. 7:9-17.

LOS MALOS

Pero hay otra clase compuesta por los que han practicado lo malo, o "los malos," los miembros de la cual tienen que ser sacados del infierno por cuanto Jesús declaró que se haría así. (Jn. 5:29). ¿Quiénes componen esta clase? Todos los hijos de Adán han nacido "malos." (Rom. 5:12; Sal. 51:5). Desde Adán hasta ahora, miles de millones han muerto y han ido al infierno a esperar el debido tiempo de Dios para ser despertados. Esto tiene que hacerse por cuanto Cristo por la gracia de Dios probó la muerte por todos, y al debido tiempo todos tienen que darse cuenta de este hecho.—Heb. 2:9; 1 Tim. 2:3-6.

Concerniente a esta gran verdad del despertar de los muertos, el enemigo, Satanás, por medio de sus repre-

sentantes, el clero, ha difamado el nombre de Jehová Dios. Si se les pide una explicación con respecto a la resurrección de los muertos, responden: 'Los muertos no están muertos, sino en realidad están vivos. Las almas de los malos están en el infierno siendo atormentadas con el Diablo; al tiempo de la resurrección vendrán sus almas del infierno y recibirán los cuerpos que tuvieron antes de morir; entonces, de una manera misteriosa esos cuerpos serán hechos indestructibles y las pobres criaturas tendrán que volverse al infierno a ser allí atormentadas por todas las edades.' Y en prueba de su contención citan Juan 5:29. Deberían saber que la palabra que allí se traduce "condenación" en efecto quiere decir "juicio." La inicua doctrina que por tanto tiempo han enseñado hace aparecer a Dios como un demonio y ha motivado el que muchos de los millones que la han creído se hayan apartado de El. Pero ha llegado el tiempo en que la gente se entere de la verdad y se regocije con ella.

Todos los malos serán traídos del infierno con el fin de ser juzgados, según lo indicó Jesús. Juicio quiere decir la determinación judicial de los derechos de las partes implicadas en el proceso. Habiendo probado la muerte por todos Jesús compró todos los derechos que el hombre perfecto podía tener, y el propósito de Dios es el de que al tiempo del juicio el hombre sea puesto en una condición tal que pueda recibir el derecho a la vida comprado para él. Cristo, como el gran Oficial Ejecutivo de Jehová, es el Supremo Juez del mundo y por lo tanto ante El, en su debido tiempo y orden, toda la humanidad tiene que aparecer. (Jn. 5:22, 27). Asociados con Jesús en el juicio de la gente se encontrarán

los fieles que hayan sido hechos miembros del cuerpo de Cristo. (Luc. 22:30). El período de prueba durará mil años. (Apoc. 20:6). Será une prueba o juicio justo y todo el mundo tendrá la oportunidad de ser beneficiado por él.

Nadie puede ser puesto a prueba sin tener algún conocimiento de la verdad. Millones de paganos han ido al infierno sin haber oído absolutamente nada del plan de salvación de Dios. Millones de gente en los países llamados cristianos, y también millones de gente formando parte de los sistemas llamados cristianismo organizado, han ido al infierno con sus mentes llenas de error y sin una clara concepción del misericordioso propósito de Dios con respecto al hombre. Todos estos, por lo tanto, son "malos" y están durmiendo el sueño de la muerte: están en el infierno, y todos ellos tienen que ser sacados de esa condición y recibir el conocimiento de la verdad para que puedan ser puestos a prueba y tengan una oportunidad de aceptar la verdad de que Jesús es el Redentor del hombre y que Dios, por medio de El, ha provisto la salvación para todos. El propósito de la prueba es suministrar la oportunidad para reconciliarse con Dios y alcanzar la vida. No hay otro nombre dada debajo del cielo por medio del cual esto pueda hacerse sino el nombre de Jesús. (Hech. 4:12). Estos todos tienen que ser traídos al conocimiento de la verdad para que puedan aceptar la dádiva de reconciliación y de vida. (Rom. 5:18; 6:23). Dios ha dado la certeza de una prueba favorable y de que ha señalado un día de juicio con ese fin: "Por cuanto El ha determinado un día en que juzgará al mundo habitado en justicia, por un Varón a quien El ha designado; de lo cual ha

dado certeza a todos los hombres, levantándolo de entre los muertos."—Hech. 17:31.

El pacto de sacrificio está casi completado. El nuevo pacto que se hizo al tiempo de la muerte de Jesús está pronto a ser inaugurado. Entonces el reino de Dios estará en operación en la tierra. Entonces el poderoso Oficial Ejecutivo de Jehová Dios, el que tiene las llaves del infierno y de la muerte, abrirá sus puertas y sacará a los miles de millones que allí se encuentran para que reciban la verdad y para que tengan su prueba, la plena oportunidad de ser reconciliados con Dios y alcanzar la vida eterna. Se les mostrará que existe un camino por el cual pueden andar y vivir, y se les hará ver cuál es ese camino.

CAPITULO XI

La Calzada del Rey

JEHOVA es el Rey eterno. (Jer. 10:10). Toda cosa buena procede de El y El lleva a cabo su obra por conducto de su amado Hijo, su gran Agente Ejecutivo o Sumo Sacerdote. El tiempo había de llegar en que Jehová pondría a su amado Hijo sobre su trono: "Empero yo te he constituido mi Rey sobre Sión, mi Santo Monte." (Sal. 2:6). En seguida vendría el juicio de las naciones de la tierra. Ese juicio será un justo juicio porque Jehová es el gran Juez, llevando a cabo el juicio por conducto de su amado Hijo. (Sal. 96:10-13). Todas las provisiones que se han hecho para el juicio de la gente en la tierra han sido hechas por Jehová Dios, y al darse cuenta de esto la gente se regocijará.

Satanás, el enemigo, apartó a Adán y a Eva de Dios, conduciéndolos a la senda de la muerte y de la destrucción. Los hijos de Adán han nacido en esa senda, y la han encontrado ancha y cómoda. Multitudes han andado por esa senda de destrucción. Ha sido una senda de gran angustia mental y de mucho dolor físico, y ha sido empapada con las lágrimas de amargura y con sangre humana injustamente derramada. Con diabólica alegría Satanás ha contemplado los sufrimientos de la raza humana, y, por conducto del clero, sus agentes terrenales, y por conducto de los principales del rebaño,

ha hecho creer a las adoloridas multitudes que Dios es el responsable de sus sufrimientos. Dios no se ha interpuesto con el fin de que la gente al debido tiempo se aperciba de los terribles resutados del pecado y el mal que trae el seguir a Satanás. Al debido tiempo el grande y amoroso Dios envió a su Hijo, Jesús, y por medio de su muerte sacrificial abrió el camino que conduce a la inmortalidad. Ese es un camino angosto por cuanto es el camino del sacrificio. (Mat. 7:13, 14). La tarea de sacrificio está casi completada, y dentro de un poco de tiempo el camino angosto será cerrado para siempre. La cerrada del camino angosto resulta en la abertura del camino para traer al hombre a la plena reconciliación con Dios.

La Calzada del Rey es el camino provisto en beneficio del hombre. Hace muchos siglos que el gran Jehová Dios hizo provisión para esa Calzada, y por lo tanto, su legítimo nombre es el de Calzada del Rey. Refiriéndose al tiempo en que comenzaría a juzgar a las multitudes de la tierra, Jehová hizo que su profeta escribiera: "Y habrá allí una calzada y camino, que será llamado camino de santidad. No lo transitará el inmundo, sino que será para ellos; el que anduviere por este camino por lerdo que sea no se extraviará."—Isa. 35:8.

Los seguidores de Cristo, por medio de la fe, pueden ahora visualizar esa gran Calzada. Es la gran Calzada que Jehová Dios ha preparado para que los desterrados vuelvan a El. Es el camino fácil de andar que conducirá a los hijos de los hombres, incluso el mismo Adán, a la reconciliación y paz con Dios. Fijémonos en esa Calzada. Se extiende a través de un valle de hermosura sin igual. Hacia el norte hay una gran montaña, y

hacia el sur hay otra; en medio se extiende el valle. Es en efecto una sola montaña, pero con picos en el sur y en el norte. Los picos del sur están cubiertos de frondosos y siempre verdes cedros anunciadores de vida eterna. Los picos del norte se elevan sobre las nubes como si estuvieran dirigiendo la mirada de la creación hacia el Dios eterno. Su grandeza, altura y majestad son incomparables. Grande es su calma, serenidad y paz, y toda la creación contempla sobrecogida a esa gran montaña, la cual habla de eternidad. Es la montaña de paz de Jehová. Representa el reino del Altísimo.—Zac. 14: 4.

Desde este punto de vista, el valle aparece como un gran desfiladero en la montaña, a causa de que los lados de ella están bastante próximos. Pero el valle es bastante grande y ancho y su belleza es tal como no puede ser descrita con el lenguaje humano. Es el valle de la buena voluntad. Es el valle de bendición. Del oriente al occidente, a través de este valle hermoso, está construida la Calzada del Rey. Tiene un gradual ascenso, pero los que andan en ella de una manera circumspecta viajan con facilidad. La luz resplandece en todo tiempo en ese valle y allí nunca hay tinieblas. Pero, ¿cuál es la extraña luz que ilumina el valle y la calzada? No es la luz del sol, la de la luna ni la de las estrellas. Es una luz suave, apaciguadora y atractiva. y desde la entrada de la calzada su brillo continúa en aumento. Al otro extremo la luz es en gran manera viva y bella. ¿De dónde procede esa luz? Es la gloria de Jehová Dios y de su amado Hijo. "Y acontecerá que en aquel día no habrá luz clara ni oscura. Será un día señalado, conocido de Jehová; no será ni día ni noche;

mas sucederá que al tiempo de la tarde habrá luz."—Zac. 14:6, 7 y Apoc. 21:23.

Ya han terminado las grandes convulciones de los elementos que acompañaron a la inauguración del nuevo pacto, evidenciando la presencia del Todopoderoso. Ha cesado la sacudida de los cielos y de la tierra. (Heb. 12:25, 26). Han cesado las tormentas y tempestades, y el mar está en calma. "Hace parar la tempestad, y la reduce a silencio."—Sal. 10:29.

Las naciones de la tierra se aperciben de que Jehová es Dios y de que Jesús, su amado Hijo, es el Rey sobre toda la tierra. Se dan cuenta de que el Señor ha hecho parar la tempestad y que ha provisto los medios para que ellos sean bendecidos. Las multitudes se agrupan a la entrada del valle de bendición. ¡Cuán triste espectáculo presentan! Todos son mendigos ansiosamente esperando las instrucciones de cómo deben proceder. Han pasado por el gran tiempo de angustia y han visto la tierra llena de muertos. Han escuchado los aullidos de los pastores y de los principales de sus rebaños, por quienes han sido oprimidos. (Jer. 25:31-36). Se dan cuenta de que Dios ha entrado en acción en provecho de los oprimidos de la tierra. Sus rostros dejan ver las huellas de la tristeza y del sufrimiento. Su ropa está sucia y desgarrada. No se han demorado a enterrar a los muertos sino que he han apresurado a huir de la terrible escena y ahora esperan auxilio. Aun no ha llegado el tiempo para la resurrección de los muertos porque los que han pasado a través de la angustia y desean vivir tienen que recibir primero su oportunidad. (2 Tim. 4:1). Por medio de sus experiencias, todos

ellos se han apercibido de que su ayuda solamente puede venir del Señor.

BUSCANDO A SION

Sión es la organización de Dios. Los que han sido plenamente reconciliados con Dios, y son miembros del Cristo son parte de la organización de Dios, de la cual Jesús es la Cabeza. El propósito de Dios es el de al debido tiempo juntar a Cristo todos los obedientes. (Efe- 1:10). Las multitudes que se encuentran a la entrada de la Calzada del Rey está compuesta de pecadores, y antes de que puedan ser admitidos en la Calzada tienen que ser enseñados en cuanto a la ley que los ha de gobernar. ¿Quién dará la necesaria instrucción a estos mendigos, los descendientes del mendigo Adán?

Abraham, Isaac, Jacob y los otros fieles mencionados en el capítulo once de los Hebreos, han sido sacados del infierno y plenamente reconciliados con Dios, hechos perfectos. Esta fiel compañía tiene el privilegio de instruir a la gente. Es cierto que ellos también son descendientes del mendigo Adán que en un tiempo fue un príncipe. Pero a causa de su fidelidad estos hombres han sido reconciliados por medio de la sangre de Jesús y han sido perfeccionados. Ahora son príncipes y no son más tiempo llamados los padres de Israel porque han avanzado a una posición más elevada. "En lugar de tus padres [ellos] serán tus hijos; los establecerás por príncipes en toda la tierra." (Sal. 45:16). Jehová ha puesto a estos príncipes en el propio lugar para instruir a la gente concerniente a la Calzada del Rey y a la manera de andar en ella. Cada uno de los mendigos que entra a la calzada recibe instrucción en cuanto al mensaje de la verdad.

El nuevo pacto se hizo en provecho de los pecadores y será inaugurado con el fin de reconciliar al hombre con Dios. Ese pacto contendrá los estatutos ordenando a la gente hacer lo que es bueno y prohibiéndoles hacer lo que es malo. "La ley no fue dada para el justo, sino para los inicuos y los turbulentos, para los impíos y los pecadores, para los malvados y los profanos." (1 Tim. 1: 9). La gente que se halla en espera de entrar a esa calzada son todos pecadores, pero ahora tendrán un buen Guía y no habrá ocasión de que se equivoquen en cuanto a cuál es el camino recto. En tanto que esperan ansiosos buscan la manera de entrar a Sión. "En aquellos días, y en ese tiempo, dice Jehová, vendrán los hijos de Israel, ellos y los hijos de Judá juntamente; irán andando y llorando, y buscarán a Jehová su Dios. Inquirirán el camino de Sión, puestos hacia allá sus rostros, diciendo: ¡Venid, y unámonos a Jehová en un pacto eterno, que nunca será echado al olvido!"—Jer. 50:4, 5.

A medida que la gente entre a la Calzada del Rey, los fieles príncipes les explicarán la ley de Dios, la cual es la ley del pacto. "Pues caminarán muchos pueblos, diciendo: ¡Venid, y subamos al monte de Jehová, a la Casa del Dios de Jacob! y El nos enseñará en cuanto a sus caminos, y nosotros andaremos en sus senderos; porque de Sión saldrá la ley, y de Jerusalem la palabra de Jehová." (Isa. 2: 3). La ley de Dios será promulgada por Cristo, el Rey y Cabeza de Sión, y por medio de sus conductos, los príncipes en la tierra, que representan el nuevo pacto y que forman la nueva Jerusalem.

A la gente que trate de hacer la voluntad de Dios se le hará saber que la Calzada del Rey es con el fin de limpiar a todos los mendigos y hacerlos puros, fuertes

y buenos, pero que ningún inmundo llegará al otro extremo. Tendrán que limpiar sus cuerpos y mentes y aprender a hacer lo que es justo. Esta será la única manera para que sean permitidos andar en la Calzada. Santidad quiere decir entera y completa devoción a Dios; por lo tanto, los que quieran andar en la Calzada tendrán que dedicarse plenamente a Dios, y tendrán que aprender a rendir obediencia a las regulaciones que les serán dadas a conocer por el Cristo por medio de sus representantes. "Y será llamado Camino de Santidad; no lo transitará el inmundo, mas será para ellos." (Isa. 35: 8). El gran Dios del universo ha provisto la manera para que el hombre vuelva a El. Al hacer esto ha demostrado su falta de egoísmo, es decir, su amor.

La pobre raza de mendigos ha sido en gran manera zarandeada. La gente ha sido engañada por el Diablo y sus maestros, los que han enseñado errores en cuanto a Dios. Pero la nefanda obra de Satanás y sus representantes terrenales tiene que cesar. Dios ha prometido que antes de que se abra la Calzada del Rey Satanás será atado para que no engañe a las naciones por más tiempo durante el gran día del juicio. (Apoc. 20: 1-3). El clero, a quien el profeta llama "perros mudos" y quienes en otros lugares también reciben el nombre de "perros" (Apoc. 22: 15), no podrán engañar a la gente por más tiempo. Los hechiceros (los que mezclan las falsas doctrinas), y los fornicarios (los que han prostituido la verdad con el sistema del Diablo y luego han vendido esta ilícita mezcla a la gente—Jer. 2: 23, 25); los homidas (los que han odiado a sus hermanos porque han hablado la verdad—1 Jn. 3: 15); y los idólatras (los que adoran imágenes y ofrecen sacrificios a los demonios

al mismo tiempo que pretenden representar a Dios—1 Cor. 10: 21) ; y cada uno que obra y ama las mentiras de Satanás, todos ellos estarán fuera del favor de Dios. Dios no permitirá a los tales el andar por la Calzada del Rey. (Apoc. 22: 15). Tampoco serán permitidos que obstruyan el camino de los que desean allegarse a Dios y obtener la vida por medio de Cristo.

Corroborando esto el profeta de Dios dice: "Ningún león estará allí, ni bestia feroz subirá por él, ni será allí hallada, mas los redimidos andarán allí. (Isa. 35: 9). El león simboliza al Diablo. (1 Ped. 5: 8). Las "bestias feroces" aquí se usan como símbolo de los gobiernos que representan al Diablo y que por lo tanto forman parte de su organización. Estos gobiernos están compuestos de una clase de hombres que siempre han sido austeros, duros, crueles y opresores. Nada de eso hallará lugar en la Calzada del Rey. El camino estará tan despejado que no habrá ocasión de tropiezo.

Dios bondadosamente ha provisto que todos los que se alleguen con un sincero deseo de conocerle y servirle, podrán entrar en esa calzada. Aun los hombres que hayan sido inicuos, si se apartan de su iniquidad y desean hacer el bien serán ayudados por el gran Mediador, Cristo. "Asimismo, cuando el malo se convierta de su maldad qua ha hecho, y obra según el derecho y la justicia, él conseguirá la vida de su alma. Por lo mismo que considera y se vuelve de todas sus transgresiones que ha cometido, ciertamente vivirá; no morirá."—Eze. 18: 27, 28.

Sin duda alguna que algunos miembros del clero son más dignos de reproche que otros. Algunos por completo niegan al Señor, en tanto que otros pretenden

creer las doctrinas fundamentales de la Biblia. Las Escrituras indican que los que se avergüencen de lo que han dicho con respecto al Señor y busquen el perdón tendrán la oportuidad de subir por la Calzada y ser limpiados. La palabra "profeta," según su uso en las Escrituras, se refiere a uno que predica, y por lo tanto, aplica al clero. "Y acontecerá en aquel día que se avergonzarán los profetas [predicadores] cada cual de su visión cuando profetizare [se avergonzará de que ha hecho aparecer a Dios en falsos colores]; y no vestirán una ropa de pelo para engañar [no se pondrán el cuello al revés ni usarán de algún otro medio para indicar su oficio]. Al contrario, uno dirá: No soy profeta [predicador]; soy labrador de la tierra; porque un hombre me vendió por siervo desde mi mocedad. Luego el otro le dirá: ¿Qué son estas heridas que tienes en tus manos? [tus manos no parecen ser manos de labrador]. Y contestará: Son aquellas con las que fui herido en la casa de mis amigos."—Zac. 13:4-6.

El llegar al otro extremo de la calzada y vivir depende por completo de si el que entra a ella se siente dispuesto a hacer lo recto y a esforzarse sinceramente en ello. Al entrar en la Calzada se dará cuenta de que tiene que limpiarse a sí mismo, física, moral e intelectualmente. Se exigirá de él la estricta obediencia a la ley, y será competente para ello si hace el esfuezo. Nadie habrá allá para inducirlo a que desobedezca, y entonces los beneficios del rescate serán puestos al alcance de todos. Al aceptar estos beneficios en los términos ofrecidos, cada cual tendrá borrados los pecados que se deban a su flaqueza heredada. "Y de sus pecados y sus iniquidades no me acordaré más. Y en donde hay

remisión de éstos, ya no hay más ofrenda por el pecado." (Heb. 10:17, 18). Mas si voluntariamente desobedece la ley tendrá que sufrir las consecuencias. Al examinar las Escrituras se hace evidente que el Señor concederá a cada cual un período de cien años para que pruebe si trata o no trata de hacer lo justo. Si persiste en hacer lo malo, entonces morirá y permanecerá muerto eternamente. "No habrá de allí en adelante un niño de pocos días, ni anciano que no haya cumplido el número de sus días; sino que el niño morirá siendo de cien años, y el pecador de cien años será maldito." (Isa. 65:20). Al viajar por la Calzada del Rey la gente se apercibirá de que tiene que obedecer a Cristo: "Porque Moisés en verdad dijo: El Señor vuestro Dios os levantará un Profeta, de entre vuestros hermanos, semejante a mí; a El habéis de oir, conforme a todo lo que os hablare. Y será que toda alma que no obedeciere a aquel Profeta, será exterminada de entre el pueblo."—Hech. 3:22, 23.

Toda la gente estará bajo el completo control de Jesús, el gran Juez y Rey a quien Jehová ha señalado. Los que no obedezcan no alcanzarán la vida pues no llegarán al otro extremo de la Calzada del Rey: "El alma que pecare, ésa es la que morirá; el hijo no llevará la iniquidad del padre, ni el padre llevará la iniquidad del hijo; la justicia del justo estará sobre él y la maldad del malo sobre él estará."—Eze. 18:20.

Los que se encuentren vivos en la tierra al tiempo de que el nuevo pacto entre en operación serán los primeros en tener una oportunidad para recibir las bendiciones de la Calzada del Rey. Más adelante llegará el tiempo para los que duerman en el polvo de la tierra, los cuales tienen que ser despertados. (Dan. 12:2). A medida de

que los obedientes prosiguan su marcha por la Calzada del Rey, y continúen recibiendo las bendiciones que el Señor bondadosamente ha provisto para ellos, frecuentemente pensarán en los seres amados que han muerto. Sentirán el deseo de que ellos vuelvan y gocen las bendiciones que ellos están recibiendo. Entonces orarán a Dios y los muertos gradualmente comenzarán a volver. El Señor escuchará sus súplicas y dará respuesta a sus oraciones, como está escrito: "Y sucederá que antes de que clamaren yo les responderé, y estando aún hablando, yo oiré."—Isa. 65:24.

Las Escrituras no revelan el orden en que el Señor despertará a los muertos. Se ha insinuado que los que han muerto último serán los primeros en volver. En apoyo de esta conclusión se usan las palabras de Jesús: "Muchos empero que son primeros serán postreros; y los postreros primeros." (Mar. 10:31). Sin embargo, estas palabras no pueden ser aplicadas en este caso a no ser que se aislen por completo del contexto. No obstante, es bastante razonable que los muertos serán resucitados en un orden inverso al que fueron a la tumba. Las Escrituras muestran que el Señor oirá las oraciones de los obedientes, y parece apropiado el que ellos oren por el retorno de los miembros de familia más cercanos.

Solamente el Señor sabe cuándo Adán ha de ser resucitado. Puede que tome lugar en la temprana parte del período de restauración o que se verifique hacia el final. Pero sí sabemos que cuando la Calzada del Rey esté abierta, Abel será uno de los príncipes en ella. Acordándose de que su padre Adán en un tiempo fue un príncipe, y acordándose de la manera en que vino a ser un mendigo, es probable que Abel sienta deseos de con-

tar a su padre todo lo relacionado con la misericordiosa provisión de Dios en proveer la redención y liberación, y de decir a Adán cómo podrá ser restaurado a su gloria anterior. Quizás también Abel tenga el deseo de decir a Eva que el Diablo, el cual la engañó, ya no podrá engañarla porque está atado. Será un verdadero gozo para el Príncipe Abel el mostrar a su anciano padre y a su madre la manera en que deben andar por la Calzada del Rey, y verlos subiendo por ella, entregando plenamente su corazón a Dios y siendo restaurados a los días de su juventud. Puede ser que Dios los traiga a la vida en respuesta a las fervientes oraciones de este fiel príncipe. De todos modos, podemos sentirnos seguros de que Adán y Eva, al debido tiempo, serán traídos de la tumba, porque el Señor ha dicho que todos los que están en la tumba oirán su voz y tendrán la oportunidad de obedecer y vivir. (Jn. 5:25). Adán y sus hijos tienen que recibir este privilegio por cuanto la sangre de Jesús, derramada por rescate de todos, es una garantía de ello.

Los muertos volverán de la tierra del enemigo, la cual es el infierno. (Jer. 31:15-17). A medida que avancen en la Calzada del Rey y se aperciban de las bondadosas provisiones de Dios para ellos, entonarán cánticos de alabanza diciendo: 'Viajamos hacia Sión, la ciudad de Dios. El nos ha redimido por medio de la preciosa sangre de su Hijo,' y detrás de ellos dejarán sus lamentos y sus lágrimas de amargura. "Y los rescatados de Jehová volverán, y vendrán a Sión con canciones; y regocijo eterno estará sobre sus cabezas; ¡alegría y regocijo alcanzarán, y huirán el dolor y el gemido!"—Isa. 35:10.

El nuevo pacto resultará en beneficio de toda la hu-

manidad que obedezcan. Durante el largo período del régimen egoísta de Satanás, el egoísmo ha dominado a la gente. Pero en la Calzada del Rey las condiciones serán enteramente opuestas. El nuevo pacto transformará el corazón del hombre. Los que estén progresando en la Calzada estarán esforzándose en hacer el bien, y practicarán el bien, dando gloria a Dios. "También yo les dará un mismo corazón, y un nuevo espíritu pondré dentro de ellos; y quitaré el corazón de piedra de en medio de su carne, y les daré un corazón de carne; a fin de que caminen en mis estatutos y guarden mis preceptos y los cumplan; y ellos serán mi pueblo, y yo seré su Dios."—Eze. 11:19, 20.

El nuevo pacto será sin falta a causa de la perfección de su Mediador, Cristo, y debido a su ilimitada habilidad para ayudar a todos los que deseen ser bendecidos. Y en tanto que la gente se esfuerce en obedecer la ley del pacto, Dios, por medio de Cristo, escribirá esa ley en sus mentes y corazones: "Porque éste es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice el Señor: Pondré mis leyes en su mente y en su corazón las escribiré; y yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo; y no enseñarán más cada cual a su conciudadano, y cada cual a su hermano, diciendo: ¡Conóce al Señor! porque todos ellos me conocerán, desde el menor hasta el mayor de ellos."—Heb. 8:10, 11.

Cuando las reglas de justicia hayan sido escritas en el corazón del hombre no será necesario por más tiempo que las leyes estén escritas en papel o piedra. El hombre, entonces impulsado por el amor, morará en paz y la verdad y la justicia serán su porción. Entonces en efecto se podrá decir: "La misericordia y la verdad se encon-

traron; la justicia y la paz se besaron; la verdad brotará en la tierra, y la justicia mirará desde el cielo." (Sal. 85: 10, 11). "Y la operación de la justicia será la paz, y el resultado de la justicia, calma y confianza para siempre. Y mi pueblo habitará en mansión de paz, en moradas seguras, en descansaderos tranquilos."—Isa. 32: 17, 18.

Por causa de los padres (Abraham, y otros) los judíos serán los que recibirán la primera oportunidad de ser bendecidos. (Rom. 11: 28). Pero todos los no-judíos, todas las naciones de la tierra, buscarán al Señor, para que también puedan recibir la bendición prometida. Se encontrarán apresurándose hacia la gran Calzada, deseando aprender la manera de andar en ella en santidad y dispuestos a formar parte de la santa organización de Dios: "Y los habitantes de una [ciudad] irán a la otra, diciendo: ¡Vayamos con empeño a implorar el favor de Jehová, y a buscar a Jehová de los Ejércitos! Y se les contestará: ¡Yo también iré." Además, muchos pueblos y poderosas naciones vendrán a buscar a Jehová de los Ejércitos en Jerusalem, y a implorar el favor de Jehová."—Zac. 8: 21, 22.

Los que no busquen ni obedezcan a Jehová, no recibirán bendición alguna. Las prometidas bendiciones se simbolizan con lluvia que caerá solamente sobre los que deseen obedecer. (Zac. 14: 16-19). Esto es cierto por cuanto ningún otro nombre ha sido dado debajo del cielo por medio del cual el hombre pueda ser salvo sino el nombre de Cristo.—Hech. 4: 12.

Dios creó todas las bestias del campo y las aves del cielo para el placer del hombre, y su propósito es el de que el hombre perfecto tenga pleno dominio sobre ellas

y las cuide. A causa del pecado todas estas criaturas sienten temor del hombre y huyen de él. Pero cuando la humanidad se encuentre andando por la Calzada del Rey, gozando de la felicidad, y del favor de Dios, el amante Creador traerá e estos animales a una condición de armonía con el hombre. "En aquel día yo haré por ellos un pacto con las fieras del campo, y con las aves del cielo, y con los reptiles del suelo; y quebraré el arco y la espada, y quitaré la guerra de en medio de la tierra; y haré que duerman ellos seguros."—Os. 2:18.

Ayudados de la fe en la Palabra de Dios, visualicemos a las felices multitudes andando por esa gran Calzada. Contemplemos al lobo y al cordero, al leopardo y al cabrito, al becerro y al leoncillo andando pacíficamente, siendo conducidos por un niño. La osa y la vaca pacen juntas, en tanto que sus crías jugetean. La calandria y el ruiseñor unen sus gorgeos al feliz cántico de la humanidad. Y en ese valle de bendición, que surge del monte de Dios, nada se permite que cause daño o que destruya.—Isa. 11:6-9.

Mil años es el período de tiempo dedicado para la feliz jornada en la Calzada del Rey hacia la reconciliación con Dios. En ese tiempo Dios, por medio de Cristo, destruirá todo el mal que Satanás ocasionó en los siglos pasados. En tanto que andan por la calzada algunos se negarán a obedecer y tendrán que morir. Sin embargo, nadie se lamentará por la muerte de ellos porque todo aquel que en ese entonces deje de apreciar la bondad de Dios probará con ello que nunca podrá servir de bendición para ninguno otro ni para dar gloria al Señor, siendo por lo tanto indigno de lágrimas y tristeza. Al final de la jornada, Cristo, el gran Mediador, completará

la obra del nuevo pacto. Los obedientes entonces serán plenamente restaurados a la perfección mental y física. Más podrá preguntarse: ¿Seguirán todos obedeciendo a Dios eternamente? Las Escrituras revelan que el plan de Dios es el de conceder la vida eterna al hombre solamente después de que haya tenido una plena prueba de fidelidad. Evidentemente con el fin de permitir esta prueba es que Dios soltará a Satanás de su prisión por un corto tiempo. Cuando esto acontezca los hombres ya se habrán dado cuenta de los funestos resultados del mal. Habrán aprendido que Dios es bueno y se habrán apercibido de que El es su mejor Amigo.

Luego cada uno tendrá que determinar si han de obedecer a Jehová o a Satanás. Algunos cuyos corazones no hayan sido eternamente dedicados a Dios razonarán que el Diablo es un potente enemigo de Dios y que el hecho de que Dios le da su libertad implica que no es poderoso para destruirlo, y preferirán hacerse de su lado. De este modo demostrarán su falta de lealtad. Entonces Dios, manifestando desde el cielo su poder, por medio del fuego destruirá a Satanás, el Diablo, y a todos los que prefieran seguirle. "Y cuando fueren acabados los mil años, Satanás será desatado de su prisión, y saldrá para extraviar a las naciones que están en los cuatro ángulos de la tierra, a Gog y Magog, a fin de congregarlos para la guerra; cuyo número es como las arenas del mar. Y subieron sobre la anchura de la tierra, y cercaron el campamento de los santos en derredor, y la ciudad amada: y bajó fuego del cielo y los devoró." (Apoc. 20: 7-9). En la ejecución de este juicio de destrucción en contra de Satanás, el Gran Sumo Sacerdote de Jehová, Cristo Jesús, es el Ejecutor.—Heb. 2: 14.

¿Estará Adán entre los que serán plenamente restaurados a la perfección y que vivirán para siempre? Si es obediente a los términos del nuevo pacto él será restaurado, y si está del lado de Dios cuando la prueba final, vivirá para siempre. Lo mismo será cierto de Eva y de todos sus hijos. No es posible el decir si Adán será obediente. El será reconciliado con Dios, pero si ha de vivir, o morir, dependerá por completo en su obediencia. Lo que sabemos es que el resultado será una plena demostración de que Dios es Justo y de que El ha provisto el mayor de los sacrificios con el fin de poder ser el Justificador de sus criaturas. Después de la destrucción de Satanás y de los que le sigan, la tierra estará llena de una raza perfecta, plenamente reconcilada con Dios y en plena armonía con El. El hombre habrá llegado al final de la gran Calzada y entonces, "Al tiempo de la tarde habrá luz."—Zac. 14: 7.

CAPITULO XII

Para Su Gloria

JEHOVA creó la tierra para el hombre y al hombre para la tierra. (Isa. 45:12, 18). "Digno eres Tú, Señor nuestro y Dios nuestro, de recibir la gloria, y la honra, y el poder; porque Tú creaste todas las cosas, y por tu voluntad ellas existen y fueron creadas."—Apoc. 4:11.

La verdadera felicidad del hombre proviene solamente de su paz y plena armonía con su Creador. Al reconciliar consigo mismo Dios a su criatura humana, la hará feliz para siempre. A Jehová se debe todo el honor y gloria.

Dios creó al hombre a su propia imagen. Esa imagen se perdió a causa de que el hombre prefirió obedecer a Satanás en cambio de obedecer a Dios. El Todopoderoso podía haber destruido a Satanás desde un principio, y al debido tiempo redimir al hombre y restaurarlo, o había podido haber creado otra raza. La sabiduría de Dios dictó un curso diferente. Su nombre estaba implicado por cuanto el hombre era una criatura suya y ahora se había apartado de las sendas de la justicia. Dios determinó enseñar, no solamente al hombre sino a todas sus criaturas inteligentes, que El es el sólo Dios verdadero, y que la vida y la felicidad tan solo pueden venir a los que son fieles y están en armonía con El. Determinó permitir a Satanás llegar hasta el extremo límite de la iniquidad; también permitir al hombre la plena

y completa lección de los desastrozos efectos del pecado; exhibir su bondad, y de este modo encarecer su amor hacia el hombre, y, después de que éste hubiera recibido las lecciones necesarias, traerlo a una plena condición de armonía consigo mismo.

De este modo demostró que en sus tratos, la justicia, la sabiduría, el amor y el poder cooperan armoniosamente. En toda su obra ningún acto es arbitrario sino que lleva a cabo sus propósitos por medio de sus pactos con sus criaturas. El los invita a entrar en pacto con El y les revela su bondad, su majestad, su sabiduría y su poder. Su paciencia y longanimidad, lo mismo que su misericordia, son en todo caso evidentes y se hallan también en plena armonía con su justicia. Por medio de ilustraciones y cuadros El enseña a los que diligentemente le buscan para que puedan encontrar el camino que conduce a la vida.

RELACION DE LOS PACTOS

Jehová ordenó a Moisés que hiciera vestiduras santas para que fueran usadas en conexión con los servicios del tabernáculo. Esas vestiduras presentan la relación de los pactos de Dios usados en la tarea de reconciliar al hombre consigo mismo. El efod y parte de la gloriosa vestidura se describe por el profeta de la siguiente manera: "Y harán el efod de oro, e hilo de jacinto y púrpura y escarlata y torzal de lino fino blanco; de labor primorosa. Tendrá dos hombreras que se junten a los extremos de él, para que con ellas se enlace en uno. Y el cinto de labor primorosa, que estará sobre él para ceñirlo, será de semejante labor y de lo mismo, es decir, de oro, e hilo de jacinto y púrpura y escarlata, y torzal de lino fino blanco. Y tomarás dos piedras de ónix, y

grabarás sobre ellas los nombres de los hijos de Israel; seis de sus nombres estarán en una piedra, y los seis nombres restantes en la otra piedra, colocados en el orden de su nacimiento."—Ex. 28:6-10.

En ciertas ocasiones el sumo sacerdote se ponía las vestiduras gloriosas y sobre su cabeza llevaba una placa de puro oro en la que se encontraban grabadas las palabras "Santidad a Jehová." Las dos partes del efod estaban unidas por hombreras que descansaban sobre los hombros del sumo sacerdote. También llevaba un pectoral del juicio hecho del mismo material que el efod y con doce piedras preciosas incrustadas en oro. "Y harás el pectoral del juicio de labor primorosa; al estilo de la obra del efod lo harás; de oro, e hilo de jacinto y púrpura y escarlata, y torzal de lino fino blanco lo harás. Cuadrado será y doblado; de un palmo será su longitud, y de un palmo su anchura; y lo engastarás con engastes de pedrería, es a saber, cuatro órdenes de piedras. Una hilera será un sardio, un topacio y un carbunclo; ésta será la hilera primera. Y la hilera segunda, una esmeralda, un zafiro y una sardónica. Y la hilera tercera, un jacinto, una ágata y un ametista. Y la hilera cuarta, un berilo, un ónix y un jaspe. Estarán guarnecidas de ora en sus engastes. Y las piedras estarán arregladas conforme a los nombres de los hijos de Israel; doce, según los nombres de ellos; con grabaduras como de sello, cada una con su nombre; serán correspondientes a las doce tribus."—Ex. 28:15-21.

En la reconciliación del hombre tres grandes pactos están directamente implicados. Todos estos pactos se encuentran sobre los hombros del amado Hijo de Dios, el cual es el "Sumo Sacerdote del Dios Altísimo." Estas

cosas hermosas representan cosas aun más gloriosas que han de ser reveladas en el futuro. El pacto de la ley sirvió como un maestro, y por lo tanto estuvo indirectamente conectado con la reconciliación del hombre. El cuadro hecho parece decir: La parte del frente del efod simboliza el pacto con Abraham; el pectoral con las doce piedras preciosas, y los nombres de las doce tribus, simboliza el pacto de sacrificio, puesto que éstos son hechos perfectos por medio del sacrificio; la parte de atrás del efod, suspendida de los hombros del sacerdote y atada a la parte de en frente, apropiadamente representa el nuevo pacto. Jesús, el Sumo Sacerdote del Dios Altísimo, es, según este cuadro, el centro de estos pactos.

Se ha insinuado que el pectoral representa el pacto de la ley, mas esa conclusión no parece estar de acuerdo con los hechos. El pacto de la ley nada produjo que fuera hermoso. Las doce piedras más apropiadamente representan el número completo de los miembros del cuerpo de Cristo el cual se describe como dividido en doce partes. (Apoc. 7:4-8). Cristo Jesús es el gran Sumo Sacerdote y Cabeza sobre estos miembros del cuerpo, y El es la hermosura misma. A El se ha encomendado todo el juicio en los cielos y en la tierra. Los miembros de su cuerpo están asociados con El en el juicio. (Jn. 5:22; Mat. 19:28). Estos, juntos, componen el templo de Dios, la gloriosa organización oficial que recibe el nombre de Sión por medio de la cual Dios entra en tratos con sus criaturas.

OTROS CUADROS

Cuando Isaac nació, Abraham tenía aproximadamente cien años de edad y Sara ya había llegado a los noventa. Las Escrituras dicen que ellos estaban ya amortecidos,

es decir, casi sin vida. Por lo tanto Isaac fue un hijo de promesa y por fe. (Gál. 4: 23). Después del nacimiento de Isaac, Abraham vivió setenta y cinco años y Sara treinta y siete. Después de la muerte de Sara, Abraham tomó a Cetura por mujer. En ese entonces Abraham contaba aproximadamente ciento cuarenta años. Con Cetura Abraham tuvo seis hijos. Gén. 25: 1-4). Si Abraham estaba "amortecido" cuando Isaac fue engendrado, la misma cosa podía decirse de él cuartenta años más tarde. Por lo tanto, la conclusión es la de que a no haber sido por el poder de Dios esos seis hijos no hubieran nacido. Puesto que Cetura representa el nuevo Pacto muy bien puede decirse que los que resultan de ese pacto estaban "amortecidos" o como muertos pero que son revividos por medio del poder de Dios ejercitado en Cristo.

Con Agar, Abraham tuvo un hijo, y éste, junto con los otros seis de Cetura, son siete, símbolo de aquello que es completo. Abraham hizo donativos a estos siete hijos y los despachó de Canaán, hacia el oriente, mas constituyó a Isaac como heredero de todo lo que El tenía. (Gén. 25: 1-6). Ismael, el hijo de Agar, representó a la nación de Israel. (Gál. 4: 24). Los seis hijos de Cetura representan a las naciones gentiles, y todos siete representan a los que han de recibir bendiciones bajo los términos del nuevo pacto.

Después de hacer esas provisiones para sus siete hijos Abraham murió. Esto parece prefigurar que cuando las bendiciones bajo el nuevo pacto se hayan completado, será la consumación del pacto abrahámico, el cual pasará a la historia. Entonces se habrá completado la tarea de reconciliación y se habrá cumplido plenamente

la promesa incondicional de Dios: "En tu simiente serán benditas todas las familias de la tierra." Abraham representó a Dios, de quien provienen todos las bendiciones. Isaac, la simiente, representa a Cristo, el conducto de bendición.

Una vez que la tarea de reconciliación haya terminado; que Satanás y todos los otros enemigos de Dios hayan sido destruidos, y cuando todas las cosas en los cielos y en la tierra hayan sido sujetadas a Cristo, entonces el mismo Sumo Sacerdote se sujetará a Jehová para que Jehová sea todo en todo y para que todas las cosas sean para su gloria.—1 Cor. 15:26-28; Efe. 1:10.

EL GLORIOSO ESTRADO DE SUS PIES

Por supuesto que la Calzada del Rey es simbólica del arreglo que Dios misericordiosamente ha provisto para que el hombre vuelva a El. Los miembros del cuerpo de Cristo son reconciliados con Dios en el momento de su justificación. Dios los justifica por razón de su fe en la sangre de Jesu-Cristo y cubre sus pecados. Ellos demuestran su fe por medio de su plena consagración. La gente en general recibirá su justificación o reconciliación al final del día de juicio de mil años; esto es lo que se simboliza por la Calzada del Rey. Durante ese período de tiempo Dios hará a la tierra un lugar de gozo y de belleza. La gente será educada en cuanto a la manera en que deben trabajar la tierra, así cooperando en la tarea de traerla a una condición de perfección. Dios hará de la tierra un feliz hogar para el hombre. "Así dice Jehová: El cielo es mi trono, y la tierra es el estrado de mis pies." (Isa. 66:1). "Haré glorioso el lugar de mis pies." (Isa. 60:13). Estas palabras de

Jehová son una plena garantía de que la tierra será hecha un lugar de gran belleza y que reflejará la gloria de Dios, su Hacedor.

Dios hizo la tierra, y la hizo para el hombre. Su nombre está implicado en la creación humana. "De Jehová es la tierra y cuanto ella contiene." El hará que su nombre sea engrandecido en la tierra.—Sal. 24:1; 46:10; 89:11.

A causa de su nombre, Jehová hará la tierra un lugar adecuado para la raza humana, conforme a su plan original. Por siglos el hombre se ha visto obligado a luchar en contra de las espinas y los cardos que han ahogado sus cosechas. El enemigo ha hecho que el hombre maldiga a Dios por esto y que lo culpe de todas sus dificultades. Mas, al debido tiempo, Dios revelará su bondad hacia el hombre y removerá todas esas dificultades para que los mansos y obedientes puedan entrar en posesión de un placentero lugar y para que se alimenten de lo mejor de la tierra. Su nombre será engrandecido en la tierra y alabado en el corazón del hombre. "En vez del espino subirá el abeto, y en lugar de la zarza subirá el arrayán; y será a Jehová para renombre, para señal eterna, que nunca será quitada." (Isa. 53:13). La gente plantará viñas y comerán su fruto. (Isa. 65:21). "Porque habrá siembra de paz; la vid dará su fruto, y la tierra dará su producto, y los cielos darán su rocío; y hará que el resto de este pueblo posea todas estas cosas." —Zac. 8:12.

Vastas áreas de la superficie de la tierra ahora son áridas e improductivas. Dios, a su debido tiempo, hará que estos lugares desiertos muestren su gloria y excelencia. "Entonces se alegrarán el desierto y el sequedal,

y el yermo se regocijará y florecerá como la rosa. Florecerá abundantemente y se regocijará, hasta con alborozo y con canciones. La gloria del Líbano le será dada, la hermosura del Carmelo y de Sarón; los hombres verán la gloria de Jehová, y la hermosura de nuestro Dios."—Isa. 35:1, 2.

El Edén era un lugar de gloria y de belleza. Contenía de toda clase de árboles que eran gratos a la vista y buenos para alimento, y toda clase de frutas y flores; todo esto estaba provisto para el placer del hombre; todo esto proclamaba la gloria del Creador. Cuando Adán desobedeció fue privado de todas estas bellezas del jardín. Sin embargo, al debido tiempo el gran Jehová hermoseará a toda la tierra haciéndola como el jardín del Edén para que el hombre reconciliado pueda tener un lugar hermoso y feliz en donde morar y el que refleje la gloria de Dios. "Y la tierra que había estado desolada, será labrada; en vez de lo cual había sido una desolación a los ojos de todo aquel que pasaba. Y dirán las gentes: La tierra que estaba desolada ha venido a ser como el jardín de Edén; y las ciudades antes arruinadas y desoladas y destruidas, están ya fortificadas y habitadas. Y las naciones que quedaren en vuestros alrededores conocerán que yo Jehová he reedificado lo que estaba derribado, y he plantado lo que estaba desolado. Yo Jehová lo he dicho y yo lo haré."—Eze. 36:34-36.

Cuando los obedientes de entre la humanidad hayan llegado al otro extremo de la Calzada del Rey y se encuentren en la tierra, plenamente reconciliados con Dios, entonces el conocimiento de la gloria de Dios llenará toda la tierra, como las aguas cubren la mar. (Hab. 2:14). Entonces toda la tierra estará llena de su gloria

y todo sér verá la gloria y majestad del gran Jehová. (Sal. 72: 19; 97: 6). Entonces la tierra será un lugar feliz. "La verdad brotará de la tierra, y la justicia mirará desde el cielo. Asimismo Jehová dará el bien, y nuestra tierra producirá su fruto."—Sal. 8: 11, 12.

Los pueblos de la tierra, plenamente reconciliados con Dios, gozarán de paz eterna; no tendrán temor de las enfermedades ni de la muerte; gozarán de perfecta salud y se darán cuenta de que todas estas bendiciones provienen de Jehová Dios. Ellos, impulsados por su gratitud y llenos de regocijo adorarán a sus pies. "Ensalzad a Jehová nuestro Dios, y encorváos ante el estrado de sus pies." "Toda la tierra te adorará, y cantará a Tí. Cantará a tu nombre."—Sal. 99: 5; 66: 4.

Ahora el hombre, a pesar de los instrumentos a su alcance, tan solo logra ver unos cuantos millones de estrellas en el universo, mas no las puede contar ni nombrar todas. De Jehová se dice: "El que cuenta la muchedumbre de las estrellas, y a todas ellas llama por su nombre." (Sal. 147: 4). El hombre vé unas pocas. Dios las hizo todas y El puede decir cuántas son y nombrar a cada una de ellas. Estos cuerpos celestes cuentan la gloria de Dios. El hombre reconciliado y restaurado obtendrá una mayor apreciación de la grandeza del universo y del ilimitado poder de Dios, lo mismo que de lo diverso de su sabiduría grandiosa y de su amor. (Sal. 10 :7: 43). Entonces podrá amarle y adorarle para siempre.—Sal. 36: 5-9.

Hace muchos siglos el principal cantor de Israel cantó las alabanzas del nombre de Jehová. Sin embargo, las palabras de su canto más apropiadamente representan los sentimientos del corazón de la gente en la tierra

cuando se hallen plenamente reconciliados con Dios. Entonces el hombre perfecto, con su mente perfecta, contemplará el sol, la luna y las estrellas, todo contando la gloria de Dios; luego elevará sus ojos a las empinadas montañas, en seguida los dirigirá al inmenso mar, y en completa devoción al Creador de los cielos y la tierra dirá: "Jehová, Señor nuestro, ¡cuán admirable es tu nombre en toda la tierra! Has puesto tu gloria en los cielos. De la boca de los chiquitos, y de los que maman, has ordenado la alabanza, a causa de tus adversarios, para hacer callar al enemigo, y al hombre vengativo. Cuando contemplo tus cielos, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que Tú estableciste, ¿qué viene a ser el mísero hombre, para que tengas de él memoria, y el hijo de Adán para que le visites? Sin embargo, le hiciste un poco inferior que los ángeles; le coronas también de gloria y de honra; le haces señorear las obras de tus manos: todas las cosas has puesto debajo de sus pies; ovejas, y bueyes, todo ello; asimismo las bestias del campo, las aves del cielo, y los peces del mar, y cuanto pasa por las sendas de los mares. Oh Jehová, Señor nuestro, ¡Cuán admirable es tu nombre en toda la tierra!"—Sal. 8.

A todo cristiano en la tierra se le concede un gran privilegio y sobre él resta una gran responsabilidad. El período de sacrificio está próximo a terminar. La tarea de juntar a los santos está ya completada. El tiempo ha llegado para que el gran Jehová Dios conceda a los seguidores de Cristo el privilegio de ser testigos a la gente con respecto a su glorioso plan y a su nombre. Por medio de su profeta El dice a los tales: "Y diréis en aquel día: ¡Dad gracias a Jehová; proclamad su

nombre; dad a conocer entre los pueblos sus obras grandiosas; haced recordar que es enaltecido su Nombre! ¡Cantad a Jehová, porque gloriosas cosas ha hecho; sea conocido [haced conocer] esto en toda la tierra!"—Isa. 12:4, 5.

Los pueblos de la tierra necesitan oir la verdad. El tiempo de Dios ha llegado para dar la verdad a ellos. "¡Dichosa la nación cuyo Dios es Jehová." (Sal. 33:12). Bienaventurado el hombre que tiene parte en la proclamación del mensaje de la reconciliación. "En su Templo todos dicen ¡Gloria!"—Sal. 29:9.

MILLONES NO MORIRAN JAMAS

Millones de los que ahora viven en la tierra no morirán jamás. ¿No quisiera usted vivir para siempre en perfectas condiciones, gozando de salud y prosperidad, y sin el triste espectáculo de la ignorancia y la degradación? Lea la evidencia bíblica. 64 páginas. 10 centavos oro americano.

HABLANDO CON LOS MUERTOS

El hecho de que el Espiritismo y sus actividades han aumentado notablemente en estos últimos días, y que obtiene un éxito considerable en cautivar a algunos cristianos, nos ha movido a presentar este folleto en español. Su objeto es el demostrar que el Espiritismo no está fundado en las Escrituras. A la rústica, 10c oro americano.

EL INFIERNO Y LA BIBLIA

Este folleto discute todos los textos en la Biblia que contienen la palabra infierno. Prueba que la doctrina del tormento eterno de los inicuos no se enseña en la Biblia, indicándose cómo fue introducida. En él se encuetnran las palabras del hebreo y del griego que se han traducido infierno. 64 páginas. 10c por copia.

LOS ULTIMOS DIAS

En este folleto se discuten las evidencias de que nos encontramos en los últimos días de la injusta y opresiva organización social presente o "mundo," y en vísperas de la plena inauguración del glorioso Reino de Cristo, en el cual la miseria, la injusticia, la ignorancia y aun la muerte misma dejarán de existir. 64 páginas; 10 centavos.

ESTANDARTE PARA LOS PUEBLOS

Por siglos los hombres han agrupado a otros a sus banderas o estandartes, ofreciéndoles paz, tranquilidad y bienestar. Han fracasado. Dios ahora ordena a las gentes que se agrupen a su bandera—La Verdad—y obtengan vida, bienestar y felicidad. Un folleto de 64 páginas. Vale 10 centavos oro americano.

Para todo lo relacionado con pedidos de libros anunciados aquí, lo mismo que para lista de precios y publicaciones y descuentos, escriba al Departamento Español del

WATCH TOWER BIBLE & TRACT SOCIETY
117 Adams St., Brooklyn, N. Y., U. S. A.

LA VUELTA DEL SEÑOR

Este importante tema bíblico, tan confuso para algunos, se presenta de una manera muy clara y convincente. Se examinan los pasajes que aparentemente se contradicen, tales como: "De aquel día y hora nadie sabe." "Le verán todos los ojos," "Vendrá en llamas de fuego, tomando venganza," etc. Se dan allí los significados de las tres palabras griegas *parousia*, *epifania* y *apocalipsis*, relacionadas con la segunda venida del Señor. 64 páginas; 10 centavos.

¿EN DONDE ESTAN LOS MUERTOS?

Una interesante discusión del estado de los muertos. Bien seguro usted ha perdido algunos seres queridos y querrá sentir seguridad en cuanto a su presente condición. Este folleto muestra que no han ido al Infierno ortodoxo, ni al Purgatorio, ni al Cielo, sino que están en la tumba "dormidos," y en espera del establecimiento del Reino de Cristo para entonces, una vez cambiadas las condiciones presentes, que tienden al mal, puedan ser ayudados a obtener la perfeción moral, mental y física, y logren alcanzar la vida eterna en la tierra perfecta. 64 páginas; 10c.

PROSPERIDAD SEGURA

La tierra produce suficiente para todos; sus recursos naturales son casi ilimitables. Con todo, la raza humana está dividida en un pequeño grupo que goza de las ventajas de la vida, y la gran mayoría, la que sufre escasez, necesidad, extrema pobreza y hasta hambre. Este folleto muestra cuándo y cómo habrá prosperidad para todos. Vale 10 centavos oro americano.

Para todo lo relacionado con pedidos de libros anunciados aquí, lo mismo que para lista de precios y publicaciones y descuentos, escriba al Departamento Español del

WATCH TOWER BIBLE & TRACT SOCIETY
117 Adams St., Brooklyn, N. Y., U. S. A.

HIMNARIO DE LA AURORA DEL MILENIO

Esta es una colección de cantos espirituales con el objeto de ayudar al pueblo de Dios a hacer melodía con sus labios y también con sus corazones. En él se encuentran muchos de los himnos ya conocidos en español, y otros traducidos de la hermosa colección "Millennial Dawn." El Himnario contiene 180 himnos; sin música, 20 centavos oro americano.

LA TORRE DEL VIGIA

Con este título se publica un periódico regular, conteniendo 16 páginas, con el fin de animar, consolar e instruir en "la Ley y el Testimonio" a los que aman al Señor y se regocijan con la esperanza de que muy en breve la voluntad de Dios se hará en la tierra como se hace en el cielo. Queremos tener en la lista de suscriptores a todos los que se regocijan con las Buenas Nuevas de Gozo y Paz. Al efecto, se ha proveído la manera de que pueda llegar hasta el más pobre. Suscripción anual, $1.00. Aparece cada dos meses. El precio incluye el periódico mensual, con el mismo nombre, publicado en España.

PEDIDOS A ESPAÑA

Los precios en los anuncios anteriores son en oro americano. Como los libros se manufacturan en los Estados Unidos, es preferible que los pedidos se hagan a la oficina en Brooklyn, exceptuando en España, en donde deben hacerse a la oficina en Madrid. Los precios para España son: Los libros de a 50 centavos oro, a tres pesetas; los de a 35 centavos, 2 pesetas; los folletos de a 10 centavos, a treinta céntimos de peseta. La Torre del Vigía, ambos periódicos, cinco pesetas. Escriba a "La Torre del Vigía," Apdo. 321, Madrid, España.

Para todo lo relacionado con pedidos de libros anunciados aquí, lo mismo que para lista de precios y publicaciones y descuentos, escriba al Departamento Español del

WATCH TOWER BIBLE & TRACT SOCIETY
117 Adams St., Brooklyn, N. Y., U. S. A.

